

Letras sobre un dios mineral

El petróleo mexicano en la narrativa

Edith Negrín



ESTUDIOS SOBRE ENERGÍA

EL COLEGIO DE MÉXICO
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

LETRAS SOBRE UN DIOS MINERAL.
EL PETRÓLEO MEXICANO EN LA NARRATIVA

Colección
ESTUDIOS SOBRE ENERGÍA

LETRAS SOBRE UN DIOS MINERAL.
EL PETRÓLEO MEXICANO
EN LA NARRATIVA

Edith Negrín



EL COLEGIO DE MÉXICO



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

M863.409

N392le

Negrín, Edith.

Letras sobre un dios mineral : el petróleo mexicano en la narrativa / Edith Negrín. — 1a ed. — Ciudad de México : El Colegio de México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2017.

391 p. ; 22 cm. — (Colección Estudios sobre energía).

Incluye bibliografía.

ISBN 978-607-628-228-1 (El Colegio de México)

ISBN 978-607-02-9859-2 (UNAM)

1. Novela mexicana — Siglo XX — Temas, motivos. 2. Novela mexicana — Siglo XX — Historia y crítica. 3. Petróleo — Industria y comercio — Aspectos sociales — México. 4. Petróleo en la literatura. I. t. II. Ser.

Primera edición, 2017

Fecha de término de edición: octubre 2017

D.R. © EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C.

Carretera Picacho Ajusco 20

Ampliación Fuentes del Pedregal

14110 Ciudad de México

www.colmex.mx

D. R. © 2017, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Instituto de Investigaciones Filológicas

Circuito Mario de la Cueva, s. n.

Ciudad Universitaria, delegación Coyoacán, C. P. 04510,

Ciudad de México

www.iifilologicas.unam.mx

Informes y ventas:

Tel. 5622-7347, fax 5622-7349

ISBN 978-607-628-228-1 (El Colegio de México)

ISBN 978-607-02-9859-2 (UNAM)

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso en México

A Eduardo Negrín Baeza
y María del Rosario Muñoz Pérez.
En memoria.

Muchos seres queridos me han acompañado en las diversas etapas del proceso de elaboración de este libro. Las amigas que han compartido mis inquietudes por varias décadas, y me han brindado su apoyo activo: Yvette Jiménez de Báez, Ana Rosa Domenella, Luz Elena Gutiérrez de Velasco, Sara Poot-Herrera, Adriana Sandoval. Mi estimada Adriana González Mateos. Mis camaradas del Instituto de Investigaciones Filológicas, Enrique Flores y José Manuel Mateo. Mi querido amigo Orlando Ortiz, siempre generoso, que lo sabe todo sobre las Huastecas. Mis respetados colegas Yanna Hadatty Mora, Alberto Enríquez Perea, Rafael Mondragón, Gabriel Enríquez. Toda la tribu Negrín Muñoz especialmente María Eugenia. Y, por supuesto, mi hija Gabriela Negrín Muñoz.

Agradezco asimismo a la Dra. Isabelle Rousseau su apoyo para publicar este trabajo.

Se va la luz. La familia enciende otro quinqué, me intriga pensar en lo que han dicho mis padres: en el petróleo de la lámpara flotan reducidos a esencia bosques y dinosaurios de la prehistoria. Millones de años se han necesitado para humedecer la lengüeta de jerga que convertida en mecha soporta la llama. Una campana de cristal la protege y le permite iluminarnos. En el quinqué se consumen los restos de una vida improbable. La noche huele a luz carbonizada...

José Emilio Pacheco

ÍNDICE

Introducción	17
Primera parte	
Miradas desde la metrópoli. Mercenarios, populares y exquisitos: London, Ostrander, Hergesheimer	33
1. London se detuvo en México (1914)	35
2. Isabel Ostrander: lagunas encantadas, heroínas y villanos; el petróleo mexicano en una novela de masas estadounidense (1918)	45
3. La Huasteca colonizada por la explotación petrolera. Hergesheimer en <i>Tampico</i> (1926)	60
Segunda parte	
Voces mexicanas descubren el hidrocarburo: Monterde, Magdaleno, Puig Casauranc, Icaza	81
1. Negro es el color, Francisco Monterde estrena el tema (1927)	87
2. La novela olvidada de Mauricio Magdaleno: <i>Mapimí 37</i> (1927)	97
3. Petróleo y prostitución. <i>La hermana impura</i> (1927) de José Manuel Puig Casauranc	117
4. La estridencia y el petróleo: <i>Panchito Chapopote...</i> (1928) de Xavier Icaza	134
Tercera parte	
Entre la metrópoli y el enclave. Los contestatarios: Sinclair, Traven y Beals	153

1. Una interrupción necesaria, el petróleo y el <i>muckraker</i> Upton Sinclair (1927)	155
2. B. Traven: la América soñada. A propósito de <i>Rosa Blanca</i> (1929/1940)	174
3. El <i>Río negro</i> de Carleton Beals (1934)	197
Cuarta parte	
“Quemar los pozos”. La saga de la Expropiación vista por Gregorio López y Fuentes, Evelyn Waugh, José Mancisidor y Héctor Raúl Almanza, entre otros	225
1. Gregorio López y Fuentes, <i>Huasteca</i> (1939), el inmenso rumor fragmentado	228
2. Entre paréntesis: el último ataque británico contra la Revolución mexicana: Evelyn Waugh. <i>Robo al amparo de la ley</i> (1939)	246
3. Un mexicano en la URSS: <i>El alba en las simas</i> (1955) de José Mancisidor	269
4. Los que viven por sus manos. <i>Brecha en la roca</i> (1955) de Héctor Raúl Almanza	286
5. Atisbo a otros textos: Vargas, Garizurieta, Castaño, García Granados, Sierra, Rodríguez, Nájera, Benavides, Santos Llorente, Chávez Padrón	304
Quinta parte	
Interludio para sonreír: el petróleo entre la intriga y el mito. <i>La cabeza de la hidra</i> (1978) de Carlos Fuentes	309
Sexta parte	
A la distancia. El petróleo expropiado según la Generación del 68: Héctor Aguilar Camín, Gerardo de la Torre, David Martín del Campo y otras voces	321
1. Héctor Aguilar Camín: <i>Morir en el Golfo</i> (1986) o la verdad sospechosa	323
2. En el corazón del mundo obrero: <i>Hijos del águila</i> (1989) de Gerardo de la Torre	333

3. Un viaje a la utopía: <i>Quemar los pozos</i> (1990) de David Martín del Campo	343
4. Otras voces: Francisco Martín Moreno, Luz Fernández de Alba y Lorenzo León	353
Epílogo	355
Apéndice	
Obras sobre el petróleo mexicano y la vida social	366
Referencias bibliográficas	371

INTRODUCCIÓN

ESTE LIBRO ES EL RESULTADO DE UNA INQUIETUD por registrar las formas en que la literatura ha percibido la vida social vinculada a la explotación petrolífera en México; cómo se ha apropiado del tema y cómo lo ha representado a través de una diversidad de circunstancias históricas, sensibilidades e ideologías.

El petróleo es parte de nuestra vida cotidiana en este inicio del siglo XXI; estamos tan acostumbrados a sus productos, respecto a la organización doméstica y los transportes, que apenas tomamos en cuenta su origen. Sin embargo, no podemos dejar de prestar atención a las innumerables noticias que leemos o escuchamos a diario, acerca de alzas y bajas del hidrocarburo nacional en el mercado que afectan nuestra economía doméstica; acerca de cuantiosos robos en los ductos que generan la escasez de combustible y provocan accidentes; acerca de derrames que envenenan los mares y dañan el equilibrio ecológico del planeta. Sobre estos problemas existe ya una nutrida bibliografía especializada que me ha servido de marco de referencia, pero no son esos los intereses de este estudio, sino la modesta relectura de algunas narraciones sobre la industrialización del mineral en el México del siglo XX.

No voy a referirme a los usos del petróleo en el mundo prehispánico, de los que dan cuenta fray Bernardino de Sahagún en su *Historia general de las cosas de la Nueva España* (1989/2000) y Gonzalo Fernández de Oviedo, en su *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra-firme del mar océano* (1992). Ese oscuro *chapopotli* que el mar aventaba a la orilla servía como cosmético, goma de mascar o medicina, dice Sahagún. De las crónicas sólo deseo rescatar la connotación, con frecuencia negativa, del betún al que en la isla de Cubagua, relata Fernández de Oviedo, algunos naturales llamaban “petrolio”; otros, “asfalto”; y otros más “*stercus demonis*”, excremento del demonio. Así,

desde el siglo xvi se señala el líquido como algo maldito y, para nuestro imaginario colectivo, este “jugo de la tierra” lleva la impronta de lo pernicioso. Inevitable recordar “los veneros de petróleo” que “el diablo” escribió a la patria, en el poema de Ramón López Velarde, infinidad de veces citado en la literatura sobre el tema. Descarté asimismo hablar de las curiosas aplicaciones que, además de servir como combustible, tenía el aceite de piedra al inicio del siglo xx, tanto en Europa como en México. Para tener un atisbo de tales usos, pienso en un cuadro Art Nouveau del modernista checo Alphonse Mucha, que muestra una figura femenina con bellísima melena rizada, anunciando un aceite para el cabello llamado precisamente Petróleo. O bien, en una nota del mexicano Renato Leduc (1986), que comenta el hábito de emplear el mineral como ungüento para curar el reumatismo.

Dado mi interés de muchos años en estudiar la narrativa mexicana de intención testimonial, he seguido la saga de narraciones — y una singular obra de teatro — centradas en la explotación del hidrocarburo mexicano en el siglo xx. Como país poseedor de la riqueza mineral, pero no de las posibilidades de aprovecharla, México depende de los países con más recursos; de ahí que la extracción, uso, distribución y venta del petróleo adquieran matices simbólicos, vinculados a nuestra identidad y nuestro sentido de nación. Algo similar ocurre en Venezuela donde también existe una abundante literatura de ficción sobre la misma problemática y algunos libros de crítica que la estudian.

En el caso de México, el primer estudio que intenta reunir y sistematizar la literatura del hidrocarburo es la tesis de maestría, presentada en 1957, en la Universidad Nacional Autónoma de México, por Helen Luise Rapp, con el título *La novela del petróleo en México*. Posteriormente, en la misma institución, la tesina de licenciatura de María de Lourdes López Alcaraz se ocupa de tres novelas sobre el tema (1976). Más adelante, contamos con un esclarecedor ensayo de Luis Mario Schneider, “La literatura del petróleo en México” (1989), que está en el fundamento de mi trabajo.

Las obras literarias, y artísticas en general, no sólo se relacionan con el placer y el conocimiento, sino con los procesos coloniales o

imperialistas de los que forman parte, como apunta Edward W. Said (1993). Sin embargo, mucho antes de las atinadas observaciones del crítico palestino-estadounidense, al menos desde finales del siglo XIX, los latinoamericanos hemos contado con una tradición de estudiosos que deja clara la inevitable impronta del contexto histórico sobre las producciones culturales de los países colonizados, subdesarrollados o dependientes. Así, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, por citar algunos grandes nombres, han asentado cómo los nativos de estas regiones empezamos a descubrirnos y a conocernos desde la mirada ajena, la de conquistadores y cronistas. De manera similar, por lo que hace a la literatura del petróleo, las narraciones iniciales fueron escritas por norteamericanos. De ahí que estas notas pudieran ser de utilidad para la historia de la dependencia.

Mi intención fue seleccionar narraciones extensas, preferentemente novelas, pero en casos excepcionales me refiero a alguna crónica que considero que tiene valor literario. Excluí comentar relatos pues la selección se ampliaría muchísimo; aun cuando existen algunos muy dignos de atención, como el del escritor austriaco Gustav Meyrink, titulado en español “Petróleo-petróleo”, escrito a principios del siglo pasado, en 1903. El cuento tiene un carácter profético apocalíptico y relata cómo una gran explosión entre Tampico y Veracruz amenaza con cubrir los mares con petróleo (Meyrink 1947). Tampoco me refiero a narraciones que toquen el tema de manera marginal.

De un total de 34 narraciones publicadas en el siglo XX, seleccioné 18 que dan cuenta de cómo fueron transformando la vida social los primeros hallazgos de yacimientos petrolíferos, de los distintos procesos de industrialización y comercialización, de las condiciones de vida de los trabajadores mexicanos y la organización sindical, de la gesta de la nacionalización, y de la corrupción en la empresa paraestatal Petróleos Mexicanos. El corpus permite apreciar los puntos de vista de las empresas extranjeras y los de los mexicanos, y en este caso las coincidencias y diferencias entre los escritores pertenecientes a distintas generaciones.

La selección del corpus por supuesto no está exenta de subjetividad, si bien traté de dar preferencia a los escritores mexicanos canó-

nicos. La ausencia de explicaciones minuciosas sobre determinados libros no implica una opinión negativa sobre su calidad literaria, simplemente en este caso no me pareció que agregaran nueva información a los textos incluidos. No obstante, están todos enlistados en el apéndice y, en el apartado correspondiente, de acuerdo a la cronología, incorporo un brevísimo comentario de cada uno, que pudiera ser útil a otros investigadores.

En cada caso, inicio con una presentación del autor en su contexto histórico y menciono el sitio que ocupa en su trayectoria el texto petrolero. Me pareció necesario, al tratarse de escritores extranjeros, saber las razones que los trajeron a este país y las condiciones de su estancia.

Por lo que hace a la dinámica interna de los textos, se centró, dentro de una síntesis global, en el análisis de las voces narrativas, tendiendo a esclarecer la ideología dominante.

Atendiendo a un ordenamiento básicamente cronológico, pero señalando las diferencias de concepción frente al tema, de acuerdo a la situación de los autores, este ensayo está estructurado en seis grandes partes.

El apartado inicial se titula “Miradas desde la metrópoli. Mercenarios, populares y exquisitos” y se centra en tres obras de los estadounidenses Jack London, Isabel Ostrander y Joseph Hergesheimer.

Jack London, por mucho tiempo un ídolo de las izquierdas en todo el mundo occidental, fue el primer escritor norteamericano notable que se ocupó de la Revolución mexicana. Convencido del internacionalismo proletario, demostró pública solidaridad con los insurrectos de 1910, en especial con los magonistas exiliados en los Estados Unidos. Como es sabido, en forma paralela al movimiento por la democracia iniciado por Francisco I. Madero en la capital, en 1911, la corriente de Flores Magón desarrollaba en la península de Baja California una alternativa revolucionaria encabezada por el Partido Liberal Mexicano.

Sin embargo, pocos años después, en abril de 1914, London vino a México, a cubrir y legitimar la invasión norteamericana como reportero de la revista *Collier's*. Al momento de la escritura de estos reporta-

jes, se iniciaba una etapa dorada de la industria petrolera en el país: se descubrían nuevos yacimientos; la producción, en manos de británicos y norteamericanos fundamentalmente, aumentaba; y la demanda crecía debido a la producción automovilística en serie y a la Gran Guerra.

No obstante, el escritor socialista encontró en Tampico, como dejan entrever sus notas, una situación complicada. Aún seguía en el gobierno mexicano Victoriano Huerta, quien iba a renunciar menos de un mes después, el 15 de julio. Y tanto los empresarios del petróleo como la población en general padecían la confusión de autoridad entre los huertistas, que habían tomado el poder, y las tropas constitucionalistas leales a Venustiano Carranza, las cuales habían invadido los campos petroleros.

Las crónicas enviadas por London son las primeras que, con calidad literaria, presentan estampas del paisaje del Tampico industrializado.

Isabel Egerton Ostrander, escritora relativamente olvidada en la actualidad, tuvo muchos lectores en los años consecutivos a la Primera Guerra Mundial, en el ámbito de la literatura de masas, como autora de textos detectivescos. En 1918, publica *The Fifth Ace* (*El quinto as*) con el seudónimo de Douglas Grant. Esta especie de novela rosa, fusionada con elementos de intriga detectivesca, relata un romance en el contexto del Tampico petrolero. Una historia de amor protagonizada por un joven ingeniero norteamericano, venido al puerto para trabajar en una compañía llamada Mexamer Oil Company, y una bella y valiente chica asimismo norteamericana quien, por azares del destino, vivía en el pueblito tampiqueño. La pareja representa, como es de suponerse, los valores positivos en un medio dominado por la codicia.

El quinto as fue escrito en una etapa en la que la abundancia del mineral mexicano era bien conocida en el mundo. Sin embargo, lo mexicano en la narración constituye apenas un escenario exótico, mágico y salvaje, de los amores e intrigas de los personajes; poco se dice sobre los procesos de industrialización del hidrocarburo. La xenofobia que impregna la novela y la exaltación del nacionalismo era frecuente

en los libros norteamericanos de entreguerras destinados a las masas. El interés de esta obra reside en que permite vislumbrar las confusas y fantasiosas concepciones que la escritora y, presumiblemente, un amplio sector de lectores tendrían en ese momento sobre México.

No es sino hasta 1926 cuando aparece la primera novela extensa que he encontrado dedicada a la explotación del petróleo mexicano, *Tampico* de Joseph Hergesheimer. Este autor norteamericano esteticista gozó de mucha popularidad en la década de 1920, y después ha sido virtualmente relegado. La obra, que se tradujo al español por primera vez en 1929, contribuye a fijar los confines de la ciudad portuaria tamaulipeca en la geografía literaria.

El protagonista de *Tampico* es un alto empleado de confianza de una compañía petrolera norteamericana que llega al puerto mexicano después de una larga ausencia. Su arribo se ubica en algún momento de la presidencia de Álvaro Obregón (1920-1924), y su anterior estancia había sido a inicios del siglo, menciona a Porfirio Díaz y a los primeros gobernantes después de la Revolución.

A través de las impresiones y divagaciones del personaje, se introduce la situación del enclave mineral en partes de Tamaulipas y Veracruz durante distintos momentos. La novela recrea los convulsos y violentos años de la década de los veinte en esas zonas, desde el punto de vista de los extranjeros inversionistas. Pese a ciertas vacilaciones del autor, como puede verse en el comentario, queda clara la voracidad de los estadounidenses petroleros, su arrogancia y desprecio por los mexicanos.

La segunda parte del libro, “Voces mexicanas descubren el hidrocarburo”, se centra en los primeros cuatro escritores nacionales que se apropian de la problemática de la industrialización del mineral con fines literarios. El mismo año, 1927, tres autores con proyectos escriturales literarios disímiles, Francisco Monterde, Mauricio Magdaleno y José Manuel Puig Casauranc, y en 1928 Xavier Icaza, publican textos inspirados en la misma realidad histórica, lo cual deja ver la importancia del tema en la década de los veinte de la pasada centuria.

Los historiadores hacen notar las batallas de Venustiano Carranza para que, de acuerdo con la Constitución de 1917, la nación recu-

perara el control sobre el petróleo; dado que en el antiguo régimen la legislación establecía que el aceite de piedra era propiedad del dueño de la superficie donde se encontrara. Así es justamente durante el segundo decenio del siglo xx, cuando se va asentando el gobierno emanado de la Revolución, que el tema del oleaginoso se imbrica con el proyecto del desarrollo nacional mexicano.

El contexto de las cuatro obras que aparecen en 1927 y 1928 es la presidencia de Plutarco Elías Calles, quien había intentado limitar el control del mineral por parte de las compañías extranjeras, e incluso quitárselo. Sus intentos fueron impedidos por el poder capitalista.

Aunque el corpus de este ensayo rastrea sobre todo narraciones, no podía dejar de incluir la pieza dramática de Francisco Monterde *Oro negro* por hallarse, reitero, entre los testimonios mexicanos fundadores del tema.

La anécdota de la obra teatral se enfoca en una familia de hacendados, rodeada por grupos de trabajadores, habitantes de una región cercana a Tuxpan, zona petrolera, en la Huasteca veracruzana. La familia organizada de manera patriarcal, propia del viejo régimen, está muy vinculada laboral y afectivamente a la tierra, y cae en una pendiente de destrucción cuando, a instancias de uno de los miembros, en connivencia con empresarios extranjeros, se inicia en sus campos la búsqueda del mineral.

Mapimí 37 es la primera novela del escritor canónico Mauricio Magdaleno, y al que quizá le pareció poco importante, pues no parece haberse preocupado por reeditarla. Sin embargo, reelaboró el mismo material en una obra de teatro posterior, *Pánuco 137*, publicada en 1933.

La historia narrada en *Mapimí 37* se ubica más o menos una década después del cese de la lucha armada de la Revolución. Describe las tribulaciones de una familia de rancheros, profundamente apegados a la tierra, que se juntan con otros agricultores para oponerse a los inversionistas foráneos, cuando se descubre petróleo en la zona. Sin embargo, como en otras novelas de Magdaleno, hay un funcionario mexicano que se alía con los empresarios para obtener beneficios personales. El fracaso de los personajes simboliza el de las pequeñas co-

munidades de la Comarca Lagunera, y aún el del país, para resistir la penetración del capital extranjero. La historia se enlaza con las múltiples manifestaciones de la literatura antiimperialista latinoamericana.

La otra narración publicada el mismo año es *La hermana impura* de José Manuel Puig Casauranc, médico y funcionario de alto nivel en el gobierno revolucionario.

La hermana impura, novela breve bastante desatendida por la crítica, aunque llevada a la pantalla cinematográfica, responde a los lineamientos del realismo decimonónico. Ofrece las historias de dos jóvenes mujeres, una, portadora de todas las cualidades positivas, hija de un rico empresario petrolero tampiqueño, y la otra, de oficio prostituta; así como los avatares amorosos de ambas con un ingeniero. El marco de estas peripecias es el puerto de Tampico en pleno ascenso petrolero, hacia el final de la segunda década del siglo, cuando el país, después de la guerra civil, empezaba a pacificarse, aunque aún había revueltas. La situación del puerto, en el contexto sociopolítico de la nación, con menciones de lugares, fechas y personas que tienen un referente histórico, cobra tal fuerza que de ser un simple entorno geográfico pasa, en algunos pasajes, a ocupar un primer plano.

Pero más aún a causa del ambiente social que del geográfico, la prostituta Estela, producto lamentable de las limitaciones nacionales, es el equivalente simbólico del Tampico petrolero: una y mil veces vendida, penetrada, expoliada, explotada, destruida, repartida, más o menos con su anuencia, por nacionales y extranjeros. Como el petróleo, ella es sucia e impura; la región y la mujer comparten la situación de verse envilecidas como objeto de compraventa.

Con independencia de la voz dominante, que es claramente clasista, la novela importa por su eficaz representación de la bonanza petrolera y la atmósfera de locura, corrupción y violencia generada por ella.

En la novela el ingeniero muestra rasgos de identificación con la política de Plutarco Elías Calles que se propuso modernizar al país reconstruyendo instituciones. Pero, aunque Calles intentó reafirmar el dominio de la nación sobre el petróleo, lo que lo condujo a fricciones con las empresas y el gobierno estadounidenses, el personaje simpatiza más con las compañías petroleras en Tampico que con los gobier-

nos revolucionarios, a los cuales considera corruptos. Así, en distinta medida representa las propuestas y contradicciones del autor.

La vanguardista novela *Panchito Chapopote. Retablo tropical o relación de un extraordinario sucedido de la heroica Veracruz* (1928) de Xavier Icaza es considerada la mejor del autor y la más estudiada.

Icaza fue abogado, docente, periodista y escritor. Practicó diversos géneros. Se inicia con obras más bien decimonónicas, pero en *Panchito Chapopote...* experimenta con las técnicas estridentistas y hace gala de sentido del humor. Se refirió al tema del petróleo, así como al de la Revolución mexicana, desde el ensayo; y fue un decidido partidario de la expropiación. En términos generales, su producción literaria se caracteriza por una intención popularizante y nacionalista, lo cual lo aproxima a la propuesta cultural del Estado mexicano, pese a que en *Panchito Chapopote...* parodia el discurso demagógico de los caudillos. El *Retablo tropical o relación de un extraordinario sucedido de la heroica Veracruz* es uno de los textos más interesantes, desde el punto de vista literario, de todo el corpus seleccionado.

Los cuatro autores analizados en este apartado coinciden en representar al petróleo no sólo como parte de las entrañas geográficas del subsuelo, sino de la identidad nacional. Registran en ámbitos regionales los primeros hallazgos del aceite de piedra, visto por los campesinos como una maldición viscosa y maloliente que impedía la prosperidad de las cosechas, hasta que comprenden la posibilidad de la sustancia de generar riquezas. En tres de las narraciones, la industrialización del mineral a manos foráneas es un proceso execrable, pues comporta tanto la destrucción de la naturaleza como la desgracia de los seres humanos. La excepción es la novela de Puig Casauranc, que atribuye el efecto exterminador del mineral más a la corrupción de los políticos que a las compañías foráneas.

Tres escritores extranjeros concuerdan, en un sentido lato, con las propuestas ideológicas de Monterde, Magdaleno e Icaza; se trata de Upton Sinclair, B. Traven y Carleton Beals. A propósito del petróleo, estos intelectuales contestatarios proclaman una profunda crítica al sistema capitalista, comentada en la tercera parte “Entre la metrópoli y el enclave”.

Upton Sinclair es un escritor clásico de los llamados *muckrakers* — buscadores de escándalos —, autores estadounidenses que, a principios del siglo xx, se dedicaron a investigar las zonas oscuras del salvaje capitalismo ejercido por su país, y a denunciarlas en sus artículos periodísticos, ensayos históricos y novelas. Estos apasionados críticos de los actos corruptos, intransigentes defensores de la libertad de expresión, no parecen haber perdido la fascinación por la grandeza de la democracia norteamericana.

El tema del petróleo, sin el cual el desarrollo capitalista es impensable, fue una de las inquietudes constantes de esta corriente. En este contexto, Sinclair, prolífico creyente en la literatura como instrumento del cambio social, publica en 1927 su novela *Oil!* (*¡Petróleo!*) donde aporta, entre muchos otros temas, su visión de la industria petrolera.

Incluyo la novela en este recuento aunque se refiere al crudo de California cuando ya no era territorio mexicano, por varias razones. Una es que aparecen en la trama, como personajes incidentales, trabajadores mexicanos. Otra, uno de los protagonistas fue laxamente modelado sobre un magnate petrolero norteamericano que tuvo grandes inversiones en México, Edward C. Doheny, a quien se alude en varias novelas. Otro motivo más es que las obras de Upton Sinclair fueron muy leídas en América Latina y constituyen modelos para la copiosa narrativa antiimperialista, exacerbada en nuestro continente hacia el final de la década de los veinte y los treinta de la pasada centuria.

El enigmático escritor B. Traven, anarquista alemán perseguido por el fascismo, tras un peregrinaje clandestino por varios países llegó a México alrededor de 1924, en algún momento entre los gobiernos de Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, y aquí permaneció hasta su muerte. Pese a que no escribió en español, se le considera con legitimidad un escritor mexicano, porque muchas de sus novelas y relatos versan sobre los marginados y oprimidos de nuestro país, en la primera mitad del siglo xx.

Su novela *Rosa Blanca* o *La Rosa Blanca* fue publicada originalmente en alemán en 1929; su traducción al español apareció en 1940,

en una edición que el autor desacreditó. No fue sino hasta 1951 que se publicó la versión autorizada en español de la novela.

Considerada una narración clásica de la problemática petrolera en México, objeto de innumerables reediciones y de una afamada versión cinematográfica, *Rosa Blanca* relata la destrucción de una utopía indígena-campesina en la región de la Huasteca, a manos de los inversionistas extranjeros, ávidos de tierras con yacimientos del mineral. Ha sido leída como una afirmación del apoyo de Traven a la política de Plutarco Elías Calles, quien — reitero — se proponía aumentar el control de la nación mexicana sobre el petróleo.

La cuarta parte, titulada “‘Quemar los pozos’”, se dedica a la saga de la expropiación a través de un caleidoscopio de textos surgidos de distintas miradas.

Después de la Revolución de 1910, el proceso de recuperar para México el control de los yacimientos petrolíferos, conducido por Lázaro Cárdenas y sus mejores colaboradores, y secundado por grandes sectores sociales, que culmina en la nacionalización del mineral, ha sido el gran episodio épico de nuestra historia, una eclosión de nacionalismo como no se ha vuelto a repetir. En concordancia con el devenir histórico, surgen las novelas que, combinando testimonio y ficción, describen la violencia y las extorsiones padecidas por los habitantes de las Huastecas a manos de las voraces compañías extranjeras, hasta el momento de la expropiación.

Aquí comento las tres novelas de escritores mexicanos que me parecen más representativas, la de López y Fuentes, que tenía alrededor de 43 años en el momento de la expropiación; la de José Mancisidor, que contaba con un año más de edad, y publica su narración décadas después, en 1955; y la de Héctor Raúl Almanza, de 26 años cuando la declaración del rescate, aparecida también en 1955.

Gregorio López y Fuentes, revolucionario, periodista y narrador, nació en una familia modesta que habitaba un rancho perdido en la Huasteca veracruzana. Practicante del testimonio y el realismo social, toma sus materiales de la historia mexicana del siglo xx. Prolífico narrador, recrea la lucha armada que se inicia en 1910, noveliza el problema agrario, describe la vida de los indígenas mexicanos,

además de interesarse en la problemática petrolera y su relación con el nacionalismo. *Huasteca*, publicada en 1939, ha sido objeto de comentarios críticos muy negativos; sin embargo, muestra la principal aportación literaria del autor: el personaje colectivo. La novela le permite ficcionalizar una visión positiva del cardenismo y el proceso nacionalizador incluyendo información recopilada en su práctica periodística.

Incluyo asimismo en esta parte un texto singular, el supuesto libro de viaje del británico convertido al catolicismo Evelyn Waugh, publicado también en 1939. Waugh, brillante narrador, vino a México en 1938, a escribir por encargo un texto contra la Expropiación cardenista del mineral. La traducción al español de esta invectiva, que presenta sin disimulo alguno la óptica de los países capitalistas, no aparece sino hasta 1996 y ha sido objeto de muchas lecturas de intelectuales mexicanos.

En 1953, quince años después de la nacionalización del petróleo y dieciséis después de la publicación de *Huasteca*, de Gregorio López y Fuentes, el periódico *El Nacional* premió en su concurso de novela una narración sobre el mismo tema, *El alba en las simas* de José Mancisidor. La obra se publicó en 1955, bajo el sello de la editorial Botas.

Nacido en el puerto de Veracruz, Mancisidor, de familia humilde, estudió en la escuela de la Secretaría de Marina y en 1914, cuando los marinos estadounidenses invadieron el Puerto, participó en las fuerzas defensivas. Combatió en la Revolución como constitucionalista, fue funcionario público, y dirigente de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios. Desarrolló una fructífera labor intelectual, siempre desde una orientación proletarizante. Ingresa a la historia de la literatura mexicana como novelista de la Revolución. *El alba en las simas* relata una parte del proceso de la nacionalización del petróleo mexicano. La narración inserta palabras textuales del presidente de la República y coincide absolutamente con la versión cardenista de la historia. Como otras obras del autor, la novela adolece del maniqueísmo inherente a casi toda la literatura de tesis.

Nacido en San Luis Potosí en 1912, Héctor Raúl Almanza no fue un escritor profesional, ejerció la abogacía, la diplomacia, la docen-

cia y escribió artículos de opinión. En forma paralela publicó varias novelas sobre los trabajadores y los marginados del siglo xx mexicano. Su tercera novela, *Brecha en la roca*, al igual que *El alba en las simas*, se refiere a la Expropiación petrolera; fue escrita en 1953 y publicada en 1955, y se inscribe asimismo en la tradición decimonónica realista. Si bien poco atendida por la crítica, *Brecha en la roca* no sólo ofrece un sensible panorama de las condiciones de vida cotidiana de los obreros del petróleo, sino un valioso registro de los inicios de su organización sindical.

La importancia de la nacionalización petrolera concitó el interés de autores pertenecientes a diversas generaciones, que fueron escribiendo textos diversos a los cuales aludo muy brevemente en el último capítulo de esta cuarta parte. Me refiero a Elvira Vargas, César Garizurieta, Rosa de Castaño, Jorge García Granados, Tina Sierra, Antonio Rodríguez, Indiana Nájera, Rodolfo Benavides, Javier Santos Llorente y Martha Chávez Padrón. Las obras fueron publicadas entre 1938 y 1988.

A excepción de Martha Chávez Padrón, que viene al mundo en 1925 y se inscribe en la Generación del Medio Siglo, todos los escritores mencionados en este capítulo nacieron en la primera década del siglo xx y se ubican en las generaciones de 1915 y 1929. Me parece una acotación importante en cuanto al orden de este trabajo, donde hubo que combinar otros criterios con el estrictamente cronológico en que las obras vieron la luz. Aunque algunas de las novelas incluidas en la sexta parte coincidan en las fechas de publicación con las mencionadas en la cuarta, están en otro apartado porque son expresión de autores pertenecientes a la Generación del 68 y posteriores.

Entre ambas partes, cuarta y sexta, comento una novela sui géneris, que merece un espacio para sí. En *La cabeza de la hidra* (1978), Carlos Fuentes, uno de los escritores emblemáticos de la Generación del Medio Siglo, reafirma su simpatía con el cardenismo a través de una divertida historia de espionaje internacional, centrada en una etapa de abundancia del mineral mexicano. En la trama, de signo humorístico, el autor va insertando sus obsesiones, la indagación sobre lo mexicano y el papel en éste de los mitos occidentales y prehispáni-

cos, su filiación shakespeariana, su cinefilia, entre otras, en el marco de una concepción global, todo en México se vuelve parodia.

La sexta parte se titula “A la distancia. El petróleo expropiado según la Generación del 68: Héctor Aguilar Camín, Gerardo de la Torre, David Martín del Campo, y otras voces”.

En los ochenta, algunos artistas pertenecientes a la Generación de 1968, y de algunos años posteriores, retoman el interés en la temática del petróleo. Así lo hace Héctor Aguilar Camín, prolífico intelectual nacido en 1946, en Chetumal, Quintana Roo; una voz influyente en la cosa pública, que ha ejercido diversas prácticas escriturales alrededor de una preocupación constante por la historia y la crónica del presente nacional. Polígrafo, a través de una mirada de analista y crítico social, ha desarrollado una interesante producción narrativa.

En 1984 publica *Morir en el Golfo*, en donde aborda, a través de una ágil trama de intrigas y venganzas, la corrupción y el poder del liderazgo gremial del petróleo, un ángulo antes apenas tocado en la literatura. Esta novela política aparece en una etapa donde la épica popular de los tiempos del desborde nacionalista, propiciado por las acciones de Cárdenas y su equipo, estaba lejana. Una saga heroica que en su momento parecía estar desligada de la consolidación del corporativismo gubernamental al que en el futuro contribuiría, entre otros sindicatos, el petrolero. La narración plagada de ambigüedades se distancia del maniqueísmo tan frecuente en las obras anteriores.

Morir en el Golfo deja ver un sello característico de muchos intelectuales de la Generación del 68, la desilusión crítica del sistema político mexicano.

En contrapunto con la mirada de Aguilar Camín, está la producción narrativa de Gerardo de la Torre, quien viene al mundo en Oaxaca en 1938, justo el año de la Expropiación, en una familia de trabajadores del petróleo. Empezó su vida como obrero en la refinería de Petróleos Mexicanos en Azcapotzalco, y militó en el Partido Comunista Mexicano y en otros grupos paralelamente a su práctica profesional como narrador. Ha explicado varias veces la huella que le dejó el movimiento estudiantil de 1968.

De la Torre coincide con otros integrantes de su generación en la ya mencionada decepción del sistema político y la búsqueda de nuevos caminos de cambio social. Comparte asimismo con el grupo de escritores asociados con la Onda la irreverencia frente a lo establecido. Ha puesto en las páginas de cuatro novelas — y algunos relatos — invaluable testimonio de la vida y pensamiento de los obreros del petróleo: *Ensayo general* (1970), *Muertes de Aurora* (1980), *Hijos del Águila* (1989), y *Los muchachos locos de aquel verano* (1992). En este trabajo, elegí referirme a *Hijos del Águila* porque es una de las narraciones mejor acabadas del autor y porque se enlaza con las restantes novelas sobre la expropiación del mineral.

David Martín del Campo nació en 1953, en la capital mexicana, estudió ciencias de la comunicación, cine y fotografía y se ha dedicado a la práctica periodística en forma paralela a su escritura ensayística y narrativa. Por su nacimiento, el escritor desborda un poco las fechas convencionales de la Generación del 68, que tiene su límite en 1950. No obstante, se le suele incluir en ella por las similitudes que guarda con los integrantes de esta generación, el interés político, la asunción, con libertad y sin dogmatismos, de una óptica de izquierdas, la vuelta al realismo en su obra.

Cuando se llevó a cabo la expropiación del petróleo mexicano, David Martín del Campo no había nacido. En 1990, en una etapa de madurez, cuando ya contaba con cerca de una decena de libros publicados y diversos reconocimientos, da a luz su novela *Quemar los pozos*, sobre la nacionalización del hidrocarburo.

Quemar los pozos ofrece un panorama dinámico donde actúan, escriben, hablan, integrantes de muchos grupos sociales. Se sustenta en minuciosas lecturas testimoniales, y con gran economía selecciona algunos momentos significativos acerca de uno de los procesos más estudiados y documentados en la historia de México. Es, además, una narración de excelente factura y texto de gran valor didáctico.

Resulta interesante que David Martín del Campo, en la década de los noventa, cuando el sistema político ha entrado en un claro declive, vuelva su mirada hacia atrás, recreando un episodio de afirmación de la nacionalidad. La nostalgia del cardenismo en el momento

de la Expropiación, de ese momento casi utópico en el que el pueblo y los gobernantes conjuntamente lucharon en defensa de la nación, continúa presente en esta novela.

De ahí que *Quemar los pozos* me haya parecido la narración más adecuada para cerrar este trabajo, pese a no ser la última que se publicó. En el siguiente capítulo de esta parte menciono otras novelas asimismo publicadas en las dos décadas finales del siglo xx.

El interés en la incidencia del oro negro en la vida social, como problemática literaria, está lejos de haber terminado. Ya en el siglo XXI he registrado cinco novelas, que están fuera del corpus, sólo las enlisto en el apéndice.

Sin pretender ni remotamente agotar el tema, sí pienso que la selección ilumina, como la lámpara del poema de José Emilio Pacheco citado en el epígrafe, las varias formas en que los procesos industrializadores del hidrocarburo han influido en la vida de los mexicanos.

PRIMERA PARTE
MIRADAS DESDE LA METRÓPOLI. MERCENARIOS,
POPULARES Y EXQUISITOS: LONDON,
OSTRANDER, HERGESHEIMER

El petróleo suscita grandes emociones y grandes pasiones, porque el petróleo es sobre todo, una gran tentación. Es una tentación de grandes sumas de dinero fácil, de riqueza y fuerza, de fortuna y poder. Es un líquido sucio y apestoso que brota alegre hacia lo alto para luego caer sobre la tierra en forma de lluvia de hermosos billetes

Ryszard Kapuściński

LONDON SE DETUVO EN MÉXICO (1914)

EL ESCRITOR SOCIALISTA VIENE A MÉXICO

Abril de 1914. Jack London, arquetipo del escritor socialista, apuesto y carismático, exitoso y aventurero, se embarcaba en el puerto de Galveston rumbo a Veracruz, junto con la Quinta Brigada de marinos norteamericanos. Al mando iba Frederick Funston, comandante de la intervención en México; la misión del literato era la de elaborar reportajes de la invasión para el semanario *Collier's*, muy leído por el público de los Estados Unidos.

Pocos años atrás, el popular narrador, como otros intelectuales izquierdistas del vecino país, se había interesado en la insurrección revolucionaria de 1910. De hecho, al decir de D. Wayne Gunn, London fue el primer escritor americano notable que se ocupó de este movimiento (Gunn 1977: 66).

El primer acercamiento de Jack London a la causa mexicana había sido a través de la labor de los grupos magonistas exiliados. En forma paralela al movimiento reformista iniciado por Madero en la capital, en 1911 se desarrollaba, en la península de Baja California, una alternativa revolucionaria. Se trataba de la corriente de Flores Magón y su órgano dirigente, la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano (PLM), que enarbolaba la bandera de “tierra y libertad”, relata el historiador Salvador Hernández. Los líderes del partido consideraban a la región de Baja California de gran valor estratégico para la revolución social, de ahí que se propusieran llevar a cabo una intensa tarea de agitación política que culminaría con la lucha armada. La campaña impulsada por el PLM en Los Ángeles recibió el apoyo de socialistas, anarquistas y los llamados *wobblies*, miembros de organización obrera Industrial Workers of the World. La IWW agrupaba, entre otros, a miembros de minorías étnicas, en especial trabajado-

res chicanos que vivían en California (Hernández 1975). Uno de los intelectuales norteamericanos que demostró activamente su solidaridad con la causa magonista fue John Kenneth Turner, el autor del emblemático *México bárbaro* (1908).

A su vez, Jack London, amigo de Kenneth Turner, quiso mostrar su adhesión a la causa. Su empatía con los insurgentes mexicanos era consustancial a la vocación de internacionalismo proletario que había asumido desde muy joven. A los 18 años London había publicado su ensayo “Cómo me hice socialista”, y dos años después, en 1876, se había afiliado al Partido Socialista Laboral. En su escrito autobiográfico, relata cómo, sintiéndose un hombre fuerte, resistente, conquistador, regía su vida por una visión de mundo individualista y creía en un evangelio del trabajo. Tal visión se desmoronó, dice, cuando en su experiencia, no sólo como obrero sino como mendigo y preso, entró en contacto con los de abajo, los desechos del proletariado, los hombres enfermos, debilitados, destruidos por la explotación laboral (London 1894).

Sin embargo, el socialismo de London más que intelectual fue emotivo y no exento de contradicciones y paradojas. Su apasionada lectura de autores tan diversos como Marx, Darwin, Spencer y Nietzsche hizo con sus ideas una maraña que nunca llegó a desenredar, observa José Emilio Pacheco (1976).

En realidad, Jack London no abandonó jamás sus creencias juveniles, la certeza de que el ser humano está determinado por la naturaleza, y sus instintos animales prevalecen sobre la acción civilizadora. Mantuvo a lo largo de su vida el culto a la virilidad y la inherente devoción a la valentía en las situaciones límite, manifestados, por ejemplo, en las notas autobiográficas que acompañan el relato *Antes de Adán*:

A los quince años me sentía tan hombre como el que más, y hasta me gastaba los pocos centavos que vinieran a mis manos, no en bombones y golosinas, sino en amargos tragos de cerveza, porque parecíame muy apropiada semejante bebida para un hombre tan hombre como yo imaginaba serlo (London 1986: 7).

En 1911 London envió un manifiesto dirigido a “los queridos y valientes camaradas de la Revolución Mexicana”, que fue leído en un mitin magonista efectuado en Los Ángeles, California, y ampliamente difundido por la prensa socialista norteamericana. Comenzaba afirmando: “Nosotros los socialistas, anarquistas, vagabundos, ladrones de gallinas, forajidos e indeseables ciudadanos de los Estados Unidos [...], apoyamos con toda el alma sus esfuerzos para acabar con la esclavitud y la autocracia en México”. Y daba fin a su texto con las siguientes palabras: “Suscribo yo también como ladrón de gallinas y revolucionario” (London 1911). El autor de *Colmillo blanco* reiteraba su posición política en sus cartas, que solía finalizar con el lema “tuyo para la revolución”.

DE LA ÓPTICA PROLETARIA A LA IMPERIALISTA

Además de su proclama a los revolucionarios, el otro fruto del interés de London en el alzamiento de 1910 fue su excelente narración, *El mexicano*.

Esta novela corta cuenta la historia de un impasible, hierático y misterioso joven mexicano, José Rivera, que en Los Ángeles colaboraba con la Junta Revolucionaria haciendo la limpieza del local; y, a escondidas, boxeaba para obtener dinero que iba destinado a comprar armas para la sublevación mexicana. La culminación de la trama es la pelea con un famoso luchador, la cual el chico gana, pese a tener en contra a los organizadores de las peleas y al público. Al inicio de la contienda, su contrincante le había musitado “pequeña rata mexicana”, expresando el sentir de la mayor parte de los espectadores. Durante la pelea, las “visiones resplandecientes y terribles” que, con los ojos abiertos, tiene el muchacho, pertenecen sin duda a las mejores páginas de la narrativa de la Revolución mexicana, desde una perspectiva proletaria. Hay un eco de Engels en la descripción de los niños trabajadores:

Veía las paredes blancas de las factorías movidas por energía hidroeléctrica de Río Blanco. Veía a los seis mil trabajadores, ham-

brientos y descoloridos, y a los niños pequeños, de siete u ocho años de edad que realizaban agotadoras jornadas de trabajo por diez centavos al día. Veía los cadáveres deambulantes, las fantasmales cabezas de los hombres que trabajan en las secciones de teñido [...]. Una visión de incontables rifles cegó sus ojos. Todos los rostros del público, hasta donde podía llegar su mirada, incluyendo los asientos altos de un dólar, se transformaron en rifles. Vio la larga frontera mexicana, árida, calcinada por el sol y dolorida, y a lo largo de ella vio las bandas enardecidas a quienes sólo faltaban las armas (London 2010: 34, 39-40).

El mismo Jack London que había escrito esta narración, en 1914 firmó un contrato para cubrir y legitimar la invasión norteamericana a México. Por diversas razones, los siete artículos que envió a *Collier's* difieren ideológica y literariamente de sus anteriores producciones, especialmente de novelas como *El talón de hierro*.

El hecho de haber sido contratado como corresponsal de guerra, a un lugar en el que no había guerra, condujo al escritor a escribir reportajes sin tema, opina Elisa Ramírez, traductora y prologuista de los reportajes mexicanos. En el viaje a México el autor rompe con todo lo que antes representaba y queda desprestigiado (London 1991: 8, 23).¹

El prolífico narrador, ya un tanto distanciado de sus correligionarios y dedicado a su rancho, cuando viene a México termina por enemistarse con ellos un poco en razón de su actitud personal, viajar con su esposa y un valet, dedicarse a comprar joyas, entretener su ocio (17). Otro de los notables corresponsales que vinieron a México, Frederick Palmer, escribió: “No tardamos en padecer un terrible aburrimiento con nada que hacer excepto dar vueltas a la plaza y pasar el día con Jack London sentado hora tras hora en el café, en su mesa favorita, aparentemente convencido de que la inercia es una ayuda al estoicismo” (Gunn 1977: 78).

¹ Todas las citas de *México intervenido...* corresponden a la traducción de Elisa Ramírez (London 1991). En adelante se mencionará sólo la página.

Pero la confrontación de London con sus antiguos camaradas fue, sobre todo, a causa de la orientación de sus escritos. En tanto los radicales norteamericanos estaban en contra de la invasión imperialista, London ofrecía argumentos para justificarla. El último de sus artículos, sobre el viaje a Tampico, indicó a los socialistas que los había abandonado, considera Wayne Gunn (1977: 80). Para el escritor socialista, la invasión a México se trataba simplemente de un país superior, que iba a ayudar a uno bárbaro, incapaz de gobernarse, debido sobre todo a la impureza racial, al mestizaje, de la población.

Parece extraño, pero ya en 1899 London escribía a su amigo Cloudesley Johns:

El socialismo no es un sistema ideal, planeado para lograr la felicidad de toda vida, ni de todos los hombres; está pensado para la felicidad de ciertas razas similares. Está ideado así para fortalecer estas razas afines, para que sobrevivan y hereden la tierra cuando se extingan las razas inferiores, más débiles [...] Es la ley (London 1921: vol. I).

Y en una carta posterior, sólo salva de los peligros del mestizaje a algunas razas “puras” como los chinos, los japoneses, los alemanes y, en el caso de México, los yaquis (London 1921: vol. I).

De los siete reportajes agrupados en español bajo el título de *México intervenido*, el primero fue escrito desde Galveston, los cinco siguientes desde Veracruz y el último desde Tampico. En cada texto el escritor se dedica a exaltar la superioridad y los excelentes atributos de los norteamericanos: “un ejército de hombres blancos con genio hereditario para el gobierno” (89). Además hace gala de un absoluto desprecio e incompreensión del país asediado y sus habitantes. Por ejemplo, se refiere a un teniente mexicano como “un hombre pequeño, idiotizado de cansancio”; llama a los “indios-soldados” “criaturas bajas y bovinas”. Dice que en el interior del peón mexicano “hay una vena de salvajismo puro. Desde la antigüedad le deleitaba el sacrificio humano”. Y concluye: “no podemos llamar ni remotamente civilizados a los descendientes mezclados de españoles y americanos” (14,

45-46, 58, 61). Curiosamente el narrador, en cuyos mejores textos se exalta la audacia de los hombres y su cercanía con la naturaleza características asociadas a la barbarie, en México se pronuncia por lo contrario: se convierte en un adalid de los “civilizadores”.

DEL PETRÓLEO EN TAMPICO

A través del prisma ideológico conformado por sus prejuicios, sin duda compartidos por la mayoría de sus compatriotas, Jack London, en su reportaje titulado “Nuestros aventureros en Tampico” fechado el 27 de junio de 1914, asienta las primeras imágenes literarias, del siglo xx, de una región mexicana cuya fisonomía empieza a ser redefinida por la explotación del petróleo.

Tampico, tierra Huasteca considerada un paraíso por su feracidad y belleza durante el siglo xix y las primeras décadas del xx, recibe la visita del escritor socialista en los inicios de lo que sería la etapa de oro de la industria petrolera, con el hallazgo de nuevos yacimientos, el aumento de la producción y una demanda incrementada por la producción en serie de los automóviles y la Gran Guerra. Por supuesto, los procesos en relación al mineral estaban en manos de norteamericanos y británicos.²

London inicia su reportaje resumiendo sus ideas preconcebidas:

Mi impresión, antes de llegar a Tampico era que encontraría un típico puerto mexicano infestado de viruela, fiebre amarilla y unos cuantos aventureros mexicanos de dudosos antecedentes y perniciosas actividades. Había también oído que en Tampico y sus alrededores había pozos petroleros operados por los antedichos aventureros. Y era casi lo único que sabía, hasta que fui y vi (102).

² En el desarrollo de la industria petrolera en México desde el inicio del siglo hasta la Expropiación se observan varias etapas. La primera, de 1901 a 1910, coincide con los años finales del Porfiriato, explica Lorenzo Meyer, y durante esta etapa, la producción es relativamente baja y su ritmo de crecimiento es modesto. La segunda, entre 1911 y 1921, es la época dorada de la industria petrolera mexicana (Meyer 2009: 34-35).

Menciona que en la boca del Río Pánuco, “ambas vertientes están cubiertas con los tanques petroleros, que parecen enormes hongos en el paisaje”, y registra su satisfacción ante el panorama:

Quedé impresionado, no había soñado siquiera que nuestros aventureros trabajaran tanto [...]. Continuamos río arriba y, a orillas del cauce, se alineaban cada vez más terminales y tanques: la terminal de La Corona, la de El Águila, sobre ambas riveras del cauce; junto, los grandes y macizos edificios de la Standard Oil. Y ante mí, desfilaron los nombres de las compañías: National Petroleum, Waters-Pierce, Gulf Coast, La Huasteca, Combustibles Mexicanos, Magnolia Petroleum International, East Coast Oil... (103).

A continuación sus acompañantes le hacen notar su equivocación, “lo que confundí con Tampico eran las instalaciones para almacenar y refinar, las plantas de parafina y los agitadores de las refineras” (103).

Hace muchos cálculos acerca de la información obtenida sobre los buque tanques que llegan al Puerto y cargan nueve mil barriles por hora, sobre el costo de los barriles y los tanques de concreto donde se almacenan, sobre lo que las compañías invertían en equipo (104).

Más adelante se da cuenta de que Tampico era mucho más que la industria petrolera: contempla cocoteros, platanares, huertas de mango y milpas. Mira en el río los barcos cargados de “pollos, verdura, carbón, maíz, panela, plátanos, cañas y toda suerte de productos agrícolas” (109-110). Sin embargo, una y otra vez vuelve a comentar la extraordinaria riqueza del mineral en la región —le recuerda Klondike, donde había sido gambusino— y a jugar con las cifras. En un pasaje, reunido “con los jefes de las compañías” en una casa sobre una colina, sentado en un “cuarto caliente”, constata con satisfacción la “actividad febril” de la zona:

Los cerros más bajos estaban coronados por tanques de acero y depósitos. Las laderas junto al río estaban pobladas de talleres mecánicos, carpinterías, graneros, una planta de hielo, una planta eléctrica,

una fundidora y campos para las carretas, los coches, las maquinarias para construir caminos, las dragas, las aplanadoras. Sobre el río se alineaban los muelles y en los muelles los buque-tanques cargaban petróleo (104, 114).

En algún momento se topa con “una hilera de constitucionalistas a caballo”. Habla con simpatía de lo jóvenes que son — algunos adolescentes —, de las soldaderas, de la fascinación de ellos cuando los fotografiaba. Los califica de “niños ingenuos”, “rebeldes que cambian el tedio del trabajo diario por este festival permanente”, la Revolución.

El relato de este encuentro permite atisbar la complicada situación de Tampico, donde los empresarios del petróleo y la población en general padecían la confusión de autoridad entre los huertistas que habían tomado el poder y las tropas constitucionalistas leales a Venustiano Carranza que habían invadido los campos petroleros (Brown 1998: 200). Al momento de la escritura de este reportaje de London, aún seguía en el gobierno Victoriano Huerta, quien renunció menos de un mes después, el 15 de julio.

Una de las preocupaciones centrales del corresponsal es la situación de sus compatriotas en Tampico, refugiados en un hotel, amenazados por “la *chusma*” nacional, abandonados por su gobierno, si bien finalmente rescatados por alemanes (112).

El escritor corrobora sus ideas preconcebidas: en tanto los mestizos son “mentirosos, deshonestos y traidores”, los indios puros poseen “una inquebrantable integridad”. Por eso los de raza mixta querían destruir las propiedades de los gringos que les daban empleo, mientras que los indios permanecían leales a sus compromisos (110).

John Kenneth Turner asegura que London había sido comprado por los empresarios del petróleo en Tampico, quienes también habían intentado infructuosamente corromperlo a él con invitaciones obsequiosas. Afirma que el autor de *La llamada de la selva*, en sus artículos mexicanos, “invirtió todos los principios de su filosofía socialista”. Para el militante autor de *México bárbaro*, la explotación mineral era la verdadera causa de la presencia militar norteamericana en el país: “Aquí en Tampico, encontré las raíces de las fuerzas que

actúan malévolamente en Estados Unidos a favor de la intervención. Todos los privilegios del petróleo se encuentran en manos de los extranjeros” (Turner 2005: 324-325).

En la atmósfera de los escritos de London sobre Tampico, están siempre presentes, aunque apenas se mencionan, el calor constante y la enfermedad. Ya en otro de los reportajes titulado “Al acecho de la pestilencia”, se había dedicado a describir las estadísticas de mortandad en Veracruz. Menciona la “meningitis cerebroespinal” y la viruela. Vincula las “tierras calientes” — en español en el original — con la peste blanca, la malaria y la tuberculosis. Se siente orgulloso del desarrollo de las vacunas en su país, los marinos norteamericanos estaban inoculados contra diversos males y extendían su profilaxis a los lugares donde llegaban — “hemos acabado con la fiebre amarilla en Panamá” —. Gracias a los cuidados del ejército de ocupación “la disentería amibiana ocurre con poca frecuencia en Veracruz” (63-64, 68-69).

La obsesión por las enfermedades de la tierra caliente será reiterada en otra novela norteamericana, *Tampico* (1926), de Joseph Hergesheimer.

London vio confirmadas sus peores predicciones en el puerto tamaulipeco, contrajo una aguda disentería bacilar. Ni su salud, ni su prestigio político, ni la calidad de su escritura se recuperarían de lo que su esposa Charmian calificó como “el fracaso mexicano” (London 1921: vol. II, XXXVII).

Las narraciones de Jack London siguen atrayendo a los lectores, tal vez por la vitalidad que animó su vida y su obra como apunta Borges (1977: 62). De hecho, no obstante su evidente tropiezo en el trópico, el escritor continúa considerándose un clásico del socialismo. Es legendario que Lenin, en su lecho de muerte, pedía que le leyeran relatos de London, que Trotski asimismo lo valoraba. Ernesto, Che Guevara, era un lector devoto del narrador estadounidense como recrea Julio Cortázar en “Reunión”. Ricardo Piglia comenta con su habitual sagacidad este cuento, aclara que el relato evocado por el Che-personaje es “Hacer un fuego” y apunta que el ícono de la guerrilla latinoamericana “encuentra en el personaje de London el modelo de cómo se debe morir” (Piglia 2005: 104). Entre los escritores

de izquierda mexicanos, el aventurero y talentoso estadounidense continúa siendo una inspiración; basta recordar que José Revueltas, paradigma del intelectual contestatario, elaboró un guion cinematográfico sobre el relato “El mexicano” (Revueltas 1981: 158). Recientemente Mauricio Carrera publicó el ensayo *Un rayo en la oscuridad* (2012), donde revisa con lucidez la estancia de London en México.

A Jack London habría que juzgarlo, como a todo escritor, por sus mejores momentos. No obstante, más allá de mitificaciones y desmitificaciones, sus textos de 1914 sobre México nos permiten comprender con nitidez la complejidad y las contradicciones del pensamiento “del otro”. Nos posibilitan incursionar en la visión de aquellos escritores que, no obstante su trayectoria en la militancia hacia el socialismo, no pueden trascender del todo el sello de su pertenencia a un país colonizador.

ISABEL OSTRANDER: LAGUNAS ENCANTADAS,
HEROÍNAS Y VILLANOS; EL PETRÓLEO MEXICANO
EN UNA NOVELA DE MASAS ESTADOUNIDENSE (1918)

DE NOVELAS POPULARES

En mi rastreo de textos literarios sobre la temática del petróleo mexicano y la vida social a lo largo de la centuria pasada, encontré una curiosa novela que sitúa parte de su anécdota en Tampico, uno de los centros fundamentales de la producción del mineral. *El quinto as* (*The Fifth Ace*) se publica en 1918, signada por Douglas Grant, uno de los alias de la narradora norteamericana Isabel Ostrander; y no ha sido traducida al español.

Isabel Egenton Ostrander (1883-1924) fue una muy leída novelista en los años posteriores a la Primera Guerra Mundial, en el ámbito de la literatura popular o de masas, propia de las sociedades industriales. Las diversas manifestaciones literarias en formato portátil, de bajo precio y distribución masiva, cubren desde finales del XIX y principios del XX las necesidades del imaginario de muchos lectores en países industrializados como los Estados Unidos. De esos lectores comunes, que Umberto Eco llama “integrados”, “consumidores indefensos”, a quienes no les preocupa de dónde surgen las narraciones del libro o la revista que sostienen en las manos, ni el propósito con el cual se publican, en tanto les proporcione entretenimiento (Eco 2005: 28, 60).

Ostrander publicó tantos libros como años de vida tuvo, casi cuarenta novelas detectivescas, también clasificadas como “de misterio”, algunas firmadas con su nombre, otras con seudónimos masculinos: Robert Orr Chipperfield, David Fox y Douglas Grant. Todavía tiene lectores en la actualidad, si bien no como en sus mejores años, el catálogo de *Amazon* enlista una decena de sus novelas reimprimadas en 2012 —ya todas rubricadas con su verdadero nombre—, y varias

pueden encontrarse digitalizadas en la red electrónica. Asimismo, es interesante el hecho de que seis de sus narraciones inspiraron películas o series televisivas.

Situadas en una de las franjas de obras no canónicas, las novelas de esta autora no han sido objeto de mucha atención por parte de la crítica. Se encuentran enlistadas en los inventarios de temas detectivescos, del tipo de *Mystery File*. A diferencia de la mayor parte de sus narraciones, *El quinto as* se ubica en los catálogos como *western* aunque su historia no ocurre en el lejano oeste, sino en el aún más remoto, para los lectores promedio estadounidenses, Tampico.¹ Tal vez el rubro obedezca a que en la novela hay un sustrato del espíritu de conquista norteamericano que se exalta en los textos del *far west*. De hecho, las novelas del oeste son antecedentes del género detectivesco, observa Mempo Giardinelli (1996: 22).

El quinto as se publicó por primera vez en seis entregas, bajo el nombre de Douglas Grant, en la revista *pulp*, *The Argosy*, que costaba 10 centavos de dólar, entre diciembre de 1917 y enero de 1918.² En la entrega inicial, se aclara que se trata de la primera de dos partes; en las restantes ya se dice que son seis en total. Cuando aparece el primer apartado de la narración, la revista le dedica su portada: una habitación confortable con un cuadro en la pared del fondo, un escritorio con objetos de adorno, una ventana encortinada, un hombre vestido de traje sentado a la mesa, aparentemente bebiendo algo de una taza, unos pasos detrás del cual se encuentra una mujer esbelta y bien vestida en actitud de dirigirse a él. La imagen lleva, bajo el título de la novela, un subtítulo: “La apuesta de una chica por apellido y fortuna” (“A girl’s gamble for name and fortune”).³

¹ Por citar un caso, *The Fifth Ace* está ubicada como *western* en el catálogo de <*AbeBooks.co.uk*>.

² “The Fifth Ace” [Part 1 of 2], Douglas Grant. *The Argosy* [v 89 #2, December 8, 1917]; parte 2, v 89 #3, December 15, 1917; parte 3, v 89 #4, December 22, 1917; parte 4, v 90 #1, December 29, 1917; parte 5 v 90 #2, January 5, 1918. *The FictionMags Index*.

³ Todas las traducciones de fragmentos de la novela son mías.

Aunque se le ha identificado con la novela negra, la denominación *pulp*, aplicable a revistas y volúmenes baratos, no corresponde específicamente a un género, sino al tipo de encuadernación rústica, en pulpa de papel de desecho. Este tipo de publicaciones de difusión masiva, cuya portada ilustra el contenido, abarca diversas temáticas: de aventuras, del oeste, de detectives, fantásticas, de horror, de ciencia ficción, románticas, etc. Respecto a España, Andrés Amorós llama a estas narraciones populares: “de quiosco”, “subliteratura”, “paraliteratura”; el nombre no es lo fundamental. Lo relevante es el hecho de que estas obras que desbordan el ámbito de la “literatura culta” se conectan con los grandes focos de interés de la sensibilidad colectiva y utilizan un lenguaje y una técnica asequibles para la gran masa de lectores (Amorós 1995: 123). Por su parte, Antonio Quintana Carrandi (2012), en un blog llamado *Bolsi & Pulp*, explica que los “bolsilibros” más favorecidos por los lectores en la pasada centuria fueron las novelas de amor y las del oeste.

The Fifth Ace se publica en volumen ese mismo 1918 (New York: Grosset & Dunlap Publishers); y en 2007 fue digitalizada por el Proyecto Gutenberg.⁴

UNA HISTORIA DE AMOR Y CODICIA

El quinto as es una narración extensa — 250 páginas abarca una de las ediciones en rústica —, dividida en 25 capítulos con subtítulos, a cargo de un narrador omnisciente que adopta por momentos la óptica de alguno de los personajes protagónicos. Es una especie de novela rosa, fusionada con elementos de intriga detectivesca que sigue las convenciones menos complicadas en ambos géneros; una combinación de Corín Tellado y Agatha Christie. La mezcla no es inusual, en el fluido y desordenado universo *pulp*, los géneros son usados con libertad y pueden incluso intercambiarse (Glover 2003: 139).

⁴ La edición usada en este trabajo es la digitalizada por Project Gutenberg. Dado que la paginación varía en las versiones digitalizadas, en las citas de la novela menciono sólo el capítulo del que forman parte.

Observar el desempeño de los personajes centrales permite comprender la dinámica novelística, así como esclarecer la visión de Tampico, y en última instancia de México, ofrecida por esta narración, escrita hacia el final de la Primera Guerra Mundial.

La primera edición, ya en volumen, lleva en la portada un dibujo — atribuido a George W. Gage — vagamente vinculado a la clasificación de *western* aplicada a la novela, y estrechamente ilustrativo de la narración inicial: un hombre a caballo, tocado con un sombrero de *cowboy*, de espaldas, y una chica parada frente a él, en la puerta de una casa, junto a una gran maceta de flores, se miran. La imagen lleva este texto: “Encanto de pueblito, repitió él con enfática convicción” (“‘Peach of a town’, he repeated with added conviction”).

El primer capítulo de la novela, titulado “La Billie del Gentleman Geoff”, describe, desde el punto de vista del joven norteamericano Kearn Thode, su llegada al pueblito tampiqueño, su encuentro con una chica del lugar, y su conocimiento de una leyenda que será un acertijo fundamental en la trama. Vale la pena citar el principio del texto, que deja ver el estilo narrativo y presenta a los protagonistas:

Kearn Thode montado en su pinto, cabalgó fuera del patio del Hotel Baggott y bajó por la Calle Rivera bajo el ardiente sol tropical. La calle principal de Limasito estaba casi desierta en el letargo de la siesta de mediodía. Pero el mercado de flores era un desenfrenado resplandor de colores en el blanco luminoso de la plaza, de donde surgían amplias vistas de adobe fantásticamente pintado y sobrio concreto, terminando en una mancha verde suave.

El joven ingeniero petrolero, se había imaginado que un pueblo en el cinturón mineral mexicano, a diez años del boom, sería una selva de burdas barracas; en cambio, la próspera ciudad resultó una grata sorpresa de bienvenida.

“Limasito”, pensó, “Significa ‘limón pequeño’. Me pregunto quién endilgó ese nombre a esta aldea. Encanto de pueblito, lo llamo yo.”

Una casa grande y baja, de adobe teñida de un azul intenso que rivalizaba con el cielo, ocupaba el extremo sur de la plaza, cubriendo casi toda una manzana. Al paso de Thode, se abrió una puerta

en la pared lateral, y apareció una chica. Era alta, con una esbeltez flexible que indicaba fuerza en equilibrio más que fragilidad. Su masa de cabello negro azulado flotaba bajo el amplio borde de su sombrero, pero su piel era increíblemente clara y los ojos que elevaba hacia él, en escrutinio franco, eran del azul profundo de una violeta del bosque.

La trama se sostiene sobre la oposición maniquea entre el Bien, los personajes guiados por el amor y otros sentimientos nobles; y el Mal, aquéllos que siguen los impulsos de su codicia. El enfrentamiento, después de múltiples enredos que llevan a los protagonistas por variados meandros geográficos y emocionales, se resuelve al final en el triunfo de los buenos, reafirmando los valores positivos. Los conflictos narrados, en forma simple y elemental, representan las aspiraciones de los lectores sencillos, aquéllas que han tenido continuidad a través de las épocas en las distintas manifestaciones de las literaturas marginadas, como observa la estudiosa Ma. Cruz García de Enterría (1983: 46).

Los valores positivos están representados por los personajes que aparecen en la ilustración: la protagonista de la trama, “la Billie del Gentleman Geoff”, más adelante Willa Murdaugh, bella y valiente chica norteamericana que, por azares del destino, vive en el pueblito tampiqueño. Ella es por supuesto la chica a la cual las circunstancias obligarán a buscar apellido y fortuna.

El hombre que hará pareja con Billie es Kearn Thode, joven ingeniero norteamericano, venido al puerto para trabajar en una compañía petrolera, la Mexamer Oil Company. Importante desde el punto de vista sentimental, y de la armonía de valores, este personaje ocupa un porcentaje de la narración mucho menor que la chica.

Acompañan a la joven en sus buenos sentimientos, Thode, el padre de ella — conocido como Gentleman Geoff — y sus aliados, personajes secundarios. Especial importancia tienen sus amigos tampiqueños: una anciana humilde, con fama de bruja, conocida como Tia (*sic*) Juana, y su nieto, un adolescente de nombre José.

El Mal absoluto se encarna en un personaje más o menos protagónico, y en uno incidental. El primero es un ambicioso empresario

estadounidense, con negocios en México, llamado Starr Wiley. El segundo es un bandido y asesino mexicano de apellido Álvarez, mejor conocido por su apodo El Negrito, que unos años antes había asolado a la población; pero desde la instalación del nuevo gobierno — al parecer el de Venustiano Carranza, en la capital — se había refugiado en las colinas. Sólo bajaba al pueblo de vez en cuando, para provocar incendios y cometer crímenes. En el curso de la trama aparece una sola vez, pero es constante tema de pláticas de los demás hombres y mujeres del pueblo. El Negrito tiene un ayudante, Juan de Soria, que luego pasó a llamarse John Sawyer, y se alía con el gringo Starr Wiley. Vinculados a los pérfidos Wiley y Álvarez, hay una serie de personajes secundarios.

LA LAGUNA DE LAS ALMAS PERDIDAS

La primera visita que Kearn Thode hace a su llegada es a la hacienda del norteamericano Benjamin Hallock, con quien su jefe le había pedido entrevistarse.

Su anfitrión le informa que, en esa pequeña franja del Golfo donde se ubica el puerto, se encuentran los mayores pozos petroleros en producción en el mundo, y aún quedan muchas reservas ocultas.

Thode pregunta a Hallock por la leyenda de “La laguna de las almas perdidas”, de la que ya había tenido noticias en su país. En Oklahoma, cuenta, donde había trabajado para la compañía petrolera, corrían historias sobre “mitos indios y extrañas tradiciones difundidas por los primeros pobladores”, que él reunía como pasatiempo. El hacendado le informa que a él le había hecho saber la historia un niño mestizo, jorobado, quien a su vez la había oído de labios de su abuela india.

La leyenda habla de un anciano de la nobleza, Del Reyes, quien “en los tiempos en que los españoles peleaban con los indios para asentarse en la región” reclamaba legalmente la propiedad de un terreno. Una decisión equivocada, pues la tierra estaba hundida y era pantanosa, sin árboles madereros; si entonces se hubiera descubierto ahí petróleo, el señor no habría sabido qué hacer con él. Pero Del

Reyes tenía otro tesoro, una bellísima hija llamada Dolores que enloquecía a todos los hombres de la región, entre ellos, a un joven explorador español y al hijo de un jefe de la tribu india. También tenía un hijo, José.

Dolores eligió al español y el joven indio, “ingenuo hijo de la naturaleza”, intentó raptarla una noche, ayudado por sus amigos. Ella se resistió, le encajó un cuchillo que llevaba oculto, y los acompañantes se llevaron el cadáver. Todo el pueblo esperaba problemas, pero nada ocurrió hasta la noche de bodas de la chica con el explorador.

Esa noche, irrumpió en la fiesta el anciano jefe indio, acabó con los invitados a machetazos y arrojó los cuerpos a una laguna poco profunda. A la novia la amarró, la cargó de peso para impedirle el movimiento, y la colocó de pie en el estanque, con el agua hasta los hombros. Luego se puso a esperar su hundimiento en el agua pantanosa, mientras le mostraba el mismo cuchillo que ella le había clavado al joven indio. Aunque se trataba de una mujer fuerte, Dolores terminó devorada por el pantano. Sólo pudo escapar su hermanito, José, a quien el viejo jefe se llevó con él.

La conseja afirma que Dolores aún respira en el fondo del estanque, que entonces las burbujas suben a la superficie y se escuchan los murmullos de las almas que murieron sin confesión. Junto a la laguna creció un árbol de caoba, con dos ramas que se tocan en forma de cruz y luego descienden al piso. El agua cristalina tiene vetas que brillan a la luz de la luna, lo cual prueba, sin lugar a dudas, la existencia de petróleo. Desde entonces mucha gente ha ido en busca del pozo, pero nadie ha podido encontrarlo. Hallock pensaba que eran patrañas.

En el camino de regreso a su casa, Kearn Thode, absorto en recordar la plática, fue casi atropellado por un auto. Si bien logró esquivar el golpe, hubo otra persona malherida, un adolescente jorobado. Billie estaba cerca y, con la ayuda de Thode, lleva al chico a su choza, donde vivía con su abuela Tia Juana.

Cuando se recupera, José explica que el agresor era “el Americano, Señor Wiley”. Thode se ofrece a acompañar a Billie a su casa, para protegerla de los peligros inherentes a un pueblo como aquél, pero ella se niega; afirma haber vivido allí desde que no había más que cuatro cho-

zas y un pozo. Dice también que, como hija de Gentleman Geoff, dueño de “La ficha azul” (“The Blue Chip”), el casino principal, ella era bien conocida por todos y se sentía segura.

En el capítulo siguiente, la caracterización de los personajes se completa. Thode, a quien la chica le había parecido franca, valerosa, fuerte e independiente, en plática con el dueño de su hotel, se entera de que ella, además, se distinguía por sus sentimientos nobles y solía ayudar a todos los habitantes del pueblo en sus desgracias.

Por su parte, Billie va a ver a José, para enterarse de cómo sigue. El niño atribuye el ataque de Starr Wiley a su negativa a darle información acerca de la laguna encantada.

Durante la visita, Tia Juana está en el suelo del patio, junto a un perol situado sobre el fuego, en tanto se balancea a un lado y otro entonando un canto rítmico. Cuando la joven le pregunta si está haciendo una curación para su nieto, la mexicana lo niega, dice que en el caldero podrá descubrir la verdad. Jura vengarse de Wiley, por el daño ocasionado a su nieto y afirma que ese gringo “se había vendido” al mal, pues se había asociado con El Negrito — el “Mal Número Uno” — a través de su enviado De Soria. Afirma también que ella sí sabe dónde está el estanque de la leyenda.

ACERTIJOS Y APUESTAS

Como es de esperarse de una autora de novelas de detectives, en la trama de *El quinto as* son importantes las incógnitas y los misterios. Para algunos personajes, el acertijo principal es descubrir la ubicación de la laguna, pero no es el único.

Uno de los acontecimientos principales es la acometida de El Negrito y su banda de maleantes a “La ficha azul”, que deja un saldo de varias muertes, entre ellas la del padre de Billie. A partir de entonces, la chica vive para resolver otro enigma, descubrir a los instigadores del ataque y, a diferencia de sus usuales impulsos bondadosos, cobrar venganza.

La muerte de Gentleman Geoff devela otro misterio latente en el pueblo, el de su origen y el de la identidad de Billie. En su agonía,

el dueño de la casa de juegos deposita su confianza en Kearn Thode, quien había dado pruebas de lealtad y heroísmo. Ya iniciado el asalto, aunque herido, el ingeniero había logrado escapar del casino y, ocultándose, avisar a las tropas carrancistas, que finalmente hacen huir a los asaltantes. El moribundo confiesa a Thode su propia procedencia noble, y que la chica era su hija adoptiva, perteneciente también a una familia de elevada posición social y riqueza. Le pide al norteamericano que la proteja. Coincidentemente, la familia Murdaugh ya estaba buscando a Billie, pues la joven había heredado una fortuna, además de la que Geoff le dejó.

Tras el fallecimiento de Gentleman Geoff, desaparecen la Tia Juana y José, lo que abre una nueva zona de misterio y expectación. Pero la intriga principal para los lectores es lo que va a ocurrir con Billie, en trance de cambiar su personalidad, además de su nombre y su lugar de residencia. De ser una joven libre y despreocupada, en la cual la primitiva sociedad de Limasito había improntado su huella, pasa a vivir en Nueva York con su nueva familia, parientes obsesionados con el *status* y las apariencias.

Como si la casa de apuestas de Gentleman Geoff, “La ficha azul”, hubiera impregnado el ambiente de la novela, el lenguaje está con frecuencia vinculado a la terminología de los juegos de azar, especialmente el póquer, que oscila entre la suerte y la estrategia.⁵

En un pasaje anterior al asalto al Casino, Billie es acosada por Starr Wiley, que trata de forzarla a subir a su automóvil. Durante el forcejeo llega Kearn Thode y golpea al tipo. La joven no lo agradece, se burla del ingeniero, le llama “señor chaperón”, le aclara que “no es

⁵ Isabel Ostrander tiene otras novelas vinculadas a la terminología de los juegos de azar, así *How Many Cards?* (1920), *The Doom Dealer* (1923), *The Black Joker* (1925). Como dato curioso, Agatha Christie, en su colección de relatos *Partners in Crime*, parodia, entre otros escritores detectivescos, a Ostrander, en “Finessing the King” — señala Michael Grost (2004) —. En efecto, en el cuento, los detectives encuentran la clave del crimen en un letrado aparecido en un diario, en términos de *bridge*, “Yo iría por tres corazones. Doce trucos. As de espadas. Necesario impactar al rey” (Christie 2010).

una dama en desgracia”, y por lo tanto no lo necesita. Le reitera que sabe cuidarse sola: “juego mi propia mano”, dice mientras le muestra un pequeño revólver que siempre traía consigo.

Billie continúa contando que su padre la enseñó a cuidarse y explica en términos de póquer, el título de la novela: hay momentos en que aparece “un as extra” cuando los jugadores muestran sus cartas, porque hay más de uno en la última apuesta. No puede haber cinco ases en un juego limpio. Asegura que ella puede ver “el Quinto As”, la trampa, en los ojos de un hombre, y que lo ha visto en los de Starr Wiley (cap. II).

En el desarrollo de la trama, la relación entre Billie y Thode pasa por graves desencuentros, causados por las trampas de Wiley quien también ofrece datos falsos sobre la chica para que no pueda cobrar su herencia.

En el penúltimo capítulo, los buenos y los malos regresan a Tampico, se descubre que, en efecto, el villano siempre fue el capitalista Wiley quien se había asociado con El Negrito para atacar “La ficha azul”, y había falsificado documentos para quedarse con el terreno de la “Laguna de las almas perdidas”. Billie hace constar que desde antes de ir a Nueva York había comprado ese terreno, pues Tia Juana, a quien ella había tenido oculta en Nueva York, le había revelado el secreto. Juana, de apellido Reyes pertenecía a la familia del dueño original Del Reyes, padre de Dolores.

A la autora no parece preocuparle la incongruencia — entre otras — de que Tia Juana, junto con su nieto, descendientes “en línea directa” (cap. XXIV) de un hacendado descrito como español, muerto a manos de un jefe indígena, sean en el presente los indios arquetípicos de la trama (¡!).

Cuando los enigmas se solucionan, el bien triunfa, y la justicia impera, como ocurre en algunas novelas de detectives. La joven heredera deja muy clara su identidad como Willa Murdaugh y asegura el porvenir de Tia Juana y su nieto; ayuda también a su familia norteamericana que había perdido su fortuna por los malos consejos de Wiley. Éste, por su parte, va a la cárcel donde más adelante se suicida.

El cierre de la trama es asimismo de amor feliz, como corresponde a las novelas rosa. En el último capítulo, titulado “Dentro de ella

misma” (cap. XXV “Into her own”), Billie, ahora Willa, permanece en Limasito. Pasa una temporada medio inconsciente, enferma y exhausta por todo lo acontecido. Cuando se recupera, ella y Thode ya tienen la certeza de estar enamorados y saben que un nuevo acontecimiento ha irrumpido en sus vidas, la decisión estadounidense de participar en la Primera Guerra Mundial. El ingeniero se ha alistado ya en el ejército y se va a embarcar para Francia pues — dice — “vamos a ayudar a librar al mundo de la barbarie”. Los antiguos conocidos norteamericanos de la muchacha ya están también colaborando.

Willa dice estar convencida de que todos, hombres y mujeres, deben apoyar a su país para “sacar al mundo de la horrible ruta de la opresión y la barbarie”. Y ella está dispuesta a hacerlo trabajando “como enfermera o algo”. Sin embargo, le propone a Kearn que se casen de inmediato, a lo cual él asiente alegre. La chica abraza con ternura a su prometido, en tanto, sopla la perfumada brisa tropical, brilla la luna, un ave llama a su compañera. Pese al inminente combate, al peligro de muerte, todo es dicha y armonía.

Un acierto de Isabel Ostrander es que la protagonista femenina desborde las convenciones del género rosa. Por una parte, a causa de su belleza y su ascenso social, se le compara con la heroína del cuento popular “La Cenicienta” en tres capítulos titulados: “A Gringo Cinderella” (cap. V), “Midnight for Cinderella” (cap. XVIII) y “The slipper of Cinderella” (cap. XXIII). Pero en los hechos Billie-Willa no espera que un príncipe eleve su condición. Desvinculada de cualquier preocupación doméstica, independiente y activa, ella lleva a cabo la investigación que desenmascara a los malvados, con una pequeña ayuda de Thode, y decide con libertad su destino. Elige el amor, pero no olvida su preocupación patriótica. Sin duda, la autora se hace eco de la alteración de los roles femeninos y masculinos propiciada por la guerra.

El ingeniero de petróleo, a su vez, es noble, honesto, valiente y bondadoso, pero se ve obligado a vencer muchos obstáculos para que Willa lo respete y deje de considerarlo “un caballero andante superfluo” — frase que encabeza el capítulo II (“A superfluous knight-errant”) —.

MÉXICO SALVAJE PERO BONDADOSO

Sin exigir una precisión que no corresponde a las intenciones de la novela, los acontecimientos, en relación con la historia extratextual, pueden situarse en 1917. La referencia explícita más importante es, como se ha visto, el inicio de la participación de los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, lo que ocurrió en abril de ese año.

Por lo que hace a México, se menciona, en el capítulo III, que los Carranzistas (*sic*) son “las tropas del gobierno”, a las cuales Thode acude para vencer a los asaltantes. Venustiano Carranza asume la presidencia del país en mayo de 1917.

Se alude asimismo a un pozo mexicano que se incendió. Thode dice a Willa que el pozo de las Almas Perdidas sería el mayor productor de mineral, desde que el Dos Bocas ardió en llamas (14). El pozo número 3, Dos Bocas, ubicado en la Huasteca veracruzana, era explotado por Weetman Pearson. El día en que se excavó la abertura — 4 de julio de 1908 —, el abastecedor de petróleo, por su abundancia y presión, brotó lanzando toda la tubería de más de 30 toneladas a muchos kilómetros de distancia, propiciando el siniestro. Se le consideraba entonces el pozo más grande del mundo (Villegas 1988: 35).

Isabel Ostrander parece sentir una cierta simpatía por México. Cuando Kern Thode llega al pueblito, el sol, las flores, las casas blancas le parecen encantadoras, como se vio.

Por otra parte, el padre de Billie afirma que ella no fue acosada por “un mexicano de baja estofa” en Tampico, sino por un neoyorkino (cap. III). El hostigamiento a la joven puede asociarse con una posible intervención norteamericana en nuestro país, amenaza constante, como una sombra, en las relaciones entre el gobierno mexicano y las compañías petroleras desde la Revolución. En el capítulo XIII, Willa acusa a Wiley de conspirar junto con Juan de Soria y El Negrito para atacar la Casa de juegos. Era, dice ella, “un asalto que iba a forzar la intervención de los Estados Unidos para proteger los contratos de sus ciudadanos”. Aunque no se menciona, se sugiere el recuerdo de la invasión estadounidense a Veracruz en 1914, cuatro años antes de la publicación de *El quinto as*.

En el catálogo de personajes positivos y negativos presentados por la autora hay, como se ha visto, un balance entre los mexicanos y los norteamericanos. Sin embargo, los mexicanos parecen resumir las cualidades del joven indio y las de su padre, a la vez, la ingenuidad de los hijos de la naturaleza, y el salvajismo del anciano jefe que acaba a machetazos con un grupo. Billie, que encuentra difícil adaptarse a su nueva familia estadounidense, en casos de injusticia, puede dar muestras del comportamiento violento aprendido en el puerto mexicano. En el capítulo VII, ella irrumpe en la sala de juegos de su primo Vernon, donde se efectuaba una partida de póquer, y pide participar, inusitado comportamiento para una dama. Más aún, cuando descubre a uno de los jugadores haciendo trampa, lo exhibe y lo amenaza con un revólver que llevaba escondido bajo un ramo de violetas, diciendo: “les voy a mostrar lo que hacemos con un tramposo allá, bajo la frontera”. No obstante su comportamiento justiciero y valiente, aprendido en Tampico, la simpatía de la chica con la “cultura mexicana” es tan equívoca como la de la autora, pues se dirige al tahúr con los mismos improperios que los norteamericanos, en ésta y otras novelas de la época, asestaban a los mexicanos: “Manos arriba, tú, hijo amarillo de un grasiento” (“Hands up, you yellow son of a Greaser”).

Un estudio de las novelas *pulp* y posteriormente los cómics norteamericanos — hecho por Nathan Vernon Madison (2013) — hace notar la abundancia de imágenes y términos discriminatorios hacia los extranjeros en las publicaciones de finales del siglo XIX y principios del XX. La desconfianza en los fuereños y la exaltación del nacionalismo en las publicaciones baratas era un fenómeno correlativo a la oratoria política.

Debido a la inmigración china, desde mediados del XIX, y la de los países del este europeo, consideradas una amenaza a la fuerza de trabajo norteamericana, los villanos favoritos en las literaturas de kiosco eran orientales (“el peligro amarillo”), y europeos del este. Después de la Revolución bolchevique, los villanos eran sobre todo comunistas. Madison no se refiere a la visión de México, le parece de seguro menos importante que las referencias a los otros países cita-

dos. En todo su libro hay una sola mención a un relato de George M. Johnson, “Aztec Gold”, publicado en *Argosy All Story Weekly*, en enero de 1927, en un contexto diferente al de la novela de Ostrander.

Al margen de los valores morales, más o menos bien repartidos, reitero que, entre norteamericanos y mexicanos, lo distintivo de estos últimos en *El quinto as* es el toque de misterio y magia. Aunque Billie reitera que Tia Juana no es una bruja, la imagen citada de la anciana india, balanceándose en el suelo en tanto musita un canto rítmico, al lado de una hoguera donde hierve un caldero, sugiere lo contrario. Además, era la dueña del secreto y el terreno de la “Laguna de las almas perdidas” antes de que Willa se volviera la propietaria.

Para dar sabor mexicano, la narración está salpicada de términos o giros en español. A veces son acertados, como cuando Tia Juana mira a su nieto herido: “Madre de Dios!, she cried, José!” (cap. I). Pero con frecuencia se trata de locuciones incorrectas, como la citada en la apertura de la trama, donde Kern Thode sostiene que el nombre del pueblo, Limasito, significa limón pequeño. Estas palabras producen un efecto de humor involuntario. Por citar algunos ejemplos, está el pasaje en que Tia Juana le cuenta a Billie que vio a Wiley y a De Soria conspirando “behind the casito where the carro is stored” (cap. II). Otro pasaje, que describe la vida clandestina de Tia Juana y su nieto, se titula “The vender of tomales” (*sic*), oficio al que se dedicaba a veces José (cap. XIX). Y “the lost souls”, nombre de la laguna mencionada desde el inicio, cuando hacia el final ya se sabe que constituye un yacimiento mineral, se le nombra en español “a marvelous new oil well, the ‘Almas Perderse’” (*sic*), (cap. XXI).

El quinto as fue escrita en una etapa en la que la abundancia del mineral mexicano era bien conocida en el mundo. Entre 1911 y 1922, la industria petrolera mundial disfrutaba de precios altos y demanda en constante ascenso, situación estrechamente ligada a la Primera Guerra Mundial; y los yacimientos mexicanos se encontraron prácticamente integrados al mercado norteamericano (Meyer/Morales 1990: 33).

La novela alude a la legendaria exuberancia del petróleo en las Huastecas en esta etapa, a los extranjeros buscadores de riqueza y a las

proverbiales bajas pasiones humanas que el petróleo genera. Recuerda asimismo la proliferación de casas de apuestas en las zonas cercanas a los pozos. Más allá de esta ambientación general, no es mucho lo que puede leerse de los procesos de industrialización del hidrocarburo. Lo mexicano constituye simplemente el escenario exótico, mágico y salvaje de las intrigas y los amores de los personajes.

LA HUASTECA COLONIZADA POR LA EXPLOTACIÓN
PETROLERA. HERGESHEIMER EN *TAMPICO* (1926)

Luego de las leyendas de encantamientos de Isabel Ostrander y de las instantáneas de Tampico, ofrecidas por Jack London, encomiando el orden civilizatorio y tranquilizador que, desde su perspectiva, otorgaban los edificios de las refinerías y los tanques alineados a la feracidad y a la ferocidad selváticas, en 1926 aparece una de las primeras novelas centrada de lleno en el petróleo mexicano. *Tampico* fue publicada en 1926 por el escritor norteamericano Joseph Hergesheimer, quien contribuyó así a fijar los confines de la ciudad portuaria en la geografía de la literatura.

Tampico, en edición de Alfred A. Knopf (Nueva York), ostenta en la portada la imagen de un hombre gordo de traje y corbata, sentado a una mesa con dos copas, mirando la espalda de una esbelta y atractiva mujer. Ella, vestida con una peineta y un mantón, está de pie y mira hacia el frente. La lectura de la novela permitirá identificar al tipo como el alto empleado de una compañía petrolera norteamericana en Tampico, y a la dama como una de las seductoras jóvenes que laboraban por las noches en los bares de la ciudad. Pedir a los editores coherencia en la vestimenta del hombre, que en la trama se queja siempre del sofocante calor, o conocer la diferencia entre el atuendo de una española y una tampiqueña, tal vez sería exigir demasiado (Hergesheimer 1926).

Un año después de la primera edición, el escritor, en colaboración con Bartlett Cormack, adaptó la novela a una pieza teatral, *Tampico. A Play* (Hergesheimer/Cormack 2007).

Tampico fue traducida al español en 1929 por Manuel Pumarega, en Madrid bajo el sello de Ediciones Oriente.¹

¹ La edición empleada en este trabajo es la de 1946 (Buenos Aires), con la misma traducción de Manuel Pumarega, por lo que en las citas de la novela se

UN AUTOR (CASI) OLVIDADO

Joseph Hergesheimer, prolífico autor de novelas, relatos, ensayos y biografías, nacido en Filadelfia, Pensilvania, en 1880, y fallecido en 1954, es apenas conocido en el panorama de la literatura mexicana actual; de ahí que valga la pena recordar su trayectoria. Muy leído en la década de los veinte de la anterior centuria, llegó a ser considerado por la revista *Literary Digest* “el mejor escritor contemporáneo en 1922” (Simpleton Magazine 1998). Sin embargo, aun en su país, su popularidad fue disminuyendo en la década siguiente, hasta caer en el olvido.

Educado en la tradición cuáquera, Joseph tuvo una infancia enfermiza que favoreció su inclinación a la lectura. Heredero de una pequeña fortuna, viajó muy joven a estudiar a Italia, guiado por su vocación inicial de pintor, y pasó largas temporadas dedicado a la aventura, la errancia y la disipación. Más adelante, se orientó a la literatura y, al parecer, después de un lapso consagrado a pulir su estilo, dio a la imprenta su primera novela, *The Lay Anthony*, a los 34 años.

Hergesheimer es definido por la crítica como un “exquisito”, un novelista de lujo, devoto del arte por el arte. Sus relatos abundan en meticulosas descripciones y avanzan a un ritmo despacioso, su lenguaje ha sido calificado de florido, extravagante, emperifollado. Se adhiere a una escritura esteticista que encuentra sus personajes entre los grupos adinerados, y fue cultivada en los Estados Unidos antes de la Primera Guerra Mundial, cuando el país descubría a sus clases ociosas — apunta Alfred Kazin —. Para este crítico, pese a que Hergesheimer era un narrador nato, no llegó a ser sino “un pintor de corte para los ricos” y un tanto provinciano. La escritura preciosista, uno de cuyos ejemplos mejores es *El gran Gatsby* de Scott Fitzgerald (1925), con la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión, fue dejando de atraer a los lectores, quienes deseaban reconocerse en obras

especificará sólo la página. Otras ediciones, en 1931 (Madrid: Ediciones Oriente) con una modificación en el título: *La tierra del petróleo y de la muerte*. En 1994, *Tampico* (México); y en 1998 (México) con un prólogo de Mauricio Magdaleno. En todos los casos, la traducción es la misma.

literarias preocupadas por la problemática social. Es explicable así el gradual desinterés que fue dominando la recepción de los textos del estilista de Filadelfia (Kazin 1993: 231, 242-243).

Sin embargo, no se puede hablar de etapas delimitadas con absoluta precisión; la revista *Simpleton*, en 1998, en un artículo sin firma, apunta que en la década de los veinte se ignoraba si ganaría la batalla de la prosa americana el adornado estilo de Fitzgerald o la musculosa dicción de Hemingway. Lo cierto es que, si bien la escritura de Hemingway se impondría, en el escenario de la posguerra coinciden los esteticistas con los escritores más rudos y desilusionados.

Hacia el final de un escrito autobiográfico, *From an Old House* (1925), Hergesheimer menciona un futuro viaje a México, al cual se refiere como un país con el cual había soñado, pero que nunca había visto. Centrando la narración en su residencia campestre, llamada Dower House, describe, con delectación reveladora de sensibilidad plástica, detalles arquitectónicos, estilos de muebles, texturas de alfombras, especies de árboles y flores. Pormenoriza, asimismo los cambios que la naturaleza imprime al ámbito inmediato de la casa, a lo largo de las cuatro estaciones. Pero, por lo que hace a su vida y trabajo, no es muy explícito. Sólo le interesa, en ciertos momentos, especular sobre las mejores condiciones para llevar a cabo su tarea de escritor. Así pues, no esclarece las circunstancias ni las razones del viaje al país vecino. En un pasaje afirma que, cuando regresara de la Ciudad de México, el invierno y la nieve se habrían ido, y entonces empezaría un nuevo libro. Poco más adelante explica que si iba a ese país sería porque ya habría terminado su libro en proceso, el de su residencia. Y en la última página, afirma que aunque no le gustaba viajar, México lo atraía (211).

No obstante su confeso sedentarismo, ya había publicado, en 1920, una entusiasta crónica de un viaje a Cuba, *San Cristobal de la Habana*. Este libro ha sido reeditado en 2009 y comentado favorablemente por la crítica cubana (Rojas 2004).

De acuerdo con Drew W. Gunn (1977), Joseph Hergesheimer llegó a México en febrero de 1925, creyendo que era invitado del gobierno, hasta que le aclararon su error. Estaba entonces en la cúspide

de su fama y buscaba material para una novela. Tras algunas tentativas escribió un guion cinematográfico situado en las minas de plata de Pachuca, en tiempos de Victoriano Huerta; sin embargo, por desacuerdos con el Departamento Mexicano de Asuntos Exteriores, cuando llevó a cabo el rodaje, ese mismo año, la trama se ubicó en California (110). La película, *Flower of Night*, dirigida por Paul Bern y protagonizada por Pola Negri, está perdida. La anécdota viene al cuento porque algo similar ocurrió posteriormente con su novela petrolera.

El mejor resultado del viaje de Hergesheimer fue que allí le surgió la idea de *Tampico*, que vio la luz un año después.² El novelista colaboró también en la escritura del guion cinematográfico para la película, que en 1933 dirigió Irving Cummings. La cinta “de acción”, llamada *La mujer que robé — The woman I stole —*, si bien conserva los nombres de los personajes, sitúa la trama en los campos petroleros árabes (*International Movie Database*). Parece ser un film bastante mediocre.

Aun cuando en los estudios de literatura mexicana, las alusiones a la novela son escasas, las pocas que existen dejan ver que el autor no está totalmente olvidado.

El cronista tampiqueño Carlos González Salas cita en 1984 la opinión de Antonio Martínez Leal, autor de un artículo periodístico sobre la novela de Hergesheimer. Comparten ambos el resquemor respecto a la imagen de “desenfreno general” en *Tampico* que el norteamericano presenta en su novela. Piensan que Hergesheimer no había tenido oportunidad de juntarse con “lo más granado de la sociedad tampiqueña” (González Salas 1984: 445).³

² La información biográfica sobre Hergesheimer en los estudios mexicanos es imprecisa. El cronista Carlos González Salas, en su *Historia de la Literatura en Tamaulipas* — citando el *Diccionario biográfico de Historia de México* de Juan Gómez de Escalera —, afirma que el escritor norteamericano residió durante un tiempo con su familia en Tampico en 1919-1921. No he encontrado ninguna otra afirmación al respecto (González Salas 1984: 446).

³ Otras brevísimas menciones se encuentran en el inventario que hace Moisés González Navarro de visitantes extranjeros a México, y en la bibliografía literaria de la Revolución, del blog de Fernando Tola de Habich. Más reciente es la breve referencia del escritor mexicano Orlando Ortiz, parte de

Más allá del justificado resentimiento de los tamaulipecos, es el escritor Mauricio Magdaleno quien ofrece el juicio más interesante sobre la novela, en una breve presentación del autor norteamericano. A diferencia de Gunn, para quien *Tampico* “está mejor en el olvido”, pues su único mérito reside en ciertas escenas surrealistas, precursoras de la visión pesadillesca sobre México que tendría posteriormente Malcom Lowry, Magdaleno sí aprecia la calidad literaria de la obra tanto como su valor testimonial. Para él, la novela, una de las más interesantes del autor, recrea “la vida brutal de la Huasteca en días en que el petróleo de la región azuzaba los más implacables apetitos del gran capitalismo norteamericano y europeo, con el consiguiente resultado de una fabulosa erupción de locura de aventureros procedentes de todas partes del país” (Gunn 1977: 110; Magdaleno 1979: 90).

El narrador zacatecano debe haber leído *Tampico* en la edición original en inglés (1926) pues, un año después, él mismo da a luz su primera novela, también sobre el tema del petróleo, *Mapimí 37*.

James Branch Cabell, escritor amigo y contemporáneo de Hergesheimer, y como él tachado de preciosista, provinciano y superficial por la crítica posterior, publicó en 1921 un “Ensayo de Interpretación” sobre la obra del narrador cuáquero. El crítico se refiere a esos legendarios años que Hergesheimer dedicó a aprender a escribir, y apunta que lo más significativo de ese periodo, lo que él llama el “punto de la fábula”, es la “ilógica obstinación” del joven Joseph en llevar adelante su propósito de pulir su estilo. Para Cabell, los protagonistas masculinos de su amigo reflejan asimismo esa pertinacia, en tanto consagran cada momento de su vida a perseguir una sola meta (Cabell 1921).

LA NOVELA Y SU PROTAGONISTA

Tampico cuenta con 318 páginas en la edición en español (1946). La trama se inicia cuando su protagonista, Govett Bradier, empleado de confianza de una compañía petrolera norteamericana, nombrada

una extensa pesquisa de los escritores forasteros que se han ocupado de la ciudad tamaulipeca (González Navarro 1994: 354; Tola; Ortiz 2010).

como Alianza Petroleum Corporation, o Alianza Oil Corporation, o Alianza Company, regresa al puerto mexicano después de una larga ausencia.

El relato, a cargo de un narrador omnisciente y con una secuencia temporal progresiva, está construido con muy pocos sucesos y mucha divagación, siempre desde el mismo punto de vista. El personaje continuamente reflexiona, recuerda, medita, elucubra, en una especie de elemental *fluir* de conciencia que se comunica a través del narrador y no pierde en ningún momento la coherencia racional.

Los acontecimientos, si bien escasos, conforman una intriga casi policiaca — un ataque a la compañía petrolera en la que trabajaba Bradier, por parte de otra empresa competidora — con dosis de suspenso y violencia. Las descripciones de lugares y personas, tan características del estilo de Hergesheimer, ocupan un lugar importante en la trama, pero no interrumpen el ritmo narrativo, más bien contribuyen a la creación de una atmósfera enrarecida.

En un pasaje, explica el narrador: “la lámpara de petróleo colocada sobre una mesa iluminaba solamente un círculo limitado, más allá del cual la oscuridad iba en aumento hasta esfumar las paredes de la estancia” (136). De alguna manera, esta imagen es una metáfora de la novela; las regiones naturales, las calles, las oficinas, casas y bares donde se mueve el protagonista en la Huasteca mexicana constituyen un mundo acotado. Fuera de sus contornos, pese a breves menciones a la Ciudad de México, a Nueva York, e incluso a otros países, la realidad parece difuminarse. Sólo existe el sofocante Tampico, y la visión, el olor y el sonido de sus conductos acuáticos; si bien subyace a los hechos la certeza de que el destino de la región y sus habitantes se define más allá de las fronteras nacionales.

El relato está dividido en tres grandes secciones, “La factoría marítima”, “Zacamixtle” y “La calentura”. Comienza con la llegada de Bradier al puerto de Tampico, cuando el barco tanque donde viaja se acerca “a las bajas escolleras que formaba el río Pánuco al desembarcar el golfo de México” (7). La salida del alto empleado del territorio mexicano, por la misma vía marítima, va a señalar el final de la narración. El río y el golfo son, en la novela, presencias constantes. Tam-

bién lo es el petróleo, desde su arribo el hombre contempla el agua del Pánuco “como si fuera una viscosa sábana de aceite” (8).

Los pocos días, no se especifica cuántos, pasados por el funcionario en el puerto y lugares cercanos, constituyen el presente de la historia narrada, una trama que completa su significado al enlazarse, mediante referencias directas, relativamente precisas, a la historia nacional. Aunque, como sabemos, Hergesheimer vino a México en 1925, el personaje Govett Bradier se refiere, como presidente del país durante su estancia, a Álvaro Obregón, cuya administración va de diciembre de 1920 a noviembre de 1924.

Desde este presente, el personaje norteamericano evoca con frecuencia una etapa anterior, en la cual había residido en México durante una larga temporada. De aquella, que él ubica como 20 años atrás, menciona por sus apellidos a los presidentes Porfirio Díaz, León de la Barra, Francisco I. Madero, Victoriano Huerta y Venustiano Carranza. Además de los gobernantes, el narrador cita a otros personajes históricos como Manuel Peláez, general de la Huasteca, enemigo de Carranza que, para mantener la región independiente del centro, se alió con las compañías petroleras norteamericanas, organizándoles guardias blancas. También ofrece Bradier, como localización de esa primera estadía suya, la guerra europea.

La narración está asimismo colmada de referencias a lugares reconocibles fuera del texto. Ébano y Zacamixtle, la refinería del Águila, la factoría de la Huasteca Company; establecimientos de Tampico como el Hotel Imperial, el restaurante chino Ciudad de Pekín, el Café Luisiana, el Café de la Ópera, el bar Palais Royal, entre otros. Se mencionan nombres de los pozos, por ejemplo, el del Cerro de la Dicha, el Casiano, el de Cerro Azul; y también el ferrocarril de la Huasteca.

Sin embargo, no parece haber existido ninguna compañía petrolera denominada Alianza Petroleum Corporation, aunque hacia 1924 estaban registradas cerca de 500 compañías petroleras en México (Rippy 2003: 80). La Alianza de la novela está inspirada en alguna de las poderosas empresas norteamericanas, tal vez la Huasteca Petroleum Company, fundada en 1907 por el estadounidense Edward

Doheny, que poseía los derechos sobre el pozo Juan Casiano número 7 (Villegas Moreno 1988: 33, 38). En este caso, el cotejo con la realidad no es fundamental, los perfiles de las compañías petroleras coinciden en buena medida.

La constante comparación de Govett Bradier entre ese antes y el ahora va señalando los cambios en el país y en él mismo, siempre con la situación del mineral como eje conductor. La actualidad aparenta ser armoniosa, la bien organizada factoría marítima, centro de la sección inicial, ofrece una imagen de placidez: “en los tanques se derramaba mansamente, sin esfuerzo, el petróleo que llegaba a través de las tuberías desde la manigua remota” (12).

Frente a esta impresión, el funcionario rememora una agitada escena en el mismo sitio, observada en su primer viaje. Ahí estaban entonces “ochocientos hombres tendiendo las tuberías desde los pozos hasta el golfo, con los capataces norteamericanos cavadores, pintores y escardadores [...] Esto había tenido lugar durante la guerra europea, cuando el petróleo alcanzó un precio fabuloso y la concurrencia llegó a todo su apogeo” (53).

El personaje parece haber cambiado también. Diversas voces dan cuenta de que, de joven, había sido fuerte, poderoso y despiadado: “entre los mexicanos había gozado de tanta fama como los cabecillas de bandidos, y se contaba de él toda clase de leyendas. Capaz de beber hasta 72 horas seguidas, todos sus actos y gestos corrían de cantina en cantina. Más de una vez habían intentado matarle...” (50).

La vida del norteamericano, como la de todos los protagonistas masculinos del autor, estudiados por Branch Cabell, se había movido en torno a un propósito obsesivo: la obtención del hidrocarburo a costa de lo que fuera. Bradier reseña “la variada y pintoresca película de su vida”, que incluye, aún antes de venir a México, “las pardas metetas de Oklahoma, impregnadas de petróleo; los almendros floridos de California del Sur, el horizonte infinito de Tejas, el descubrimiento de grandes yacimientos petrolíferos y la instalación de la maquinaria” (217).

Un operario de la Alianza, Deleker, evoca con orgullo las hazañas audaces del alto empleado:

cuando el Juan Álamo se puso a echar como un diablo cien mil barriles, el señor Bradier se las arregló con un cilindro de gas vacío y un codo de cañería de ocho pulgadas. Antes de que pudiera hacerse el acoplamiento, el petróleo se metió tan adentro en la tierra que formó un nuevo depósito y la Internacional abrió allí un pozo magnífico (238).

Deleker revive asimismo, con admiración, la crueldad del estadounidense:

el señor Bradier cogió a un mexicano que estaba robando pertrechos y le arrastró atado con una cuerda por un arroyo de petróleo. El hombre no se murió [...]; pero se quedó para siempre doblado en semicírculo. [...] Los médicos dijeron que el petróleo había impedido que se le rompieran los huesos (238).

Corrían también historias sobre la atracción que el burócrata despertaba en las mujeres: “una vez una muchacha india indeciblemente hermosa, que vivía en un pueblecito de la Laguna de Tamiagua, había visto al señor Bradier pasar en una lancha y se enamoró perdidamente de él” (239).

El propio Govett Bradier se juzga a sí mismo en forma similar: “en caso necesario también había sacrificado la vida de algunos hombres” (13). Resume la etapa de su juventud, durante la presidencia de Carranza, como “tiempos de desenfreno” (18), para él y para el estado:

el Palais Royal había vivido en un estrépito constante y desde sus tres galerías caían sin cesar al patio botellas vacías de cerveza. A cada momento se libraban combates, se oían tiroteos en los arrabales de la ciudad, corrían constantemente rumores de ocupación, las balas silbaban por las calles, los marinos norteamericanos salían vengadoramente de su zona, Y durante la guerra Europea, esta tensión habíase acrecentado y los recelos imperantes eran agudos y fatales como cuchillos (18).

En el presente de la historia, Govett Bradier cuenta con 44 años de edad, es un hombre debilitado tanto por la enfermedad, el paludismo contraído en su primera estancia en “la tierra caliente”, como por la inactividad impuesta para recuperarse. Cuando llega a México por segunda vez, tiene el rostro enjuto y cetrino, con un matiz amarillento. La curación a base de quinina le había dejado una secuela de cansancio, trastornos visuales y leve sordera. Padece además a ratos desorden mental, que atribuye a su permanencia en los Estados Unidos: “era natural que sus pensamientos se hubieran tornado confusos en las oficinas de la Alianza en Nueva York, donde se sabía muy poco acerca del petróleo y absolutamente nada sobre México” (8). Su laxitud y confusión se intensifican con el alcohol o con la fiebre que nunca lo había abandonado por completo.

Su visión del mundo, aparentemente, también se había modificado en esa segunda residencia en la comarca. Al inicio de la novela, reitera haberse desinteresado de todo, el mineral incluido, y actuar sólo en función de un empeño amoroso, estabilizar su relación con la atractiva Vida. Ella era una ambiciosa joven, esposa de un funcionario de la Alianza con la cual, en su permanencia anterior, había iniciado un romance. Sin embargo, pese a sus afirmaciones en contra, el representante de la empresa de petróleo pronto comprende que la principal seducción de su existencia continúa siendo el codiciado mineral:

Solamente los escapes de petróleo no habían perdido la fascinación que ejercían sobre él y se paró a contemplar un negro charco de petróleo en cuyo centro estaba formándose una enorme burbuja iridiscente, que acabó por inflamarse y estallar, dejando un instante en la superficie líquida la huella de su circunferencia. Luego se formó otra burbuja que estalló igualmente. Era aquel el extraño mensaje del centro de la tierra, que salía a la superficie como un aviso, como una amenaza. Gases y líquidos abrasadores bajo tremenda presión, mundos de vegetación perdidos y huesos convertidos en piedra, lechos de antiguos mares cubiertos de delicadas conchas: todo lo que en épocas remotas había sido animado por la luz y el aire volvía a la superficie convertido en sólida negrura (76).

Si a su llegada el confiable funcionario había pensado que la zona estaba en calma, pronto se da cuenta de la falsedad de su apreciación: “el peligro seguía palpándose en el aire como el polvo” (17); “en cualquier momento los rifles mexicanos podían romper el fuego contra la factoría y las balas quebrar los cristales de las ventanas” (60).

Cuando se hacen tangibles las amenazas contra la estabilidad de la empresa, a causa de la traición de otro trabajador, nuestro hombre en Tampico se da cuenta de que en resumidas cuentas él tampoco había cambiado tanto. Guiado por sus mejores sentimientos, y siempre en función de resguardar las operaciones de la Alianza, en un principio se había propuesto proteger a su adversario en amores, el esposo de Vida, Presby Corew. Luego, cuando éste es asesinado, el antiguo funcionario cae en la cuenta de que ha perdido toda la pasión por la joven: “por un momento, había fulgurado en él una avalancha de sentimientos, como cuando brota el mineral de un pozo petrolífero; pero luego había venido la esterilidad del agua salobre” (216).

A pesar de su desencanto sentimental, decide ofrecerle a la mujer lo mejor de su persona. Pero sus planes resultan fallidos: es de nuevo atacado por la fiebre palúdica; se hace conocida su supuesta perversidad a través de un texto escrito por el cónyuge de Vida, y ella lo abandona. Lo más doloroso para el antes influyente asalariado es el desamparo de su amada compañía petrolera que, en la crisis, le proporciona apenas el apoyo mínimo para escapar de Tampico.

La muerte de Presby Corew podría desencadenar una intervención norteamericana en Tampico, opinan algunos, como Deleker. Bradier sabe que no será así, que el gobierno mexicano abrirá un expediente, ejecutará a cualquiera, y los Estados Unidos se darán por satisfechos. Que los representantes de las compañías petroleras en México no dirán nada, salvo entre ellos: “eso no llegará a Nueva York. En Washington nadie querría escucharlo” (261, 271). La percepción de la insignificancia de los individuos para las grandes empresas, aun de sus más confiables trabajadores, agudiza la desilusión del funcionario.

La novela finaliza con su salida de Tampico. Govett Bradier “sentíase perdido entre las constelaciones estelares [...]. La campana

del barco sonó nuevamente, con una sola nota que fue extinguiéndose, ascendió otra vez y agonizó de nuevo a lo largo de la cubierta. Así terminaría el último acto: en una inmensidad de silencio” (318).

MIRADAS DE LA METRÓPOLI

Si bien los funcionarios petroleros en la novela muestran diferencias y enemistades profundas entre ellos, sus impresiones de Tampico, al que con frecuencia identifican con todo México, coinciden y, sin duda, corresponden a la visión del autor. Por supuesto, el que con más frecuencia expresa esta perspectiva maniquea y conformada con los prejuicios propios del pensamiento capitalista es Govett Bradier.

Si Jack London, en su reportaje sobre la Huasteca, es capaz de apreciar, junto a las instalaciones industrializadoras, la riqueza agrícola de la región, ésta no existe para Hergesheimer. El Tampico plasmado en sus páginas es un lugar desagradable desde la mera apariencia, piensa Bradier: “no ofrecía nada de romántico [...] era una ciudad fea, al borde de un río teñido de petróleo” (19).

Con frecuencia el funcionario menciona el sempiterno calor de la región: “la quinina era imprescindible para todo el mundo en la costa mexicana, en la *tierra caliente*” (8). Se asocia la zona cálida con la enfermedad palúdica transmitida por “un pequeño mosquito”, que se manifiesta con la hipertermia, “fiebre subterciana tropical”, o “malaria tropical” (98, 102, 268). Y se equipara esta destemplanza física con otra, la que había regido la vida del norteamericano, la “fiebre del petróleo” (17). En la tercera sección de la novela, titulada “La calentura”, el protagonista vuelve a ser intensamente poseído por ambos síntomas febriles, de los que creía haberse recuperado.

Otro asalariado estadounidense, Lentz, culpa al entorno de las extravagancias del funcionario de la Alianza: “usted está loco [...] eso es el paludismo, señor Bradier, combinado con la influencia de México”. “Es una tierra poblada de amenazas misteriosas” (261-262). “La atmósfera de Tampico estaba cargada de influjos corruptores”, piensa Govett. La enfermedad simboliza la corrupción afectiva y moral de la región:

Desde los tiempos de Ébano, Tampico había sido una ciudad singularmente peligrosa y traicionera, un centro de rencores, de codicia y desesperación, de poderes secretos e implacables. Nada era lo que a primera vista parecía. Nada de lo que allí se dijera podía tomarse en consideración. Las palabras sólo servían para encubrir móviles criminales (17).

Sin embargo, el norteamericano es lo suficientemente lúcido para comprender, o al menos intuir, que la problemática de la región obedece al lugar que le ha tocado ocupar en la economía mundial: “Tampico era un campo de batalla privado, en el que se desarrollaban ataques planeados en Londres, Holanda y Nueva York, para cuya ejecución subrepticia se utilizaba la ley, el soborno y la violencia” (17).

[Los empleados del campamento petrolero] pertenecían a la frontera, en el más amplio y romántico sentido de la palabra, pero a una frontera que el telégrafo mantenía en comunicación constante con Nueva York, Amsterdam y Londres. Era una frontera científica, en la que se mezclaban las pistolas con los cálculos intrincados y la complicada maquinaria, la bravura primitiva con las enseñanzas de las escuelas técnicas (135).

Por su parte, el esposo de Vida, Corew Presby, se refiere al estado como un “extraño infierno”, y Deleker — en otro pasaje — concuerda: “este infierno de Tampico, lleno de luces y música” (89, 234). Presby concibe el petróleo como el emblema de la acción destructiva del lugar sobre los hombres: “es como si se vadeara un maldito arroyo de mineral. Sea uno quien sea, al fin y a la postre acabará por mancharse de negro de chapopote” (175).

Solamente un estadounidense, enamorado de una bailarina de un antro, habla bien del país; pero en un momento de total ebriedad. Sus palabras son transcritas, a través del punto de vista de Bradier, quien les imprime un matiz irónico: “[Hatrick] nuevamente se había puesto a hablar de México, país donde crecía en mayor abundancia la vainilla y

donde los periquitos de color esmeralda se posaban por parejas en las ramas de los árboles. Dijo que Pepita era el pájaro de su amor” (246).

La descomposición moral de Tampico se hace evidente en los centros nocturnos, con su “atmósfera de alcohol, cuchicheos, mujeres, violencia”, a los que Bradier era aficionado (148). Las características negativas se encarnan especialmente en las mujeres públicas que laboraban en el Luisiana, el Bristol o el Bolívar. Esas “muchachas mexicanas” que “usaban polvos fuertemente perfumados” eran completamente distintas de las norteamericanas (149).

El funcionario afirma conocer bien “a estas desnudas mujeres, productos del cruce de España y México”, cuya “turbia y entremezclada sangre les imprimía cierta tosquedad una vez pasados los primeros bríos de la juventud”. Pese a ello, conservaban en todos sus actos y ademanes “una delicadeza innata” (27).

Tal refinamiento no excluye, según el narrador, que acostumbren llevar una navaja en la liga de la media y la manejen “con suma destreza”. Por citar un caso, la joven Teresita, de quien se afirma que era cruel porque “tenía sangre india”, y había matado a 11 hombres, intenta atacar al propio Bradier con una navaja, pero finalmente se abstiene de hacerlo porque existía entre ellos cierto afecto (281, 239).

Para Bradier las mujeres eran “fuentes de incalculable peligro, de insondables traiciones”, “como un trago de tequila, como una bebida de Imprevisibles y malignas potencialidades”. Ello se debía a que “éste era un mundo totalmente masculino, en el que las mujeres sólo aparecían como cosas incidentales [...] México, los mexicanos y el petróleo eran así por eso” (147, 240).

Los nacionales que laboran en la empresa sólo aparecen en calidad de objetos a quienes Bradier, como se ha visto, amenaza o agrade ferozmente, siempre con justa razón, a su entender; el narrador los describe aún más cosificados y carentes de voz que las mujeres de los burdeles.

Los mexicanos que sí actúan en la trama son principalmente los hombres del general Melchor Rayón, clasificado por los estadounidenses como maleante, pese a que hacía gala de un discurso nacionalista. El general arenga a los administradores de un campamento de

la Alianza: “es que quieren ustedes apoderarse de nuestro petróleo y nuestra tierra con sólo dar dinero y promesas al gobierno de Obregón? ¿Creen ustedes que ya no quedan verdaderos patriotas en México?”. Pero sus intimidaciones resultan ser, en última instancia, un mero recurso para negociar más beneficios. En otro momento, afirma “Todas las compañías petrolíferas [...] están infringiendo la Constitución de 1917, y yo no estoy de acuerdo con la actitud de Obregón”. Ante su bravata, Bradier reacciona ofreciéndole más dinero: “yo puedo asegurarle a usted que la Compañía tendría mucho gusto en contribuir con cien mil pesos a las necesidades patrióticas” (139, 193).

Para el funcionario Govett Bradier, “todos los cabecillas de bandidos se llamaban generales y afirmaban que eran patriotas que defendían a México contra los intereses extranjeros”; todos “eran unos redomados granujas” (72, 95).

De Rayón dice Willig, asalariado norteamericano: “es el Peláez de hoy; pero en menor escala [...] Ahora ha reunido ya de trescientos a quinientos hombres y acabará por hacer la última revolución. Ni qué decir tiene que nosotros lo tenemos a sueldo” (77-78).

Los hombres de Rayón son descritos por Bradier con desprecio: “indígenas corrientes, organizados en todo momento oportuno para el pillaje y el asesinato. Los mexicanos eran hombres de corta estatura y movimientos indolentes que se cubrían con absurdos sombreros de paja de alas enormes. Iban descalzos y llevaban la pistola ciñéndoles su exiguo talle” (126-127).

El protagonista de la novela, no obstante que es tan distante de los mexicanos, también se siente ajeno a los administrativos de la compañía en Nueva York, en sus ordenadas oficinas “de cristal y caoba”. Hombres, que:

parecían dotados de una extraordinaria lealtad. Tanto en su conversación como en sus actos se observaba un aparente candor. Alimentaban grandes utopías sobre el porvenir de los Estados Unidos y sobre la integridad de su comercio; pero, en particular, manifestaban una seguridad absoluta acerca de la naturaleza inagotable de los yacimientos petrolíferos de la costa mexicana (40).

Tampoco encaja el alto empleado entre los demás representantes de las empresas en Tampico, aquéllos que viven en las exclusivas colonias inglesa y norteamericana, y se reúnen en similares *cocktails*, fiestas, té y campos de golf (22-23). No embona porque no está familiarizado con la vida social, sino con los brutales procedimientos de la compañía en México. No en balde cuenta entre sus hazañas el haber contenido una vez la afluencia de un pozo petrolero con cadáveres, durante el carrancismo (127). Y ya en el presente, amenaza a un obrero con arrojarlo a un depósito de petróleo hirviendo para que confiese acerca de un sospechoso accidente. Luego, reflexiona, siempre a través del narrador: “el indio era un ente sin importancia ante las necesidades de Govett Bradier [...]; ¿qué pesaba en la balanza un mexicano muerto o incluso mutilado?” (119).

En un primer movimiento, el norteamericano suscribe la usual justificación de los capitalistas por sus intervenciones en los países en desarrollo: “sólo de admirable podía calificarse a una empresa que llevaba su capital a un país extraño y amigo, abría pozos petrolíferos, transportaba el mineral por medio de tuberías a sus depósitos y barcos, lo refinaba y clasificaba luego y después se lo vendía al público a un justo precio”. Pero, a continuación, su sagacidad lo obliga a reconocer en la compañía petrolera “una hipocresía inevitable: el resultado de una civilización opresora” (41). No todos los empleados norteamericanos tienen la misma perspicacia. Deleker, por ejemplo, cuando habla de una posible intervención norteamericana en Tampico, afirma con cinismo:

entonces veremos revocado el artículo 27 de la Constitución, y nuestras compañías petrolíferas podrán hacer lo que les dé la gana. Ya nos arreglaremos nosotros para acabar de una vez con los bandidos y con los mosquitos. Y no estaría de más poner coto al movimiento obrero. Si no lo hacemos, México acabará tan mal como Rusia (271).

De nuevo la asociación entre los mosquitos, transmisores de la enfermedad del trópico, y los malhechores que, pese a todo, son los aliados de la compañía.

LAS PARADOJAS DE UN ESCRITOR NORTEAMERICANO

Séptima novela de Hergesheimer, *Tampico* está considerada entre las menos artísticas que escribió. Tal vez el choque con la descarnada realidad del enclave petrolero puso en cuestión, hasta cierto punto, su vocación esteticista.

El relato abunda en informaciones acerca de la apariencia de lugares y personajes, como hemos dicho. No obstante, comparado con otros de sus libros, aquí el autor disminuye su delirio descriptivo característico, que algunos lectores encuentran ridículo, de acuerdo con Alfred Kazin (1993: 233).

Precisamente la escritura de *Tampico* que transita entre una tendencia manierista muy apreciada en su momento, si bien rechazada después, y la involuntaria denuncia social, permite que la novela aún pueda ser leída con interés. Su valor, como apunta Magdaleno, es la recreación del momento histórico, la década de los veinte en parte de los estados de Tamaulipas y Veracruz; la recuperación de esa atmósfera cargada de incertidumbre y violencia.

Desde mi punto de vista, es también invaluable como testimonio de la perspectiva de los extranjeros que invertían en el petróleo del país a inicios del siglo xx. De manera consciente, Govett Bradier, portavoz privilegiado de Joseph Hergesheimer, manifiesta su perplejidad y horror ante la barbarie mexicana, a la vez que excusa — y ejerce — la depredación capitalista. Su arrogancia se sustenta en su convencimiento de la inferioridad de los mexicanos. Aquí viene al caso recordar una reseña a la primera edición en inglés, que el escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo publicó en el diario *ABC* de Madrid (127). Bajo el título de “Las mexicanadas de los novelistas yanquis”, el autor se burla del trazo positivo del protagonista norteamericano de *Tampico*, “Govett es, no ya un yanqui, sino un superyanqui”; y de la correspondiente pintura de los mexicanos como seres inferiores. Ésta es, para el crítico, la “nueva visión de Méjico que los norteamericanos se han propuesto imponer al mundo”. La novela le recuerda esos filmes en los que siempre se ve al yanqui, “impecable, hermoso y fuerte como un semidios, luchar contra la insidia rampante de los mejicanos”.

Pienso que existe una cierta ambivalencia en el autor. Pese a su toma de posición, explicitada a través de varios personajes, no evita mostrar con nitidez la amoralidad, la ilimitada codicia, el salvajismo de las empresas petroleras y sus representantes. En este sentido, sin duda Hergesheimer coincide con un escritor contemporáneo suyo, mucho más complejo, perfecto y canónico, Joseph Conrad. Aunque la visión del mundo no occidental del talentoso novelista Conrad, representante del imperio británico, está siempre limitada por su perspectiva occidental, como prueba el acucioso análisis de Edward Said, sus narraciones ilustran la barbarie característica de los países colonizadores (Said 1996: 20).

A esta ambivalencia del narrador se debe que *Tampico* sea calificada como “una de las obras ejemplares del género” de la novela antiimperialista, en el esclarecedor estudio de Luis Alberto Sánchez, y que esté situada entre muchas otras narraciones escritas por latinoamericanos. El crítico peruano vincula la exacerbación de la temática contra el imperialismo — la denuncia de las atrocidades de las compañías fruteras, mineras, petroleras, entre otras — a partir de 1927, en la narrativa latinoamericana, con la rebelión de Augusto César Sandino, ocurrida ese mismo año, y con la “*dollar diplomacy*” instrumentada por el presidente republicano William Howard Taft (Sánchez 1976: 483).⁴

Si bien es cierto que el presidente demócrata Woodrow Wilson (1913-1921) se comprometió a finalizar con la también llamada “política del dólar”, en la práctica no se apreció el cambio (Meyer 2009: 61). La diplomacia del dólar, ese intervencionismo económico de los Estados Unidos en los países latinoamericanos, se complementaba,

⁴ Por lo que hace a la “diplomacia del dólar”, recibe este nombre la política exterior seguida de 1909 a 1913 por el presidente William Howard Taft y su secretario de estado, Philander C. Knox. De acuerdo a ella, el objetivo de la diplomacia era generar en el extranjero el orden y la estabilidad necesarios para promover los intereses comerciales americanos. También implicó usar el capital privado para mejorar los intereses norteamericanos en el extranjero. (United States Department of State, Office of the Historian, Bureau of Public Affairs 2008).

por supuesto, con la fuerza militar en cuanto fuera necesario. Francisco Morales Padrón (1983), estudioso de la narrativa hispanoamericana, a propósito del contexto en que fueron escritas muchas novelas antiimperialistas, cita las declaraciones del famoso y condecorado Smedley D. Butler, general brigadier de la infantería de marina, veterano de la toma de Veracruz (147). Butler, en 1935, declaraba:

He pasado treinta y tres años y cuatro meses en servicio militar activo de la fuerza militar más diestra del país, el Cuerpo de Marina. Serví en todos los rangos comisionados desde Segundo Teniente hasta Mayor-General. Durante ese periodo, la mayor parte de mi tiempo actúe como un bandido, altamente calificado al servicio de los Grandes Negocios, de Wall Street y de los banqueros. En breve, he sido un pandillero, un gángster al servicio del capitalismo [...] En 1914 ayudé a México, a Tampico en particular, a ser un lugar seguro para los intereses petroleros estadounidenses.⁵

Las palabras del destacado militar acerca de los intereses económicos de las empresas, como orientación de la política expansionista norteamericana, a mediados de la década de los treinta, concuerdan perfectamente con el discurso, la visión del mundo y el trazo de un personaje como Govett Bradier, protagonista de una trama publicada nueve años antes.

El valor testimonial de *Tampico* sin duda desborda las intenciones de su exquisito autor, quien se sentía más a gusto describiendo las

⁵ No transcribo exactamente la parte citada por Morales Padrón (1983: 147), pues me interesa enfatizar el contexto del discurso en que Smedley se refiere a Tampico. Estas palabras del *marine* norteamericano han sido citadas en innumerables ocasiones: “I spent thirty-three years and four months in active military service as a member of this country’s most agile military force, the Marine Corps. I served in all commissioned ranks from Second Lieutenant to Major-General. And during that period, I spent most of my time being a high class muscle-man for Big Business, for Wall Street and for the Bankers. In short, I was a racketeer, a gangster for capitalism. [...] I helped make Mexico, especially Tampico, safe for American oil interests in 1914” (Butler 1933).

finas maderas de los muebles de su casa, que padeciendo el asedio de la incomodidad, el calor y los mosquitos de los pueblos del Golfo de México. Joseph Hergesheimer hubiera rechazado aproximarse a esos intelectuales norteamericanos que, en la década de los veinte, se identificaron con las causas latinoamericanas y se volvieron radicalmente críticos de su situación en el sistema capitalista. Y sin embargo, coincide con ellos en su recreación del mundo colonizado.

SEGUNDA PARTE
VOCES MEXICANAS DESCUBREN EL HIDROCARBURO:
MONTERDE, MAGDALENO, PUIG CASURANC, ICAZA

Los rancheros del Pantepec, de Ozuluama, de Tamiahua, de Cazones, soñaban con tesoros fraguados de la noche a la mañana, y la codicia, la calentura del petróleo quemó en los corazones lugareños el viejo arraigo del campo.

Mauricio Magdaleno

Un año después de la publicación de *Tampico*, de Joseph Hergesheimer, la primera obra extranjera que se estructura sin lugar a dudas y con conocimiento de causa en la explotación del petróleo nacional, comienzan a surgir los libros de autores mexicanos sobre el tema. Así, podemos leer textos sobre el descubrimiento de indicios de materias bituminosas en terrenos de la República, su naciente industrialización y la incidencia de este proceso en la vida social. En 1927 ven la luz tres obras: una pieza teatral, *Oro negro*, de Francisco Monterde; y dos novelas, *Mapimí 37* de Mauricio Magdaleno y *La hermana impura* de José Manuel Puig Casauranc. Y, en 1928, hace su aparición una obra singular, *Panchito Chapopote. Retablo tropical o relación de un extraordinario sucedido de la heroica Veracruz*, de Xavier Icaza.

Los autores son parte de tres promociones intelectuales, José Manuel Puig Casauranc, nacido en 1888, pertenece a la Generación Revolucionaria o de 1910, también llamada Generación del Centenario; Xavier Icaza (1892) y Francisco Monterde García Icazbalceta (1894) se ubican en la Generación de 1915; y Mauricio Magdaleno (1906) se inscribe en el rubro de la Generación de 1929 (González 1984: 66; Krauze 2007: 278, 282).

El hecho de que tres escritores con proyectos literarios disímiles concurrieran el mismo año, y uno más al año siguiente, publicando textos inspirados en la misma realidad histórica, deja ver la importancia de la industrialización del petróleo en la década de los veinte de la pasada centuria.

Durante el porfiriato la legislación establecía que el petróleo era propiedad del dueño de la superficie donde se encontrara. Venustiano Carranza, a partir de la Constitución de 1917, inició una lucha por que la Nación recuperara el control sobre el mineral. Desde el segundo decenio del siglo xx, coincidente con el asentamiento del gobierno emanado de la Revolución, el tema del oleaginoso estuvo imbricado con el proyecto del desarrollo nacional mexicano — explican Lorenzo Meyer e Isidro Morales —. Desde entonces, la naturaleza y el ejercicio del poder han interactuado con la índole de la actividad petrolera. En México, petróleo y economía son desde entonces tan inseparables como petróleo y política (Meyer/Morales 1990: 11, 24).

Las cuatro obras citadas se enmarcan por supuesto dentro de la literatura de la Revolución mexicana, que empezaba a inventarse. Precisamente, en diciembre de 1924 y a lo largo del año siguiente, había tenido lugar entre los escritores mexicanos una controversia sobre el arte que demandaba la realidad nacional después de la Revolución de 1910. La polémica, definida como un ensayo a varias voces por Guillermo Sheridan, llevaba el sello de José Vasconcelos. La discusión de 1924-1925 se desprende de las inquietudes expresadas en el Congreso de Escritores y Artistas convocado por el filósofo desde la Secretaría de Educación Pública, en 1923. El poder revolucionario, como el arte, exigían una redefinición de la nacionalidad (Sheridan 1999: 14, 25, 32-33).

Conocida como “la polémica de 1925”, esta querrela por una cultura revolucionaria, como la llama Víctor Díaz Arciniega (1989), se inicia con un artículo de Julio Jiménez Rueda, aparecido en *El Universal* el 21 de diciembre, titulado “El afeminamiento en la cultura mexicana”. La nota iniciaba con la siguiente observación:

Extraño verdaderamente parece que en catorce años de lucha revolucionaria no haya aparecido la obra poética, narrativa o trágica que sea compendio y cifra de las agitaciones del pueblo en todo ese periodo de cruenta guerra civil o apasionada pugna de intereses (Jiménez Rueda 1924).

El escritor y crítico subrayaba la urgencia de una obra “nacional” que fuera “palpitación del alma popular”. Se queja de los creadores que, como “flores de invernadero”, viven encerrados en una “torre de marfil”. Afirma que escriben como si hicieran “bordados rococó” en vez de fijarse en la tragedia histórica a que a su alrededor se vivía. Una actitud muy distinta de la de los escritores rusos que ya contaban con una literatura revolucionaria.

No entro en detalles de la discusión, remito a los mencionados estudios de Díaz Arciniega y Sheridan, así como al de Luis Mario Schneider (1975). Sólo reitero que el resultado fue el redescubrimiento de *Los de abajo*, la narración de Mariano Azuela, publicada desde 1915, pero desconocida por la mayoría de los lectores especializados. Fue Francisco Monterde quien respondió a Jiménez Rueda justo al día siguiente y en el mismo diario, con un artículo titulado “Existe una literatura mexicana viril”, donde quedaba clara la existencia de obras revolucionarias, si bien poco difundidas. La principal era, por supuesto, *Los de abajo*, cuyo autor, médico de profesión, era ajeno al mundillo cultural. La novela era, decía el crítico, “el reflejo fiel de la hoguera de nuestras últimas revoluciones” (Monterde 1924).

Del tejido de las opiniones cruzadas sobre lo necesario y lo ya existente, surge lo que va a ser la novela de la Revolución mexicana, fundamento de una ideología nacionalista, un conjunto de creencias y sentimientos legitimados por el Estado. Un nacionalismo que tiene que ver, observa Carlos Monsiváis, con una selección de héroes, actitudes, frases, canciones, paisajes sociales, consignas, visiones utópicas y glorificaciones en las que la mayoría de la población se reconoce (Monsiváis 1991: 451).

Ciertamente, el estado emergido del movimiento revolucionario necesitaba ser legitimado en el ámbito cultural y tenía plena con-

ciencia de ello. Después de la formidable labor educativa de Vasconcelos, José Manuel Puig Casauranc fue nombrado Secretario de Educación Pública por el presidente Plutarco Elías Calles, que sucedió a Álvaro Obregón en diciembre de 1924. Bajo la dirección de Puig Casauranc, Secretario de Educación Pública en el gabinete de Plutarco Elías Calles, continúa vigente parte del legado vasconcelista, considera el historiador Álvaro Matute (1976).

Pocos días antes de la polémica periodística iniciada por Julio Jiménez Rueda, el 6 de diciembre de 1924, el recién nombrado ministro Puig Casauranc emite por radio un discurso que apunta la orientación de la política oficial en educación y cultura. En cuanto a publicaciones y difusión, afirma que la Secretaría apoyará toda obra en que “la decoración amanerada de una falsa comprensión esté substituida por la otra decoración hosca y severa y a veces sombría, pero siempre cierta de nuestra vida misma” (Puig Casauranc 1924). Obras realistas, implica el Secretario.

Se trataba, decía, de patrocinar obras concientizadoras, con una carga de denuncia social, capaces de pintar “el dolor ajeno”, de entreabrir “las cortinas que cubren el vivir de los condenados a la humillación y a la tristeza por nuestros brutales egoísmos”. Obras que humanizaran a los lectores y despertaran su conciencia, conduciendo a “buscar mejoramientos colectivos”.

En síntesis, se promovería “toda obra didáctica que tienda a formar el corazón del pueblo, y a fortalecer en los espíritus los conceptos de Deber, de Honor y de Patria”.

Si bien *Los de abajo* había sido escrita casi una década antes del discurso de Puig y de la contienda en el campo cultural, cubría los requerimientos que todos consideraban explícita o implícitamente revolucionarios. En la novela, relatada desde una intención de mímesis de la realidad, el protagonista es el pueblo insurgente, y se dejan ver sus angustias y proyectos. Reveladora de las incertidumbres del momento histórico, no extraña que se convirtiera en el texto emblemático de la novela de la Revolución. A partir de 1924 a 1925, las obras protegidas por el Estado tendrían las características de la novela fundadora de Azuela: serían aproximaciones “realistas”, revolu-

cionarias y viriles que tratarían de dar voz a los desprotegidos. Este es el terreno que fertiliza las cuatro obras sobre el petróleo que se publican en 1927 y 1928.

Aunque este trabajo está dedicado a la narrativa, no podemos dejar de comentar brevemente la pieza teatral *Oro negro*, firmada por Francisco Monterde G. I. que, al decir de Luis Mario Schneider, es “la primera obra escrita por un mexicano sobre el tema del petróleo” (Schneider 1997: 17). Al final de la novela se especifica la data de escritura, enero-abril de 1926.

Desconocemos por supuesto las fechas de las respectivas génesis de las otras obras publicadas el mismo año; empero, aceptamos que la de Monterde es inmejorable ejemplo para iniciar los comentarios de las voces mexicanas. No voy a dedicar a esta obra, estrenada en 1930, el análisis teatral que sin duda amerita; me limito a revisar su carga narrativa, para compararla con las novelas.

NEGRO ES EL COLOR, FRANCISCO MONTERDE
ESTRENA EL TEMA (1927)

El literato Francisco de Asís Monterde García Icazbalceta, por su fecha de nacimiento, 1894, pertenece, como se ha dicho, a la Generación de 1915, a esos intelectuales cuyo horizonte de interés está definido por la Revolución de 1910, si bien no habían participado en ella (Krauze 2007: 278). Autor de relatos y novelas cortas, ensayos y teatro, fue asimismo profesor universitario y gran editor. Prolífico investigador y crítico literario, ha sido uno de los más finos historiadores de la literatura mexicana (*DEM*).

En la historia de nuestra literatura mexicana, se recuerda a Francisco Monterde como el iniciador de la corriente colonialista, en 1918, con las narraciones *El madrigal de Cetina* y *El secreto de la "Escala"*. Esta tendencia, que evoca o reinventa la etapa colonial y exalta la raíz hispánica de México, fue vista por José Luis Martínez como "un movimiento de huida hacia el pasado, determinado por la angustia de la Revolución" (Martínez 1949: 18). Una evasión de la realidad en el mejor de los sentidos, un viaje hacia el lenguaje y la imaginación, considera Christopher Domínguez Michael (1989).

A principios de los veinte, el académico Monterde intentó una especie de precolonialismo con la publicación de *La jornada de Moctezuma*, la primera obra suya sobre el mundo prehispánico. Comienza a incursionar asimismo en una literatura cuyos temas le son menos distantes en la historia. Así, declara: "con el estímulo de Carlos Noriega Hope, director de *El Universal Ilustrado*, escribí el primer relato que situé fuera del virreinalismo: *Dantón*", que se publica en 1925 (Monterde 1999: XI). Y ya vinculándose con su presente, después de la controversia cultural, a los 33 años, publica *Oro negro*, pieza en tres actos (1927) con la cual es, una vez más, un iniciador, en este caso, reitero, de las obras preocupadas por el petróleo y su repercusión en la sociedad mexicana.

Como un acierto impuesto por la evidencia, a partir de esta obra teatral, el adjetivo del color, siempre con una connotación negativa, se va a reiterar en los títulos novelísticos vinculados al petróleo. Así aparece *Black River* (1934) de Carleton Beals; *El torrente negro* (1940) de Rosa de Castaño; un nuevo *Oro negro* (1941) de Tina Sierra; *Poza negra. La tragedia de Poza Rica* (1960) de Indiana Nájera; *La maldición negra. Cuando el petróleo no era nuestro* (1968) de Rodolfo Benavides; *México negro (una novela política)* (1986) de Francisco Martín Moreno; *La maldición del oro negro* (2004), novela póstuma de Carlos Isla. Oscuro objeto del deseo, el petróleo.

ORO NEGRO, PIEZA DRAMÁTICA EN TRES ACTOS

La obra de Francisco Monterde inicia con dos epígrafes. Uno de “La suave patria” de Ramón López Velarde: “El Niño Dios te escrituró un establo / y los veneros de petróleo el diablo”. Por cierto que la huella del poeta jerezano se aprecia también en la novela de Xavier Icaza, como se verá. Y en la de Jorge García Granados que, en 1941, publica su novela *Los veneros del diablo*.

El otro epígrafe es un proverbio de la Costa de Marfil “No es el hombre el que posee la tierra; / es la tierra la que posee al hombre” (Monterde 1927).¹

En las acotaciones del autor, al inicio de la pieza, se aclara que la acción ocurre “En uno de los Estados de la República Mexicana, al iniciarse la segunda década del siglo actual”. En el transcurso de la obra no se proporcionan muchos más elementos de ubicación geográfica, sin embargo, en algún momento se menciona la cercanía de Tuxpan (33), región petrolera.

El elenco consta de 14 personajes individualizados y “grupos de trabajadores”. Los personajes se dividen claramente en mexicanos y extranjeros. Entre los nacionales, la familia de hacendados funciona como un núcleo que agrupa a todos los demás. Está encabezada por

¹ La edición empleada es la de 1927 (Talleres Gráficos de la Nación). En adelante, en las citas de la novela sólo se mencionará la página.

el padre, don Pedro, dueño de la finca, y su esposa, doña María, ambos caracterizados como seres honestos y de sentimientos bondadosos. Luego están sus hijos, los gemelos Carlos y Alberto, de 26 años, que funcionan como antagonicos, y la hija, Isabel, de 24. Y están los enamorados correspondidos de los hijos, Alicia, novia de Alberto; y Joaquín, que se entienda con Isabel y pertenece a su misma clase social. En la casa laboran dos fieles sirvientes, Guadalupe de más de 40 años, y José de 28. Hay un campesino, Miguel, que labora en las cercanías; y aparece también, fugazmente, en una escena, una especie de mercenario conocido como Pico.

Los norteamericanos son tres, Mr. Taylor, ingeniero geólogo y amigo de Carlos, tiene dos aliados o subordinados, Smith, trabajador del petróleo y Miss Molly, posible compradora de terrenos.

El primer acto transcurre dentro de la residencia de la finca, confortable, inundada de sol y rodeada de campos cultivados; escenario que enfatiza el sosiego de los habitantes, como se verá. Es la hora de la comida en un día normal, lo cual permite apreciar los hábitos familiares. La mesa está lista, con el mantel preparado y las sillas para seis personas. Del techo pende “una lámpara de petróleo con pantalla de porcelana blanca” (11); éste es el único indicio del mineral.

Aunque la acción se sitúa explícitamente después del movimiento armado de 1910, la familia tiene una conformación patriarcal a la mejor usanza del antiguo régimen. Los hijos hablan de “usted” a los padres y los saludan besándoles la mano (22, 25); para levantarse de la mesa piden permiso a don Pedro. Los sirvientes son tratados con benevolencia, sienten cariño por sus patronos y otorgan a los jóvenes el tratamiento de “niños”.

El padre preside la reunión, iniciando con una plegaria (26). Antes de que los hijos lleguen, deja ver su inquietud por la honra y la reputación del clan. Dice a la madre que “es necesario” que Alberto se case pronto con Alicia para que no “hablen mal de ella”, lo cual ocurre “en todas partes, cuando los noviazgos se alargan mucho” (24).

Por su parte, Isabel y Joaquín hablan de guardar en secreto su relación por el momento. Ella le explica a su galán: “Ya conoces a

papá. No le gustaría que fuéramos novios mucho tiempo. Mejor esperaremos hasta que recibas ese dinero que te deben para casarnos pronto” (19).

En la comida quedan claras las diferencias entre los gemelos. Alberto, hombre de campo, asume los tradicionales valores del padre. Carlos, que ha estudiado en el extranjero, es un elemento perturbador en la familia, desde sus modales, pues intenta tutear al padre. Seguro de que en las tierras de la hacienda hay petróleo, trata de persuadir a sus parientes de auspiciar la explotación del mineral para volverse ricos. Él, a su vez, ha sido convencido de esta posibilidad por el geólogo Samuel Taylor, con quien llega a la hora de la comida, después de haber pasado la mañana explorando el terreno. El norteamericano, en su español deficiente, se esfuerza en simpatizar a sus anfitriones. Alberto sólo pide que no dañen los cultivos; no cree en la explotación del petróleo y discute acremente con su hermano. Le hace notar que el trabajo del campo ha bastado para pagar una hipoteca que pesaba sobre la casa, e incluso sus estudios, los de Carlos, en el exterior. Ante esta discusión, el resto de los comensales trata de calmar a los hermanos.

Si bien, a excepción del hermano hacendado, a todos les encanta imaginar una gran fortuna como algo verosímil, parecen estar satisfechos con su situación actual. Así lo manifiesta Isabel al explicarle a Joaquín el significado del entorno: “Mira ese cielo, esa paz del campo, a esta hora, cuando los trabajadores comen tranquilos. ¿Crees tú que una nube pueda oscurecer ese paisaje lleno de sol y quitarnos esta paz?” (19).

El acto finaliza con la visita sorpresiva del campesino Miguel. El labrador le cuenta a don Pedro de su excelente cosecha, le consulta acerca de cómo debe invertir el dinero obtenido y le pide que se lo guarde. El hacendado responde en forma paternal y bondadosa.

El segundo acto se ubica en dos espacios: en el exterior de la hacienda, donde se muestran los trabajos para perforar pozos petroleros, y en una oficina improvisada como administración.

Alberto se queja con Mr. Taylor de que los gastos han sido desproporcionados y han rebasado en mucho el presupuesto original,

sin ningún hallazgo; la finca está de nuevo hipotecada y las siembras han sido suspendidas por falta de dinero. Culpa al gringo de múltiples problemas, como el retraso de la maquinaria importada, la pésima calidad de la misma, etc. y lo acusa de robo. Taylor achaca todos los impedimentos al subdesarrollo del país: — “En este country no haber suficientes medios de comunicación” (49) —, y sale momentáneamente de la escena.

La llegada de Alicia suspende el altercado. Alberto dice a su novia que la familia está arruinada y que ya no podrán casarse (54). Cuando ella se aleja, Smith, empleado de Taylor, se acerca a Alberto, le habla mal del geólogo y finge ser aliado de los mexicanos. Le hace saber al joven finquero que el socio gringo ha obstaculizado deliberadamente las perforaciones y quiere “obligarlo a que venda sus terrenos” (58). Incluso le presta una pistola para defenderse.

Sin embargo, cuando Alberto se va y llega Isabel, Smith se dedica a acosarla y ella huye. En un apartado, queda clara la complicidad entre Smith y Taylor.

Carlos y Alberto poco después vuelven a reñir. El primero exige más dinero y Alberto se opone y le comunica las trampas hechas por Taylor. La discusión se vuelve violenta y Alberto saca la pistola pero, arrepentido, se va cuando llega el padre. Carlos pide a su progenitor más dinero para construir un oleoducto. Don Pedro se niega, aduciendo que sólo le quedan unas cuantas acciones de la asociación con Mr. Taylor.

Cuando Carlos deja la escena, don Pedro es abordado por el campesino Miguel, quien le informa que está empobrecido porque ya nadie acepta cultivar la tierra; todos aspiran a participar en las excavaciones petroleras. Por esta razón, le ofrece en venta sus animales. El hacendado acepta comprarlos y le da el dinero, pero le permite conservarlos para sus labores.

En otra escena, Mr. Taylor presenta a Carlos con una señora norteamericana, Miss Molly, interesada en comprar acciones de la finca. Puesto que el mexicano ya no posee ninguna, y para hipotecar las tierras, requiere el permiso del propietario, su padre, la gringa se retira.

La subsiguiente plática entre los socios es interrumpida por detonaciones. Carlos advierte que su hermano va persiguiendo a unos hombres a caballo mientras les dispara. En ese momento llega José y cuenta que unos bandidos se llevaron al hacendado. Luego se acerca Alberto y completa la información: el padre se acercaba con “todas sus acciones en la bolsa” (78), cuando fue asaltado y secuestrado. A Miguel los asaltantes le quitaron el dinero de los animales y lo hirieron cuando intentaba defender al hacendado. Los plagiaros dejaron una nota pidiendo rescate. Alberto está decidido a vender todas sus acciones para salvar a don Pedro.

Toda la familia arriba y deplora el hecho. Alberto sale a cumplir su misión, Joaquín lo apoya. Taylor promete traer de nuevo a Miss Molly.

Isabel, una vez más, expresa el sentir de casi todos sus familiares: “Es el castigo de nuestra ambición, madre... ¡Éramos tan felices cuando no ambicionábamos nada!” (81). Sus reflexiones se detienen ante los ruidos que irrumpen: “una explosión hueca y luego gritos confusos, exclamaciones” (81). Carlos explica con entusiasmo que ha brotado, ¡al fin!, el petróleo: “¡el chorro es como un penacho negro que se sacude! Y está arrojando piedras” (82).

Los trabajadores agitan sus sombreros. Finaliza el acto con el lamento de la madre sobre el mineral: “¡Para qué lo queremos, hijo, para qué lo queremos sin él!” (82).

El tercer acto retoma la habitación inicial, a la hora del atardecer. En el decorado hay cambios significativos. La mesa tiene ahora una cubierta oscura. El campo que se aprecia desde la ventana ya no es verde, como en el primer acto, sino gris, pues ha dejado de cultivarse, y ostenta la silueta de un pozo petrolero. Al principio del acto, acota el autor, “la lámpara que cuelga del techo está apagada” (83).

Cuando se alza el telón, el diálogo entre los sirvientes domésticos, Guadalupe y José, pone a los espectadores al tanto de los últimos acontecimientos, pues además de los que ellos presencian, escuchan las habladurías del pueblo.

El campesino Miguel corría el riesgo de que le fuera amputada la pierna donde había sido herido; su mujer estaba también enferma y

su hijo a punto de morir. En la casa, la señora doña María había fallecido, el viudo triste alterna la inmovilidad con la agitación.

En el lugar se rumorea que “el tejano” Smith “anda huido”, pues él fue quien pagó a los bandidos para secuestrar primero a don Pedro y luego a Taylor, porque el geólogo también había desaparecido.

Además se dice que, el tejano ese “tenía que ver con la niña Isabel”, y planeó el plagio de padre porque éste se había enterado de la relación e iba a echarlo de la hacienda. Este chisme fue esparcido por Mr. Taylor, desde la cantina, “cuando se emborrachó de gusto porque nació el pozo”. Por ello, don Joaquín se había alejado de su novia. A su vez, “el niño Carlos” se la pasaba “rodeado de mujeres y de gente mala” (85). José cuenta también que aparentemente había dejado de salir petróleo del pozo.

Entran don Pedro e Isabel, de luto. El padre se opone a llamar a un médico pues está convencido de que “las penas son las que van a acabar conmigo; no las enfermedades” (87). En la plática, las intervenciones de don Pedro reiteran lo que el proyecto petrolero ha sido para la familia:

¡Otra torre, para perforar la tierra, para sacarle lo que por algo tenía escondido! ¡Maldita ambición! [...], nos ha robado la paz ¿y qué nos trajo en cambio?... ¡Miseria! Todos siguen peleándose, unos contra otros, y el motivo de esto, de la guerra entre hermanos, en el fondo es ése... ¡ése! Los extranjeros los arrojan unos contra otros para que se maten... y ellos, después, como los cuervos, invaden nuestros campos. Y nos calumnian, para despojarnos de todo, hasta de la honra [...]. El primer pozo ha producido millones... Todo el oro se ha ido lejos y, en cambio, mira nuestra tierra, seca, sin sembrar... Todavía aquél sigue arrojando petróleo y ya la ambición escarba en otro lado... Luego seguirá escarbando en otro y en otros... ¡Pero todo lo que salga de aquí se irá lejos! Aquí sólo nos quedarán torres de madera, agujeros vacíos, campos estériles (88).

Cuando Isabel enciende la lámpara, el padre comenta: “Si sólo sirviera como sirvió hasta ahora, para dar esa claridad... Lo malo es

que también sirve para arrastrar a los hombres, en sus coches lujosos, por los caminos... ¡Allí está el mal! ¡Allí está! (89).

Llega Joaquín e Isabel sale del comedor, no quiere verlo. El visitante, preocupado por la salud de don Pedro, le pregunta si le duele algo y el señor le contesta que le dolía “el alma” (93).

Recuerdan el secuestro, los sufrimientos de todos, y el visitante comenta “no ha sido usted el único: he sabido de familias humildes, dueñas de tierras situadas en la región petrolera, que fueron destruidas hasta no dejar vivo uno solo de sus miembros, porque se negaron a vender sus propiedades” (93).

Joaquín explica a don Pedro que no cree las calumnias sobre Isabel y que desea casarse con ella, lo que alegra al hombre mayor. Se despiden con cariño.

Isabel se pone feliz al conocer la petición de su enamorado. Entra Alberto con una maleta y avisa que se va “al Norte”, a “aprender lo que ellos saben” (96). Le ruegan que se quede. Incluso Carlos trata de conciliar con el hermano, dice que él mismo ha sufrido mucho y les anuncia que el pozo “Anahuac” se ha quedado sin petróleo y arroja agua salada. Ante el vislumbre de la posibilidad de recobrar la paz y volver a cultivar la tierra, Alberto decide permanecer. A su vez, Carlos decide regresar a México para seguir estudiando.

Se sientan a la mesa a cenar, cuando empiezan a oírse gritos en el campo. José informa que “ha brotado otro pozo... el petróleo corre por la tierra” (101); Alberto decide que mejor sí se va. El destino de la familia parece frágil, cambia de un momento a otro de acuerdo con los vaivenes de la producción del mineral. El padre reflexiona con tristeza: “¡Y volverán los cuervos!... ¿Quién nos librará de ellos?” (102).

Isabel sale y Alberto piensa que ella, como Carlos, está contenta y llena de curiosidad por las novedades. Irrumpe en la escena Guadalupe para comunicar otra noticia “se ha incendiado el nuevo pozo”. El padre agradece al cielo el “milagro” (103). Entran Joaquín y José sosteniendo a Isabel con las manos ennegrecidas; ella se desmaya.

Joaquín habla de un accidente, pero José aclara que al sentir petróleo en el aire y el suelo, Isabel había arrojado un cerillo, provocando la catástrofe. José afirma que él es el único testigo. Alberto se

queda. La hermana cierra la obra diciendo “Ya no te irás... ya no te irás lejos, ¿verdad? Ni tú, Joaquín... Papá será otra vez dichoso... Cuando esto termine, volverán a sembrar nuestra tierra” (105).

NACIONALISMO CONSERVADOR

Oro negro imprime al tema de la explotación del petróleo mexicano un sello de negatividad que va a repetirse en casi todas las novelas escritas en México. Deja a las obras posteriores el legado de una visión maniquea. En un polo están los mexicanos, en su mayor parte, de buena fe, amorosos, trabajadores y apegados a la tierra. En el opuesto están los norteamericanos, ambiciosos, embaucadores y malvados.

Podría haberse esperado que este drama, con el cual el escritor colonialista decide hacer del aquí y ahora materia de su literatura, y dado su papel reciente revelando las virtudes de *Los de abajo* como novela revolucionaria, fuera un poco más progresista. Pero Monterde García Icazbalceta, fino y sensible lector, de acuerdo con su aristocrático linaje, que se remonta a finales del XVII (Sánchez 2006), estaba interesado sobre todo en el destino de las “clases altas”.

Así en *Oro negro*, el centro es, como hemos visto, la familia de hacendados, cuyos apellidos no se hacen explícitos, pero cuyo comportamiento podría haber sido el de una familia porfirista, preocupada por su buen nombre. Lo particular estriba en que ellos, o al menos uno de ellos, a diferencia de muchos ricos del antiguo régimen, sí se sienten vinculados a la tierra y se comprometen personalmente con las labores agrarias. En el drama, el problema de la tierra, bandera del movimiento revolucionario de 1910, parece haberse resuelto de manera tranquila, con la amistosa relación entre los hacendados y campesinos como Miguel, relativamente autónomos, pero vinculados afectuosamente a la finca.

El ente “pueblo” está representado por los sirvientes, fieles a sus patrones y afectuosos con ellos, y el citado Miguel. De allí en fuera sólo se habla de los trabajadores anónimos que ondean sus sombreros al aire entusiasmados cuando se encuentra un yacimiento.

En *Oro negro*, lo mexicano está representado por la familia de hacendados que rechazan tanto la irrupción de los extranjeros en su vida como la del progreso. Les parece bien la existencia de petróleo en tanto sirva sólo como combustible de la lámpara, como expresan.

La posición un tanto reaccionaria de los personajes, y presumiblemente del autor, puede sin embargo considerarse nacionalista, por su contraposición a los norteamericanos. La sugerencia de que el país está constituido por los finqueros, cabe dentro del gelatinoso nacionalismo que se gestaba. Todo nacionalismo excluye en mayor o menor grado a la nación como un todo, para privilegiar los aspectos que convienen al interés político inmediato, acota Sheridan (1999, 27). El nacionalismo de Monterde en *Oro negro* es conservador, tanto como su recreación del Virreinato, que concebía lo hispánico como origen de la legitimidad. Puede considerarse nacionalismo retrospectivo, como lo hace Carlos Monsiváis (2010: 224).

LA NOVELA OLVIDADA DE MAURICIO
MAGDALENO: *MAPIMÍ* 37 (1927)

Al igual que ocurre con la mayor parte de los escritores mexicanos, carecemos de una biografía de Mauricio Magdaleno, quien tuvo una importante trayectoria como narrador, dramaturgo, ensayista, guionista cinematográfico, periodista, maestro, luchador social y funcionario público (*DEM*). No contamos tampoco con suficientes evaluaciones globales de su producción, si bien han sido bien trabajadas algunas de sus facetas.

En los estudios sobre novela de la Revolución mexicana, suele ubicarse a Magdaleno entre los intelectuales que, nacidos a principios de siglo, vieron llegar a su término la lucha armada antes de llegar a la adolescencia. Seymour Menton lo sitúa, junto con Agustín Yáñez y José Revueltas, en una tercera promoción de narradores sobre el tema revolucionario, aquellos que, si bien continúan la tendencia orientada hacia el realismo, tienen una actitud más experimental en cuanto a la forma para abordar la insurrección.

En efecto, los tres autores mencionados empiezan a romper en mayor o menor medida las tradicionales formas novelísticas mexicanas. En el caso de Magdaleno, la única de sus novelas atendida por la crítica es *El resplandor* (1937). Precisamente por esta novela, el autor suele estar incluido entre los primeros que prestaron atención al problema de los indios y escribieron narrativa indigenista con un sentido político (Bigas Torres 1990: 267-313, Paúl Arranz 1992, Rodríguez Chicharro 1955: 204-212).

En su canónica guía, Max Aub (1969) considera que Magdaleno si bien da a la luz una primera novela en 1927, publica lo mejor de su obra narrativa a partir de los treinta. Así, además de *El resplandor*, en esta década aparecen *Campo Celis* (1935) y *Concha Bretón* (1936). Y posteriormente, en los cuarenta, *Sonata* (1941), *La tierra grande* (1945), *El ardiente verano* (1945) y *La noche cerrada* (1946).

Se sabe que, como dramaturgo, el escritor, junto con Juan Bustillo Oro, fundó en 1932 el grupo “Teatro de ahora”, muy orientado a escribir y representar obras comprometidas con el cambio social (Schmidhuber 2009).

Es también reconocido el talento de Magdaleno como guionista cinematográfico. De su desempeño, junto con Emilio “el Indio” Fernández, como director, y Gabriel Figueroa, como fotógrafo, surgieron muchas películas de la llamada Época de Oro del cine mexicano (Medina Ávila 1998, Vega Alfaro 2012).

Y su crónica, *Las palabras perdidas*, es referencia imprescindible para entender el movimiento vasconcelista de 1929, en el cual el escritor participó con intensidad, junto con su hermano Vicente.

Sin embargo hay aún mucho que decir sobre la obra de Mauricio Magdaleno. Tal vez él mismo consideró que su primera novela, *Mapimí 37* (1927), era poco importante pues, al parecer, no hizo ningún intento por reeditarla. Se trata de una novela casi olvidada tanto por el escritor como por la crítica. El escritor prefirió reelaborar el mismo material en una obra de teatro, *Pánuco 137*, estrenada en Buenos Aires en 1932 y publicada un año después. Retoma también algunos elementos de la novela en un guion titulado *Tampico* (1946), base de la película *Gran Casino*, la primera filmada en México por Luis Buñuel en 1947.

En mi opinión, *Mapimí 37* es un texto de gran interés, no sólo por tratarse de una de las novelas pioneras del tema del petróleo, como hace notar Luis Mario Schneider (1989), sino por ser la ópera prima de Magdaleno, que no carece de calidad literaria. Vale la pena incursionar un poco en las circunstancias biográficas del autor al momento de escribir esta narración.

ENTRE EL TENDAJÓN Y SAN ILDEFONSO

Mauricio Magdaleno Cardona nace en 1906 en una población pequeña enclavada en el Cañón de Juchipila, estado de Zacatecas. Un pueblo llamado “Villa del Refugio y también, por disposición oficial, Villa García de la Cadena, pero los matasellos del correo y la gente

siguen denominándolo con su nombre ancestral: Tabasco”, escribía el autor en 1938 en un texto titulado “Retorno al origen” (Magdaleno 1968: 137). El futuro escritor viene al mundo en una familia descendiente de vascos, culta y orientada hacia el liberalismo (Cardiel 1979: VII).

El padre del intelectual, Vicente Magdaleno Reding, fue “un liberal, juarista, magonista, miembro del Club Insurrecto ‘Luz y Verdad’, anticlerical, maderista, y después del desencanto revolucionario, metafísico” — apunta una descendiente —. Su madre, María del Refugio Cardona, a su vez había sido la “primera maestra rural del pueblo, amante de las letras, e infiltró en sus hijos, el interés por los libros” (Magdaleno 2011). Por su parte, Carlos Monsiváis (2006) menciona a un abuelo liberal del novelista, Trinidad García de la Cadena.

La familia tuvo que dejar Zacatecas por el remolino revolucionario y fijó su domicilio en Aguascalientes, donde el padre abrió una tienda. Entrevistado a fines del siglo xx, por Emmanuel Carballo, el escritor zacatecano fija la fecha de esta mudanza cerca de 1912, cuando debe haber tenido unos seis años (Magdaleno 2003: 355). De la misma manera que Mariano Azuela, el niño llevó a cabo el descubrimiento del país y del mundo en la tiendita paterna, en cuyo piso de arriba habitaba la familia. Recuerda esta etapa en un viaje a la que llama “tierra de polvo y agua”, Aguascalientes:

Esa tiendita — con una cara a la calle de Guadalupe y la otra al desmantelado mercado Juárez — se llamó, un día, *La antigua chispa*. Era de mi padre y, consecuentemente, de las arrieradas. A veces había en el cajón del dinero mil pesos, a veces nada. Es que la tierra andaba vuelta y los rancheros no habían venido a comprar sino a traer noticias de Natera, de Villa y de Caraveo (Magdaleno 1968: 81).

El escritor recuerda a su padre como uno de los más importantes revolucionarios de Aguascalientes y habla de la tienda como el centro de la vida social y política de diversos ciudadanos, en la Revolución: “En *La antigua chispa*, mi padre tenía una tertulia en la que alternaban, pintorescamente, los sombreroños [...] y unos tiesos señores de

bombín. Allí, entre las panochas de piloncillo, había dos libros: *La sucesión presidencial en 1910* y *Las ruinas de Palmira*” (Magdaleno 1968: 81).

Leer y comentar el libro de Francisco I. Madero, *La sucesión presidencial en 1910*, el detonador simbólico del derrumbe del antiguo régimen, y el del historiador y filósofo ilustrado francés Conde de Volney, que si bien se refiere a Siria, es un texto emblemático sobre lo efímero del poder, era altamente subversivo en aquella circunstancia. El título completo de la meditación del francés decimonónico es *Las ruinas de Palmira o meditaciones sobre las revoluciones de los imperios*.

Los lugareños visitantes de *La antigua chispa* se veían obligados a tomar precauciones durante sus veladas:

(El cantinero de enfrente, la fondera del mesón de La Providencia y la vieja de las fritangas de la esquina, daban oportunamente el pitazo y mi padre sacaba su libro de contabilidad y se ponía a emborronar en el *debe* y en el *haber*. Mangas de espías asolaban el barrio y día a día se fusilaba implacablemente a los enemigos del régimen) (Magdaleno 1968: 81).

En el pequeño comercio Mauricio Magdaleno presencié muchas de las escenas de violencia que nutren sus novelas. Ahí aprendió también el uso de los dichos y canciones populares. Por una parte, al evocar su infancia, habla de la barbarie de la Revolución: “¡Era lava desatada que eyaculaba el horror de México!”. Por otra, consideraba que su padre era el mejor ejemplo para tratar de encontrar un sentido al levantamiento. Don Vicente solía decir: “En cuanto gane el señor Carranza se acabarán los abusos” (Magdaleno 1968: 82-83). El novelista recuerda, “mi padre fue Presidente municipal. Y duró tanto como un cuento de Calleja; cuatro, cinco meses. Después los huracanes de la guerra civil cuando cayó Madero, lo arrancaron del puesto, dando de santos, que no nos hubieran arrancado la vida” (Magdaleno 2011). Y rememora asimismo, en la conversación con Carballo, como hecho importante en su vida, la Convención de Aguascalien-

tes, pues aunque “no dejaban entrar a los niños”, su padre era amigo de los participantes (Magdaleno 2003: 355).

En *El ardiente verano*, colección publicada en 1954, algunos de los relatos tienen un evidente matiz autobiográfico — acontecimientos, referencias a personas y lugares —. Ahí Magdaleno recrea la atmósfera de la angustia y confusión de los aguascalentenses durante la lucha armada: “la escuela, como todo lo que estaba vivo en la ciudad, se dividió en dos y más inconciliables y enconados bandos, al dividirse la triunfante revolución en villistas y carrancistas”; “villistas y carrancistas hasta en lo más sagrado de cada hogar, y los de una facción intermedia — la emanada de los acuerdos de la Convención — contra ambos”. Con miembros de la familia tomando partidos por diferentes facciones, contaba Magdaleno: “para mi madre, que no entendía de cábala de partidos, aquello fue un terrible desgarramiento y repetía, desolada, a la hora de comer: ‘— Están locos todos. ¡Pelear hermanos contra hermanos es un crimen contra Dios!’” (Magdaleno 1984: 42, 46-47).

En 1920 la familia se trasladó a la Ciudad de México. De acuerdo con diversas fuentes, el joven Mauricio ingresó al bachillerato, que finalizó en 1924. La estancia en San Ildefonso fue fundamental en su formación. En esta década postrevolucionaria, el país vivía conjuntamente la construcción de la nacionalidad revolucionaria y un renacimiento artístico, en sus comienzos bajo el auspicio de José Vasconcelos. Los pintores que habían estudiado en Europa, y las élites ilustradas que regresaban a México después de la Primera Guerra Mundial, encabezaron el florecimiento cultural (Azuela de la Cueva 2005). El Colegio de San Ildefonso, donde Diego Rivera pintó su primer mural, *La Creación*, punto de partida del muralismo mexicano, era sin duda un centro de germinación cultural.

En la preparatoria conoció a Juan Bustillo Oro, con quien emprendería posteriormente renovadores experimentos teatrales y fílmicos; a Germán del Campo y a Miguel Alemán Valdés (Vega Alfaro 2012: 19). También tuvo lugar el primer encuentro de Magdaleno con José Vasconcelos, quién fue definitivo en sus concepciones políticas.

En *Las palabras perdidas* (1985), Magdaleno evoca sus contactos iniciales con el brillante ateneísta. Cuenta que en 1920, cuando la familia acababa de llegar de Aguascalientes, su padre, don Vicente, “armado con una contundente carta de Obregón”, pidió al filósofo, entonces Rector de la Universidad Nacional, que eximiese al joven estudiante de la colegiatura. Vasconcelos no se dignó ni abrir la misiva de recomendación, pero ordenó la inscripción de Mauricio en el primero de preparatoria, con exención del pago (58-59).

Rememora el escritor zacatecano una huelga universitaria de 1924, donde el Secretario trató a los estudiantes “como presos” (Magdaleno 2003: 355). Vasconcelos ingresó en el edificio de la prepa para hacerse cargo personalmente de la dirección del plantel, completamente solo, entre los gritos de los estudiantes, y los dejó impresionados por su valentía. En forma autoritaria, el Ministro expulsó a los dirigentes del movimiento, Salvador Azuela y Germán del Campo, y recuerda Mauricio: “no volvió a abrir la escuela sino hasta que nuestros padres garantizaron por escrito nuestra sumisión” (Magdaleno 1985: 60).

Pero más adelante, cuando Vasconcelos en lugar de seguir siendo un intelectual privilegiado del régimen, guiado por sus concepciones morales y su mesiánica personalidad, optó por enfrentarse al caudillismo de Plutarco Elías Calles, en 1929, contó en su campaña con el apoyo entusiasta de los antiguos preparatorianos opositores. Entre otros Salvador Azuela, Germán del Campo, quien entregó su vida al movimiento y, por supuesto, los hermanos Magdaleno. Cuenta el escritor: “el hombre a quien nos enfrentamos cinco años antes y a quien gritamos tantos y tan enardecidos, muera, era hoy no nada más nuestro candidato a la presidencia de la República, sino el apóstol de cuanto constituía para nosotros la más preclara excelencia del espíritu” (Magdaleno 1985: 60). La admiración de Mauricio Magdaleno por el apasionado filósofo y político nunca disminuyó; ya en la edad madura dijo a Emmanuel Carballo “José Vasconcelos es el mexicano más grande de este siglo” (358).

Después del bachillerato, Mauricio Magdaleno se apuntó en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, pero el derecho no le interesó y

optó por la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional. Se inició también en el periodismo, colaborando en *El Demócrata*, dirigido por Vito Alessio Robles (Cardiel 1979: IX).

En *Las palabras perdidas* (1985), recapitula Magdaleno los años anteriores a la campaña vasconcelista. Relata su asistencia casi a diario, desde 1923, a las reuniones en casa de un compañero, donde un grupo de universitarios descontentos discutía la situación nacional. Ellos fundaron el Frente Nacional Renovador que se integra al movimiento de Vasconcelos (24-27).

Mapimí 37 fue gestada precisamente entre la conclusión del bachillerato del autor (1924) y su activa participación en la campaña vasconcelista (1929). Para escribir esta novela que publicó a los veintún años, Magdaleno recurrió a las vivencias infantiles de Aguascalientes, y a su inmersión preparatoriana en la cultura y en la política en la capital. Tenía en su haber una prometedora práctica periodística y el fallido viaje a la Huasteca que comento a continuación. Tal vez conocía la novela *Tampico* (1926) de Joseph Hergesheimer, la cual menciona en un texto de 1979. No he encontrado datos para precisarlo, de ser así, Magdaleno habría leído la obra en inglés, pues no se tradujo al español sino hasta 1929.

VISITAS A LA HUAATECA

Todavía estudiante de bachillerato, Mauricio Magdaleno intentó conocer Tampico, como cuenta en una crónica posterior:

(Todavía alcancé una sombra, una cálida y fantástica sombra de aquel Tampico. Ya habían pasado los fuegos de la Revolución y del petróleo. Mi padre me dio sesenta pesos y un pasaje de ida y vuelta a Aguascalientes, a fin de pasar allá ocho días de vacaciones. Yo hacía difícilmente el segundo año de Preparatoria en México y, sin decírselo a nadie, me proponía llegar a Tampico. Resonaban todavía, como se ve — esto era por el año 21 — ecos del prodigio [...] No conocí Tampico entonces, pero sí un ciclón de padre y muy señor mío [...] Ya no era ni el fantasma de Tampico, me decía todo el

mundo: pero sin embargo [*sic*], el más sórdido hotelucho de madera, frente al viejo mercado, me sacó de la bolsa cuanto llevaba. Resistí una noche y me largué) (1968: 89).

La excursión es evocada por el autor en un texto de 1937, titulado “Tierras del ciclón”, donde relata una estancia placentera en la región, unos dieciséis años después de ese primer viaje malogrado. Desde el presente de esa agradable estadía, rememora otro paso por el Puerto en 1929: “tenía 22 años y andaba en plena aventura política”, recuerda a un señor que le otorgó refugio y a una joven que le ofreció afecto (Magdaleno 1968: 92-93). En *Las palabras perdidas* describe ese segundo viaje a la Huasteca, pletórico de emociones distintas, como parte de sus actividades durante la campaña vasconcelista.

En la tercera visita, él ya no era un estudiante con limitaciones económicas, ni un activista político; cuenta que incluso se alojó en un hotel donde solía hospedarse “mister Doheney”. La región también había cambiado. Un hombre mayor que atendía un “changarro”, le dijo “Haga usted de cuenta un ciclón. Así se acabó Tampico”. La imagen del ciclón, metáfora de la fiebre del mineral es recurrente en el texto. Reitera la premisa de que, como afirma el narrador, ya habían pasado los fuegos del petróleo; ésta es la óptica dominante. Así describe: “una vez que se apagó la locura, la Huasteca volvió a ser el paraíso de los ríos, las barras y los platanares” (Magdaleno 1968: 89-90, 92-93).

El optimismo de Magdaleno en su tercer viaje a Tampico es un poco extraño en un momento en que aún no se había llevado a cabo la nacionalización del petróleo. Sin embargo, al inicio de su crónica el autor ofrece una excelente reseña del puerto en etapa de industrialización. Cito algunos fragmentos:

Hace veinte años se disputaban un sitio en el muelle fiscal de Tampico cientos y cientos de barcos procedentes de todos los países de la tierra, y parecía que la bonanza del antes insignificante puertecillo del Golfo no fuera a terminar nunca [...] Las ciudades — no fue Tampico, tan sólo, sino otras muchas en La Huasteca — brotaron

en semanas, en la espesura de la selva, entre los ríos y los esteros palúdicos bajo la llamarada monzónica de un clima hostil — ni más ni menos que como hemos visto brotar las grandes urbes de California en las películas de Hollywood.

Los campamentos — Cerro Azul, El Ébano, El Álamo, Juan Casiano, Cacalilao — vibraron, en las noches de raya, sacudidos por el delirio del dinero, la carne y el alcohol, y en garitos, rápidamente multiplicados por extranjeros de los grandes consorcios del juego se improvisaron y se fueron al diablo fortunas novelescas [...] Los campesinos de las vegas aledañas, en tanto erraban de rancho en rancho, despojados de sus predios por la fuerza armada de las omnipotentes compañías. Y acababan rindiéndose a la impotencia y al hambre y convirtiéndose en asalariados de las perforaciones y las refinerías [...] ; Tampico Klondike Eldorado, ilusión que se fue volando, como todas las ilusiones, sin dejar más que un humo de ceniza! (1968: 87-88).

Casi al final de la descripción del viaje de 1937, Magdaleno recalca su visión de Tampico como “un mito mexicano y personal” (93).

MAPIMÍ 37, LA NOVELA

La relación del joven novelista con el medio periodístico debe haber sido buena, además de la novedad del tema en la literatura mexicana, pues la novela corta fue publicada en edición rústica, por *Revista de Revistas*. *Mapimí 37* lleva la acotación de “Novela mexicana por Mauricio Magdaleno” en la portadilla. Está ilustrada con las siluetas de una torre de pozo petrolero y un trabajador; al fondo se insinúa el trazo de una población — no se da crédito al autor — debajo, un recuadro hace constar “Obsequio de Revista de Revistas”.

La guarda está ocupada por una advertencia en grandes letras “MATE LA MOSCA / CAMPAÑA HIGIÉNICA / LEA USTED ‘EXCELSIOR’/ EDICIÓN DE LA TARDE”. Al final de la novela, hay una figura de tres lados, en cada uno de los cuales menciona una de las publicaciones de Rafael Alducin: a la izquierda, “*Revista de Re-*

vistas, El mejor Semanario Gráfico-Literario”; del lado derecho, “*Jueves de Excelsior*, El mejor semanario en Rotograbado”; y abajo, “*EXCELSIOR, EL PERIÓDICO DE LA VIDA NACIONAL*”. En el centro, dice, “Un formidable triángulo en la PRENSA NACIONAL”.

En la parte inferior de casi todas las páginas se asienta una leyenda de propaganda de la revista o bien alguna alusiva a las bondades de la lectura, para el cultivo de los destinatarios. Para muestra: “Las buenas letras visten la inteligencia / como los buenos trajes visten el cuerpo”; “Los rotograbados de nuestro semanario son la suprema elegancia lograda”; “REVISTA DE REVISTAS tiene dos cualidades: deleita y enseña: hace pensar y sonreír”. Y así, sucesivamente. Se insertan asimismo algunas ilustraciones firmadas por un White.

La novela lleva la siguiente dedicatoria “Para el doctor Pedro de Alba, no por lo que es para todos, sino por lo que es para mí”.

Pedro de Alba Pérez, distinguido oftalmólogo, docente universitario, escritor y diplomático, nació en Jalisco, pero vivió muchos años en Aguascalientes, donde conoció a Magdaleno quien siempre lo reconoció como su maestro. Posteriormente el médico y docente desarrolló sus diversos talentos en la capital mexicana.

En una entrevista de los ochenta, el novelista afirma “mucho antes de los 30, a los 16, el doctor De Alba me publicó una novela, misma que retiré porque no me gustaba nada” (Magdaleno 1985b). Tal vez se refiera a *Mapimí 37*, si bien el escritor andaba por los 21, como se ha dicho, cuando la publicó.

En forma complementaria al drama de Francisco Monterde, *Mapimí 37* está protagonizada por campesinos pobres. El núcleo de la red de personajes es la familia Galván, Roque y su esposa Cande, que habitan una pequeña finca llamada El Carretón. El rancho está situado a cinco leguas cerca de Mapimí, estado de Durango, en las proximidades del río Nazas, en la llamada Comarca Lagunera.¹ En

¹ El Bolsón de Mapimí o Comarca Lagunera es una amplia región natural compartida por los estados mexicanos de Durango, Coahuila de Zaragoza —incluido Torreón— y Chihuahua.

el presente de la historia, que se ubica más o menos una década después del cese de la lucha armada de la Revolución de 1910, ambos son viejos. Hay una breve referencia a la primera conflagración mundial, dentro del relato de una leyenda, en voz de un personaje: “acababa de pasar una guerra espantosa, de todos los hombres del mundo. En ella murieron millones y millones de hombres. Se asesinaban con demencia” (48). En términos generales, la situación histórica de la anécdota coincide con la fecha de publicación de la novela, 1927.

A lo largo de la narración hay dos voces, la dominante de un narrador omnisciente, en contrapunto con los diálogos de los propios hombres y mujeres que se van imbricando como la voz genérica de un ente colectivo, el pueblo. A veces el narrador integra su voz a la de los personajes, identificándose afectivamente con ellos y alternando la primera y la tercera personas gramaticales. Este procedimiento puede observarse en la apertura de la novela:

A veces ocurre así: el pensamiento anda dando brincos, estamos en todas partes menos en la tierra, y de pronto una insignificancia nos hace volver al punto de partida. Una insignificancia, apenas la vocesilla [*sic*] chillona de Cande que dice:

— Ya estamos cansados de todos esos chismes. Ponte mejor a levantar tus garbanzos, que ya está entrando octubre.

Otoño, en verdad. Se habían ido las tardes desorbitadas que pasaban detrás de la sierra, y los calores se iban apaciguando.

Entraron. En el patio. Nacho, en cuclillas, se aprovechaba de la última luz para desgranar las mazorcas (3).

El relato del narrador-espectador sobre cómo las palabras de Cande interrumpen sus especulaciones, deja ver la dinámica que establece frente a los actores: distanciamientos, aproximaciones, amalgamas. Como se observa, las palabras de los habitantes de la población se señalan por medio de señales gráficas, en este caso guiones. En tanto que el narrador hace gala siempre de un español culto, el habla de los campesinos exhibe giros específicos regionales, a veces

incorrecciones, acordes con su caracterización. Así por ejemplo, el personaje Silvestre dice en esta escena inicial:

— Güenas noches, don Roque. Güenas noches niña Cande. Ya dejé amarradas las vacas. Ya no las puede llevar uno ni abajito del Mirador. No más sale agua puerca, quesque...
Se interrumpe y se va, viendo ocupados a ambos viejos (3).

El tratamiento del tiempo es lineal, de presente a futuro, con muchas remembranzas que informan sobre la vida previa de los personajes principales. A veces la progresión temporal se detiene para insertar alguna leyenda en voz de un habitante del pueblo.

Aun cuando no hay cortes explícitos, la historia de El Carretón, muestra tres fases sucesivas en relación con la posibilidad de petróleo en la zona.

UNA COMUNIDAD SOLIDARIA

En la primera fase se presentan separadas la vida de la comunidad de El Carretón, junto con los ranchos vecinos, y el asunto del petróleo. En la tranquila cotidianidad de los ranchitos, tanto los yacimientos del mineral como las posibles exploraciones son apenas el lejano rumor de una amenaza que viene de fuera.

La historia de los Galván se ofrece a través de los recuerdos de don Roque cuando, al comienzo de la narración, se queda a solas en un cuarto a oscuras, amueblado con modestia y presidido por una imagen de la Virgen de Guadalupe. El viejo “enciende la lámpara de petróleo”, percibiendo “la noche enorme del desierto, la noche que trae llantos” (4); recuerda a sus antepasados, “los Galván de antes”, quienes “vivieron allí mismo setenta y hasta noventa años”. Contempla los dos cuadros colgados en la pared y busca dos medallas: “la tragedia relampagueó otra vez en el cuarto” (4). Rememora a sus dos hijos, fallecidos en “la bola”. Se habían apuntado en distintos momentos y a diferentes facciones, durante esa etapa en que “los campos quedaban vacíos, toda la gente se iba. Apenas sabían de lo que se tra-

taba. Se hablaba de grandes combates, de tomas de plazas, de que el mal gobierno caía” (5).

Ambos hermanos fueron a Torreón, a conocer “al señor Madero”. A la muerte del dirigente, el hijo mayor Roque, de carácter pacífico y trabajador, para escapar a la leva de los federales, “los pelones”, se vio obligado a huir a Chihuahua, donde se reunió con las fuerzas de Francisco Villa. Ya con el grado de mayor, encontró la muerte en combate en Celaya.

El segundo hijo, Sebastián, impetuoso y violento, se adhirió a los carrancistas en Sonora. Ya también “todo un mayor”, fue “cosido a balazos” en Torreón; pero el padre fue a traerlo a la casa familiar y el joven logró sobrevivir para morir poco después en una epidemia de tifo.

Enfrentados en facciones que devinieron enemigas, después del maderismo, los hermanos son una metáfora del país en guerra civil: “por qué aquella locura. Aquella fiebre de destrozarse unos a otros, hermanos con hermanos, a dentelladas, como fieras, sin misericordia...?” (7). Palabras que — como vimos — son eco de las que Magdaleno pone en boca de su madre en sus recuerdos.

Si en *Los de abajo*, la Revolución se comparaba con “una piedra” que “ya no se para”, en *Mapimí* 37 se le equipara con un río: “quién detiene al Nazas cuando se viene, inundando campos y pueblos, y se sale de madre y destruye cuanto encuentra a su paso?” (6).

La tragedia familiar incluye asimismo a una hija, quien era “el sol, y era la música, y era el delirio de El Carretón” (6). Ella huyó a Torreón con un capitán que había pedido albergue en el rancho. Alguna vez Roque fue a buscarla a la ciudad y más adelante a la capital. Pero la joven, para no ver a su padre, volvió a escapar, esta vez con un gringo. Don Roque debilitado y enfermo volvió a El Carretón y prohibió que se volviera a pronunciar el nombre de Anita.

La relación de los pobladores con la tierra es fundamental. “La tierra nos hace nacer, pero un día también, compadecida, nos llama a su seno”, piensa Roque (4). Y en otro momento, comenta, “ni siquiera estoy apasionado de las tierritas porque en los güenos tiempos me rendían munch [*sic*] maíz y garbanzo... No, no. Las quero

[sic] porque aquí me echó al mundo mi madre, qu'en [sic] paz descanse" (54).

El intenso apego campesino a la tierra es un tema que recorre la obra posterior de Magdaleno. Una de sus novelas más acabadas se titula *La tierra grande* (1945).

En el presente de la narración, los agricultores de El Carretón sienten que la tierra los "ha traicionado", sus campos están salados, "se han empeñado en no dar nada" (50, 57, 66). De ahí que su vida cotidiana esté marcada por las carencias y la pobreza.

A pesar de ello y de que aún ostentan las cicatrices de la Revolución, Roque y sus vecinos constituyen una comunidad bien integrada, incluso con visos utópicos. Se describen los preparativos de una fiesta de cumpleaños, en casa de los compadres de los Galván, donde hay buena comida y licor en abundancia, música y baile. Y la comadre piensa: "la alegría de la gente honrada no consiste más que en sentir el cariño de todos los que nos rodean" (23).

También son motivo de reunión y alegría la Navidad y el Año Nuevo, fechas en las que prevalece entre los pobladores un fuerte sentimiento religioso. Se celebran las posadas y todos juntos asisten a la misa de gallo navideña.

Pasada la violencia revolucionaria, el principal acontecimiento entre los pobladores suele ser el cambio de las estaciones: "se han ido, en efecto las mañanas ardientes y las tardes terribles de los días de calor. Todavía el Otoño no fue sentido [...] Pero ahora los árboles están desnudos [...] y por las mañanas, al ir a las labores, el agua de las ciénegas [sic] es un vivo hielo, que no se rompe" (33). Y las preocupaciones más graves son las afectivas. Se habla de que "todas las pollas tienen los ojos puestos" en Ramoncito Ríos, "el curro del rancho", dueño de "La Mercantil" (25). Y algunos se entristecen porque el amor de Toncho Barajas — una especie de hijo adoptivo de Roque y Cande — y Lupe Contreras se frustra cuando la chica es obligada por su padre a casarse con un rico sembrador de algodón.

Toncho juega un papel clave en la trama, pues se vuelve en algunos momentos la voz de la comunidad. Es considerado "el ser más raro del Carretón", que "no más anda oyendo cantos de pájaros"

(18); se la pasa remando en un lanchón llamado Esperanza Iris y cuando hay luna “desvaría” (16-17). Toca el violín en las fiestas y es famoso por contar leyendas. En su voz se inserta, por ejemplo, un relato popular sobre “los hocicos negros”, unos coyotes que vivían en las cuevas de la Sierra de la Tarahumara, y alguna vez habían estado a punto de acabar con la raza humana, pues ésta había dejado de creer en Dios (44-50).

Sabedor de consejas tradicionales, Toncho tiene asimismo premoniciones, sueña que encuentra a Anita, la hija fugitiva de los Galván y visualiza El Carretón en llamas. El intuitivo joven, cercano a la naturaleza y amante de la música, es también el primer portador de las murmuraciones sobre el posible oro negro en la región.

“¿QU’HEMOS GANADO CON TODAS ESTAS BOLAS?”

En la segunda fase, los chismes se vuelven realidad: las labores en busca del mineral son inminentes y el gobernante local apoya a un empresario norteamericano para que se apodere de las tierras del pueblo.

Higinio Méndez, presidente municipal de Mapimí, visita a don Roque para convencerlo de que venda su rancho a la Mapimí Oil Company. Sobre el mineral, argumenta que “nosotros [los mexicanos] no podemos explotar eso” y “las tierras petrolíferas se vuelven estériles para la labor [agrícola]”. Intimida al viejo con que intervendrán los visitantes de Hacienda, enviados especiales e incluso el gobernador. Más aún, lo amenaza con la injerencia de “los gringos”, con quienes “no se juega”, y que podrían mandar otra “expedición punitiva” (57-58).

Mientras, para sus adentros, el burócrata recuerda los beneficios personales recibidos de la empresa: una casita moderna, con luz eléctrica y teléfono, dinero para educar a sus hijos, en fin, “un mundo de elegancias como las que usan los que de veras las pueden”. El edil refuerza su razonamiento mostrando un periódico capitalino, donde se asegura la existencia de petróleo en el Bolsón de Mapimí y el apoyo del gobierno nacional a la empresa del señor James Allen, que hará de Torreón la principal ciudad del norte del país (58-60).

Don Roque piensa que Méndez es un “indio mañoso llegado a funcionario de su tierra por obra de la política” (56). Expresión que anticipa uno de los grandes temas de Mauricio Magdaleno en *El Resplandor*, la cooptación y corrupción de los indígenas por el sistema institucionalizado.

El viejo campesino se niega a vender y más bien decide resistir: “El Carretón lo defenderé hasta con mi sangre” (21). Es “templado como un viejo tigre” (62), comenta el narrador. Se unen a Roque los rancheros de la sierra: “nos defenderemos a balazos, si es necesario, y sólo nos echarán cuando estén quemados todos los jacales y se nos aiga [*sic*] acabado el parque” (61).

En una segunda visita, Higinio Méndez comunica a Roque “la opinión” del gobierno: las acciones de resistencia son “una confabulación” que atenta “contra la paz y la tranquilidad pública” (77). De ahí que las fuerzas armadas respalden a los gringos para someter a los insurrectos. Algunos de ellos son expulsados, otros heridos, otros son muertos a balazos o aparecen colgando de los postes y mezquites, expuestos a los zopilotes (111). Los sobrevivientes finalmente se convencen de que ya las tierras son propiedad de la Mapimí Oil Company. Unos cuantos se disponen a emigrar quién sabe a dónde.

Sin embargo, la mayor parte de la población colabora con los extranjeros que les ofrecen trabajo, casas y dinero (67). Grupos de indígenas participan de ambas actitudes.

El movimiento armado de 1910 continúa estando presente en la memoria de los pobladores. Hay posturas encontradas frente al Centauro del Norte, por ejemplo. Así, el padre Ramírez “se salvó de las garras de Villa por un milagro, y todos se aprontan a condenar a ese hombre que era el mismo Satanás sobre la tierra” (49). Pero a la vez se ha convertido en leyenda: “El otro día oí decir en La Lomita quesque no ha muerto... — afirma uno, con tamaños ojos [...] Ahora todos se disputan la gloria de haber visto a Pancho Villa, cinco años después de bien muerto” (40-41).

Lo más significativo son los sentimientos del pueblo, expresados a través de la voz de Toncho, sobre el resultado de la Revolución.

los probes [*sic*] no semos [*sic*] más que el pretexto pa'que otros su-

ban [...] A nuestro nombre se hacen toditas las revolufias [*sic*] [...] Que gane el que gane, nosotros no seremos nunca más que probes [*sic*], pior [*sic*] que los más indecentes animales. ¿Qu' hemos [*sic*] ganado con todas estas bolas? ¿Qué? No más hemos vuelto a lo mismo [*sic*], pior [*sic*] tantito (67).

El narrador, se hace eco de las palabras de Toncho. Cuenta que un domingo llevaron a la fiesta de los ranchos una marimba, cuya música “tiene toda la tristeza de las razas muertas que se arrastraron sobre la tierra del Nazas — los que se fueron antes, los pobres, los adoloridos, los humillados, los que nunca supieron de la dicha”. Expresa “la pena de todos los pobres hombres del desierto y de la montaña, la pena de todos los pobres hombres de México entero”. Y quienes la escuchan se saben “víctimas de la eterna injusticia ancestral” (69-70).

LA CALENTURA DEL PETRÓLEO

La tercera fase describe ya en pleno la fiebre del petróleo, desatada durante las búsquedas y aumentada después del brote del primer pozo.

La comarca es invadida por el personal y la maquinaria de las exploraciones. El arrasamiento de los Galván y sus vecinos corre paralelo al de la naturaleza; el narrador se identifica con el sentimiento de los campesinos ante esta destrucción. Habla de “los hombres despiadados que asesinan el bosque”, de los árboles mordidos por las sierras, cuyas ramas “truenan como si fueran miembros mutilados con dolor” (113). Lamenta la “tierra martirizada” durante las perforaciones (115).

Arriban “los gringos” y con ellos “los curros de Torreón y Mapi-mí” que les prodigan “sonrisitas melifluas y palmaditas en la espalda”. Llegan los empleados mexicanos que quieren hacer fortuna. Llegan “los aventureros que husmean la plata” (83).

En tanto se va aniquilando El Carretón, sus habitantes y vecinos, va surgiendo un campamento que se convertirá en un pueblo

diferente. En el proceso participa la soldadesca que, una vez derrotada la resistencia, se dedica a cantar, jugar baraja y beber. A veces, ebrios y aburridos, los soldados incluso se ponen a matar animales por gusto, suscitando enfrentamientos a balazos con la población. Sin embargo, con el tiempo los pobladores se acostumbran a la presencia de “los pelones” e incluso llegan a amistarse con ellos.

Principia en la zona una actividad inusitada que transforma el panorama:

En unos días quedan listos muchos cientos de metros, terraplenarios [...] Han abierto un canal [...] Y se empiezan a levantar aquellos fierros negros, aquellos palos disformes en una especie de torre ancha, más alta que las palmeras. Y montones de hombres enloquecidos escarban sin descansar, bajo el sol terrible [...] de día y de noche a la luz de los grandes focos que han colgado de los postes [...] ensordece el estrépito de aquel hormiguero humano (80).

Pronto se abre la primera cantina, “un jacalón pintarrajeado de colorado y azul”, cuyo “principal atractivo son las cuatro muchachas que atienden a los parroquianos y por las noches se van del brazo con ellos”. Empiezan los juegos de azar y los crímenes “por cualquier allá te va esa, capéala, se daban de puñaladas y hasta de balazos [...] Todo es causa de pleitos en ‘Las glorias de Gaona’” (85).

Un día llegan al pueblo “los grandes de la compañía, los meros mandones”, recibidos entre vítores. Uno de ellos, Mr. James Allen, visita personalmente a Roque Galván para insistir en la compra de El Carretón, acentuando la “decencia y honradez”. Frente al gringo, los mexicanos exhiben sus diversas posiciones. El viejo replica a Allen “con decencia y honradez lo han robado todo [...] Aistán los infelices indios de los ranchitos del Nazas, huyendo como coyotes de las balas de los soldados, comiendo biznagas y nopales en el monte”. En tanto que Higinio Méndez aduce que “esos indios alborotadores [...] nunca están en paz [...] ¿cuándo han sido gentes? ¡Nunca! Sólo esperan la primera oportunidad para robar y asesinar”. El viejo, pese a las promesas de beneficios, echa de su casa a los visitantes y el grin-

go responde “Desde este momento se acabó El Carretón y todo lo demás! Esto no es más que el pozo número 37 de la ‘Mapimí Oil Company!’” (89).

Los sondeos en busca del líquido bituminoso dejan claro el esquema de trabajo: “sobre la fatiga de los hombres agachados hacia la tierra, se oyen los gritos de los otros, los gringos [...] Los gringos los tratan como a bestias, peor que a bestias [...] Pero todo lo aguantan ellos por los centavos de la raya, el sábado, y por la harina, el maíz y el mezcal” (111).

Después de muchas jornadas de trabajo que “rayaba ya en el frenesí”, por fin brotó el aceite de la tierra: “una columna negra, negrísima, que trepaba cada vez más, hasta pasar la punta de madera, por el tubo, erguida, vomitada con una fuerza terrible, y luego se doblaba, incapaz de sostenerse en tamaño alarde de magnificencia y corría por los canales” (114-115).

Aumentan las tabernas y lupanares, ofreciendo un espectáculo “digno del infierno”. Crecen las escenas de violencia: “se bebe y se juega. Pero no siempre el que pierde se queda así, tan convencido. Todos andan armados hasta los dientes [...] Muertos, heridos, borrachos, todo lo arrojan, con siniestra prodigalidad estas cloacas” (115).

El lado positivo es el que pregonan los periódicos de Torreón: “no todo es vicio. El Carretón promete ser, a la vuelta de unos cuantos años, un gran centro comercial e industrial” (120). Desparece el campo, pero surgen muchas casas, tiendas, una plaza con kiosco, inclusive un cine. Se mejoran las vías que unirán a El Carretón con Mapimí, Dinamita y Torreón. El rancho de los Galván no ha sido derribado porque la Compañía conserva un mínimo de respeto a Roque, que ha enfermado y está agonizando.

Ya transformado el pueblo, el final de la novela relata el destino de los protagonistas. Durante el velorio de Roque, vestida de luto llega Anita, traída por el compadre de los Galván. Se sabe que ella había vivido con el empresario James Allen, pero ahora está decidida acompañar a su madre. La joven se dedica a cuidar a Cande y se hace muy amiga de Toncho, hasta que un día se despide de su madre para

estar fuera unos días y desaparece. Los vecinos temen que haya vuelto a su anterior vida de pecado. La viuda tiene la certeza de que su hija va a volver y se niega a aceptar el dinero que la empresa petrolera le envía a través de Higinio Méndez. El propio James Allen llega a buscar a Anita, la madre lo echa de su casa llamándole asesino.

El desenlace de la historia es intenso. Un día, a la hora del crepúsculo, se oye el silbato del tren, sonido reciente en el pueblo, “un grito largo y agudo que parece un lamento”. A continuación “se oye un trueno enorme, que hace pedacitos los vidrios de la ventana”, siguen más truenos y temblores; un gran incendio ilumina la noche. Cande gime preguntando por Anita y Toncho, y su compadre que llega jadeando le informa “¡Pos ellos jueron! Anita quemó el depósito de la gasolina. ¡Allí se quedaron! También estaba el gringo ese, míster Allen, y el capitán Resendis... ¡Quen sabe cuántos quedarían debajo!”. Todo termina ardiendo y en los ríos flota el chapopote (156-157).

El motivo del incendio, tan recurrente en la novela de la Revolución mexicana (Jiménez de Báez 1990), va a ser fundamental en la obra posterior de Magdaleno; su mejor novela, recordemos, se titula *El resplandor*.

Mapimí 37 es la historia de un fracaso, el de los pobladores de El Carretón y regiones vecinas para resistir la penetración extranjera. La comunidad lagunera en las distintas reacciones de los habitantes puede verse como una metáfora del país. Una historia que será relatada una y otra vez en las novelas del petróleo como, en términos generales, en los diversos tipos de novela antiimperialista.

PETRÓLEO Y PROSTITUCIÓN. *LA HERMANA IMPURA* (1927) DE JOSÉ MANUEL PUIG CASAURANC

La trayectoria de José Manuel Puig Casauranc, en la vida política mexicana como intelectual orgánico del sistema, está bien establecida. Nació en Campeche (1888) y falleció en La Habana, Cuba (1939); estudió medicina, pero se desempeñó también como político, diplomático y escritor, ejerciendo puestos de importancia en la función pública posrevolucionaria.

Como médico cirujano ejerció en Puerto México, Veracruz, en Tampico, Tamaulipas, en Albuquerque, Nuevo México y en la capital del país. Como funcionario, por citar algunos de sus cargos, fue titular de la Secretaría de Educación Pública en el régimen de Plutarco Elías Calles (1924-1928), por primera vez, como se ha comentado; y de nuevo, durante un periodo, bajo la administración de Pascual Ortiz Rubio (1930-1932). En la presidencia de Abelardo L. Rodríguez (1932-1934) fungió como Secretario de Relaciones Exteriores.

Publicó cerca de dos decenas de libros. La mayoría de historia y política, por ejemplo *La cuestión religiosa en relación con la educación primaria en México* (1928); *El sentido social del proceso histórico de México* (1935); *Galatea rebelde a varios Pigmaliones. De Obregón a Cárdenas. El fenómeno mexicano actual* (1938). En el campo de la literatura es autor de narrativa, teatro y poesía. Entre varias colecciones de cuentos, destaca su única novela, *La hermana impura*, publicada en 1927, cuando contaba con 39 años de edad. Sin duda, el conocimiento directo de la sociedad tampiqueña le permitió enriquecer el asidero histórico de esta obra.

Como casi toda la creación literaria del autor, *La hermana impura* ha sido prácticamente olvidada por los estudiosos, a excepción de Luis Mario Schneider en su recuento de novelas del petróleo (1997).

El *Diccionario de Escritores Mexicanos* registra una sola reseña de esta narración (DEM).

En 1947, se filmó una película del mismo nombre, dirigida por Manuel Morayta.

UN ESQUELETO DE NOVELA

La hermana impura ostenta el subtítulo de “Un esqueleto de novela”, sigue la tradición de otras novelas cortas del siglo XIX, e incluso algunas del XX, que agregan una expresión explicativa para definir su especificidad y diferenciarse del género cuento. En la edición utilizada en este trabajo (Premià, 1984) se trata ciertamente de una novela corta, ocupa cerca de 80 páginas. Sin embargo, la edición original en la Editorial Cultura (1927), de idéntico texto, consta de casi 250 páginas y no da la impresión de ser breve.

La organización de *La hermana impura* responde a los lineamientos del realismo decimonónico: el relato está a cargo de un narrador omnisciente, la temporalidad es progresiva y cada escena se desenvuelve en un espacio bien delimitado.

En catorce capítulos numerados y con sendos subtítulos, la novela presenta, a través de escenas que se ubican en una cronología lineal de unos pocos meses de duración, las historias paralelas de dos jóvenes de Tampico, Eulalia y Estela. Describe los avatares amorosos de ambas con el mismo hombre, un personaje cuyo nombre de pila se ignora, conocido sólo como “el ingeniero Márquez”.

En nueve de los catorce capítulos — “De vuelta al terruño” (1); “El huésped enojoso” (3); “Círculos de hierro” (5); “Capitanes de industria” (6); “Cura de paz y castillos en el aire” (8); “Consuelos cristianos” (10); “Los sabios en acción” (12); “Peccata minuta” (13); “Y se hizo el milagro” (14) — el subtítulo responde a las necesidades del argumento. En los restantes cinco, las denominaciones y, en cierta medida, aun el contenido, obedecen apenas parcialmente a los requerimientos de la trama y más bien responden a una intención informativa del autor, a su voluntad de caracterizar el sitio que enmarca los acontecimientos. En estos capítulos titulados “Del medio

social” (2), “A la conquista del vellocino de oro” (4), “Orígenes de fortunas” (7), “Por donde corre el Pactolo” (9) y “El otro Tampico” (11), el personaje pasa a ser la región misma, Tampico.

EL NARRADOR FRENTE AL TRIÁNGULO AMOROSO

El narrador omnisciente alterna su visión con las ópticas limitadas de algunos de los personajes, cuyo punto de vista adopta sin asumir su voz. Intercala en la historia sus ideas y reflexiones sobre diversos temas, a veces a través de algún personaje, con frecuencia el ingeniero Márquez, a veces sin mediaciones. Márquez es, pues, un desdoblamiento privilegiado del narrador omnisciente: su perspectiva define tanto el trazo de los personajes femeninos como la evaluación del momento histórico. Sólo en algunas ocasiones el narrador toma distancia y hace explícitas sus diferencias con el protagonista masculino.

El título de la novela sugiere una antinomia de implicaciones éticas: “la hermana impura” se define frente a una tácita “hermana pura”, el personaje presentado en la apertura de la narración: “— Eulalia... Eulalia... tendrás que apresurarte si no quieres perder la vista de la entrada al puerto... Que ya se ven las luces...” (11). Así, de inicio, en la voz de un amigo del padre de la joven, se presentan dos de los centros generadores de la historia narrada, el personaje femenino, Eulalia, y el espacio de la acción, el puerto de Tampico, el terruño que da nombre al apartado.

La chica, hija de un rico empresario petrolero tampiqueño, regresa al país luego de varios años de estudios en Europa. Ella es portadora de las cualidades positivas, belleza, talento, cultura e independencia de carácter. Padecía — dice el narrador — una “eterna ansia de análisis [...] era una perfecta mujer por el desarrollo de su espíritu y la sapiencia teórica de los misterios de la vida” (20).

El polo que concentra la negatividad en el argumento es la joven prostituta Estela. Lo más opuesto a Eulalia, desde el punto de vista social y moral, Estela, no sólo lleva un nombre parecido al de la hija del millonario, sino que se le asemeja tanto en apariencia que recibe

el sobrenombre de “la hermana”. Una hermana que, dado su oficio, es por definición impura. Al respecto aclara el narrador siguiendo las reflexiones de Márquez:

Especialmente disgustábase [al ingeniero] el remoqueteo de “hermana” antepuesto siempre al nombre de la muchacha. Habían comentado desde la noche de su conocimiento con la nueva pupila, su extraña semejanza con Eulalia, especialmente en la mirada inquieta de los ojos oblicuos... Era indudable que estaba neciamente enamorado de las dos, de Eulalia, de “la chica decente”, con una pasión alta, intelectual, clasificábala de espíritu a espíritu, y de “la hermana Estela”, con un ansia carnal como nunca la sintiera (27).

La caracterización de los dos personajes femeninos es maniquea y un tanto plana; la apreciación es la misma, ya sea desde la perspectiva del narrador, del ingeniero o de alguno de los otros personajes. Eulalia es un dechado de virtudes físicas y morales que igualmente impresionan a su primo, al sacerdote que la confiesa, o a Márquez. A Estela se le llama “pupila” (27), “esclava”, “ramera” (28), “hetaira” (89), “pirujilla” (82), “vampiresa vulgar” (74), con una vida que se desenvuelve en “cotidianas veladas de infamia” (28).

Para el narrador es imposible que la cortesana pueda sentir un afecto “puro”. Así, cuando ella dirige una carta al ingeniero llamándolo “Amor mío de mi alma”, el narrador comenta: “subrayaba Estela en el encabezado de su carta, las palabras de mi alma. Huésped de burdel había comprendido la infeliz que era preciso subrayar esas palabras para que, ya que no creídas, fueran siquiera meditadas. ¿Amor del alma en una prostituta?” (91).

Eulalia, a su vez, padece las desventuras de la virtud: se aflige profundamente al sospechar que la riqueza de su padre, don Samuel, tiene su origen en la explotación de indígenas y otros desposeídos. Sin embargo, con la ayuda de Márquez, tras un período de dudas, consigue recuperar la confianza en su progenitor y la paz espiritual.

Más adelante la talentosa joven sufre a causa de una grave enfermedad del magnate y la aparente preferencia de su novio por la pros-

tituta. Pero el narrador quiere dejar bien claro el triunfo final de la virtuosa doncella, como deja ver en el capítulo final denominado “Y se hizo el milagro”: “la virgen, siempre generosa, hizo a Eulalia no un milagro... sino dos. Salvó la vida de don Samuel y le devolvió, sin ataduras al pasado, al ingeniero Márquez” (88).

El segundo “milagro” implicó el suicidio de Estela, por envenenamiento. Ella fingió haberse enamorado de otro hombre pero, en realidad, se sacrificó para salvar al ingeniero de la vacilación entre el amor casto y el “amasiato innoble” (42).

La red de personajes, en cierto sentido, decepciona las expectativas del lector. La insistencia en el parecido físico entre Eulalia y Estela permite esperar, en algún momento, la revelación de su parentesco; sugerencia reforzada, además, por el perfil del padre de Eulalia como un hombre corrupto e inescrupuloso. En el penúltimo capítulo don Samuel, a punto de la agonía, se confiesa y habla de un crimen cometido casi personalmente, para quedarse con los terrenos de un indígena. El sacerdote, consciente de que no había que enemistarse con un millonario que había colaborado con la reconstrucción de la iglesia, opta por actuar con benevolencia:

Juzgaba el sacerdote que en estos tiempos de general prevaricación y de despojos sistematizados, no sólo en México, sino en el mundo entero, había que aflojar un poquitín la manga si se quería que pasaran por ella los pecadores; que de otro modo corría grave riesgo el cielo de ver sus puertas enmohecidas por no tener San Pedro ocasión de abrirlas a justo alguno. Y siquiera este pecador de Don Samuel algo restituía de lo robado, si no a los indios, sí a la Casa del Señor. Muchos millones de ladrillos para la reconstrucción de la iglesia de Tampico habían sido pagados por él (85).

La mediación del narrador agrega un matiz de burla al trasunto de los pensamientos del sacerdote. Y tal vez porque está presente en el clima afectivo la sugerencia de que va a revelarse algún vínculo entre las mujeres y, en cambio, lo que descubre el empresario es la complicitad en el crimen de un marginado, el narrador titula el capítulo

irónicamente “Peccata Minuta” (13). La certeza de que no existen lazos de sangre entre las jóvenes deja en el lector la impresión de un cabo suelto, pero permite la tranquilidad espiritual de los virtuosos enamorados.

BIENVENIDOS AL PUERTO

La trama se sitúa en el puerto de Tampico, en pleno ascenso petrolero, hacia el final de la segunda década del siglo — se hace explícito el año de 1918 (33) —, cuando el país, después de la Revolución, empezaba a pacificarse, pero aún había revueltas.

En forma paralela al desarrollo de la intriga amorosa de los jóvenes, se va presentando la situación del puerto, en el contexto sociopolítico de la nación, con una fuerza tal que la alusión geográfica deja de ser un simple entorno para pasar a ocupar el primer plano, en algunos pasajes. Es evidente el anclaje histórico de la trama: proliferan los nombres de lugares y empresas que tienen un referente extraliterario. Por citar algunos, el río Panuco (16) y la Laguna del Carpintero (46); pueblos como Doña Cecilia y Árbol Grande (13); sitios en la ciudad como la Avenida de la Aurora (76) o La Unión (39), el barrio en donde se ubicaban los prostíbulos; los lugares donde se perforaban pozos, Amatlán, Zacamixtle (32), Cerro Azul, Potrero, y Casiano (33); las grandes compañías dedicadas a la extracción y refinamiento del petróleo: United Gulf (56), Transcontinental, Mexican Gulf, International, Texas (14), Clayton Company (78), el Águila, la Water Pierce, la Huasteca (12).

Aparecen asimismo personajes históricos como Peláez, terrateniente anticarrancista que, bajo la bandera del retorno a la Constitución de 1857, protegía a las empresas petroleras de la acción del gobierno y de los grupos de bandoleros aislados (Meyer/ Morales 1990: 41); el magnate petrolero norteamericano Doheney (12) — que tanto hemos visto mencionado en las novelas petroleras — y el propio Venustiano Carranza (34). Se cuenta, por ejemplo, que la iglesia parroquial se había derrumbado hacía cuatro años y aún estaba en ruinas (68). Y el padre de Eulalia, para tranquilizar su mala conciencia, se

propone “ayudar con algunos miles a la señora de Doheney en su afán generoso de reconstruir el templo parroquial de Tampico en el menor tiempo posible” (89). En cuanto al contexto histórico, una crónica sobre Tampico relata que el templo parroquial de la Villa de Santa Ana se derrumbó en 1917, y que “en 1922, gracias al importante donativo de la Sra. Doña Estelle Doheny y de su esposo, el discutido petrolero Don Eduardo L. Doheny, se iniciaron los trabajos de reconstrucción” (González Salas 1977: 65).

El relato de la vertiginosa evolución del enclave petrolero se presenta casi siempre a través de Márquez, en los ratos que lo dejan libre sus empeños amorosos. Su opinión es significativa ya que, como geólogo comprometido en el descubrimiento de pozos del mineral, con diez años de estancia en la región — justo los mismos años en que la industria había alcanzado proporciones monumentales (32) —, se encuentra en una posición sensible para comprender el momento histórico. Cuando explica la historia reciente de Tampico, “las oleadas de chapopote que evocaba el ingeniero casi ahogaban al auditorio. Sentían todos ellos naufragar sus ansias de riqueza en aquellos tremendos lagos de aceite subterráneo” (33).

Las voces complementarias del personaje y el narrador ofrecen la visión de Tampico transformado en un “nuevo Klondike” (30), la ya mítica región aurífera canadiense cuya bonanza, a finales del siglo XIX, atrajo a miles de aventureros. Al igual que a las minas canadienses, al puerto mexicano acuden a hacer fortuna tanto los “hombres de acción” (30) de los diversos estados de la República, como los extranjeros. También Jack London, como se mostró, había comparado a Tampico con Klondike, donde laboró alguna vez.

En *La hermana impura* se describe cómo las compañías petroleras, en seis meses, hacían surgir pueblos para fingir que eran ejidos e impedir que otras empresas, llegadas posteriormente, pudieran perforar nuevos pozos a su vez. Eso había ocurrido, por ejemplo, en Zacamixtle, donde “casuchas nuevas, con apariencia de viejas, iban surgiendo cada día ante el poder irresistible del oro americano” (65).

A partir de la situación social en Tampico, se introduce en el texto la discusión sobre el Artículo 27 constitucional que, en uno de sus pá-

rrafos, restituye a la Nación los derechos sobre el petróleo del subsuelo, como ocurrió en el contexto histórico (Meyer / Morales 1990). En la trama se insertan los argumentos nacionalistas de los partidarios de Carranza y de los contrarios, los seguidores de Peláez, quienes propugnaban el respeto a la propiedad establecida (34). El ingeniero deja entrever cómo se había vivido el movimiento revolucionario en Tampico y cómo, hacia 1918, los petroleros extranjeros contaban con ejércitos para proteger sus propiedades.

Márquez concluye una de sus explicaciones afirmando: “El gringo lo era todo” (67), pero no parece ver con malos ojos la participación norteamericana o de otros países en la vida económica de Tampico. Afirma que si bien son criticables las compañías petroleras por “el relativo despojo” que llevan a cabo sobre los indígenas propietarios de terrenos, a quienes ofrecen cantidades de dólares, no siempre pequeñas, es más criticable aún el “absoluto despojo gratuito que intentaban algunos favoritos de la administración carrancista” (35). El ingeniero desconfía más bien de las ordenanzas de don Venustiano: “no se pretendía siempre, por desgracia, la nacionalización del petróleo, ni mucho menos. Era una verdadera maraña de aspiraciones y de propósitos personales en los que para muy poca cosa entraba la patria, lo que había inspirado muchos de esos decretos” (34).

En este caso el narrador toma distancia de su personaje. “El sentimiento anticarrancista de Márquez extraviaba y confundía sus juicios, tan claros de ordinario” (35). Sin embargo, no hace explícita su posición frente al problema.

A lo largo de la narración se habla de la bonanza petrolera y sus consecuencias: un ambiente de locura, corrupción y violencia que permeaba todos los estratos de la sociedad portuaria. Pero en un momento dado, el ingeniero empieza a advertirles a los funcionarios de las compañías sobre el peligro de excederse en las perforaciones y, hacia el final de la trama, se produce una grave crisis en la industria petrolera que hace perder sus fortunas a muchos empresarios, entre ellos el padre de Eulalia. La novela recrea los hechos históricos. En efecto, hubo una etapa de auge del petróleo mexicano entre 1911 y 1921, a la que siguió una fase de depresión, debida al agotamiento de los campos (Meyer / Morales 1990: 53-54).

TAMPICO IMPURO

En la novela hay cierto determinismo de los personajes protagónicos, no por la herencia, sino por el medio ambiente. Los genes no parecen ser fundamentales: la virtuosa Eulalia es hija de un padre pervertido. Estela, a su vez, había sido “el borrón” de una familia decente que llevaba una vida de “honestidad, de rigor y de claustro” (90).

El entorno, en cambio, se vuelve destino. Por eso el segundo capítulo se denomina “Del medio social”, y otros cuatro — 4, 7, 9, 11 — se centran en el mismo tema. En los primeros capítulos se insinúa cierta identificación entre Eulalia y la provincia. El puerto se anuncia y se distingue por sus luces — “millones de luces”, “catorce kilómetros de luces” (12-13) — que dan cuenta del progreso de la zona; la joven se irá caracterizando por las luces de su inteligencia y sabiduría. Pero esta propuesta de identificación resulta ser menor, pronto ella entra en abierto antagonismo con la región. Eulalia tiene preocupaciones éticas en un contexto degradado, su franqueza le impide integrarse a la hipocresía de su grupo social, “el mundo bien de Tampico” (19). Ella es, de acuerdo con la etimología de su nombre, la que bien habla; en tanto el ingeniero pertenece a un club masculino que, por su afición al chisme, se llama “La Lengua que mata” (21). Desprejuiciada, la chica no teme desafiar a la timorata población en el desenlace de la historia: “Eulalia, de riguroso luto, subía al Stutz del ingeniero, sin preocuparle el escándalo que se provocaría en todo Tampico cuando se supiera que había ido con Márquez a engrosar el pobre cortejo de la prostituta que había sido amante de su novio” (92).

Un pasaje significativo para comprender la identificación equívoca que al comienzo se sugiere entre Eulalia y Tampico es aquel en que Márquez describe la disparidad del panorama entre el crepúsculo y el amanecer en el barrio del vicio. El avance de las tinieblas genera un espejismo que encubre la miseria de lugares y personas:

[el ingeniero y sus amigos] veían las aguas verdosas, putrefactas de la laguna [...] irisarse por las luces del crepúsculo; poco a poco iban apareciendo a lo lejos, recortadas en la lejanía, las chimeneas de las

terminales petroleras del rumbo; todo el caserío novísimo de la extensión de la ciudad por los “llanos del Golfo” y los terrenos adyacentes al ferrocarril, iba surgiendo blanco a la distancia, mintiendo una apariencia de barrios limpios de obreros y de casitas higiénicas que no eran en realidad sino miserables “camillas” hundidas en los pantanales (77).

Pero al llegar el día, el sitio recobra la sórdida apariencia que le corresponde:

poco a poco el horizonte iba tomando tonos más vivos, diluyéndose el gris de la neblina matinal en vapores rosados y apareciendo, en los bordes de las nubes, franjas doradas, hasta perderse todos los tonos suaves después: el iris de las aguas pestilentes y la blancura supuesta de las casas de obrero y el halo de las nubes, en el derroche de luz que repentinamente se abría paso y daba a las cosas y a los seres su apariencia real, borrando lo que tenía de divino y de fantástico aquel amanecer, visto desde el mirador de la casa de prostitutas, para mostrar las aguas como charcas infectas, y el caserío como un hacinamiento de covachas, volviendo todo el espectáculo, en fin, a lo que era en realidad el Tampico de los pobres obreros: pantanales y pocilgas (77).

En forma análoga, la luminosa afinidad entre Eulalia y la región petrolera desaparece al apagarse el alumbrado eléctrico. Al final queda claro que ella puede ser pura, talentosa y sincera justamente porque ha vivido fuera del puerto, porque ha pasado varios años en Europa, cultivándose — aunque es cierto que algunos personajes secundarios, pese a ser europeos, participan de la corrupción —.

Al correr del texto se perfila la identificación generadora del relato, la consonancia entre la comarca y Estela. Hay una sugerencia de la empatía entre el medio geográfico y el personaje, cuando sopla el viento llamado “norte”, “sonaban las ventanas secamente batidas por un huracán” (28); al mismo tiempo Estela experimenta una conmoción similar: “batiendo sus harapos morales de ramera y sacu-

diéndolos como una ráfaga de huracán, había entrado hasta su alma de prostituta el amor” (29).

Pero más aún a causa del ambiente social que de la geografía, Estela, producto lamentable de las limitaciones nacionales, es el equivalente simbólico del Tampico petrolero: una y mil veces vendida, penetrada, expoliada, explotada, destruida, repartida, más o menos con su anuencia, por nacionales y extranjeros. Como el petróleo, ella es sucia e impura; región y mujer unidas por la práctica de la prostitución. El capítulo 6, “Capitanes de industria”, describe una reunión de empresarios que planean cambiar de sitio el barrio de prostíbulos, La Unión, para hacerlo aún más lucrativo, convirtiéndolo en una enorme y moderna “ciudad del vicio”. Tal ciudad tendría que contar con “grandes salones de baile; establecimientos de comunidad y chalets aislados para meretrices que quisieran vivir solas; salones para cinematógrafos sicalípticos, para cabarets estilo europeo, hasta con un sanatorio de ginecología y sifilografía” (48).

En el capítulo 4, “A la conquista del vellocino de oro”, el ingeniero insiste en el poder corruptor de la región. Se dirige a otros hombres, con menos tiempo que él en el Puerto, diciendo: “ustedes, muchachos, que son hombres buenos, y que no están todavía envenenados por este endiablado Tampico...” (36). El propio Márquez ha sido contaminado por el lugar; confiesa cierta “neurastenia” y piensa que los miembros de La Lengua que Mata están “enfermos ya, a pesar del éxito franco o relativo, del mal eterno de la desesperanza” y habían perdido “toda la fe y el vigor de espíritu” (30).

El capítulo está encabezado por un epígrafe de La Fontaine — “De qué les vale nunca su estudio y su talento...” (30) —, para sugerir que estos atributos de los individuos pueden poco contra el poder corrosivo de los valores imperantes en el lugar.

Estela fallece casi sin dejar señales, como la marca en el agua a que se refiere su nombre. Además, no es casual que su muerte se produzca en forma más o menos simultánea al inicio de la crisis del petróleo en la trama. Aunque ocupa menos páginas que Eulalia, es Estela quien concentra las pautas morales predominantes en la región, y a ella alude el título de la novela.

LA HUELLA NATURALISTA

El condicionamiento de los personajes por la circunstancia permite hablar de huellas naturalistas en esta narración realista. Y por supuesto, uno de los temas clásicos en la narrativa naturalista es el de la prostituta (García Barragán 1979).

También apuntan en el sentido del naturalismo las descripciones científicas, o relativamente científicas, que el narrador ofrece, a propósito de algunas enfermedades. Así, por ejemplo, adereza con algún detalle médico los días finales de la prostituta:

“la hermana Estela” moría de modo muy distinto a como mueren, en las películas cinematográficas y en el teatro, las muchachas que se envenenan por amores. Es verdad que el bicloruro de mercurio es poco piadoso. Y así, Estela ni tuvo actitudes lánguidas, ni se alisó el pelo coquetamente para morir [...]. La pobre muchacha se pasó los diez días que sobrevivió a su arrebato de locura, en situaciones y actitudes harto prosaicas, sin más manifestaciones ruidosas de vida que los vómitos sanguinolentos incoercibles que la agotaban (89).

Asimismo, la caracterización del sacerdote que, al confesar a Eulalia, se siente atraído sexualmente por ella, concuerda con el presupuesto de Zolá consistente en explicar al hombre por su fisiología más que por su psicología (Gullón 1976). Detalla el narrador:

Ya despierto del todo [...] un raro perfume — el de la penitente — subió desde la pituitaria hasta las terminaciones nerviosas del olfativo, a través del etmoides, hasta el cerebro del sacerdote, y despertó en el santo varón como le acontecía siempre con todos los aromas — el del incienso inclusive — un vago estado de ansiedad sexual (69).

En términos generales, la corriente naturalista en Europa surge vinculada a la industrialización, y la gestación de *La hermana impura* se produce en un contexto de fomento a la industria en México (Sánchez 1976: 242).

Por supuesto, deben haber influido asimismo en la aproximación a una óptica naturalista, por parte del autor, su formación y ejercicio profesional como médico. El de Puig Casauranc es un naturalismo que ha heredado el “buen gusto” de sus modelos peninsulares, el narrador de la novela mantiene su elegancia expresiva y no incurre en vulgaridades. En España había una reacción de rechazo hacia la “complacencia en lo grosero y lo obscuro” del naturalismo francés, postura relacionada con una ideología conservadora (Gullón 1976: 4-6).

LA MORAL Y LA CLASE

Las reflexiones del narrador omnisciente de la novela hacen explícita la preocupación ética del autor, esa instancia organizadora del texto, preocupación que determina la estructura maniquea de la trama.

Al igual que Eulalia, el narrador omnisciente dice rechazar la moral estrecha e hipócrita dominante en la provincia, de la cual da muestra, por ejemplo, el sacerdote que confiesa al petrolero don Samuel. La intertextualidad explícita reitera esa actitud. El capítulo 3, “El huésped enojoso”, centrado en una escena entre el ingeniero y Estela, se inicia con un epígrafe de D. Ramón de Campoamor que vitupera a “los mojigatos de la honestidad”, análogos a las “beatas de provincia” por su doblez (24). Las líneas pertenecen a una explicación del poeta conservador, *Los pequeños poemas* (1879), donde afirma que los buenos escritores deben abordar aún los temas escabrosos, si bien con decoro, posición a la cual, sin duda, se adscribe Puig Casauranc.

El huésped a que se refiere el subtítulo es a la vez el fenómeno natural y el sentimental: “el norte que amenazaba convertirse en huracán” (25), y el violento amor de Márquez por Estela. La fuerza del viento recuerda al ingeniero un poema del portugués Abílio Manuel Guerra Junqueiro, “La muerte de Don Juan” (1876), del cual cita varias líneas. Entre ellas: “y el viento azota la mansión del vicio / como otro huésped que quisiera entrar” (29). En el prefacio a la segunda edición de esta obra, Guerra Junqueiro reitera que la verdadera ho-

nestidad no consiste en ocultar las lacras sociales, sino en revelarlas. Condena a los hipócritas que atacaron la primera edición de su texto y emplea el término “petróleo” en un sentido exclusivamente metafórico, como sinónimo de algo corrupto. Afirma que se había visto su poema como “una impudencia desenfrenada: lodo y petróleo” (1876: 7, 9-10).

No cabe duda de la inquietud moral y la intención moralizante del autor de *La hermana impura*. Sin embargo, se trata de una moral clasista. Estela, marginada y desposeída, es objeto del desprecio del narrador omnisciente a lo largo del relato; por su parte, el padre de Eulalia, el millonario petrolero capaz hasta de llegar al crimen para obtener terrenos, es llamado por la voz narrativa “el buen español” (63). El autor conduce a Estela a la autoaniquilación, por el bien de la decente pareja; en tanto que don Samuel salva su vida e incluso su alma.

A la mencionada crisis de Eulalia por saber el origen de la fortuna de don Samuel, su novio, *alter ego* del narrador, y tal vez del autor, le responde:

Pero, ¿y a ti que te importan todas estas historias, Eulalia? ¿Y para qué te cansas el cerebro y te oprimes el corazón escarbando en estas miserias? Ni tú ni yo hemos tenido que ver en ellas; ni tú ni yo somos capaces de remediarlas ni de evitarlas en el futuro (55).

El desenlace sugiere que, como su personaje, el autor decidió despreocuparse de las implicaciones éticas de la trama y permitir un final feliz para sus héroes, los jóvenes honestos de la burguesía.

Más allá de la problemática individual en que se centra el argumento de la novela, algunas escenas dejan clara la percepción del narrador sobre la presencia de las masas en general, y de la clase obrera en particular, en la vida del país. Por ejemplo, una mañana, el ingeniero Márquez se angustia al toparse con “miles de obreros”:

¿Se preparaba alguna manifestación obrera ese día? Se hablaba tanto de líderes *bolsheviques* [*sic*] llegados a Tampico, que el ingenie-

ro pensó en una nueva huelga general. Pero no se notaba en el ambiente ese rumor inconfundible de multitudes levantiscas, ni había en las actitudes de los obreros, ese aspecto característico de los trabajadores en momentos de huelga... [Un gendarme le informa:] — Pues qué no lo ve... son los obreros que van a trabajar al muelle (75).

La certeza del narrador de que las instituciones ya habían encauzado la energía de las masas hacia el trabajo productivo hace pensar que Puig Casauranc imprime a los acontecimientos de 1918, en que se ubica la trama, sus concepciones de los años de escritura y publicación de la novela, 1927, más cercanos a la paz institucional.

El autor muestra en todo momento conciencia de la historia y los problemas sociales, aun cuando suele enfocar su lente desde el pedestal de las clases dominantes. A diferencia de la mayor parte de las novelas mexicanas que recrean el papel del petróleo en la vida nacional, en *La hermana impura* no hay un rechazo a la intervención de las compañías extranjeras en la economía del país. Para el ingeniero, las compañías juegan un papel positivo, y lo dañino es la corrupción y voracidad de los gobiernos. El joven expresa un cierto optimismo y confianza en el futuro. Aun cuando sabe que México estaba pasando por una etapa de guerras civiles, confía “en que, gracias, ya no tanto al chapopote que sólo había traído progreso material, sino a la corriente de ideas y entusiasmo que significaban todos aquellos recién llegados” (31), los mexicanos de acción podrían desarrollar Tamaulipas y convertirlo “quizá en el más populoso, rico y culto estado de la federación mexicana” (31).

PUIG CASAUANC, INTELLECTUAL DEL CALLISMO

Otros textos del autor confirman el asidero personal de la trama novelística. A inicios de los veinte, el campechano publicó un artículo titulado “El fabuloso Zacamixtle” (Puig Casauranc 1925), donde expresa algunas ideas y anécdotas que luego se harán parte constitutiva de la novela. Considera a la zona el “centro de la actividad petrolera” (213), relata la improvisada y acelerada construcción del campa-

mento que pronto se transformó en pueblo. Denuncia la “sed insaciable de contribuciones” de las autoridades que habían permitido el lucro desmesurado con los permisos “para casas de juego, para cantinas y para burdeles”. Proliferaron estos establecimientos a tal extremo que fue imposible construir una escuela pues no había un terreno con la distancia mínima de ellos exigida por la ley de Veracruz. Denuncia “el espectáculo tan admirablemente organizado de vicio que hay en Zacamixtle para despojar al ‘hombre de trabajo’, no al ‘hombre de dinero’”. Cuenta en pocas líneas su viaje al campamento para atender, en su ejercicio como médico, a un cantinero español herido en el vientre y atribuye esta anécdota a un personaje de la misma profesión, el Dr. Garneiro, amigo de Márquez, en el capítulo 9, “Por donde corre el Pactolo” (215).

En otro artículo del mismo año, 1921, titulado “Cuando se agote el Pactolo”, el escritor relata una estancia en Tampico hacia 1917 (Puig Casauranc 1926). Expone su certeza de que las compañías petroleras pueden ayudar al progreso de la zona, pero la corrupción de las administraciones lo impide. Su visión y posiciones acerca del estado tamaulipeco son análogas a las que adjudica al ingeniero Márquez en la novela.

Hacia los años cercanos a la escritura y publicación de la novela, José Manuel Puig Casauranc perteneció, pues, al gabinete de Plutarco Elías Calles (1924-1928), en el cargo de Secretario de Educación Pública. El intelectual era, además, un colaborador muy próximo al gobernante, a quien le redactaba muchos de sus discursos (Córdova 1995: 284).

El presidente Calles, para enfrentar la imperiosa tarea de reconstruir el país posrevolucionario, se propuso instaurar un sistema de moderno capitalismo, lo cual requería una vida política institucionalizada. Entre otras políticas, intentó reafirmar el dominio de la nación sobre el petróleo, lo cual lo condujo a fricciones con las empresas y el gobierno estadounidense.

La etapa deja señales en *La hermana impura*, además de la explícita problemática del mineral. El protagonista de la novela, cuyo rasgo definitorio es el ser “ingeniero”, se puede identificar con la admi-

nistración callista, signada por un proyecto político y económico de construcción o reconstrucción. Sin embargo el personaje simpatiza más, como se ha visto, con los inversionistas extranjeros que con los gobiernos institucionalizados a los que considera corruptos. El ingeniero sugiere una cierta contradicción del autor en lo que al petróleo se refiere.

No es la única, a José Manuel Puig Casauranc se atribuye la orientación de la política oficial en educación y cultura en el callismo, orientación que, para el historiador Álvaro Matute (1976), continúa parcialmente el proyecto vasconcelista. La prioridad de esta política — se ha dicho — era el patrocinio a las obras de denuncia que describieran “el vivir de los condenados a la humillación y a la tristeza por nuestros brutales egoísmos” (Puig Casauranc 1924).

Curiosamente, en la práctica literaria del Secretario de Educación Pública, al menos en el texto revisado, tuvieron más peso sus prejuicios clasistas que sus intenciones declaradas, por lo que hace a la representación de los marginados. Su posición ideológica, conservadora en cuanto a la vida social, encuentra un cauce adecuado en su opción conservadora en la construcción literaria.

La hermana impura es, no obstante, más que “un esqueleto de novela”. Es la bien construida narración de un hombre ilustrado que representa con talento la atmósfera vertiginosa del enclave petrolero tampiqueño a finales de los veinte.

LA ESTRIDENCIA Y EL PETRÓLEO: *PANCHITO
CHAPOPOTE...* (1928) DE XAVIER ICAZA¹

ICAZA, ARISTÓCRATA Y PROLETARIZANTE

Un año después de la aparición de las primeras voces mexicanas, en 1928 se publica uno de los relatos más interesantes sobre el tema del petróleo: *Panchito Chapopote. Retablo tropical o relación de un extraordinario sucedido de la heroica Veracruz*. El autor, Xavier Icaza, nace en Durango en 1892, en una familia perteneciente a la alta burguesía, y muere en el Distrito Federal en 1969.

Icaza estudió la carrera de Derecho, fue también docente, periodista y escritor. Carlos Fuentes, en *Los años con Laura Díaz* (1999a), introduce un personaje con ese nombre y lo define, hacia 1920, como “el joven abogado laborista, hijo de una familia de aristócratas que ahora servía a la clase obrera” (121).

Fuera del ámbito de la literatura, Icaza es autor de ensayos laborales e histórico-políticos, entre otros *El conflicto del petróleo en México* (1938) e *Interpretación de la Revolución mexicana* (1947).

Como literato, practicó todos los géneros. Algunos de sus poemarios son: *Marea encendida* (1937), *Tríptico de amor y desamor* (1940), *Ráfaga de los soles* (1955). Escribió también teatro, por ejemplo, *Magnavoz* (1926), farsa que luego engarzó al final de *Panchito Chapopote*. Una de sus piezas revolucionarias, *Trayectoria* (1936), fue publicada por la Universidad Obrera. Compuso asimismo una obra de teatro popular, *De Chalma y Los Remedios* (1963). Trabajó como ensayo alguna conferencia, *La Revolución mexicana y la literatura* (1934). Respecto a la narrativa, sus principales obras son las novelas *Dilema* (1921),

¹ En 1995 publiqué en la revista *Literatura Mexicana* una versión más extensa y detallada sobre este libro (Negrín 1995).

La hacienda, novela mexicana (1925), *Panchito Chapopote...* (1928), *La patrona* (1962), *Mitote de la Toloacha* (1955). Por lo general se trata de novelas cortas, e incluso podrían situarse bajo este rubro los relatos de su libro *Gente mexicana* (1924).

Tal vez la línea conductora de su obra literaria sea la intención popularizante y lo que él mismo llama su “exagerado mexicanismo” (Zaitzeff 1995: 31). Y en algunas obras, la inquietud de experimentación formal.

A excepción de *Panchito Chapopote...*, los textos de Icaza han sido poco atendidos por la crítica. Contamos, no obstante, con el seguimiento global de la producción literaria del autor que hace Helen Louise Rapp (1957), en su tesis sobre novela del petróleo. Para ello, la estudiosa entrevistó al intelectual. Por su parte, Serge I. Zaitzeff (1995) lo ubica en su contexto cultural. Explica sus afectuosas relaciones con algunos miembros de la Generación del Ateneo, como Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, y comenta sus nexos con el movimiento estridentista.

El segundo texto narrativo de Xavier Icaza, *Gente mexicana*, lleva un prólogo de Daniel Cosío Villegas (1924), quien contempla en este libro una mejoría notable respecto de los anteriores y lo califica por su interés en las técnicas escriturales de “un verdadero gimnasta de la novela [...] trazaba argumentos y desarrollos o los rehacía. Redondeaba sus personajes, pulía su estilo” (10-11).

Otros estudiosos del autor señalan que su voluntad de experimentación formal no se hace evidente sino hasta la publicación de *Magnavoz* (1926), pues sus primeras obras son de índole bastante convencional (Brushwood 1986). Después de *Panchito Chapopote...*, puede afirmarse, como hace Ramón Xirau (1963) en el prólogo a *De Chalma y Los Remedios*, que las obras literarias del legislador “no caben dentro de los géneros tradicionales [...] Por lo que toca a los géneros, Icaza ha tenido que inventárselos” (8).

El joven abogado tuvo que hacer frecuentes visitas a la Huasteca por motivos laborales. Así, en una carta a Julio Torri, fechada en 1919, describe sus impresiones del puerto tamaulipeco: “ayer navegué por el Pánuco hora y media (de 11 a 12 ½), entre buques de gue-

rra, barcas y dragas. Espectáculo maravilloso. No hay ciudad mejor iluminada que Tampico. Tiene un magnífico resplandor blanquísimo”. Y, en otro pasaje, comenta “esta ciudad huele a chapopote” (Zaitzeff 1995: 63). El contacto con la industria del petróleo del autor es evidente en la novela.

¿NOVELA, RELACIÓN, RETABLO?

La narración petrolera es sin duda la mejor de las obras de Xavier Icaza. De ahí que sea la más estudiada, tanto que según el crítico Serge I. Zaitzeff, “el autor se proponía reunir en un folleto las reseñas aparecidas sobre *Panchito Chapopote*, pues había despertado “bastante interés entre los críticos de México, Buenos Aires, La Habana, Lima, Madrid y París” (1995: 178). La originalidad de esta obra ha sido reconocida también por los críticos Luis Alberto Sánchez (1976: 431), y John Brushwood (1987: 7).

Ubicada por sus editores como novela y, como tal, incluida en las bibliografías y visiones panorámicas del género (Brushwood 1987, Carballo 1988, Sefchovich 1985), *Panchito Chapopote...* por su carácter experimental presenta problemas de clasificación. “Posiblemente novela”, apunta con cautela John Brushwood (1986: 7).

El juego con los géneros artísticos se hace evidente desde el nombre de la obra. A *Panchito Chapopote* sigue el subtítulo: *Retablo tropical o relación de un extraordinario sucedido de la heroica Veracruz*. En conjunto, el nombre evoca los de algunas novelas mexicanas decimonónicas y de principios de siglo, que contienen una descripción del tema y el señalamiento del género o subgénero. El subtítulo asocia de inmediato tanto los retablos coloniales de las iglesias mexicanas como ese género teatral protagonizado por títeres. Retablos son asimismo los pequeños exvotos pintados en metal con que los fieles adornan las paredes de algunos templos para agradecer determinado favor o milagro recibido de la providencia. Es tangible la intención del autor de acercarse a la cultura popular, reivindicada a inicios de los veinte por el Dr. Atl (1922). El subtítulo también inserta el texto en la tradición de las “relaciones” que, desde Her-

nán Cortés, han sido parte de nuestra literatura. No obstante, el adjetivo “tropical” tanto como la aliteración del nombre, *Panchito Chapopote*, confieren un matiz humorístico a la aparente solemnidad del conjunto.

El libro aparece por primera vez en 1928, bajo el sello de la Editorial Cvltvra. Se trata de una preciosa edición, ilustrada con grabados del pintor estridentista Ramón Alva de la Canal² — aunque en una carta de 1926 Icaza cuenta que Diego Rivera estaba preparando las ilustraciones para la novela (Zaitzeff 1995: 183) —.

La complicación genérica tiene que ver en parte con que el libro embona dos secciones bien diferenciadas. La primera parte se centra propiamente en la historia de Panchito, un corpus narrativo que en la edición original consta de 94 páginas. Al final se asienta la data de escritura: “Xalapa, julio de 1926” (94).

La segunda parte, una especie de obra teatral, se denomina “Alcance a Panchito Chapopote”. En la edición de Cvltvra, esta sección ocupa una hoja cuatro veces mayor que las restantes, de un papel delgado — “papel de china” — y de color naranja, impresa por una sola cara, separada de la encuadernación, y adherida a la tercera de forros. Hasta abajo lleva, al igual que la primera sección, la nota “Xalapa, Ver., 1926”.

En el periodismo mexicano decimonónico, “alcance” era una noticia de última hora, un agregado o apéndice a un primer artículo; con frecuencia una hoja volante destinada a pegarse en las paredes. El “Alcance a Panchito Chapopote” se inscribe en esta tradición de hojas volantes, como los manifiestos estridentistas. Sin embargo, el mismo texto ya había sido publicado por el autor dos años antes con el título de *Magnavoz, 1926* y la acotación de farsa (Icaza 1926).

Las dos secciones del libro están unidas por la inquietud del autor por explicarse a México. En el “Proemio” a *Magnavoz, 1926*, Icaza informa que, en este texto, quiso expresar su encuentro con el país tras un tiempo de ausencia. No obstante, cada parte puede leerse en

² La edición usada en el presente trabajo es de la Universidad Veracruzana, facsímil de la original (Icaza 1986).

forma autónoma. Dado que el “Alcance” no está vinculado a la problemática del petróleo, queda fuera de este comentario — para ello remito a un trabajo anterior sobre la novela (Negrín 1995).

EL EXTRAORDINARIO SUCEDIDO

Aún aislada de la segunda parte, la primera muestra una oscilación genérica, pues combina narración y teatro.

El corpus está dividido en múltiples segmentos separados entre sí por espacios en blanco, que corresponden a escenas breves, a partes de la misma escena o a las opiniones del narrador. En él se desarrollan dos historias, que se entrecruzan y separan, ambas a cargo de un narrador omnisciente. Una, la historia del campesino veracruzano conocido como Panchito Chapopote, se remonta a los años finales del porfiriato y los inicios de la Revolución de 1910, y se va siguiendo, en forma discontinua, hasta la segunda década del siglo, más o menos hasta un momento próximo a la escritura del texto. La otra es la de algunos caudillos surgidos del movimiento armado que pasaron a formar parte de la clase dirigente del nuevo régimen; la novela ostenta un asidero explícito en la historia nacional.

La escena inicial, que establece un presente de la trama, muestra a Panchito bebiendo con un grupo de conocidos en Veracruz; se sabe que el señor Chapopote es rico y que planea irse de viaje.

Poco más adelante, cuando el protagonista le platica su vida a una mujer en un burdel, se informa sobre los antecedentes de su pasado en su pueblo, Tepetate, a través de la introducción de un plano retrospectivo.

Nos enteramos así de que Panchito había sido un campesino pobre, bien conocido entre la población porque poseía tierras yermas y aceitosas, aparentemente malditas. También era famoso como amanuense, a causa de su excelente letra manuscrita, habilidad que le había granjeado la envidia de la maestra del pueblo, doña Liboria, de letra menos perfecta; ella era quien le había endilgado el grasiento apodo. Además, sabemos que la existencia del protagonista estaba ensombrecida por un amor no correspondido.

Pero el destino de Pancho cambia cuando se descubre que la aridez de su heredad se debe a la presencia de petróleo. Ingleses, norteamericanos y las autoridades del propio pueblo se disputan la compra del terreno. Así puede salir de pobre, dejar el empleo, comprarse ropa y muebles, y viajar. No obstante, sigue sintiendo “mucha tristeza, mucho dolor” (57) en el aspecto amoroso; recuerda a “la ingrata” (59) que lo había despreciado.

De vuelta al plano del presente, en Veracruz, el antiguo agricultor termina de contar su vida y decide volver al pueblo a buscar a su antigua amada. La acción, a partir de ese momento, va de presente a futuro y empieza a entrelazarse con la segunda historia.

En forma más o menos simultánea al regreso de Pancho a su pueblo, se introduce otro plano espacial, otra región geográfica, en donde se inicia la anécdota de los caudillos: “México. Alguien que se cree héroe representativo se prepara a huir de la capital” (59).

En los albores del movimiento revolucionario de 1910 se ubica la compra del terreno de Pancho. El narrador describe la llegada al pueblo de los norteamericanos que llevarán a cabo la transacción:

Llega una caravana de gringos a caballo [...] Al frente de la caravana, un viejecito simpático [...] Junto a él, solícito y meloso, un licenciado [...] Atrás, la guardia escolta: soldados, sargento, coronel. Sólo faltaba un cura para que estuviera representado todo el país [...] El gobierno de don Porfirio cuida al gringo. Teme que algo le pase al viejecito que busca petróleo (27).

Y, poco después de la firma del contrato de compraventa, continúa: “la caravana se fue dejando su tentadora huella de oro. Empezaba una nueva era en la Huasteca. Del resto del país llegaban tristes nuevas. La revolución había estallado [...] La caravana se dirigía hacia Rancho Viejo — como Tepetate, futuro Eldorado — (46). Después llega otra caravana, ahora de ingleses, que se encuentra con la de los gringos y tras muchas discusiones deciden dividirse el país.

LA PLURALIDAD DE DISCURSOS

Hay en la novela una relativa pluralidad de discursos que podrían agruparse en tres: el del narrador omnisciente, el discurso “del pueblo” y el de los caudillos. Es una pluralidad aparente porque tanto el discurso del pueblo como el de los caudillos están mediados por la perspectiva del narrador y se presentan como una parodia tanto de las voces populares como de la expresión de los dirigentes revolucionarios.

El narrador omnisciente es la conciencia dominante en el texto. En ocasiones parece que su participación se reduce a presentar en forma escueta las circunstancias de alguna escena, otras veces comenta. Un ejemplo de la primera actitud se ve al inicio de la narración, donde el narrador combina su voz con las de los personajes:

Veracruz. Portal del hotel Diligencias. Viajeros que se aburren y sudan. Boleros impertinentes, vagos, cargadores. En tres mesas, petimetres que beben. Consumen cerveza, *mint-julep*, limonada, agua de coco. Charlan, gritan, gesticulan. Invita Panchito Chapopote.

— Conque ¿te vas, Panchito?

— Me voy.

— ¿Te vas y nos dejas?

— ¡Ay, que tristor!

— ¡Ay que guanajo!

— ¡Envidia! Me voy al viejo mundo en vapor.

— ¿Conque en vapor, Panchito? Ja, ja, ja, ja...

— ¿Querían que en ferrocarril?

— Eres grande, Panchito, ja, ja, ja, ja...

— ¡A la salud de Panchito Chapopote!

— ¡A su salud, pero que invite sidra! (7-8).

A veces, el narrador asume el punto de vista de uno de los personajes, a través del discurso indirecto; siempre en su lenguaje culto que, en contraste con el habla de los personajes, le permite mantenerse a distancia y reiterar la superioridad de su formación. En el si-

guiente ejemplo de discurso indirecto, el narrador habla desde la perspectiva del protagonista, pero sin reproducir su voz: “Panchito cuenta su historia a la morena: Vivía en la rica y calurosa Huasteca, pueblos de palma y sones, baños de río, perfumes de vainilla, mujeres caderonas de ojos grandes. Hubiera sido feliz si su amada correspondiera a su pasión. Pero la ingrata quería a otro” (16).

Con frecuencia, el narrador habla con voz propia, como un ente fuera de la acción y expresa abiertamente sus comentarios acerca de personajes y aconteceres. Así ocurre cuando la caravana de norteamericanos llega a Tepetate y pide al alcalde ayuda para encontrar alojamiento:

El alcalde se excusa. Asuntos oficiales lo habían demorado. Estaba a sus órdenes.

El gringo vuelve los ojos al licenciado. Éste, flaco y prietito, insignificante y fatuo, tose, se da importancia.

— El señor, rico y poderoso industrial...

Se omite el preámbulo por inútil e imbécil. Se omite el discurso, por mayoría de razón, terminajo jurídico, propio de la gente de curia.

Traducido al romance, querían, por el momento, albergue (28-29).

Hacia el final de la historia de Chapopote, como veremos, el narrador se desdobra en una voz denominada explícitamente “el autor”, con lo que se involucra en la acción, pero siempre desde una posición distanciada y dominante.

El discurso “del pueblo” se manifiesta de varias formas. Está constituido por las voces de unos pocos personajes singularizados y las de personajes anónimos que, a veces, hablan en forma individual y a veces en coro: “entre copas de zotol o tequila, al son de harpa de mano y de jaranas, el pueblo mexicano desempeña papel de coro griego” (53). Dado que no se refiere al pueblo veracruzano, sino al mexicano, la observación del narrador parece aludir al papel del pueblo dentro y fuera del texto.

Las intervenciones de los personajes de la calle están marcadas por su origen tanto geográfico como de clase, se caracterizan por el uso de giros regionales e incorrecciones, como el autor supone que la gente común habla:

[una mujer a Panchito] — Tus amigos te envidian, ¿sabes tú? Dicen que por purita argolla estás armado y todos te conocen [...]

— Gracias, mi mulatica. ¿Dame un beso?

— ¿Entodavía besos a estas horas? Y dime. Dicen que si te hiciste rico, que la verdad de Dios fue un chiripazo (16).

En la segunda escena, el grupo que bebe con Pancho en el portal del hotel comenta la entrada de un personaje curioso, llamado Porfiriata. Voces anónimas configuran a este hombre del pueblo, famoso por diversas razones: “el viejo loco que vende periódicos y billetes y que se cree reencarnación de héroes”, afirma uno; “y que canta rumbas y consigue mujeres”, agrega otro; “y que cuando hay mitote siempre sale a rumbiar” (8), dice un tercero. A su vez, el narrador describe: “Porfiriata bailotea grotesco, la cara inexpresiva, los ojos en blanco. Hace contorsiones. Mueve el pecho cachondo” (11). El personaje aparece significativamente hacia el comienzo de la novela y al final, cuando la trama se sitúa hacia el ocaso del antiguo régimen — cuyo nombre además remeda — y algunas décadas después. Hay en la conducta de Porfiriata un rasgo que el narrador considera representativo del pueblo veracruzano: ocurra lo que ocurra, sólo quiere bailar. Así, se afirma: “y mientras, el petróleo sigue brotando. Los obreros trabajan bajo el sol. Las turbas bailotean y bostezan” (66); o bien “— ¡Ha estallado la revolución! Es orden del día.../ — ¡No raspen... viva la juerga! ¡que nos dejen rumbiar!” (69).

Pero la visión que del pueblo tiene el autor es ambivalente. El mismo pueblo que sólo piensa en bailar da muestras de una gran creatividad al responder con canciones a los acontecimientos. Entran así al texto algunas composiciones conocidas, otras, inventadas por el autor, juegan con las formas populares. Como ejemplo de las primeras, Pancho canta:

A la gea gea,
 ¡Que iguana tan fea!
 Se sube en un árbol y se sarandea,
 pone su huevito
 y a luego se apea (32).

Y en cuanto a las composiciones popularizantes del autor, está el son, poco afortunado, que Pancho compone a la maestra para responder a sus agresiones:

Este es el son de doña
 de doña vieja Liboria.
 Liboria escribes muy mal,
 escribes muy mal, Liboria.
 Y ai las das,
 y ai te las doy (17).

Un acierto en la novela es la recreación de la atmósfera de las regiones veracruzanas, de la cual es indisociable la música del trópico: “Un negro rumbero pregonaba alegre su nieve cantando rumbas” (14). O bien, “las muchachas y los hombres compiten en la invención de sones. Revientan por inventar el son del gringo” (41).

Otra variante de discurso presentada en el texto, a veces cercana a lo popular, son las voces de las aves que incidentalmente toman la palabra: un perico, una cotorra y unos zopilotes. Junto con las otras voces populares anónimas, las de las aves contribuyen a la creación del clima afectivo. Así, en plena lucha armada se escucha la voz de los zopilotes: “¡Carne de cañón, carne de cañón, queremos engordar!” (66).

Un empresario petrolero norteamericano y el alcalde de Tepetate se disputan la compra del terreno de Pancho. En este proceso, hay una escena en que el “magnate” capitalista y sus ayudantes, el licenciado y el ingeniero, se encierran a discutir los términos. Pero un loro y una cotorra los escuchan y repiten posteriormente palabras clave; así el gobernante local y su secretario se enteran de la transacción:

LORO

Contratar terreno cualquier precio, contratar terreno cualquier precio...

COTORRA

Explorar, arrendamiento, subsuelo... títulos...

LORO

Arreglar títulos, inventar títulos, inventar gente (42).

Las voces de las aves han sido una constante en la poesía popular mexicana (Frenk 1994). Insertarlas en la narración rompe con cualquier esquema realista, se introduce lo absurdo y se genera un efecto humorístico.

El discurso de los caudillos contiene también ingredientes de humorismo. Los personajes parodian la oratoria de los dirigentes emergidos de la Revolución mexicana quienes, aun antes de tomar el poder, ya mostraban rasgos demagógicos en su hablar. Algunos personajes históricos son fácilmente identificables en el argumento, así Francisco I. Madero y don Porfirio se transparentan en la descripción: “La revolución había estallado. Un chaparrito audaz se enfrentaba al tirano” (46).

En otros casos hay una deliberada ambigüedad en la caracterización de los hablantes, implicando que todos los nuevos líderes son similares e intercambiables. Así se ponen en boca de los caudillos de diferentes lugares de la República idénticas palabras. Por ejemplo, en Veracruz se sitúa la siguiente escena:

EL CAUDILLO IMPROVISADO

(desde el techo del tren)

— ¡Conciudadanos! El pueblo mexicano. Los tiranos. El voto. La conculcación del voto. Los tiranos. El pueblo. El sufragio. La imposición. Voy a salvar al pueblo. El pueblo me llama. Me sacrifico por la patria. El voto, los tiranos...

LO QUE PARECE PUEBLO

— ¡Otro toro! ¡otro toro! Queremos otro disco, ¡algo nuevo! Ése ya está rayado (67).

Y en Oaxaca:

Oaxaca. El general en jefe se levanta. Manifiesto. Plan. El pueblo lo llama. El pueblo no puede tolerar imposiciones. El pueblo se levanta unánime contra el tirano. Lo llama el pueblo. Él representa al pueblo. — Iba a decir que él era el Pueblo. Él lo ha de vengar.

EL PUEBLO

Quiere ser presidente (80).

Lo mismo ocurre en varios estados. Los enunciados de los caudillos se presentan en forma cada vez más fragmentaria e incompleta. El autor sugiere que el discurso del poder se fue vaciando progresivamente de contenido y reitera la saturación y la consecuente indiferencia de los destinatarios. Comparte el sentir popular cuando considera innecesario transcribir lo que se ha vuelto lugar común:

Guadalajara. Ídem. Ídem. Ídem [...]

TODOS LOS JEFES

El Pueblo. El Pueblo mexicano. La salvación del Pueblo...

EL PUEBLO

¿Hablaban de mí? No me molesten. Déjenme descansar (83).

FUTURISTA, ESTRIDENTISTA, DADAÍSTA

En algunos pasajes el autor deja claro que el humorismo y el acercamiento a la estética estridentista son parte de su proyecto literario. En el desarrollo de la novela, con su peculiar entreverado de recursos teatrales y narrativos, aunados a las intervenciones del narrador, puede rastrearse un hilo conductor racional asido a una secuencia cronológica progresiva, más o menos acorde con los cánones del realismo novelístico decimonónico. Sin embargo, ese realismo, que se observa en las primeras narraciones de Icaza, se cuestiona en *Panchito Chapopote...*, donde la acumulación de escenas absurdas horada la verosimilitud. Aquí se ve en pleno al gimnasta de la escritura de que hablaba Cosío Villegas.

Un ejemplo de recurso vanguardista y guiño al estridentismo es el siguiente, situado en la trama en los inicios de la industrialización petrolera, cuando los pleitos entre norteamericanos y nacionales eran frecuentes:

– Yes. No. Allright. Very well. No. Jesuchrist! [*sic*]

– ¡Cállese gringo malora!...

– You stupid, you greeser.

– ¡Cállese gringo malora!...

– ¡You greeser!

– ¡Su madre, gringo c...!

¡Paf! ¡paf! ¡paf! (64-65).

Tras el diálogo de los personajes anónimos, el narrador comenta: “Un yanqui menos y un pasajero más para el viejo Caronte. Después de todo, en los infiernos quizá no esté tan mal. / Un poeta estridentista se lo encuentra. Dominado por cólera patriótica lo arroja del barco de Caronte, en impulso multánime” (65). “Multánime” fue un término favorito de los estridentistas desde sus primeros manifiestos (Schneider 1985: 44).

Otro recurso vanguardista, pirandelliano, se presenta hacia el fin del corpus central, cuando el narrador se desdobra en un personaje llamado “Autor”, que parodia su propia omnipotencia en un diálogo con su protagonista:

EL AUTOR

Muérete ya, Panchito. Ya no te necesito. Con tu boda y tu plagio tu razón de ser ha terminado. Tu existencia no tiene justificación.

PANCHITO CHAPOPOTE

¿Qué cosa? ¿Qué cosa? [...].

EL AUTOR

Sí, que te acabes de morir. Ya estorbas. No haces falta. Apúrate a acabar. Tu viaje ya es inútil.

[...]

CORO RELATOR

Panchito sigue en Tepetate [...]. En la Huasteca, los pueblos son un día del Gobierno, de los rebeldes, otro. Se combate en las calles de Tepetate. Panchito Chapopote se esconde en el traspatio [...]. Panchito siente ganas de espiar [...]. Panchito arriesga la cabeza... [...]. Una bala perdida lo atraviesa.

PANCHITO CHAPOPOTE, al expirar.

¡Ese c... autor me hizo mal de ojo! (76-77).

La tipografía misma de la novela, el enmarcamiento de cada escena con espacios en blanco y la alternancia del texto escrito con ilustraciones de un pintor estridentista se asocian con este movimiento, cuya poesía mostró preocupación por la espacialidad textual.

Durante su estancia en Xalapa, hacia 1926, Icaza participó en la revista *Horizonte* (Schneider 1970: 159). John Brushwood pone el acento en el vanguardismo de *Panchito Chapopote...* y afirma que es la única obra que — entre 1925 y 1930 — “combina las técnicas novelísticas radicales con la protesta social” (1966: 345; 1986: 7). Por su parte Carleton Beals que, como hemos visto, pasó largas temporadas en México considera que *Panchito Chapopote...* pertenece sin duda al estridentismo (Beals 1931: 259-267). Y Carlos Fuentes (1999a) comenta que a su personaje Xavier Icaza, “lo llamaban futurista, estridentista, dadaísta, nombres que nadie había oído mentar en Veracruz” (121).

Sin embargo, el propio Icaza en *Panchito Chapopote...* oscila entre la mirada al futuro de los estridentistas y una nostalgia de la placidez provinciana, irre recuperable por la industrialización petrolera, que recuerda la “íntima tristeza reaccionaria” de López Velarde (1979: 101). Así cuenta el narrador cómo los estadounidenses cambiaron la vida del “antiguo Tepetate pintoresco y risueño” para orientarla a la explotación del mineral: “no más casas de palma, sino casonas, galeras de tablón. Hoteles malos más caros que el Ritz: veinte dollars cama. Comida yanqui, costumbres ayancadas. Lonches. Quick lunch. Free lunch. Banana lunch” (64).

La concepción del petróleo como un elemento destructor se asocia con los lopezvelardianos veneros de petróleo escriturados por el

diablo — “La suave patria” se publica en 1921, año de la muerte del poeta —, más que con la imaginería tecnologizante del estridentismo cuyo primer manifiesto aparece en diciembre de ese mismo año.

Habría que agregar que varios de los grabados de Alva de la Canal recuerdan asimismo imágenes de “La suave patria”. Por citar un ejemplo, el grabado que ilustra la firma del contrato de venta de la hacienda de Panchito por el representante norteamericano y el inglés quienes van a dividírsela, dice el texto: “Al rubricarlo, el inglés se transforma en John Bull, en Uncle Sam, el yanqui” (50). La composición del pintor ofrece en primer plano una mesa con una pluma dentro de un tintero y un mapa, no de la hacienda en cuestión, sino de la República Mexicana partida por la mitad — el “mutilado territorio” de la “Suave Patria” —, flanqueada por el Tío Sam y John Bull cuadrándose. Sobre ellos emerge una columna, que luego se divide en dos, de algo que podrían (o no) ser barcos.

En la esquina izquierda superior del dibujo, se observa una bandada de pericos — “el relámpago verde de los loros” (López Velarde 1979: 155) — y en la derecha nubes y rayos. Por cierto, en este cuadro — como en uno anterior que ilustra el diálogo del loro y la cotorra chismosos (40) — del pico de las aves surge la voluta con que se representaba la palabra o el canto en los códices prehispánicos (Johansson 2001). El texto describe “una bandada de loros y cotorras que, en sus alas, traslada el campo al cielo, chillan el himno nacional” (53).

HUMORISMO Y AFIRMACIÓN NACIONALISTA

El autor tiene claro que la risa comporta una carga política. La ironía de Icaza incluye a los personajes de todas las clases sociales, pero con énfasis en los caudillos y los norteamericanos. Estos últimos, como ha podido verse en las citas, son objeto de innumerables bromas. En un pasaje, el narrador hace explícito el sentido de su mordacidad, cuenta que para el gobierno de don Porfirio, “era Tío Sam un bicho de cuidado. Aún no descubría México el secreto. Habían de pasar muchos años, correr mucha sangre, para que aprendiera a reírse de él” (27).

En el corpus narrativo, la patria está simbolizada por la finca del campesino Panchito y el futuro del personaje se determina por la posesión del mineral. Chapopote pasa de la miseria a la riqueza, en estrecha dependencia de los compradores extranjeros, sobre todo los norteamericanos. Pero la abundancia, que le ofrece satisfacciones pasajeras, no evita su melancolía ni impide su destrucción. Es evidente la identificación del personaje y su tierra con el país.

Por eso en el cuadro descrito de Alva de la Canal, a la hora de la compra de una hacienda, lo que escinden John Bull y el Tío Sam es la República. Por si no fuera bastante explícita la imagen, reitera el narrador: “se dividen la finca como quien parte una manzana [...] Es el petróleo que se reparten — para México, será el petróleo siempre la fruta prohibida” (49).

Al final de la narración, la presencia estadounidense en el pueblo jarocho y en el país es un hecho “normal”. Ya muerto Pancho, el autor ata los cabos de la trama, completa y cierra el “extraordinario sucedido” de que habla el título — el descubrimiento del petróleo en la región —, para presentar un desenlace en el que la nación va a entrar en un período de orden y calma: “Veracruz se va a normalizar. El país se va a normalizar” (90). Y la normalización se asocia con los parabienes de los poderes políticos y económicos de Estados Unidos y “Europa”, para el gobierno nacional. Los parabienes, transmitidos por las estaciones de radio, son símbolos del progreso. En la narración se insertan fragmentos de las transmisiones con un toque de ironía:

RADIO 1

¡Habla Washington! Coolidge al aparato. Coolidge felicita al presidente.

RADIO 2

¡Habla New York! La Bolsa al aparato. Wall Street felicita al Gobierno.

RADIO 3

¡Habla Europa! Europa que felicita al Presidente.

RADIO 4 RADIO 5 RADIO 6

Felicitaciones, felicitaciones, felicitaciones (93).

La consistente actitud nacionalista del autor atraviesa las incongruencias y las bromas en la novela. Desde el subtítulo, que ubica los hechos en “la heroica Veracruz”, evoca las veces que el puerto ha sido entrada de las invasiones extranjeras, como la de 1914.

El escritor asume la propuesta de José Vasconcelos de rescatar la cultura del pueblo para integrarla al esquema civilizador. Por eso decide dar a su novela “el carácter de las relaciones populares” — como afirma en una carta a Genaro Estrada (Zaitzeff 1995: 183) —. En su conferencia *La Revolución mexicana y la literatura* (1934), Icaza ofrece las claves de su poética en la novela petrolera y textos posteriores. Explica su desacuerdo con Carleton Beals, para él, *Panchito Chapopote...* y *Urbe: súper poema bolchevique en 5 cantos* publicado en 1924 por Manuel Maples Arce no son “superrealistas”, como considera el norteamericano; “es otra su técnica y es otra su tendencia y enjundia”. Se distinguen por su “radical y firme tendencia de carácter social” (42-43). Icaza localiza el nacimiento de la literatura popular mexicana con el triunfo de la Revolución (24). Siguiendo a Henri Barbusse, identifica la vanguardia con el arte popular: el arte vanguardista “se inspirará en el pueblo. Recuerda sus canciones, su música, sus danzas. Se adorna con sus artes menores. Entre nosotros acudirá al retablo, a sus telas de colores chillones, a sus juguetes estilizados, sugestivos. Cantará con nuestros rapsodas corridos y sonos” (38).

Así pues, pese a su crítica al discurso demagógico de los caudillos, Icaza coincide con la propuesta cultural del Estado mexicano que, en su fase de consolidación (coincidente con la escritura de *Panchito Chapopote...*), enarbolaba asimismo banderas popularizantes y nacionalistas, así como un discurso contra el imperialismo. La coincidencia es compartida con otros estridentistas quienes, pese a su iconoclastia, no fueron ajenos al nacionalismo oficial. Hacia fines de 1926, Xalapa, bajo el gobierno del general Heriberto Jara, se había convertido en el centro de los vanguardistas, quienes la llamaban “estridentópolis”, y ejercían una militancia clara dentro de los propósitos de la Revolución mexicana (Schneider 1970: 206).

Xavier Icaza coincide con Francisco Monterde, Vicente Magdaleno y José Manuel Puig Casauranc en la representación del petróleo

como algo que no sólo es parte de las entrañas del subsuelo, sino de la identidad nacional. La industrialización del mineral a manos extranjeras lo vuelve execrable, pues comporta tanto la destrucción de la naturaleza como la desgracia de los seres humanos. La aportación de *Panchito Chapopote...* es el humorismo y la experimentación formal. Reitero que es una de las novelas más interesantes, desde el punto de vista literario, de la serie petrolera.

TERCERA PARTE
ENTRE LA METRÓPOLI Y EL ENCLAVE.
LOS CONTESTATARIOS SINCLAIR,
TRA VEN Y BEALS

Un presidente asesinado
por una gota de petróleo,
una hipoteca de millones
de hectáreas, un fusilamiento
rápido en una mañana
mortal de luz, petrificada,
un nuevo campo de presos
subversivos en Patagonia,
una traición, un tiroteo
bajo la luna petrolada,
un cambio sutil de ministros
en la capital, un rumor
como una marea de aceite
y luego el zarpazo, y verás
como brillan. Sobre las nubes,
sobre los mares, en tu casa,
las letras de la Standard Oil
iluminando sus dominios.

Pablo Neruda

UNA INTERRUPCIÓN NECESARIA, EL PETRÓLEO Y EL
MUCKRAKER UPTON SINCLAIR (1927)

LA VERGÜENZA DE LAS CIUDADES

A principios del siglo xx, un grupo de autores estadounidenses se dedicó a investigar las zonas oscuras del salvaje capitalismo ejercido por su país, y a denunciarlas en sus artículos periodísticos, ensayos históricos y novelas. Sus obras podrían ubicarse bajo el rubro de la colección de artículos de uno de ellos, Lincoln Steffens, *La vergüenza de las ciudades*.

Steffens, Ida Tarbell, Upton Sinclair, entre los más significativos, se consideraban “periodistas reformadores”, “periodistas nacionales” o “autores de literatura de denuncia”. Pero en 1906, cuando sus voces habían logrado las respuestas de los lectores, fueron bautizados por Theodore Roosevelt, con una imagen tomada de la alegoría religiosa de John Bunyan, *El progreso del peregrino* (1678-1684), como *muckrakers*, removedores del lodo, escudriñadores de la basura, reveladores de la podredumbre.¹ Sin duda, eran buscadores de escándalos. Para el analista en periodismo Daniel Schorr, hoy los consideramos reporteros investigadores (Bausum 2007: 6).

La estudiosa Ann Bausum explica que si bien el periodismo de investigación y denuncia se había expresado antes, el movimiento *muckraker* como tal toma forma hacia 1902, primero en la publicación *McClure's Magazine*, y después en otras, y dura aproximadamente hasta 1912. La amplia documentación que fundamenta los textos *muckraker* los distingue claramente del periodismo amarillista (Bausum 2007: 9, 19, 21, 24, 33).

¹ Agradezco las sugerencias para traducir *muckraker* al escritor José Emilio Pacheco, en conversación.

Los buscadores de escándalos norteamericanos combinaron diversas posturas ideológicas — socialismo, cristianismo, darwinismo, utopismo, astrología — para criticar las múltiples formas de la descomposición en la vida social. Con espíritu de cruzados, exploraron los entresijos del gobierno, la industria, la minería, la religión institucionalizada, el periodismo y las finanzas; y denunciaron su corrupción ante el gran público. Sin embargo, nunca perdieron por completo la fascinación por la grandeza de la democracia norteamericana. Para Heinrich Straumann, un movimiento como el de los *muckrakers* “sólo puede desarrollarse en un país en el que van aparejados, por una parte, una criminal apetencia de riqueza y, por otra, un fuerte sentido moral combinado con un apasionado deseo de verdad y de libertad de expresión” (Straumann 1978: 39. Véase también Conn 1998: 181-216; Kazin 1993: 101-132; Saporta 1976: 149-163).

El tema del petróleo, sin el cual el desarrollo capitalista es impensable, fue una de las inquietudes constantes en la corriente *muckraker*. Uno de los estudios fundadores del movimiento es la investigación, hecha por Ida Tarbell, sobre la compañía Standard Oil, fundada por el cristiano John D. Rockefeller. En artículos publicados en *McClure's Magazine*, inicialmente, y más tarde integrándolos como libro, la escritora reveló las desaseadas costumbres del monopolio, apodado “el pulpo”: contabilidad secreta, conspiración con ejecutivos ferrocarrileros, sobornos a ejecutivos de empresa, amenazas a sus competidores, sabotaje a las propiedades de sus rivales.

La *Historia de la Standard Oil Company* apareció en 1904 y escandalizó a los lectores al comprobar que el impresionante crecimiento de la empresa se debía a sus despiadadas prácticas de negocios, regidas por la avidez de ganancias. El libro tuvo tanta repercusión en el país que el presidente Theodore Roosevelt solicitó al Congreso una investigación sobre la compañía (Bausum 2007: 39-40).

Un escritor emblemático de los pepenadores de las inmundicias sociales del sistema fue Upton Sinclair, quien en 1927 aportó su visión de la industria petrolera, la novela *Oil!*.

Por varias razones incluyo *Oil!* en este recuento aunque se refiere al crudo de California cuando ya no era territorio mexicano. No sólo

por las alusiones a personajes incidentales nacidos en nuestro país, lo cual es pertinente con la ubicación fronteriza de la trama, sino porque uno de sus protagonistas fue laxamente modelado sobre un magnate petrolero norteamericano que tuvo grandes inversiones en México, Edward C. Doheny. En esto concuerdan no sólo estudiosos de la novela sino un biógrafo del empresario, Dan La Botz (1991). Como veremos, Doheny — mencionado en alguna crónica de Mauricio Magdaleno — inspira también a Carleton Beals y B. Traven, para pintar en las páginas de sus novelas a empresarios petroleros villanos, ambiciosos y malvados. “Doheny el cruel” le apoda el imaginario mexicano, de acuerdo al libro del periodista Gabriel Antonio Menéndez (1958), que ofrece testimonios de la perversidad del petrolero en la Huasteca. El norteamericano es asimismo mencionado en *Brecha en la roca* de Héctor Raúl Almanza (1955).

Otro motivo es que las obras de Upton Sinclair fueron modélicas para la copiosa narrativa antiimperialista, exacerbada en América Latina hacia el final de la década de los veinte y los treinta de la pasada centuria, al decir de Luis Alberto Sánchez. El crítico peruano atribuye esta influencia del novelista a “su despiadada crítica, su notorio acento apocalíptico, pese a la sobriedad de la narración” (Sánchez 1976: 483). Sin duda Sinclair es un arquetipo del escritor comprometido con el cambio social, guiado por la certeza de que para eso sirve la literatura; no extraña que en la primera mitad del siglo xx, sus novelas despertaran el interés de muchos artistas latinoamericanos preocupados por los problemas de sus respectivas sociedades.

EL TALENTOSO SEÑOR SINCLAIR

Prolífico narrador, exitoso periodista, infortunado político, violinista aficionado, campeón de tenis, pionero de las luchas civiles en su país, amante del cinematógrafo, religioso y sentimental, puritano predicador del amor libre, Upton Beall Sinclair cuenta entre sus aventuras la fundación de una colonia socialista utópica, malograda a causa de un incendio. Junto con su amigo Jack London, es considerado uno de los escritores socialistas norteamericanos más importantes de las prime-

ras décadas de la centuria precedente. Sin embargo, de acuerdo a críticos como Alfred Kazin, el socialismo de ambos es un tanto romántico (1993: 102). Y al igual que ocurre con el autor de *El vagabundo de las estrellas*, las convicciones anticapitalistas de Sinclair no están exentas de matices incoherentes. Ambos pertenecen a lo que John Patrick Diggins llama “la vieja izquierda”, más rebelde que revolucionaria, cuyo entusiasmo se fue desmoronando con la ansiedad e inseguridades de la Depresión (Diggins 1992: 164).

Nacido en 1878, en Baltimore, en el seno de una familia con pretensiones aristocráticas, pero venida a menos, el niño Upton oscilaba entre etapas de seguridad en el bienestar económico y otras de zozobra a causa de la pobreza, agravada por el alcoholismo paterno. Consentido por sus padres, asombrados por su precocidad, creció carente de amistades infantiles; no asistió a la escuela sino hasta los diez años; pero fue, desde muy pequeño, un lector voraz, estimulado por su madre. Como muchos infantes norteamericanos en el siglo XIX, provenientes de hogares de clase media, creció con una rígida comprensión de la moral y una obsesión por el éxito.²

Desde muy joven, a los 15 años, Upton Sinclair se vio obligado a apilar páginas que enviaba a diversas publicaciones para ganarse la vida, adquiriendo una gran velocidad para escribir y dictar. En sus 92 años de existencia dio a luz más de un centenar de libros, muchos de los cuales se vinculan con la ficción: novelas, biografías, crónicas, memorias. Entregó a la imprenta, asimismo, epistolarios, alegatos políticos y textos que ahora se llamarían de autoayuda, advirtiendo contra los peligros de las enfermedades venéreas, predicando el abstencionismo, el vegetarianismo, y el ayuno.

Curioso personaje, el aventurero Sinclair, en su vida adulta como en su niñez, continuó alternando las temporadas de estrechez con las de abundancia, a excepción de sus tranquilos últimos años. Conversó con Theodore Roosevelt, se carteó con Stalin, tuvo el aprecio de

² En términos generales, la información sobre el escritor está basada en las biografías de William A. Bloodworth, *Upton Sinclair* (1977), y Anthony Arthur, *Radical Innocent: Upton Sinclair* (2006).

Georges Bernard Shaw, y disfrutó de la amistad de Charles Chaplin y Albert Einstein, por citar algunas de sus relaciones.

Testigo de su tiempo, siempre estuvo guiado por su principal inquietud: el conflicto entre el idealismo y el materialismo en América, opina Anthony Arthur (2006: 25); una sensibilidad idealista contra la evidentemente injusta sociedad capitalista, según William A. Bloodworth (1977: 11). En este marco, sus obras dan cuenta de los principales conflictos de la vida social en su país y en el mundo occidental, durante cuatro décadas. Así noveliza, por citar algunos temas, la muerte de Sacco y Vanzetti — *Boston* (1928) —, la Guerra Civil Española — *No Pasaran!: A Novel of the Battle of Madrid* (1937) — y el nazismo — *Dragon's Teeth* (1942) —, libro que mereció un premio Pulitzer. Se interesó también en las percepciones extrasensoriales, como la telepatía. Su libro sobre el tema, *Mental Radio* (1930), lleva un elogioso prólogo de su amigo Einstein.

Ignorado en sus primeras narraciones, Sinclair adquirió fama y éxito económico a partir de una obra que hoy es considerada clásica de la narrativa socialista, *La jungla* (*The Jungle*, 1906). Un libro del cual se afirma, en una edición reciente, que cambió el curso de la historia (Sinclair 1995).

Para escribir *La jungla*, el autor siguió el método naturalista de Emilio Zola: convivir con los protagonistas para comprender el medio. Sinclair alternó durante siete semanas con los obreros que se convertirían en actores de la narración para documentarse directamente sobre sus condiciones de vida. Con una dedicatoria a “los trabajadores de América”, la trama, protagonizada por inmigrantes, describe las pésimas condiciones de los obreros en los rastros y empacadoras de carne en Chicago. La narración comienza con la fiesta de bodas del lituano Jurgis Rudkus, y finaliza con el mismo trabajador que, tras incontables desventuras, escucha un candente discurso socialista.

El libro vendió muchísimas copias y suscitó un escándalo público. Los lectores se preocuparon más por la calidad de la carne que consumían, y comenzaron a sentir náuseas ante la memoria insalubre del contenido de sus platos, que por las inhumanas condiciones laborales de los obreros, envilecidos al grado de envidiar a los animales sacrifi-

cados. El resultado fue una modificación en las normas legales sobre las condiciones higiénicas de la industria empacadora de carne. Innumerables veces se ha repetido la afirmación decepcionada del escritor que decía haber intentado un ataque al sistema social, no una simple crítica, ante las consecuencias de su obra: “apunté al corazón del público y por accidente le di en el estómago” (Arthur 2006: 83).

LA ESTELA DEL NARRADOR EN EL SIGLO XXI

Las narraciones de Upton Sinclair tienen una vocación de testimonio y denuncia, y están, por ello, íntimamente imbricadas con el periodismo y sus técnicas. Son ficciones que no pueden asentarse sino sobre una convención realista.

Escribiendo siempre bajo presión, y llevado por el propósito de que sus escritos fueran accesibles a los lectores comunes, el apocalíptico narrador ponía el acento en divulgar las injusticias sociales, descuidando el pulimento de sus textos. En el presente Sinclair padece de baja estimación por parte de los críticos literarios que se basan en criterios estrictamente estéticos. No obstante, es bien reconocida su influencia sobre la manera en que los norteamericanos se conciben a sí mismos, y llegó a disfrutar de una considerable reputación. En sus mejores épocas, algunas de sus novelas tuvieron tirajes masivos.

Por lo que hace al vínculo entre Upton Sinclair y México, ha sido documentado su patrocinio a Serguéi Eisenstein para que produjera una película sobre el país a principios de la década de los treinta. El proyecto no llegó a buen término por diversas razones, pero del rodaje del director soviético surgieron varias versiones que ahora se pueden apreciar. Se habla del escritor norteamericano a propósito de la huella que el maestro del montaje dejó en nuestro cine nacional (Tuñón 2002; Reyes 2007).

Si bien Upton Sinclair, convencido de su valía, se tomaba a sí mismo muy en serio, no carecía de sentido del humor. Así, cuando en 1920, *Oil!* fue prohibida en Boston porque presentaba una escena amorosa en un hotel de la carretera que fue considerada indecente, publicó 150 copias de la llamada “edición de la hoja de parra” (Fig

Leaf Edition). En esta edición expurgada, unas planas con un dibujo de dicha hoja sustituían las páginas correspondientes a las partes “ofensivas”.

En la biografía de Sinclair escrita por Anthony Arthur puede verse una foto del novelista, delgado y ya canoso a sus 32 años, vendiendo la novela en la calle, en protesta por la prohibición, ataviado con un enorme cartel, que en forma de hoja y con el título de la novela le cubría pecho y espalda. Arthur informa, además, que el propio escritor había promovido la censura de su obra para aumentar las ventas (Arthur 2006: 210).

Apasionado y contradictorio, devoto de la clase obrera, si bien no del todo libre de prejuicios racistas, el autor ha quedado en el olvido por temporadas, pero nunca del todo. En este siglo XXI ha recuperado vigencia: en 2006 se publicó la mencionada biografía de Arthur, *Radical Innocent: Upton Sinclair* (Nueva York: Random House). *The Jungle* continúa reeditándose, por ejemplo en 2011 (Hollywood, FL: Simon & Brown). Por su parte, *Oil!*, inspiró el largometraje *There Will Be Blood* (2007) de Paul Thomas Anderson, nominado a cinco premios Oscar, y ganador de dos. El interés despertado por la película, exhibida como *Petróleo sangriento* o *Pozos de ambición* en los países de habla española, motivó nuevas reimpressiones de la novela, tanto en inglés (Nueva York: Penguin Books, 2008), como en español (Madrid: EDHASA, 2008).

¡PETRÓLEO!, LA NOVELA

Con una trayectoria de cerca de 50 libros, Upton Sinclair publica *Oil!* en 1927 en varias casas editoriales.³ Considerada una de sus me-

³ En los Estados Unidos se consignan en 1927 cuatro ediciones, aunque tal vez haya diferencia de meses entre unas y otras. Dos a cargo de editoriales neoyorquinas, Grosset & Dunlap y Albert [and] C. Boni. Así como dos, una empastada y una en rústica, editadas por el autor mismo en California. En Londres apareció el mismo año una más bajo el sello de T. Werner Laurie Ltd. (Library of Congress, Washington; Catálogo de AbeBooks).

jores novelas,⁴ junto con *The Jungle* (1906), *King Coal* (1917) y *Boston* (1928), *Oil!* fue vertida al español como *¡Petróleo!*, y empezó a circular en una traducción de F. Alaiz en 1929 (Sinclair 2008b).

¡Petróleo! conjunta en su trama una diversidad de temas cuyo rizoma es la explotación del mineral.

La acción de la novela se desarrolla en su mayor parte en el territorio de los Estados Unidos, sobre todo en California. Advierte Sinclair en el preámbulo que la obra reproduce la civilización del sur de este estado, observada por él en once años de residencia. Agrega que la información narrada es con frecuencia cierta, si bien “los nombres, lugares, fechas, detalles característicos, episodios” se han mezclado como los naipes hasta hacerse irreconocibles en su referencia real. Una excepción, aclara, es la alusión a los tres presidentes que habían gobernado los EUA durante los últimos quince años, los cuales “no pueden barajarse sin destruir todo sentido de realidad” (9).⁵

¡Petróleo! es la historia del magnate petrolero J. Arnold Ross quien ha recorrido la trayectoria, muchas veces contada en la cultura norteamericana, de los hombres que se hacen a sí mismos, pues había iniciado sus labores juveniles guiando una yunta y conduciendo una carreta. Es también el relato de la vida de J. Arnold Ross, junior, apodado Bun o Bunny, cuyo crecimiento, desde la adolescencia y la temprana juventud hasta que adquiere autonomía y madurez, vertebró la trama. Por ello, *¡Petróleo!* puede leerse, asimismo, como una novela de formación.

⁴ Anthony Arthur piensa que *¡Petróleo!* restauró la entonces estancada reputación del Sinclair novelista. Cita al estimado e influyente crítico literario Lawrence Clark Powell quien consideró que *¡Petróleo!* era la “más interesante y mejor escrita novela de Sinclair”; de hecho, “el punto más alto de todas las novelas de California” (Arthur 2007; véase también Bloodworth 1977: 10, 104, 207).

⁵ Aunque la fecha más antigua mencionada en la trama es 1912 (20), años finales del gobierno del republicano William H. Taft (1909-1913), los tres presidentes mencionados en el texto son el demócrata Woodrow Wilson (1913-1921), y los republicanos Warren G. Harding (1921-1923) y Calvin Coolidge (1923-1929). La novela se publicó durante la administración de este último. Salvo aclaración, las páginas citadas de la novela corresponden a la traducción de Felipe Alaiz (Sinclair 2008b).

EN LA CARRETERA

En el capítulo inicial, titulado “La excursión”, un narrador omnisciente presenta al potentado Ross, conduciendo un veloz automóvil por una “lisa y perfectamente asfaltada” carretera de California para llegar a tiempo a la firma de un contrato de negocios. A su lado, vestido con ropa idéntica a la suya, “incluidas unas innecesarias gafas”, viaja Bunny, entonces de trece años. La acción se va a ubicar en “aquéllos calamitosos tiempos de 1912” (20).

La trama se abre con el flujo de los pensamientos del chico que observa el paisaje desde la ventanilla. A lo largo de los veintiún capítulos de la novela, el narrador en tercera persona continúa — a excepción de breves periodos — el punto de vista de este personaje.

La elección de narrar a través de la perspectiva de Bunny es un acierto novelístico. El cariño del adolescente hacia su progenitor, nunca menguado en el curso de los acontecimientos, suaviza el trazo de Arnold Ross, hombre emblemático de los detentadores del poder capitalista, matizando el maniqueísmo absoluto al que Sinclair era proclive.

Tal decisión, expresar los hechos a través de la mirada del privilegiado joven Arnold, a quien luego se llamará “Príncipe del Petróleo”, es bien distinta de la que animaba al autor en la escritura de *La jungla*, donde, siempre mediante una distante tercera persona, el narrador asume la óptica de los oprimidos.

Bunny está predestinado por su educación a ser una réplica de Arnold Ross, a quien ama y admira en todo momento, aunque su juvenil idealismo y su sensibilidad lo van apartando del modelo paterno. En la adolescencia batalla entre su adiestramiento orientado a formar un industrial de alto nivel y su deseo por comprender el mundo de los otros. Así, al ver a dos jóvenes mal alimentados y pálidos, se pregunta: “¿Por qué había pobres y nadie les ayudaba?” (27). Pero, a la vez, estudia español “para poder tratar a los obreros mexicanos” (33) en el futuro.

La travesía automovilística es metáfora del exitoso recorrido profesional de Ross. El lujoso y potente transporte del hombre de nego-

cios, fruto del avance del capitalismo, deviene su símbolo. Al inicio de la década de los veinte, se habla de 23 millones de automóviles circulando por las carreteras norteamericanas (Medina 2009). A propósito del automóvil, el escritor desliza sus críticas al sistema, pues el vehículo parece ejercer, de suyo, una acción enajenante sobre sus conductores: “el coche que venía en sentido contrario pasó como una exhalación, con un chasquido seco. Iba al volante otro hombre con gafas de concha; crispaba las manos asidas al volante, y tenía idéntica fijeza cataléptica en la mirada” (11).

El complemento del auto es, por supuesto, la moderna carretera: “los chiquillos se entusiasman hasta el delirio mirando el rayo metálico que pasa [...] La mágica cinta de hormigón tiene el destino maravilloso de desarrollarse sin interrupciones y ser escenario de carreras desenfrenadas” (15). De esta forma, desde el inicio de la trama se introduce implícitamente el elemento del petróleo — combustible del auto y necesario para asfaltar la carretera — cuyos simbólicos efluvios nimbán la personalidad del magnate.

La historia de la carretera, por otra parte, sintetiza la relación entre los trabajadores de la metrópoli y los del vecino país en desarrollo. La vía había sido construida por “ingenieros y peritos”, “poderosos”, auxiliados por moderna maquinaria — excavadoras, niveladoras, grúas, perforadoras de acero, trituradoras —, y humildes trabajadores “indios y mexicanos de piel bronceada, peones con picos y palas” (14).

A propósito del viaje de Ross, cuya finalidad era adquirir terrenos petrolíferos en el sur de California, el narrador recrea los cambios en la vida social que el descubrimiento del hidrocarburo genera en la región: una inmediata fiebre especuladora de bienes raíces. Describe el “histerismo difuso” (51) y las pugnas que surgen entre los vecinos dueños de las parcelas, al tratar de obtener las mayores ganancias por la venta de sus propiedades. Explica cómo “todas aquellas gentes se habían vuelto locas ante la repentina esperanza de ganar montones de dinero en un minuto” (59).

LA ALUCINANTE EXTRACCIÓN DEL MINERAL

El narrador detalla las diferentes fases de la perforación, que no era tarea fácil:

En California costaba mucho dinero horadar un pozo de petróleo [...] Había que descender, a seis o siete mil metros de profundidad, lo que supone trescientas o trescientas cincuenta secciones de tubo. Había, además, en California, capas o estratos de arena porosa mezclada con aguas subterráneas, y cuando se traspasaban, era preciso montar un tubo de acero o hierro forjado, de grandes dimensiones. Sección por sección, juntura por juntura, descendía el tubo para evitar la invasión de materias cenagosas (90).

En varios pasajes, se recrean las alucinantes visiones de los campos petrolíferos en plena producción:

Vista la colina a media luz, parecía invadida por enormes caracoles con los cuernos al aire. A poca distancia de la maquinaria, cualquiera que pasara quedaba aturdido oyendo el infernal estrépito de tantos artificios y el rugido del vapor. Por la noche era aquello algo fantástico, extraordinario: borbotones de llamas en el quemadero donde ardía el petróleo que no podía aprovecharse, halos de luz blanca o dorada, raudales de vapor que formaban masas enormes (147).

Sin embargo, el joven Ross percibe el costo humano del espectáculo y evoca esa imagen clásica de Sinclair desde *La jungla*, el matadero:

Había que recordar el peligro constante de los trabajadores, su labor larga y dura, la frecuencia con que se pierde la vida o un miembro: habría que recordar, también, las intrigas y pasiones que se parapetan frente a cada pozo, la competencia, la traición, las esperanzas muertas [...] ¡Oh, no! Aquel país maravilloso era un matadero en que la mayoría de los hombres daban la carne viva de sus cuerpos para que se hartaran unos pocos privilegiados (147).

UN MUNDO EN GUERRA

La trama de la novela está marcada por la Primera Guerra Mundial. Al inicio del conflicto, Arnold Ross junto con otros inversionistas del petróleo enfrentaban una huelga de la mano de obra. Los patronos opinaban que “era una prueba de poco patriotismo lo que intentaban los obreros: jornada de ocho horas y aumento de salario” (216). El potentado Ross deseaba pactar con los trabajadores, con quienes llevaba una relación paternalista, porque deseaba quedar bien con Bun, pero finalmente tiene que seguir los lineamientos de la asociación de empresarios, que reclutan esquirols armados para defender sus intereses.

Por supuesto, los magnates cuentan con el apoyo del consorcio banquero. Reciben asimismo el apoyo de los periódicos, cuya opinión mayoritaria es “que la huelga era un crimen de lesa patria” (229). De esta manera el noventa por ciento de los ciudadanos creían las informaciones de los patronos.

Cuando el gobierno decidió que los Estados Unidos participaran en la contienda, “la huelga quedó relegada a las últimas páginas de los periódicos” (233). El capítulo VIII se titula “La guerra”. La inactividad obrera se resuelve cuando “el Tío Sam [...] declaró que los obreros del petróleo eran seres humanos además de ciudadanos; se les protegería en sus derechos” (241). Se les instaba a retomar sus labores, pues el país necesitaba con urgencia el combustible.

Al principio de la guerra, Bun es demasiado joven para ir al frente, pero percibe los cambios suscitados en la vida del país en el papel de las mujeres, en el sexo, en la música. Cuando tiene la edad suficiente se enrola en el ejército, contra la voluntad paterna y pide servir en la artillería, pero es enviado a la sección de transportes militares a causa de la protectora intervención del magnate.

Durante la guerra, el empresario firma contratos con el gobierno y está convencido de que obtener más petróleo es servir al país; “a Bun le parecía una cosa espantosa que los millones de su padre tuvieran que multiplicarse a costa de la agonía colectiva del resto del mundo” (149).

Terminada la conflagración, Bunny decide ir a la Universidad del Sur del Pacífico, de orientación metodista. Ahí, un profesor le infil-

tra sutilmente ideas bolcheviques, que el narrador califica de veneno (306). El joven alterna ciertas avanzadas militantes junto con estudiantes progresistas, si bien siempre bajo el amparo paterno, con las experiencias propias de un millonario, viajes, amantes diversas — entre ellas, una estrella cinematográfica —.

No se identifica con la visión capitalista del padre, aunque tampoco rompe relaciones con él; le llama “papi” y le pide apoyo para sus proyectos disidentes. A su vez, el capitalista que adora a su hijo y lo considera un reformador social, le patrocina la fundación de un periódico de izquierda y de un contestatario “Instituto del Trabajo”. Asimismo lo ayuda a sacar a sus amigos de la cárcel. El indeciso Bunny vacila entre las propuestas comunistas radicales, cuya violencia no comparte, y una alternativa socialista mesurada.

La fortuna de Arnold Ross se ve disminuida por las maniobras del consorcio de empresarios petroleros frente al que había mostrado a veces una tibia independencia. A su muerte, Bunny recibe una herencia bastante menguada, si bien suficiente para llevar a cabo su deseo de fundar una colonia socialista, un Instituto del Trabajo donde los jóvenes estudiarían y harían trabajos manuales en contacto con la naturaleza (564). Para realizar su sueño, se casa, casi al final de la trama, con una amiga militante socialista, Raquel Menzies.

AFLUENTES TEMÁTICOS

Como se ha dicho, a propósito del argumento central, *¡Petróleo!* ramifica en diversas exploraciones temáticas que en algunos pasajes cobran importancia. Para Anthony Arthur, la novela es tan “desparada, vital e idiosincrática como el propio estado de Los Ángeles” (Arthur 2006). Más aún, la obra ofrece, a través del seguimiento de los personajes cercanos a los protagonistas, un valioso atisbo de la vida social norteamericana antes y después de la Primera Guerra Mundial. A continuación menciono algunas.

Desde adolescente, Bunny conoce a Pablo Watkins, quien se convierte en su mejor amigo y el arquetipo frente al cual se va definiendo en cada etapa de su desarrollo. Watkins es hijo del propieta-

rio de una parcela donde había yacimientos petrolíferos, adquirida por Arnold Ross. Desde muy joven, Pablo se convierte en un defensor de los derechos de los trabajadores y luego en simpatizante de los bolcheviques. Va a la guerra, conoce la Rusia revolucionaria, padece la deportación a Siberia y regresa a su país para dedicarse a una intensa militancia que lo lleva varias veces a la cárcel y finalmente a la muerte.

La trayectoria de Pablo Watkins permite al narrador explorar las posibilidades de la clase obrera radical y los límites de la disidencia norteamericana en la posguerra: presenta a comunistas, socialistas y militantes de los Trabajadores Industriales del Mundo (IWW). En este marco, el personaje de la hebrea Raquel, amiga y luego esposa de Bun, representa una alternativa de impugnación moderada. A propósito de ella, el narrador especula sobre el papel de la comunidad judía de izquierda en la vida política de los Estados Unidos.

Por su parte, una amante temporal de Bunny, la glamorosa actriz Viola Tracy, propicia que el narrador incursione en el mundo de Hollywood y deleve las perversiones de la industria cinematográfica.

Están asimismo presentes en el argumento las diversas y fanatizadas inquietudes religiosas en Norteamérica. Ross se inventa con absoluto cinismo una nueva religión, la de la “Verdadera Palabra” (152), con lo que queda clara la ansiosa necesidad de creencias espirituales de la sociedad norteamericana de entonces.

PETRÓLEO Y CORRUPCIÓN

De los múltiples temas asociados con la historia de los Ross, el más relevante es el de la corrupción política que parece ser inherente al imperio petrolero.

De inicio se habla de una “grasa”, fácilmente asociada al mineral, que funciona como lubricación metafórica de cohechos. En el viaje en auto que abre la narración, Arnold Ross reitera su frase favorita: “el engrase es más barato que el acero”. Según el chico, el padre “quería decir que es preciso ‘engrasar’, abandonar parte de los beneficios, para aumentar el interés propio y convertir a los hombres en diligen-

tes servidores”. A continuación el potentado se reúne con el Jefe de Obras Públicas de Beach City para solicitarle la infraestructura necesaria para la extracción del mineral — nivelar las calles, etc. — y le entrega “un rollo de billetes” (76-77).

El narrador, preocupado por la moral, describe el momento en que los aliados consumaron la victoria en la guerra, como una etapa de descomposición de valores. En Europa “cada grupo nacional favorecía la propaganda del propio interés egoísta”, en tanto que el presidente Wilson era “impotente para imponer los principios que proclamaba” (294). En el territorio de los Estados Unidos, la deshonestidad permeaba todos los ámbitos de la vida privada de los ciudadanos.

En este contexto, Arnold Ross se alía con un socio más poderoso, Vernon Roscoe — definido por Pablo Watkins como “uno de los grandes hurones de la industria petrolífera” (323) — para apoyar al senador republicano Harding en su campaña a la presidencia de la República. Con ello se proponen obtener en el futuro la explotación de “cuarenta mil acres de terrenos petrolíferos”, propiedad del gobierno, para extraer petróleo que se vendería a la Marina estadounidense (347).

Por supuesto, para llevar a cabo su proyecto, contaban con el apoyo de los medios de información; la prensa “aceptaba mansamente el ‘lubrificante’” enviado de Washington, y alababa las medidas de la administración para proteger el interés de la Marina” (471).

En la trama, el presidente Harding gana las elecciones, lo que para el narrador significa que “dieciséis millones ciento cuarenta mil quinientos ochenta y cinco americanos habían sido víctimas [...] de un engaño” (431). El gobernante nombra fiscal general a Barney Brockway y Secretario del Ministerio del Interior a un hombre de confianza de Roscoe, el “senador Crisby. Éste como senador por Texas, preconizó la intervención armada y estuvo a punto de desencadenarla” (444). La versión en español de la novela omite que la invasión mencionada iba a ser a México (Sinclair 2008b). El original afirma que Roscoe y O’Reilly se habían ocupado antes de quitar una administración mexicana y poner otra, y habían sosteni-

do sobre los mexicanos la amenaza de la intervención armada (Sinclair 2008a).⁶

El dulce Bunny se había sentido apesadumbrado desde que su papi se proponía “comprar la presidencia de Estados Unidos”. Se entristece más aún cuando, durante la administración Harding, se desata una etapa de agitación laboral, pues los patrones rebajaban los salarios que los obreros habían conquistado durante la guerra.

La red de corrupción entre el gobierno, los magnates del petróleo y la prensa empieza a descubrirse; a la muerte del presidente Harding, el Senado norteamericano acordó pedir una inspección sobre las concesiones petrolíferas (483-510).

Arnold Ross se arrepiente de no haber escuchado a Bunny, lo cual “le habría alejado de un torrente de corrupción” (512). Perseguido para comparecer ante el Senado, escapa a Canadá y luego a Europa, acompañado por su hijo quien mantiene contacto con amigos radicales norteamericanos.

Mientras, en el país, la investigación tomó otros rumbos. La procuraduría general del estado y los periódicos se dedicaron más bien a espiar y atacar a los senadores “subversivos”, los que habían denunciado la corrupción, dejando en paz a los empresarios petroleros. El nuevo presidente es el republicano Calvin Coolidge, “con su prudencia característica, no se había manchado las manos con petróleo” (521).

Arnold Ross, en el destierro europeo, descubre las maravillas del espiritismo, se enamora y se casa con una viuda adicta a las comunicaciones de ultratumba. A su muerte, Bunny hereda el dinero suficiente para fundar su instituto y asegurar su futuro.

⁶ “President Harding had been inaugurated, and had made Barney Brockway his attorney-general, according to schedule, and appointed Vernon Roscoe’s man as secretary of the interior. This was Senator Crisby, an old party hack who has served Roscoe and O’Reilly when they were occupied in turning our one Mexican administration and putting it another; they had held over the Mexicans’ heads the threat of American intervention, and this Crisby, as Senator of Texas, had clamored for war and almost got it” (Sinclair 2008b: 392).

El amigo de Bunny, Pablo Watkins en una reunión social de los Trabajadores Industriales del Mundo (IWW), en un barrio obrero, es violentamente agredido junto con los demás asistentes por parte de lo que los diarios calificaron de una turba espontánea (583). Watkins, encarnación de la clase trabajadora, expira en un hospital pronunciando consignas de la Revolución soviética. Sus últimos momentos coinciden con el triunfo electoral de Calvin Coolidge, profusamente documentado por las radiodifusoras. Bun — portavoz del narrador — reflexiona sobre el peso de la fortuna de los empresarios petroleros que compraban los gobiernos y fomentaban el terror.

Una hermana de Pablo, Ruth, muere poco después arrojándose a un pozo de petróleo. Bun medita:

Otras jovencitas, como Ruth, correrán descalzas por las colinas y serán más felices que ella si los hombres encadenan al negro y cruel demonio que mató a los nobles hermanos Watkins y al mismo Arnold Ross... Poder infernal que vaga por la tierra mutilando cuerpos humanos, predicando la destrucción con el señuelo de inmerecida riqueza, explotando y esclavizando a los trabajadores (599).

AUTOBIOGRAFÍA Y DENUNCIA SOCIAL

En la evolución del ingenuo Arnold Ross, junior millonario que se transforma en socialista radical, Anthony Arthur encuentra elementos de la vida del propio Sinclair (Arthur 2008). El distanciamiento del joven Bunny tanto de su clase de origen y su sistema social como de un camino agresivo hacia el cambio, y su opción por un socialismo gradual corresponden a las decisiones y trayectoria del novelista.

Es posible que muchas de las anécdotas de la trama provengan de experiencias del autor en el mundo del periodismo, de la política o del cine, ambientes todos que conoció de cerca. Y en efecto, la forma en que es presentado Bunny, a través de una cariñosa ironía, por parte del narrador, deja ver la simpatía de Sinclair por comprender los dilemas a los cuales se enfrenta el joven.

Respecto a la denuncia, todos los estudiosos de la novela coinciden en que el autor recrea, en forma muy laxa, los escándalos vinculados a la explotación petrolera que tuvieron lugar durante la presidencia de Warren G. Harding (1921-1923). De acuerdo a sus biógrafos, Sinclair, desde 1924, había empezado a reunir material sobre el tema (Bloodworth 1997: 105; Arthur 2006: 207).

El Tea Dome Affair, el caso de la tetera, es una historia de corrupción gubernamental que alimentó los titulares de los diarios norteamericanos desde el final de los veinte hasta los treinta (Trabish 2005). El episodio constituía, por supuesto, un tema muy atractivo para los *muckrakers*.

El asunto que fascinó a Sinclair se había iniciado cuando el presidente Warren Harding autorizó a empresas particulares la explotación de reservas de petróleo pertenecientes a la Marina y protegidas por la ley durante las administraciones anteriores. Los terrenos donde se hicieron perforaciones estaban situados en la región llamada Elk Hills, al centro-sur de California, y en las llanuras centrales de Gran Wyoming, cerca de una formación rocosa en forma de tetera, de donde deriva el nombre del caso.

Ya bajo la presidencia de Calvin Colidge, el Senado abrió una investigación sobre los hechos, que duró cerca de una década. En consecuencia, el Secretario del Interior durante la administración de Harding, Albert B. Fall, fue inculpado de conspiración para defraudar al gobierno, junto con dos pioneros de la industria del petróleo, Harry Sinclair y Edward Doheny, incluyendo al hijo de éste último. Presuntamente Fall había recibido sobornos de los empresarios para otorgarles la concesión de los terrenos petrolíferos navales.

Los enjuiciamientos y apelaciones se extendieron durante varios años, antes de que finalizaran, Sinclair publica *Oil!* (1927). En 1926, en uno de los juicios, Edward Doheny y su hijo habían sido encontrados inocentes, fue un supuesto triunfo de la deshonestidad de empresarios y gobierno que concuerda más o menos con el espíritu de la novela.

En tanto Sinclair imprime a Bun algunos rasgos de sus propias inquietudes, para trazar el personaje de Arnold Ross, parece haberse

inspirado en Edward Doheny, cuyos hallazgos petroleros detonaron el llamado “boom del petróleo” en California y que fue también uno de los principales inversionistas en México.

Para el especialista Lorenzo Meyer,

era natural que una persona como Edward D. Doheny, con capital y experiencia adquiridos en la explotación del petróleo en los Estados Unidos, fuera el primero en desarrollar los yacimientos de hidrocarburos mexicanos [...] corresponde bien al estereotipo del capitalista extranjero en América Latina a fines del siglo XIX: falto de escrúpulos, dispuesto a emplear todas las armas a su alcance para obtener una riqueza fácil y abundante, hacía caso omiso del daño causado a los legítimos dueños de la riqueza (Meyer 2009: 49-50).

La descripción responde a los rasgos de Arnold Ross, aunque el protagonista de novela ostenta algunos aspectos positivos. Doheny fue un pionero de la explotación de los hidrocarburos mexicanos, una presencia ineludible en la escena nacional en los años en los cuales se desarrolla la trama de *¡Petróleo!*. Pese a ello, Upton Sinclair, más interesado en su propio país, con la potestad del novelista, omite la acción de Doheny en México.

B. TRAVEN: LA AMÉRICA SOÑADA. A PROPÓSITO
DE ROSA BLANCA (1929/1940)

EL HOMBRE DEL ENIGMA

La sola mención del nombre Traven atrae, indefectiblemente, resonancias de cualidades como reservado, secreto, encubierto, tenebroso, recóndito, inescrutable, indescifrable, inexplicable, impenetrable, insondable, enigmático.

Si bien el inventar y reinventar la propia biografía es una actitud común a todos aquéllos y aquéllas que trabajan con la ficción — o tal vez a todos los seres humanos — el autor de *El tesoro de la Sierra Madre* llevó esta tarea a extremos inusitados. No obstante, para su desgracia, como algunos críticos han señalado, el apasionado designio de ocultamiento de su identidad e historia fue contraproducente para el narrador, pues despertó la curiosidad de múltiples lectores. El intentar presentarse ante los demás como un hombre sin atributos, lo convirtió más bien en un acertijo que desató innumerables pesquisas cuyos resultados llenan muchas páginas en varios idiomas.

Así, el académico británico Will Wyatt, en un estudio de 1980, titulado en español *¿Quién fue Traven?*, cita las investigaciones precedentes de Donald Chankin (1975) y Michael Baumann (1976) que concluyen sin haber descubierto la identidad del autor de *El barco de la muerte*. De ahí que, en 1978 el crítico uruguayo Jorge Rufinelli se lamentara: “nunca sabremos quién fue B. Traven, aunque alimentemos infinitamente las conjeturas” (19). Sin embargo, Wyatt lleva a cabo una amplia pesquisa, que esclarece las circunstancias familiares de Traven, y su adopción en diferentes momentos de los nombres de Hal Groves, Otto Feige, Ret Marut y Traven Torsvan (Wyatt 1980).

El seguimiento más completo con que hasta ahora contamos en español de la vida del escritor, publicado por Karl S. Guthke en 1987, lleva el

afortunado subtítulo de “*Biografía de un misterio*”. El autor de este ensayo llevó a cabo prolongadas y minuciosas indagaciones y tuvo acceso a los documentos personales dejados por Traven a su fallecimiento en 1969, los cuales ningún otro académico había examinado antes. La revisión le permitió corregir datos inexactos de anteriores semblanzas; pudo acopiar además, testimonios voluntarios de los familiares mexicanos del novelista. Todo ello resulta en un texto no sólo fascinante sino fundamental; si bien, algunas zonas de la vida del novelista continúan en la oscuridad.

No entro aquí a resumir las múltiples hipótesis y comprobaciones sobre la vida novelesca de este huidizo alemán, norteamericano, mexicano, ciudadano universal, que asumió tantos seudónimos; el escritor español Enrique Vila-Matas enlista veintinueve, pero él mismo confiesa ser poco confiable (2009). O indudable es que se trata de una vida guiada por un cierto delirio de persecución, que obedece tanto a razones políticas como a la angustia emocional.

Me interesa releer una de las novelas de Traven, *Rosa Blanca* — o *La Rosa Blanca* — en el contexto de la cultura mexicana. El autor se sitúa en la tradición europea de concebir a América Latina como el posible territorio de la utopía.

B. TRAVEN, ESCRITOR MEXICANO

Ret Marut, uno de los seudónimos confesos del novelista antes de venir a México, escribía en 1918 “no soy más que un hombre de mi tiempo” (Guthke 2001: 31). En efecto, peregrino por razones políticas y vocación aventurera, B. Traven es sin duda un ciudadano del siglo xx. De este siglo que presenció el resquebrajamiento de los nacionalismos, y tal vez justo por eso fue también la centuria de los exilios. Extranjería no tanto en el sentido ontológico al que se referían, por ejemplo, los existencialistas, sino en un sentido literal, preciso, que implica desplazamientos geográficos. Edward Said apunta que la cultura occidental moderna es, en buena medida, obra de los exiliados, de los emigrados, de los refugiados (2000: 173).

El exiliado Traven decidió quedarse a vivir en México. En la dinámica cultural del exilio hay siempre una región donde se unen dos

espacios, el que se deja o se pierde, por voluntad o necesidad, y el que se persigue o simplemente se encuentra; esta región suele ser forjada por el lenguaje (Ortega 2005: 59). En el caso del elusivo narrador, pese a las disparidades idiomáticas entre la tierra o las tierras abandonadas — Alemania, los Estados Unidos — y el territorio elegido, la comarca existe, se define como el espacio de los desposeídos. El que fuera apasionado militante anarquista en su juventud, en Alemania y en los Estados Unidos, continuó en México combatiendo, mediante la escritura, por las causas de los explotados y marginados del poder.

No es de extrañar que el escritor pertenezca, con legitimidad, a la literatura alemana, sea reclamado por la norteamericana y se inserte sin fricciones en la mexicana.

La inclusión de Traven dentro de los autores mexicanos no obedece, por supuesto, a que el escritor obtuvo la nacionalidad después de haber vivido en México durante 28 años — en 1951 — ; sino porque, a consecuencia de una profunda empatía con su país de elección, muchos de sus textos coinciden con nuestras inquietudes y tradiciones culturales. La “mexicanidad” del escritor ha sido implícitamente aceptada por algunos lectores significativos desde hace varias décadas.

A fines de la década de los cuarenta, el poeta comunista salvadoreño Pedro Geoffroy Rivas comentó un libro del escritor anarquista en la publicación mexicana izquierdista *Ruta* (1938-1939), dirigida por José Mancisidor. Asentaba: “se dice que Traven escribe en alemán. Él ha afirmado que escribe en inglés. Nadie lo ha visto nunca. Nadie sabe quién es. Nosotros sí. B. Traven es el novelista más grande con que cuenta México. — ¿Por qué no América? — en la actualidad, sea quien sea y escriba en el idioma que escriba” (Rivas 1938). Y uno de nuestros escritores canónicos, Mauricio Magdaleno, afirmaba en 1979 que el escritor militante “figura por derecho indiscutible, entre nuestros más eminentes novelistas” (160).

A su vez, un dedicado estudioso de la literatura mexicana, Joseph Sommers ubica a Traven como uno de los tres “escritores más representativos” de la literatura indigenista de los treinta — los otros dos eran Gregorio López y Fuentes, y el mencionado Magdaleno (Sommers 1963 y 1964) —.

El investigador Dietrich Rall inquiriere si Traven es un autor mexicano, analiza con perspicacia las distintas posiciones al respecto y finaliza su trabajo respondiendo “sí y no”. Hace notar que, aunque por muchos años el autor de *El barco de la muerte* fue excluido de las historias de la literatura nacional, a partir de la década de los cincuenta, hay una tendencia a considerarlo parte de ella. Rall proporciona argumentos que apoyan esta última propuesta: aunque Traven no escribió sus obras en español, su compromiso emocional con los marginados mexicanos, su influencia sobre otros autores, la buena acogida de sus novelas en el país — varias de ellas convertidas en películas —, permiten y aun requieren su ubicación dentro de los escritores mexicanos (Rall 1993).

En la actualidad, una publicación tan autorizada como el *Diccionario de Escritores Mexicanos* da por sentado que el escritor merece estar en sus páginas, y le dedica una amplia documentación bibliográfica y hemerográfica.

EL TRANSTIERRO

Los biógrafos documentan la estancia del narrador en México a partir del verano de 1924, radicado en Tampico, Tamaulipas. Vivía solo, decía ser norteamericano y se identificaba como B. Traven, B.T. Traven o Traven Torsvan. En su diario de esta época, el escritor asentó “El bávaro de Munich ha muerto”, se refería a sí mismo, que con el nombre de Ret Marut había sido actor, periodista, novelista y revolucionario en Alemania (Guthke 2001: 31).

Su experiencia teatral (1911-1912) incluye funciones como actor y director. Si bien participó en Düsseldorf en un prestigiado teatro, no parece haber trascendido en esta carrera. Su cédula de identidad, expedida en Düsseldorf en 1912, hace constar que era ciudadano inglés, nacido en 1882; luego hizo cambiar su nacionalidad inglesa por la estadounidense. Guthke documenta que las tareas como actor y director proveyeron a Traven de una sólida cultura en arte dramático. Aprendió del drama asimismo los secretos del disfraz de la personalidad y la reconstrucción de escenarios, que tan útiles le serían posteriormente.

Más documentada está su militancia ácrata. De 1917 a 1921 había una publicación radical llamada *El ladrillero* o *El horneador de ladrillos* (*Der Ziegelbrenner*), que apareció primero en Múnich y más adelante en Viena (Baumann 1976).

Marut fue uno de los líderes intelectuales de la República de Consejos Bávara de Obreros, Soldados y Campesinos, instaurada en Múnich durante los caóticos tiempos de la primera posguerra. Al derrumbarse la República, en Múnich, un grupo de guardias blancas, decidido a atrapar a los “rojos”, detuvo al periodista; acusado de “alta traición”, fue condenado a muerte, pero logró escapar. Entre esa huida, datada en 1919, y la reaparición en México, en 1924, vivió en la clandestinidad, pasando por diversos países.

El fugitivo Traven, que acababa de cumplir 42 años, encontró en Tampico condiciones muy favorables a sus inquietudes sociales. México, bajo la presidencia de Plutarco Elías Calles, reconstruía su tejido social después de los sangrientos años de Revolución.

El puerto tamaulipeco era el centro de la industria petrolera, controlada por empresas británicas y estadounidenses que tenían un peso económico y político en la vida del Estado. El nuevo régimen mexicano contaba con una constitución muy avanzada en cuanto a los derechos obreros. Por diversas razones, Tampico atraía a trabajadores y aventureros de todo el mundo. Existía ahí un movimiento laboral, los remanentes de la organización norteamericana *IWW* — *Industrial Workers of the World*, proscrita en EUA desde 1917 — se habían aliado en México con la Confederación Nacional de Trabajadores. Los empleados de las compañías petroleras desataban huelgas que eran con frecuencia apoyadas por el gobierno regional.

En 1925, la relación entre las concesionarias norteamericanas del mineral y el gobierno mexicano alcanzó momentos de gran tensión. Las administraciones posrevolucionarias mexicanas declararon que las riquezas del subsuelo pertenecían a la Nación e intentaban regular la participación de los inversionistas extranjeros, quienes explotaban el mineral desde fines del siglo XIX. Éste es el contexto donde se inició la saga mexicana de Traven.

En Tampico, el escritor llevó un diario que ha sido bien analizado por Karl Guthke. Los apuntes, en inglés, dejan atisbar detalles de su vida cotidiana; habitaba en una cabaña aislada en el monte, más o menos cercana al puerto, sin luz eléctrica, ni agua corriente, padeciendo el calor y el asedio de víboras e insectos; trabajaba como jornalero sin derechos laborales en las plantaciones de algodón o los campos petroleros. En algunas cartas que Traven envió desde Tamaulipas por aquella época describe las incomodidades de la lejanía de la civilización con cierto enfoque romántico, en otras se le nota más incómodo.

En relatos como “El visitante nocturno” y en novelas como *Los pizcadores de algodón*, la primera situada en México, pueden rastrearse las condiciones de la etapa tampiqueña del autor. *Los pizcadores de algodón*, apareció en alemán en 1925, por entregas, con el título de *Der Wobbly* — “Wobbly” se llamaba a los trabajadores miembros de la IWW —.

El refugiado dejaba eventualmente el aislamiento de su “bungalow” — como se dice en Tampico — para viajar a la capital. La Ciudad de México era entonces el centro nervioso de la actividad revolucionaria. La izquierda artística mexicana, donde actuaban, entre otros, Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y Xavier Guerrero, estaba rodeada de los exiliados norteamericanos disidentes de su sistema social, Edward Weston, Frances Toor, Carleton Beals y la militante italiana Tina Modotti.

A partir de 1926, el visitante hizo varias excursiones a Chiapas y quedó muy impresionado por las costumbres indígenas. El fruto de estas experiencias es su libro de viaje *Tierra de la primavera*, publicado en 1928.

La estancia de Traven en Tampico ha sido acuciosamente reconstruida también por la investigadora Heidi Zogbaum (1992), quien no descarta los vínculos del escritor con miembros de la IWW. Ella documenta que Traven estaba bajo la observación de la Embajada Americana. Puesto que la atmósfera del puerto petrolero desbordaba optimismo, desde el punto de vista de las luchas laborales, apoyadas por los dirigentes políticos, Zogbaum llama a esta etapa de la vida del autor (1924-1927): “un revolucionario en el paraíso”.

Traven pidió empleo en la compañía El Águila; no obtuvo una contratación regular, pero trabajó esporádicamente, lo que le permitió experimentar la vida cotidiana de los trabajadores del petróleo.

La efervescencia obrera en el país, el padecimiento de la explotación de petroleros, el contacto tanto con el grupo dominante de la izquierda intelectual y artística, como con los marginados indígenas, son las vivencias que nutrieron *Rosa Blanca*, la última de sus novelas escritas en Tampico, cuya escritura inició en 1928 (Guthke 2001: 425).

ROSA BLANCA Y SUS VERSIONES EN ESPAÑOL

Rosa Blanca fue publicada originalmente en alemán en 1929. En español, la revista *Ruta*, dirigida por José Mancisidor, ofreció en 1938 la publicación de un fragmento, traducido del alemán por Pedro Geoffroy Rivas y Erwin Friederberg (Traven 1938). Más adelante, en 1940 se publica en México la primera edición en español de la novela, *La Rosa Blanca*, con la traducción del original, del mismo Rivas y Lya Kostakovski, bajo el sello de Editorial Cima. Traven declaró que esta edición era ilegal, pues había sido hecha sin su permiso. Si bien parece extraño, dado el antifascismo compartido, el escritor evitó entrar en contacto con los círculos de intelectuales alemanes exiliados en México (Guthke 2001: 506).

En 1951 aparece otra edición en español de la novela, a cargo de la traductora oficial y agente literaria de Traven, Esperanza López Mateos. Sin duda, para esa fecha, el escritor ya conocía bastante el idioma español para apreciar la fidelidad a su texto. Dado que ella sólo traducía del inglés, queda la duda de si tuvo acceso a una versión inédita, pues la primera edición en inglés de la novela, citada en el catálogo de la Biblioteca del Congreso Estadounidense, se publica en 1965. Con el nombre de *Rosa Blanca* o *La Rosa Blanca*, la traducción de López Mateos ha sido repetida en diversas ediciones, algunas piratas, que omiten el nombre de la traductora, como si la novela hubiera sido escrita en español, lo cual no deja de ser significativo. Es ésta la traducción que he empleado para el presente trabajo (Traven 1979).¹

¹ En las citas de esta edición de la novela sólo menciono el número de página, sin embargo, en caso de alguna comparación con otras ediciones, específico el año de publicación de éstas.

DINÁMICA DE LA NOVELA

Rosa Blanca consta de 71 capítulos relatados por un narrador omnisciente. En el primer capítulo, su voz presenta a la compañía The Condor Oil, una de las veinte empresas extranjeras que tenían concesiones para explotar el petróleo en la República Mexicana. Desde estas líneas iniciales queda clara la vocación expansionista de la empresa, que desata la acción de la historia narrada. Se mencionan los lugares donde la compañía tenía inversiones, dentro de los territorios norteamericano y latinoamericano, y aquéllos a donde planea extenderse en el futuro:

El cuartel general de la Condor estaba en San Francisco, California, con varias sucursales en Oklahoma, Tulsa, Pánuco, Tuxpan, Tampico, Ébano, Álamo, las Choapas y Minatitlán, y se encontraba lista para establecer algunas nuevas en el Istmo, Campeche, Venezuela y en la región del Chaco (702).

El segundo capítulo describe la hacienda Rosa Blanca, situada en una franja costera del estado de Veracruz y rodeada de tierras que ya estaban en posesión de los norteamericanos. En la hacienda vivía tranquilamente una comunidad indígena, bajo el paternal gobierno del propietario, don Jacinto Yáñez.

El eje del presente de la historia cuenta los varios intentos del presidente de la empresa petrolera, Mr. Collins, para comprar Rosa Blanca y explotar los yacimientos minerales que presumiblemente contenía. Y cómo, ante la firme negativa del dirigente indio a vender la hacienda, el ambicioso ejecutivo no dudó en convencerlo de hacer un viaje y mandarlo matar por un mercenario.

El narrador presenta los acontecimientos en forma consecutiva, en una progresión cronológica lineal, y los entrelaza con sus constantes comentarios, centrados en el contraste de dos concepciones de la vida opuestas, la indígena y la norteamericana. Éstas corresponden respectivamente a dos mundos, a dos planetas distintos.

Los hechos del eje del presente no sólo se interrumpen para dar lugar a las disquisiciones del narrador, sino también para introducir escenas de tiempos precedentes.

Durante 47 capítulos el ritmo de los hechos del presente es lento: sólo se cuentan dos infructuosos intentos de compra de la hacienda a cargo de enviados de la compañía. Una parte ocurre en México, otra, en los Estados Unidos. En estos pasajes se intercalan episodios del pasado para dar a conocer al lector ambos universos. Después, en los restantes capítulos, los espacios se alternan y el ritmo de la acción se acelera para describir la salida de Jacinto de su hacienda, su viaje a los Estados Unidos y su asesinato, el cual conduce a la destrucción de la hacienda.

De esos 47 capítulos, 14 se dedican a la hacienda y su propietario. Los siguientes 33 describen los antecedentes y el nacimiento de la compañía petrolera, así como la biografía de su presidente, Mr. Collins. La disparidad entre los que están dedicados al mundo indígena y los que se refieren al capitalista se explica por las respectivas peculiaridades de estos ámbitos. Rosa Blanca es un espacio de felicidad, con tan pocos cambios en la cotidianidad de sus habitantes que parece carecer de historia. A la inversa, la empresa y su contexto viven una vertiginosa sucesión de acontecimientos.

UN MUNDO FELIZ

Los 14 capítulos dedicados a Rosa Blanca, así como otras observaciones del narrador que se insertan posteriormente, configuran, pues, un dominio presidido por la armonía, el bienestar y la felicidad. La presencia sucesiva de dos agentes de la empresa petrolera en el rancho mexicano y sus reacciones permiten a la voz narrativa explayarse sobre las peculiares características de la hacienda.

Don Jacinto es el dueño de la hacienda por herencia, ya que la finca ha estado en posesión de su familia desde antes del descubrimiento de América, cuando sus antepasados eran aún soberanos de la Huasteca: “la organización social y económica era patriarcal, basada en la tradición y en las características especiales de la raza indígena” (703).

Aparte de la esposa y los hijos del patriarca, los demás habitantes son peones. Todos viven en igualdad de condiciones, al grado de que

“no había diferencias sociales en la hacienda” (704). Sin embargo, es incuestionable la autoridad del propietario: en caso de conflicto, “ninguno de los vecinos habría ocurrido bajo circunstancia ninguna a un juez” (705). Tampoco una institución como el Registro Civil parece ser necesaria en la heredad, todos los habitantes están emparentados entre sí, o al menos tienen una relación de compadrazgo, y cualquiera de los niños podría llamar “padre” a don Jacinto. Él era “un verdadero rey [...] consejero, padre y hermano de su pueblo” (738-739).

El rancho se describe como un lugar de abundancia y feracidad, en cerca de mil hectáreas de tierra se producían diversas verduras y frutas, se criaban animales, se fabricaban hamacas y cuerdas. Pero sobre todo se hacía crecer, dice el narrador, “algo máspreciado, buenos muchachos y muchachas indígenas” (702). Y más adelante: “la vida en Rosa Blanca era fácil. El elemento humano era tomado en cuenta antes y sobre todas las cosas” (703).

Esta concepción choca con la de los integrantes de la compañía petrolera, para quienes lo más importante es el dinero. Los enviados de la Condor Oil, el Sr. Pérez y el Sr. Pallares, como sus dirigentes, están convencidos de que todo puede convertirse en mercancía y manejarse conforme a las leyes del mercado. En consecuencia, tienen la certeza de que obtener la propiedad es cuestión de ofrecer las cantidades adecuadas. Se describe la escena en que uno de los enviados de la compañía acomoda sobre una mesa varias columnas de monedas de oro, como posible pago por la hacienda, y se queda mirándolas “como si le hubieran encantado los ojos”. En cambio, para don Jacinto “aquel montón de monedas brillantes carecía de significado [...] pues habría apreciado mejor el valor de una pila de maíz o de quinientos cerdos” (727).

El dueño de la hacienda “carecía totalmente de sentido financiero” (721) y no tenía ningún interés en poseer riquezas. Los peones tampoco persiguen el dinero, reciben un salario mínimo y producen lo necesario para vivir; cada familia tiene una casa primitiva que cubre estrictamente sus necesidades de abrigo y no desea más. De hecho, “de haber construido mejores casas [afirma el narrador] éstas habrían constituido más bien un estorbo que una comodidad para ellos” (702).

Lo que realmente tiene valor para don Jacinto es la tierra, que le permite cultivar el maíz: “sólo en la tierra puede confiar el hombre” (727). Este dirigente indígena está intensamente vinculado, como todos los suyos, a la naturaleza: “vivía no sólo de la tierra, sino con la tierra. Era un genuino producto del suelo, semejante a un árbol que muere si se le arranca de él” (723).

El concepto de pertenencia que tiene don Jacinto respecto a Rosa Blanca no tiene nada que ver con el concepto occidental de propiedad. Aunque los papeles están a su nombre sabe que no puede vender la hacienda, porque poseerla implica “algo elevado y sacro”, una responsabilidad adquirida con los demás moradores (728). Así justifica su negativa a vender explicando al agente de la compañía petrolera: “yo estoy obligado a cuidar de Rosa Blanca y a conservarla para aquellos que vivan después de mí, quienes a su vez la guardarán para los que les sucedan” (710). El comprador por supuesto no entiende y está seguro de que el indígena tendría que estar en un manicomio.

En varios pasajes el narrador emplea el término “armonía” para definir la vida en la hacienda. No sólo resulta musical el conjunto de sonidos producidos por los hombres en sus diversas actividades, sus canciones y sus risas, aunadas a las voces animales; sino que aun las mismas relaciones entre seres humanos y entre ellos y la naturaleza están regidas por la consonancia: “Todo se encuentra en perfecta armonía. Las disonancias no tienen cabida. El sol sale y se pone simplemente. Nadie se ocupa de contar el tiempo” (737).

Puesto que el tiempo carece de medida, la prisa es desconocida en la comunidad: la actividad de moler el maíz en un metate resulta entretenida para las mujeres y don Jacinto rechaza la idea de tener un automóvil porque no desea llegar pronto a ninguna parte.

Para los residentes de Rosa Blanca el trabajo no es sino un medio para vivir. Disfrutan su tiempo libre reuniéndose para platicar, cantar o bailar.

En contraposición con la idílica vida de los indígenas, los enviados de la Condor Oil representan un mundo en el que siempre hay premura. Un personaje portavoz del narrador dice: “el blanco [...] nunca tiene tiempo. Vive corriendo y agitándose. Cuanta mayor ve-

locidad puede ganar con sus inventos, menos tiempo gana” (954). La velocidad, el máximo aprovechamiento del tiempo, son características de la civilización capitalista asociadas con el desarrollo tecnológico, y este último es impensable sin la gasolina, derivada del petróleo.

Entre las reflexiones suscitadas por la visita del comprador, Jacinto tiene una visión profética de lo que ocurriría si accede a las peticiones de la empresa y les permite quedarse con la finca. El pasaje es una puesta en abismo de lo que ocurrirá al final de la novela. El viejo indígena imagina que si la vende, Rosa Blanca perdería su nombre y pasaría a ser identificada por un número. La tierra se poblaría de “un laberinto de tubos de acero” y sobre ellos colgaría “un intrincado tejido de cables y alambres” que ahuyentaría a los pájaros. El aire estaría lleno de vapor y gases dañinos, y el suelo, “cubierto por una capa pegajosa de aceite”. Lo peor sería el destino de los humanos que se convertirían en “máquinas que checan la hora de entrada y de salida” (744). El patriarca visualiza cómo “largas filas de indios sudorosos, transportando sobre los hombros tubos de metal, eran espoleados por capataces, y parecían esclavos sujetos unos a otros por aquellos tubos” (746). Distingue entre los esclavos inclusive a su propio hijo.

Los indios siempre habían vivido en Rosa Blanca; la hacienda representa su sentido de pertenencia, su amor a la tierra, la vida comunitaria ideal. La miran con tanto afecto como si se tratara de una persona: “a don Jacinto Rosa Blanca le sonreía y le hablaba, humanizándose” (729). Para los capitalistas, la finca es deseable solamente por la posibilidad de que guarde petróleo en sus entrañas.

Un personaje interesante es el gobernador de Veracruz que, prisionado por la Condor Oil, pasa unos días en Rosa Blanca para enterarse bien de la situación. Se trataba de un funcionario honesto que había nacido y crecido en la capital, y estudiado leyes y economía en Europa. Era un militar que había renunciado a su grado de coronel durante la Revolución, y luchado al lado de los constitucionalistas. De él, afirma el narrador que “por su educación, cultura y posición era carne y sangre de la nuestra a pesar de pertenecer a la raza indígena” (954). Durante su visita a Rosa Blanca se insiste varias veces en su

sangre india y se afirma que encuentra en la finca su verdadera patria, por lo cual decide no apoyar a la Condor Oil.

Después del asesinato de don Jacinto, el gobernador investiga el caso e intenta, infructuosamente, apoyar a la viuda. Si bien adivina el crimen y el fraude, carece del poder para ejercer justicia.

BREVE HISTORIA DEL CAPITALISMO

Al igual que Rosa Blanca es un espacio asociado a un personaje emblemático, el patriarca don Jacinto, la empresa se identifica con su presidente, Mr. Collins.

Una escena recurrente es la que inicia el capítulo 16: Mr. Collins, sentado al escritorio, en su oficina de San Francisco, lee el informe de su enviado que le notifica la imposibilidad de adquirir Rosa Blanca. Desde ese capítulo hasta el 48, casi la mitad de la novela, el narrador va a describir el presente del personaje, enfatizando sus relaciones con diferentes mujeres: su secretaria, su esposa, su hija, su amante principal y otras secundarias. Explica la vida llena de lujo y artificio que su familia y amantes llevaban, por lo cual requería cada vez más dinero.

En cuanto al trabajo, se muestra cómo los grandes empresarios, de quienes dependen decisiones fundamentales, adquieren un aura que el narrador califica irónicamente de “sagrada” (790): “Lo que Dios puede hacer en millones de años, puede ser improvisado en una conferencia de directores de una compañía petrolera americana en quince minutos” (790-791).

Del presente, el narrador pasa a relatar, a grandes rasgos, la biografía de Collins, coincidente con la de otros poderosos y millonarios hombres de negocios norteamericanos que empezaron en la pobreza.

Imbricada con la del personaje, la narración ofrece una breve historia del sistema capitalista norteamericano. El narrador describe cómo es posible que un hombre o unos pocos hombres puedan concentrar el poder y el dinero si llevan a cabo una estrategia adecuada. A lo largo de su trayectoria, Mr. Collins aprendió a aliarse con los líderes sindicales traidores a su clase para que organizaran huelgas

de mineros, de transportistas, de trabajadores de la construcción, en perjuicio de las compañías competidoras. Aprendió a manipular a la prensa, que, por supuesto, tampoco estaba exenta de malos manejos; y a incidir en la bolsa de valores. Todo ello se hacía posible porque el sistema económico y político estaba de suyo permeado por la corrupción.

Las prácticas de Collins y sus escasos socios conducen al país a una grave crisis que va a afectar la economía mundial:

Wall Street tronaba, relampagueaba, gruñía, gritaba, bramaba, se arrastraba, temblaba [...] El sistema social y económico más admirado por los humanos se despedazó [...] Terremoto en Wall Street [...]. Las operaciones bancarias se detienen. Los depositarios son atacados de pánico [...] Los bancos empiezan a quebrar [...] Como siempre, después de un periodo de agitación intensa en Wall Street algunos cientos de tontos yacían por tierra sin sentido, inválidos, heridos, amargados [...] Y como siempre también, después de semejantes sacudimientos en la Bolsa, un ciento o más de pequeños negociantes discretos e industriales honestos, se arruinaban y perdían hasta el último centavo (867, 872-874, 932).

Mr. Collins tiene muy clara la importancia estratégica del petróleo en el desarrollo del sistema, de ahí su decisión de invertir en la explotación del mineral. Él y otros empresarios, de quienes dice el narrador que tenían “maneras, tácticas y ética de pandilleros” (934), obtienen ganancias de la crisis económica y social.

A propósito de la crisis, el narrador expresa su simpatía por los trabajadores, pero tiene una visión crítica de sus asociaciones y de sus ambiciosos líderes. Una y otra vez afirma que los sindicatos son más útiles al avance del capitalismo que a la defensa de los obreros. Las leyes del sistema son tales, asevera, que éste se fortalece incluso con las acciones más combativas de los operarios, como las huelgas. La censura abarca incluso a aquellos modestos asalariados que sólo persiguen las mejorías económicas: “el trabajador, dentro del sistema actual, no tiene para sí mayor deseo que percibir una porción mayor

que la alcanzada por sus compañeros proletarios, porque de corazón es tan capitalista como el propietario de un banco” (844).

Respecto a los empresarios, tras el asesinato de don Jacinto, Mr. Collins continúa en su puesto de ejecutivo en la Condor Oil, siendo cada vez más poderoso — mientras que el asesino material recibe la muerte en un garito —. La novela finaliza con la escena en que Collins lee los cables que le informan del avance de las labores en “Pozos Gigantes” y pregunta a su secretaria cuántos muertos hubo. Ella, explica el narrador con ironía, sabía que su jefe no hablaba de los obreros fallecidos en la faena sino de los “agujeros muertos”, los pozos secos.

DESENLACE Y OBLIGADAS REFLEXIONES

Después de que don Jacinto es asesinado, el panorama pesadillesco que un día visualizó, se vuelve realidad. Rosa Blanca, adquirida por la Condor Oil mediante la falsificación de papeles, pierde su nombre. Se convierte en “el lote número 194” y pasa a llamarse “Pozos Gigantes”. Tanto la pródiga naturaleza de su territorio, como sus construcciones que se erguían desde la época colonial son arrasadas para iniciar las labores de perforación.

Entre la muerte de don Jacinto y el último diálogo de Collins con su secretaria, hay dos capítulos — LXVII y LXX — dedicados a presentar imágenes de la hacienda, ya propiedad de la compañía petrolera, con las correspondientes interpretaciones del narrador. Leídos en conjunto, los capítulos muestran impresiones en apariencia contradictorias. Así, en el capítulo LXVIII el narrador ofrece una visión forzosamente optimista, que no carece de ironía. La familia del patriarca se instala en Tuxpan, la viuda, doña Conchita, con el escaso dinero recibido por la finca, establece una tiendita que le permite vivir con independencia; su hijo, como muchos otros jóvenes de la hacienda, obtiene trabajo: “a pesar del triste destino de Rosa Blanca, la madre del hijo mayor de don Jacinto podía sentirse feliz porque en cierto modo él era una vez más, amo en su propia tierra” (1068).

En términos generales, los antiguos pobladores de la hacienda, ahora obreros bajo contrato, despojados y desplazados de su tierra y sus

casas, no han perdido, sin embargo, la partida. Se adaptan a la nueva situación y el cambio les permite abrirse a un mundo nuevo:

cada día se aproximaban más al tipo del verdadero ciudadano de un país mucho más grande que Rosa Blanca. Ahora eran en realidad ciudadanos de la República [...] Así llegaron, paso a paso, a entender la verdadera naturaleza de la raza humana y la verdad fundamental de la vida y el progreso. Concibieron el más profundo de todos los credos, esto es, que los hombres de la tierra forman una gran hermandad ligada por las inquebrantables leyes de la naturaleza [...] Además se relacionaron con trabajadores de otros campos, de otras industrias, quienes les dieron una idea del ambiente en que viven los trabajadores del mundo (1070-1071).

No obstante, en el capítulo LXX, las descripciones negativas son múltiples y se percibe que el LXVIII estaba escrito bajo una mirada irónica:

Rosa Blanca estaba ahora mal oliente, sucia, grasienta y cubierta por espesas nubes de humo y vapores fétidos, que hacían a los humanos y a los animales experimentar dolores en los pulmones [...] El cuerpo torturado de Rosa Blanca era perforado sin piedad, sin descanso [...] Morían perforadores aplastados por tambores y carretes que caían sobre sus cabezas. Porque la extracción se había precipitado sin que se hubiese dispuesto del tiempo suficiente para asegurar andamios y plataformas [...] Había cientos de hombres que esperaban formando línea su oportunidad de ser tragados por el monstruo humeante, hórrido, fétido (1088-1089).

DEL REALISMO A LA ALEGORÍA

B. Traven hizo profesión de fe como escritor realista. Más aún, decía escribir sólo sobre lo que conocía y había vivido; afirmaba haber ejercido todos los oficios que aparecen en sus relatos y novelas y destacaba la verosimilitud de sus relatos (Scherp 1999: 9). En un texto

de 1929, el novelista explicaba que sus viajes eran imprescindibles para su escritura:

para estudiar el país y recopilar el material que entrego a los lectores en forma de novelas cortas, descripciones de viajes, ensayos y fotografías. No puedo sacarlo todo del puro lápiz: quizá otros sepan hacerlo, pero yo no. Tengo que conocer a las personas de las que hablo. Si quiero describirlos tienen que haber sido mis amigos o compañeros de viaje, mis adversarios, vecinos o conciudadanos. Necesito haber visto las cosas, los paisajes y las personas antes de hacerlos cobrar vida en mis trabajos. Por eso debo viajar a remotas rancherías y a lagos y ríos desconocidos y misteriosos (Guthke 2001: 308).

Y por supuesto, como realista ha sido leído. Mauricio Magdaleno afirmaba que las obras del exiliado están talladas “sin ningún género de primor: directas, rudas como un reportaje, tajantes como un acta judicial” (Magdaleno 1979: 160).

Por citar un ejemplo de esta lectura, en 1982, bajo el título de *Las compañías petroleras*, y asentando a Traven como Bruno, la Secretaría de Educación Pública Mexicana publicó un folleto ilustrado de divulgación, con fragmentos de *Rosa Blanca*. La novela se tomaba como fuente de datos históricos precisos (Traven 1981).

Ciertamente hay en *Rosa Blanca* una intención mimética de acontecimientos localizables en una circunstancia determinada. De inicio se mencionan los estados costeros del Golfo de México y algunos estados norteamericanos. *Rosa Blanca* estaba ubicada cerca de Tuxpan, Veracruz, y Mr. Collins tiene sus oficinas en San Francisco, California; el cadáver de don Jacinto se encuentra en una carretera de San Francisco a Los Ángeles.

Menos explícito es el momento histórico, al menos en la traducción al español autorizada por el novelista. Heidi Zogbaum afirma que la acción de la trama se inicia unos meses antes de la rebelión de Adolfo de la Huerta en diciembre de 1923 (1992: 32). De la Huerta había sido presidente interino de la República, de junio a noviembre de 1920, y luego había ocupado un cargo en el gabinete del siguiente man-

datario, Álvaro Obregón. Éste, hacia el final de su gobierno, apoyó la candidatura presidencial de Plutarco Elías Calles, por lo que De la Huerta, descontento, se levantó en armas en Veracruz. Los delahuertistas fueron vencidos militarmente por Obregón a inicios de 1924. Los pasajes en que se basa la estudiosa corresponden a la primera edición de la obra en alemán, donde se habla del levantamiento, si bien se le llama al revolucionario sólo Huerta (Traven 1967: 169).

La edición desautorizada por Traven, aparecida en 1940 con la traducción de Pedro Geoffroy Rivas y Lya Kostakovski, se apega más al original. Ahí sí se menciona a Huerta (Traven 1940: 363). Pero en la edición legitimada por el autor, donde aparece como traductora Esperanza López Mateos, las menciones al insurrecto simplemente han desaparecido. En la parte correspondiente hay una mención al levantamiento, sin especificaciones. Cuando el mercenario asesino de don Jacinto discute con el presidente de la Condor Oil por el pago de su “trabajo”, Collins le reclama por haber dejado evidencias y le sugiere que mejor se suicide antes de 24 horas. Porque — le dice — “si la rebelión que se prepara en la República no hace explosión, rápidamente, no tendrá usted tiempo ni de cargar la pistola” (1086).

Para Zogbaum, *Rosa Blanca* es una afirmación indudable del apoyo de Traven al gobierno de Plutarco Elías Calles, quien se proponía aumentar el control de la nación mexicana sobre el petróleo (1992: 29). De hecho, Calles fue calificado de anarquista y bolchevique por sus medidas sociales en favor de la clase obrera.

La estudiosa sostiene que algunos de los personajes fueron modelados sobre sujetos históricos. Así, el gobernador del estado, cuyo nombre no se menciona en la novela, estaría libremente inspirado en Adalberto Tejeda, antiguo revolucionario constitucionalista que fue dos veces gobernador de Veracruz, la primera de 1920 a 1924 (35). Hombre honrado, Tejeda tuvo problemas con las compañías petroleras por sus violaciones al Artículo 27 de la Constitución, que reafirmaba la propiedad de la Nación sobre los recursos naturales. En sus administraciones, este funcionario apoyó a los indígenas.

A su vez, Collins sintetizaría los rasgos del inversionista Edward L. Doheny. Los rumores sobre el fundador de la Huasteca Petro-

leum Company, sus violentas e ilegales maniobras para apoderarse de las tierras petroleras circulaban ampliamente en la época en que el exiliado Traven residió en Tamaulipas. Si bien los fraudes, agresiones e incluso crímenes contra la población eran prácticas comunes a las compañías petroleras, Doheny destacaba por su atrocidad. Tales historias sustentaban el nacionalismo mexicano y los sentimientos antinorteamericanos, compartidos con la población por el escritor militante.

Vinculada a la trayectoria de Collins, el narrador inserta en la trama la Gran Depresión de 1929. No deja de ser curioso que la novela se publicara precisamente en ese mismo 1929; aunque queda la duda de si Traven la finalizó después del estallido de la bolsa, que tuvo lugar en octubre, o bien antes de éste, guiado sólo por las señales previas. El narrador bromea al respecto, subrayando esta ambigüedad:

El choque de Wall Street, la crisis económica seguida de la gran depresión, habían sido realmente profetizados, si no olvidamos el dedo levantado y las constantes predicciones de los comunistas, anarquistas, sindicalistas, reformistas, socialistas, independientes progresistas y científicos de otros istas que insistían en su capacidad para pronosticar semejantes desastres, consultando su Biblia, es decir *El Capital* (876).

Como obra inscrita en el realismo, *Rosa Blanca* adolece de los defectos comunes a la novela latinoamericana de denuncia social en los treinta: descuido formal, visión maniquea y exceso de explicitación por parte del narrador. Éste, por ejemplo, hacia el desenlace de la trama, explica sin necesidad el sentido de la flor, que da título a la hacienda y a la novela: la finca “hacia pensar en Rosa Blanca de un rosal jamás tocado por el hombre” (702). A esta intocada naturaleza simbolizada por la blancura, opone lo negro del petróleo, cimiento de la industria generada por un sistema de vida que destruye a la naturaleza y a los propios seres humanos.

Me parece que la pasión visceral del narrador hace posible leer la novela, no sólo como una mera apropiación de épocas o personajes identificables, sino como una alegoría.

Aun cuando el narrador afirma, como se ha visto, que la organización social de la Rosa Blanca se basaba en la tradición y características de la raza indígena, la situación descrita no parece corresponder a ningún momento de la historia de México. La hacienda, esa finca agrícola, es un sistema español trasplantado a la Nueva España durante la Colonia.

En los tiempos anteriores a la Revolución mexicana, las haciendas por lo general estaban gobernadas por españoles o criollos, y el papel reservado a los indígenas era el de peones carentes de derechos y objeto de la peor explotación. Traven lo sabía, cuando hace decir al narrador:

[el gobernador de Veracruz] a menudo había visitado haciendas y ranchos poseídos prácticamente, en todos los casos, por ricos nativos no indígenas, sino mestizos, criollos o españoles [...] Por primera vez en su vida el gobernador permanecía en una hacienda poseída por un indio y en donde todos los habitantes eran indios también (951-952).

Según sus biógrafos, Traven viajó por primera vez a Chiapas en 1926 y quedó muy asombrado con las costumbres de los indios. En *Tierra de la primavera*, publicada un año antes que *Rosa Blanca*, relata estas andanzas y deja ver sus primeras impresiones acerca de la diversidad y cultura indígenas. Él sabía bien que no había existido una hacienda similar a Rosa Blanca en la historia, pero deseaba esbozar una comunidad ideal regida por el sentido comunitario que caracteriza al México profundo. Asimismo toma de la tradición indígena el respeto a la autoridad y sabiduría de los mayores.

En la edición alemana, y también en la edición mexicana no autorizada, se menciona que don Jacinto era de una familia de indios huastecos (Traven 1967: 8; Traven 1940: 10). Pero en la traducción autorizada por Traven en español, no se habla sino de indios, en general. Parece que más que en la Huasteca, Rosa Blanca está ubicada en el territorio de la utopía, y sus habitantes son indios arquetípicos. No importa, para el autor, que don Jacinto y su esposa, doña Conchita no tengan nombres indígenas.

Lo mismo ocurre con la visión del capitalismo, donde la mimesis del momento histórico está permeada por la ideología. Incluso la identificación de Simon Collins con Edward Doheny, con la cual concuerda, entre otros, uno de los biógrafos del magnate, Dan La Botz (1991: XV), es relativa. Pienso que Traven, aunque se haya basado inicialmente en Doheny, quiso dar a su empresario novelesco los rasgos de un capitalista emblemático.

La parte de la crisis del 29 en la trama parece parodiar la historia real. Mr. Collins, casi totalmente solo, efectúa las maniobras que se inician con una huelga obrera y acaban con el desquiciamiento total de Wall Street y la amenaza de destrucción del sistema político. Luce reducida al absurdo así como la explicación de que el inversionista deseaba desesperadamente apoderarse de Rosa Blanca para llevar a cabo negocios que le permitieran pagar las deudas contraídas por su amante, con objeto de celebrar una fastuosa fiesta.

Por todas estas características, la trama pierde en verosimilitud lo que gana en simbolismo. El mundo de Collins y el de Jacinto Yáñez discurren separados y sólo coinciden en los acercamientos del primero para comprar la finca, y en el crimen final. El empresario norteamericano sólo visitaba Tampico ocasionalmente y se interesaba más en las perspectivas de encuentros femeninos que en el trabajo (784). Su desapego es asumido por el narrador; pese a que Traven trabajó en una compañía petrolera, y conocía de cerca las labores, no se interesó en ir al detalle en esta obra; *Rosa Blanca* contiene mucha menos información sobre la extracción y almacenamiento del mineral que la novela anterior sobre el tema, escrita por un extranjero, *Tampico* de Hergesheimer (1926).

A causa de la militancia de Traven, *Rosa Blanca* ha sido leída como una utopía anarquista (Zogbaum 1992). Michael Baumann se ha ocupado de estudiar las convicciones políticas de Traven y hace notar su cercanía con el pensamiento de Max Stirner (Baumann 2005: 112-153). En mi opinión, la novela se vincula con el anarquismo en un sentido muy amplio, en la intención general, común denominador de diversos movimientos: la organización de las clases populares, sobre todo las trabajadoras, para llevar a cabo una revolución

transformadora de las desigualdades sociales, políticas y económicas (Lida 2012: 9). Y esta concepción se manifiesta más en la parte final, donde se habla de la comunicación entre obreros de los distintos países, que en la dinámica misma de la novela.

En la ficción de Traven pueden verse algunas huellas de textos clásicos de la ficción utópica, como el de Tomás Moro. Tan aislada está Rosa Blanca del resto del entorno como la isla de Utopía. Ambas son comunidades fraternales y felices, regidas por pocas y estrictas leyes; aunque en el territorio descrito por el inglés, se conserva la esclavitud. En cada familia de los utópicos se presta obediencia al más anciano de los parientes. El respeto y la obediencia irrestricta que los habitantes de la hacienda indígena tienen por Jacinto Yáñez, además de ser una herencia indígena, se parece más a esta norma de *Utopía* que a la propuesta anarquista de la libertad y soberanía del individuo. En la República utópica el oro y la plata crecen de valor, igual que en la hacienda mexicana (Moro 1941: 86-93).

LA AMÉRICA SOÑADA

Rosa Blanca se inserta dentro de la tradición que, desde el descubrimiento del continente, ha fertilizado una diversa multiplicidad de páginas: pensar a América Latina como el territorio por excelencia de la Utopía.

América, antes de ser descubierta, fue soñada, decía Alfonso Reyes (1960). Ciertamente, además de sus vivencias personales, Traven, al llegar a México, portaba, con conciencia o sin ella, las leyendas sobre América Latina del imaginario colectivo europeo. Lo que no había sido posible en el Viejo Mundo, tendría que serlo en el Nuevo.

Las concepciones europeas sobre el buen salvaje, la ciudad ideal, el paraíso, la ciudad de oro, la jauja, la arcadia míticas, etc., tienen una versión moderna en la esperanza de revoluciones del siglo xx que aspiran a una sociedad más justa, y a un “hombre nuevo”, sostiene Fernando Aínsa (1992: 12).

Por otra parte, en la tradición comunista latinoamericana, dado que en la época del florecimiento de la novela realista de denuncia

social, los treinta, apenas puede hablarse de la existencia del proletariado como clase, los izquierdistas tendían a buscar equivalentes de los obreros en los indios, los mineros, los estibadores y otros pequeños grupos (Franco 1975: 250). En *Rosa Blanca* se aprecian asimismo rastros de esta trasposición.

A propósito del petróleo, más que estrictamente ácrata, *Rosa Blanca* es un alegato anticapitalista de solidaridad con los indígenas. Como obra revolucionaria, coincidiría con las luchas zapatistas, en el sentido en que los describe John Womack Jr., “unos campesinos que no querían cambiar y que, por eso mismo hicieron una revolución” (1985: XI).

Lo que es innegable es que *Rosa Blanca* continúa teniendo una amplia recepción y despertando el interés de los lectores.

EL RÍO NEGRO DE CARLETON BEALS (1934)

Extraña a los lectores del siglo XXI, que *Black River* (1934), de Carleton Beals, una de las primeras novelas sobre el petróleo mexicano, no haya sido traducida al español y permanezca casi ignorada. Apenas se encuentran en el campo cultural del país algunas críticas sobre esta novela, cuya visión de México y posición frente al tema petrolero, en cierta medida, coincide con la de B. Traven en *Rosa Blanca*, publicada en alemán en 1929 y, en español, en 1940.

Sorprende el desconocimiento porque el autor, apasionado latinoamericanista, dedicó cerca de una docena de libros a México y vale la pena recordar su atrayente personalidad.

BEALS, INTRÉPIDO Y ROMÁNTICO

Carleton Beals, nacido en 1893 en el estado de Kansas, viene a México en 1918, por haberse declarado objetor de conciencia y negarse a ingresar al servicio militar que lo hubiera obligado a tomar parte en el horror y el sinsentido de la Primera Guerra Mundial. Hubo otros como él, un heterogéneo conjunto de jóvenes estadounidenses también conocidos como *slackers* o remisos, entre los que se contaban izquierdistas y algunos de origen mexicano.¹

Aquellos que aunaron el amor por la aventura y la militancia política, a la vocación de periodistas y escritores, dada la firme concien-

¹ La mayor parte de mi información sobre Carleton Beals procede de la excelente biografía de John Britton (1987) y de los textos autobiográficos del autor citados en las referencias bibliográficas. También me fue de utilidad la breve semblanza escrita por Christopher Neal (2007). Empleé asimismo los estudios de Helen Delpar (2002), Carlos Marichal (2012) y Eugenia Meyer (1970) que se refieren al grupo de visitantes, exiliados, expatriados estadounidenses que llegaron a México durante la lucha armada o poco después.

cia antiimperialista de que estaban imbuidos, contribuyeron a disminuir la ignorancia del público lector norteamericano acerca de América Latina. John Kenneth Turner y John Reed son pioneros paradigmáticos de estos intelectuales que llegaron al México revolucionario y dejaron imborrables imágenes del país y la gente. A esta estirpe pertenece Carleton Beals.

El joven Carleton había padecido tres breves encarcelamientos por su actitud renuente a cumplir sus deberes patrióticos, aunque a la larga fue declarado no apto para el servicio por razones de salud. Viajaba a México con su hermano menor, Ralph, futuro antropólogo especialista en nuestro país, quien estaba cercano a la edad del reclutamiento. Los hermanos Beals contaban con el apoyo afectivo de su familia, de orientación liberal izquierdista, pero llegaron a México en condiciones de extrema pobreza. Sin embargo, a los pocos meses, el autoexpatriado primogénito ya disfrutaba de una posición desahogada, manteniéndose como profesor de inglés y corresponsal extranjero en la capital.

Beals poseía una excelente formación universitaria, no obstante, tanto su inquietud aventurera, como su descontento con el sistema norteamericano y el inherente culto al trabajo y al éxito, lo impelían a dejar su tierra natal. Graduado con honores en Berkeley como ingeniero de minas, con una especialización en economía, obtuvo también una maestría en educación en Columbia y mostró, desde muy joven, la vocación de escritor, incluso ganó un concurso de ensayo. Pero, pese a su brillante desempeño académico, una vez egresado, sólo pudo conseguir un trabajo administrativo en una compañía petrolera californiana.

En su recuento autobiográfico *Brimstone and Chili* (1927) — que debe su título a la exclamación de un personaje sobre un pueblo desértico de Arizona: tan picante como azufre y chile —, relata con detalle su llegada a México. Cuenta que antes de la expedición él era un esclavo de cuello blanco en el departamento de embarque de la compañía Standard Oil, revisaba los envíos destinados a los supuestamente ignorantes y perezosos pobladores de tierras remotas. Y recuerda que cada barril de petróleo inventariado le hacía pensar en mares tropicales y playas sombreadas por palmeras.

La estancia inicial en México del inquieto Carleton duró más de dos años, en los cuales, como él contaría posteriormente, atravesó quince estados a pie, a caballo o en tren, convivió con los indígenas del norte del país, supo de los rebeldes villistas y carrancistas y entró en contacto con los artistas e intelectuales más importantes de la capital. Asimismo trató de cerca a Venustiano Carranza, cuando éste era ya presidente, y a otros miembros del grupo dirigente (*Mexico An Interpretation*, 1923). El viaje señaló una nueva ruta en su vida: consolidó su vocación periodística y despertó su compromiso existencial con los países latinoamericanos.

Vuelve a México en 1923; su integración junto con otros artistas y bohemios norteamericanos al país, que vivía la fiesta de la reconstrucción de la identidad y la cultura, ha sido recreada por estudiosos como John A. Britton (1955) y Elena Poniatowska en la novela *Tini-sima* (1992), entre otros.

Prolífico autor de artículos periodísticos y cerca de cincuenta libros, Beals llegó a ser una de las voces más autorizadas sobre los problemas de América Latina, siempre desde la óptica de las izquierdas. Su posición dentro de la gama de éstas tiene como constantes el radicalismo antiimperialista y la solidaridad con las masas insurgentes, así como con los humillados y ofendidos de todos los países. Entre los veinte y los sesenta apoyó una diversidad de luchas populares y llevó a cabo hazañas periodísticas, por ejemplo, ser el único corresponsal extranjero que entrevistó a César Augusto Sandino en 1928. A través de los varios géneros que cultivó, atacó la depredación practicada por las compañías petroleras y las bananeras. Siempre denunció el imperialismo norteamericano por su ejercicio “de la intervención militar, la intimidación diplomática, la dominación económica y la manipulación clandestina”, sintetiza John Britton (1987).

Aunque fue acusado de agente de Stalin, por su renuncia al Comité Americano para la Defensa de León Trotski, presidido por John Dewey, en 1937, su trayectoria izquierdista fue ajena a las burocracias e instituciones; más bien fue libre, personal, bohemia. Su actitud ideológica puede ser ubicada dentro de la amplia gama del socialismo populista (Rojas 2010; Azuela de la Cueva 2005).

Britton lo vincula con la “izquierda lírica” norteamericana, definida por una sed de experiencia estética, aunada al deseo de encontrar una síntesis progresista de la experiencia humana. Christopher Neal lo califica con tino de disidente solitario. La militancia de Carleton Beals fue tan romántica como su personalidad: apuesto y atractivo, individualista y apasionado; fotografiado por Tina Modotti y modelo de un personaje que Katherine Anne Porter describe con ironía, en el relato “That Tree” (Porter 1934).

Si bien criticado en sus métodos por parte de algunos científicos sociales, Eugenia Meyer (1967) apunta que en el estadounidense no hay que buscar al historiador medido sino al testigo presencial del acontecer mexicano; y que su mayor cualidad es su profundo interés y su meticulosa observación de la realidad nacional, a la que no compara con la de su país. Junto con otros compatriotas radicales, Beals desafió la premisa ampliamente reconocida en Estados Unidos de que América Latina era un vasto paraíso tropical, lleno de recursos, esperando poder desarrollarse con el bondadoso apoyo de los inversionistas norteamericanos.

La copiosa producción de Carleton Beals incluye relatos de viaje, crónicas, biografías históricas, autobiografía, ensayos políticos y novelas; los géneros se contaminan entre sí y todos participan de cierta dosis de ficción. Uno de sus temas fundamentales es América Latina.

La práctica periodística imprimió a la prosa del escritor el apresuramiento, la urgencia de comunicar de inmediato. Su escritura lleva asimismo la huella de su ansiedad existencial por conocerlo todo y contarlo todo, en circunstancias casi siempre acuciantes. Además, como otros escritores que ven en la literatura un arma de combate ideológico, escribe también presionado por dar respuesta a las visiones discrepantes de la suya, por ejemplo la de D. H. Lawrence. Está documentada la molestia de los artistas norteamericanos residentes en la capital del país con la aparición de *La serpiente emplumada* (1926). Beals, aun cuando confiesa su deslumbramiento por algunos pasajes de esta novela, afirma, en un artículo de 1928, que el inglés jamás entendió a México (Walker 1984: 64).

Los contemporáneos de Beals destacaron el aporte informativo de sus libros, la valiosa observación de primera mano. También apuntaron la agilidad narrativa y el colorido descriptivo de su prosa; sus textos de viajes y crónicas recibieron elogios, pero como novelista casi siempre fue considerado deficiente.² A la distancia no se puede menos que concordar: en tanto que sus textos autobiográficos y sus crónicas se leen aún con deleite, las novelas padecen de un exceso de acontecimientos, no siempre bien ensamblados, y un previsible maniqueísmo.

Katherine Ann Porter, sobre *The Stones Awake, a novel of Mexico* (1936), comenta que Beals “hubiera sido un magnífico novelista si hubiera tenido tiempo para detenerse y aprender” (Gunn 1977: 101). Aun cuando en principio *Black River* no está exenta de las mencionadas limitaciones, ofrece un gran interés para conocer el enclave petrolero tampiqueño y los problemas de sus habitantes en los veinte.

RÍO NEGRO, LA NOVELA³

Black River consta de 45 capítulos de longitud desigual, encabezados por números romanos, y a veces subdivididos en apartados, que se distribuyen en 409 páginas. El relato está a cargo de un narrador om-

² Así por citar algunas opiniones, *Mexico. An Interpretation*, 1923, fue calificado por el director de *The Nation*, Ernest Gruening, como “el mejor libro sobre México obra de un estadounidense”, cuenta Christopher Neal (2007). A su vez, *Mexican Maze*, 1931, fue objeto de una entusiasta reseña de John Carter en *The Outlook*. En ella se afirma que Beals es un propagandista, en el mejor sentido del término, de la preservación del carácter esencial de México y, en general, de Centroamérica (Carter 1931). Por otra parte: *The Stones Awake, a novel of Mexico*, 1936, en una reseña de la revista marxista *New Masses*, fue calificada de pobre y superficial aunque con algunas virtudes (Wedger 1936). De esta misma novela, comenta Neal en un artículo reciente que se trata de “un intuitivo aunque un tanto torpe intento de crear *Les Misérables* de la Revolución mexicana”.

³ En las citas de la novela, traducidas por mí, la numeración corresponde a la de la primera edición de 1934.

nisciente que va alternando el punto de vista de algunos personajes, en diversa medida, con el propio.

La narración se estructura alrededor de dos líneas imbricadas. Una es la historia de las adversidades y fortunas de Mico Zaragoza en el puerto de Tampico en la etapa de la posrevolución mexicana, hacia la década de los veinte. Mico es una especie de antihéroe que, para el narrador, se asemeja al paradigma del tampiqueño, tal vez del mexicano “promedio”. Su trayectoria es el hilo conductor de la novela, desde el principio hasta el capítulo XXXIII en que es asesinado. Los 12 capítulos restantes relatan el destino de los hombres y mujeres de diversos grupos sociales que, a través de contactos directos con el protagonista, fueron distanciándose, cobrando importancia, vinculándose a su vez con otros personajes, y ramificando en una constelación de historias de distinta extensión.

Las historias a veces ocupan varios capítulos, otras son breves. A veces los apartados dentro de un capítulo narran momentos sucesivos de un mismo relato, a veces cambian el escenario y los personajes.

En cualquier momento irrumpe la voz del narrador que constituye la otra línea narrativa. Esta voz complementa la trama e ilustra la circunstancia tampiqueña y mexicana en el contexto universal. Sin pretensiones de objetividad, expresa sus simpatías o antipatías por determinados personajes, y en su esfuerzo por comprender, explicarse, y esclarecer al lector la complejidad de la situación histórica, opina, conjetura y divaga constantemente.

MICO EN CIRCUNSTANCIA Y LOS DEMÁS

Hombre joven, débil, marginal, sin recursos, posición social, convicciones o preparación, el mexicano Mico Zaragoza está destinado al fracaso en todos los aspectos de su existencia. Su caso permite atisbar la forma en que los tampiqueños padecían, en su vida cotidiana, la agitación e inestabilidad generadas tanto por el ajetreo revolucionario como por el vertiginoso crecimiento del puerto, enclave petrolero en América Latina.

La motivación más importante de Mico es conquistar a una mujer de la cual está enamorado, lo que sólo consigue por breves periodos.

Dado que ella, Conchita, apodada La Paloma, es una prostituta de alto nivel, el amante necesita mucho dinero y, como los héroes de la novela picaresca, desarrolla todo tipo de ardidés para obtenerlo, atravesando sin escrúpulos ni remordimientos una y otra vez la frontera entre las actividades legales y las delictivas. Es cierto que se trataba de una frontera de suyo un tanto difuminada en ese momento histórico.

La cuestión de la sobrevivencia para la población desposeída no era fácil en esa década de los veinte. Tampoco alternaba los gobiernos de diversos generales, según los vaivenes de la lucha revolucionaria. Al inicio de la novela, el general representante de Venustiano Carranza acababa de expulsar a las fuerzas federales de Victoriano Huerta.

Empleado, utilizado, perseguido y aniquilado por una compañía petrolera, Mico pertenece a uno de los dos polos que se enfrentan en la novela, sintetizados a grandes rasgos por el narrador como: México, “un modo de vida que detesta las máquinas”, frente a los Estados Unidos y su “eficiencia industrial” (11).

La visión simplista de cada polo se hace en ocasiones compleja, pues los petroleros norteamericanos rivalizan entre sí, además de disputarse el terreno con las compañías inglesas. Por otra parte, si bien las empresas gringas casi siempre reciben el apoyo de su gobierno, ocasionalmente entran en conflicto con algún sector del mismo.

El lado mexicano está formado por los militares que detentan el poder, dentro de una profusión de desclasados como Mico. En menor medida actúan los obreros del petróleo. Se trata de un polo también permeado por antagonismos. Los militares gobernantes compiten entre sí, de acuerdo con las vicisitudes del centro. A veces se asocian a Mico, otras lo atacan. Con frecuencia, los funcionarios petroleros se alían con sus enemigos por definición para obtener ganancias. A su vez, la institución eclesiástica, parte de los anteriores grupos dominantes, se comporta como aliada de los empresarios petroleros y enemiga de los generales.

Desde el punto de vista moral, Mico tiene que ver con otra de las dicotomías del narrador, la de los hombres sin valores, a los cuales representa el protagonista, frente a los seres humanos dignos y honorables. Mico comparte la corrupción con muchos de los personajes, tanto

con los gobernantes mexicanos como con los empresarios extranjeros. En un panorama general de descomposición destacan, como personajes positivos, los familiares del enamorado — madre, hermanos —, un abogado que los apoya, y un norteamericano excepcional.

Para dar una idea de la articulación de los acontecimientos, podemos revisar el primer capítulo, constituido por 9 partes. La escena inaugural presenta al antihéroe Mico parado en la puerta de la Catedral de Tampico, esperando a su amada Paloma para un baile. El desempleado joven había gastado su escaso dinero en un regalo para la dama. Aunque apenas la conocía, desde que la vio por primera vez se había deslumbrado con su belleza y elegancia. Por fortuna, ella había accedido a acompañarlo al baile.

La catedral estaba llena de luces y música de jazz, en su interior se realizaba una gran fiesta. Un letrero, pintado sobre una manta, explica: “Baile gratis ofrecido a los revolucionarios de Tampico por el Gral. Eduardo Yarza”.

La iglesia veía, de esta manera, su conservadurismo, tangible en la solidez de la construcción catedralicia, barrenado por el discurso del Ejército Constitucionalista. Yarza, el profanador del templo, era el carrancista que había echado de la región a las fuerzas federales.

Mientras espera a su amada, Mico tiene un encuentro con un mendigo negro medio ciego, apodado El Zambo, que pasa por ahí canturreando. Maligno con los débiles, el oportunista desahoga su furia ante el retraso de la mujer, maltratando al cantante. Lo empuja y hace caer, supuestamente porque no le gustaba su canción de “llo-riquo revolucionario” y deseaba algo más alegre. El pordiosero rota su guitarra, cambia su tonada y con gimoteos consigue que el agresor le compre medio billete de lotería, aunque vuelve a patearlo.

Finalmente llega La Paloma, para orgullo de Mico, pues se entera de que ella se había negado a asistir como pareja en el baile del poderoso general Yarza. En un animado ambiente de música, tabaco y alcohol, entre las banderas tricolores que adornan los altares, la bella sólo acepta bailar con su devoto admirador.

De pronto, un fornido “americano” molesta a La Paloma, empeñado en danzar con ella. Mico pelea, quiere matarlo, y dispara

un balazo que pega en el techo. Se arma una gresca colectiva, el extranjero llama a los mexicanos “tobacco-colored sonsabitches” y “yellow-belly greasers”. Por su parte, Yarza, sintiéndose denostado, termina expulsando al gigantesco tipo, arrojándolo a la calle con ayuda de la concurrencia.

El gringo golpeado, de nombre Tom Guard, un desertor del ejército norteamericano, con el tiempo adquiere una categoría más elevada en la comunidad tampiqueña, pues de empleado de una compañía petrolera pasa a ser un poderoso empresario. Paralelamente aumenta también su importancia en la trama.

El apartado final del capítulo refiere cómo el viejo cantante callejero, que ahora entonaba de nuevo una melodía de la Revolución, ayuda al gringo herido a levantarse y lo lleva a su propia sórdida habitación en la zona roja.

En los siguientes capítulos, Mico consigue un trabajo en la compañía explotadora del mineral, porque su presidente, Simon J. Bartlett, estaba interesado en las tierras, presumiblemente petroleras, que la familia Zaragoza había heredado a la muerte del padre. Los funcionarios de la empresa fácilmente convencen a Mico de cederles los terrenos estafando a su familia. Mientras ésta queda en el desamparo, el tramposo joven invierte el dinero obtenido en una casa y un carro para La Paloma.

Luego pasa Mico por una racha de mala suerte, es despedido de su empleo, repudiado por la mujer, e incluso encarcelado, esta vez por un robo que no había cometido. Logra salir de la prisión y tiempo después es contratado de nuevo por los petroleros como pagador. Su comisión consistía en atravesar la selva para entregar una bolsa de dinero que, sospechaba, no era para los empleados de la compañía petrolera sino para Yarza, el general gobernante del estado.

Una vez el joven roba el dinero para obsequiarlo a La Paloma, pero asustado con las amenazas del funcionario Tom Guard, esconde los billetes y se oculta él mismo durante un tiempo. Intenta denunciar los tratos del empresario petrolero — coludido de alguna manera con Yarza — ante un periodista norteamericano habitante del puerto, quien tenía el chantaje entre sus métodos de sobrevivencia.

A lo largo de la trama, la relación de Mico con La Paloma se interrumpe o reanuda según las posibilidades económicas del hombre. Finalmente él decide escapar por la selva tampiqueña con el dinero robado e ir a la capital, pero es abatido a tiros por empleados de la empresa, desde un tractor. Ellos no sabían de su delito, simplemente lo mataron por estar cerca de tierras que eran propiedad de la compañía petrolera.

En forma paralela a la de Mico, se ofrecen las biografías de dos hombres dominantes en la economía. Uno es el mencionado Simon J. Bartlett, que dirige la Calumet East Oil Company (Cemoc) y es conocido como “el rey local del petróleo”. El narrador explica que los dos poderes principales en el puerto eran, por un lado, el general Yarza, que había hecho del Hotel Imperial su cuartel, apoyado por “tropas yaquis semisalvajes”. Por otro, Bartlett que tenía su centro de mando en las oficinas de la Cemoc, y estaba protegido por el peso invisible de una poderosa nación.

Bartlett es el centro del polo norteamericano y su trayectoria ocupa una parte extensa de la novela. Típico ejemplo de los hombres que se han formado a sí mismos, era de origen pobre, y había trabajado primero como maestro de escuela. Sin embargo, después de varias aventuras financieras, a través de prácticas deshonestas, había llegado a ser un magnate del petróleo.

El petrolero está rodeado por familia, amigos, socios y empleados. Apenas se habla de su esposa, pero se ofrecen las historias de sus dos hijos quienes al inicio de la trama van a Tampico de vacaciones. Descritos por el narrador como inútiles y frívolos, ambos acaban mal. Bartlett tiene también un sobrino, Ted Simpson, semimexicano y amante de los mexicanos. Ted es uno de los escasos personajes vinculados con los empresarios, capaz de tener sentimientos nobles.

Entre los amigos del empresario cobra importancia Charles Sadler, el cónsul americano en Tampico. Entre los socios está el Senador norteamericano Eddie Caddington, los abogados Calhoun Metcalf y Ezequiel Padilla. Tiene cerca también a su secretaria, Ruth Flexner.

El otro hombre es el ya citado Tom Guard, aventurero que tras una estancia en prisión por un pleito, con un nombre falso comprado

a un marinero, había pasado por Hong Kong, La Habana y Cayo Hueso. Inmoral y violento, con experiencia en compañías como la United Fruit, cuando llega a Tampico es contratado por su amigo Bartlett y se convierte en organizador de guardias blancas de la empresa petrolera, especialista en romper huelgas. Hacia el final de la trama, Guard traiciona a Bartlett y se vuelve más poderoso que él.

Dos episodios sobre Bartlett merecen un comentario aparte, la huelga de obreros del petróleo y la conspiración que urde para separar los estados petroleros de México.

Otros personajes norteamericanos actúan en la trama: una empleada de la YMCA, Mary Grant; y el citado periodista Bud Grop-per, del *New York Despatch*.

Del lado mexicano están los militares gobernantes en Tampico. El general Yarza aparece siempre asistido por su secretario Ramón Mendoza. Se mencionan otros generales, Montalván y Colima. Mendoza, típico intelectual de las novelas de la Revolución mexicana, convence a Yarza de que es un héroe épico y su lucha es más que la avidez por el botín, el mezcal y las mujeres; también le formula sus programas revolucionarios.

Como parte inalienable del paisaje del puerto, están los meseros y empleados chinos, carentes de nombre, así como una serie de mujeres que prestan diversos servicios en restaurantes y centros nocturnos. Además de La Paloma, aparece Dora Nelson, administradora de un club nocturno donde bailan Mamie y La Cubanita o Mrs. Harriet Goldmann, anfitriona del Salón de Té Imperial. Algunas son mencionadas sólo por su nombre de pila: Dolores y Aurora. Los ofrecedores de variadas prestaciones encarnan la visión que el narrador tiene del puerto, un sitio donde corría el dinero: "Tampico, que había ordenado sus extravagancias al ritmo de las nóminas salariales de las compañías petroleras, se había convertido en una orgía abierta de parrandas nocturnas, de franco pillaje, de fuertes gravámenes revolucionarios" (11).

También parece ser parte del paisaje el citado Zambo quien, conocedor de las calles y las personas, se vuelve un espía de Tom Guard.

Completan el cuadro los indios. Se habla de los alrededores indígenas de la ciudad (98). Se dice de los indios en forma genérica: son

aquéllos que caminaban por la noche cargando mercancías para venderlas en el mercado (132). O bien se mencionan aquellos “indios descalzos” que fueron estafados por la compañía petrolera para quitarles sus tierras (185).

Los indios no están individualizados, pero se menciona el componente étnico indígena en la descripción de algunos personajes, así el chofer de Bartlett, Juan, es un joven de rostro indígena moreno (82). Y Yarza, que representa “un típico producto de la Revolución” para el narrador, “era el hijo bastardo de un hacendado español con una india” (54).

A su vez, los trabajadores del petróleo aparecen casi siempre en masa, como puede verse en el comentario de la huelga.

CUENTOS DE AMOR, DE LOCURA Y DE MUERTE

Las múltiples historias fundamentan en detalle la propuesta central del narrador: los métodos perversos de las compañías petroleras para alcanzar sus fines.

Un caso representativo es el del joven matrimonio de la “sencilla y bella joven india” Esperanza Flores y el rancharo “medio indio, medio español” Salvador Domínguez. Un relato de amor, trabajo y felicidad hasta que la poderosa Cemoc se empeñó en adquirir la hacienda ganadera de Domínguez, llamada La Cabra. El rancharo se niega a vender o a alquilar, con argumentos similares a los que tendrá el dueño de la hacienda Rosa Blanca en la novela de Traven: “ustedes no entienden. Los mexicanos amamos nuestros hogares y nuestra tierra, con eso tenemos suficiente. No nos interesa acumular dinero. Me horroriza imaginar aquí la conmoción petrolera” (215).

Bartlett y Guard, con la complicidad del general Yarza, mandan a asesinar por la espalda a Salvador en la selva. Sólo los ejecutores materiales son detenidos.

Poco tiempo después, un joven y rubio abogado de la Cemoc, Calhoun Metcalf, empieza a cortejar a Esperanza. Ella se enamora, pues el narrador está convencido de que “el corazón mexicano no puede vivir mucho tiempo sin cariño” (224), y acepta casarse. El sureño

ocultó sus prejuicios racistas para organizar un matrimonio falso, y en cuanto logró que Esperanza cediera legalmente los terrenos de la hacienda a la compañía petrolera, por 99 años, la abandonó.

Otro relato de signo trágico es la vida de la ciudadana estadounidense Mary Grant, residente en Tampico como secretaria de la YMCA. Ella es víctima de dos acontecimientos que la dejan en la miseria: la estafa de su prometido, un español; y la transformación de sus escasos ahorros bancarios en papeles sin valor emitidos por los nuevos gobiernos revolucionarios, “bilimbiques carrancistas”. Mary demanda sin éxito a su novio, desolada, quiere suicidarse pero, ante la provocación del español que se burla de ella paseando con otra mujer, pierde los estribos y le da al tipo un balazo. El hombre no muere, pero ella pasa un tiempo en la cárcel y cuando sale, hambrienta, andrajosa, se dedica a vagar por las calles, se vuelve drogadicta y empieza a perder la razón.

Una historia importante es la de la familia de Mico, que destaca por sus valores morales. La madre de Mico, su hermano José y su hermana Rosa, junto con un amigo de la familia, el honesto abogado Eduardo Servín, aparecen por primera vez en la trama cuando van al funeral de su padre.

José había trabajado como inspector de petróleo, pero a la muerte del padre decide establecer un ranchito en las tierras heredadas. La descripción del breve lapso que vive allí, con su madre y hermana en una casita de adobe, constituye una estampa bucólica: pollos, cerdos, árboles, verduras, frutas, flores. El trabajo era fácil con la ayuda de un empleado indígena, y en las tardes calurosas la familia descansaba en el porche, donde el hermano de Mico tocaba la guitarra y entonaba canciones populares. El narrador comenta que “habían regresado el reloj de Tampico, a los días simples antes del descubrimiento del petróleo” (121).

La felicidad es efímera, pues la familia es despojada de las tierras por la compañía petrolera, gracias al pacto que ésta hizo con Mico. José, apoyado legalmente por don Eduardo, demanda a la empresa, y consiguen la orden de un juez para que los trabajos exploratorios en el terreno se suspendan. Pero la empresa hace uso de la fuerza, gol-

peando incluso al juez, y la familia Zaragoza se ve obligada a vivir en una casa pobre, al lado de los trabajos de perforación. “Mi Dios, no hay justicia”, exclama el joven ranchero; “no cuando el petróleo está involucrado”, responde Servín (125).

José pasa por el sufrimiento de ver la tumba de su madre, muerta por falta de atención médica, invadida por el torrente de mineral. Tiene que ausentarse del lugar, aceptando diversos trabajos y, tiempo después, regresa para sacar el cuerpo del aceitoso féretro y llevarlo al cementerio de Tampico.

Junto con el abogado, José contempla las huellas de la explotación petrolera: la devastación de la zona, las milpas pisoteadas. Después del cambio de sepultura, el abogado comenta: “el petróleo se ha infiltrado en nuestros mismos poros, en nuestras almas, en nuestras mentes” (317).

José empieza a enloquecer, camina bajo el sol ardiente llorando y lamentándose: “madre, te ahogaron en petróleo” (319). Cuando contempla los tanques de la Cemoc, exclama “quemaría esos tanques” (319). Escala las chaparras barreras de piedra que protegían cada tanque y brinca en los charcos de crudo, se embarra las manos y la cara con el betún, riendo histéricamente. Pasa los días deambulando por el puerto, mascullando incoherencias sobre el petróleo.

Sin embargo, José se salva. Rosa y Ted, el sobrino de Bartlett, se enamoran y protagonizan la única historia con final feliz. Son capaces de vencer todos los obstáculos, sobre todo la animadversión que José sentía hacia el gringo. Ted, convencido de que el capital no le ha hecho ningún bien a México, se desliga de su tío. El joven tiene la certeza de que Rosa, además de ser bella, encarnaba la antigua sabiduría indígena. La pareja se casa y, junto con José, dejan Tampico en tren, para dirigirse a México.

Aunque posteriormente ambos logran recuperar una existencia normal, las figuras solitarias de Mary Grant y José Zaragoza, errando por calles y restaurantes, simbolizan el efecto aniquilador de la explotación petrolera sobre los habitantes desposeídos, incluso los norteamericanos.

LA HUELGA

La relación de una huelga obrera muestra las incidencias del vínculo del enclave con la metrópoli.

El capítulo VI se dedica a pormenorizar el desarrollo de una huelga general de los trabajadores del petróleo, ocasionada por las pésimas condiciones laborales y el lamentable nivel de vida que padecían. Además, soportaban la imposición de costumbres feudales en el trato con los jefes, por ejemplo, tenían que quitarse el sombrero para hablar con ellos (78).

Debido a las fuerzas latentes que la Revolución libera y al nacionalismo que despierta, los obreros deciden ir a la huelga con peticiones de:

un diez por ciento de aumento salarial, un médico residente, en lugar de uno que hacía visitas mensuales, un pago de cincuenta pesos por los trabajadores muertos, transporte gratuito a Tampico, salarios parciales para los heridos, mejor comida y unas cuantas cosas menores (79).

Pese a ser peticiones legítimas e incluso modestas, la empresa a la vez que finge negociar, envía a Tom Guard a reprimir a los huelguistas. Por su parte, el gobernante general Yarza, aunque detestaba al violento funcionario petrolero, recibe dinero de los empresarios y envía tropas a las zonas más conflictivas, supuestamente para proteger las propiedades de las compañías, pero en realidad para apoyarlas en el rompimiento de la huelga.

Las empresas estaban aterrorizadas por las amenazas de incendiar el petróleo que flotaba en el Pánuco y, en consecuencia, sus tanques. Los obreros considerados agitadores fueron objeto de golpizas.

En una de las regiones más difíciles, la insalubre, Cacahuamil, entre la selva y los pantanos, a los trabajadores, que habitaban en las miserables cabañas sobre pilotes propiedad de la compañía, primero se les cortó el suministro de agua y después se les expulsó con violencia. Con sus escasas pertenencias, ellos acamparon en un terreno de

arena, donde contaban, como única bebida, con un charco de agua salada y alcalina, y estaban prácticamente sin alimento. “Se morirán de hambre en menos de una semana [predijo Guard] y vendrán a comer de nuestra mano” (80). La tarde siguiente se inició un incendio y no se supo quién lo había ocasionado.

El empresario Bartlett y el cónsul Sadler enviaron mensajes urgentes a Washington. De inmediato dos cruceros armados anclaron cerca de la zona, finalmente los huelguistas izaron una bandera blanca, sus representantes platicaron con Guard y cesaron los incendios.

El movimiento tuvo muestras de simpatía en la capital, el gobierno mexicano protestó ante el estadounidense y los barcos se retiraron. Frente a todas las empresas unidas, los hambrientos y exhaustos trabajadores capitularon, conformándose con el diez por ciento de aumento salarial, un médico residente y la promesa de mejor alimentación (81). Fueron despojados, además, de sus escasas armas.

Los propietarios de armas y los líderes fueron secuestrados por la noche y refundidos en una vieja embarcación, con la amenaza de muerte si volvían a cualquier parte de la zona petrolera. Sus familias serían enviadas a Tampico. En todo el país hubo un escándalo pues, durante unos días, los hombres desaparecieron y corrió el rumor de que se habían ahogado, pero finalmente aparecieron en Veracruz.

Tom Guard ganó la batalla. Controlada Cacahuamil, las demás regiones pronto se apaciguaron. Bartlett, triunfante, aumenta sus expectativas de riqueza y poder; afirma que pronto podrá tutearse con los propios Rockefeller, con toda la Standard Oil (83).⁴

Visto a la distancia el episodio de la huelga, sin duda fundado en algún caso real, la respuesta intransigente de las compañías petroleras, el conflicto entre ambos países, parece haber sido un breve ensayo de los enfrentamientos que, cuatro años después de la publicación de la novela, culminarían en la expropiación del petróleo mexicano.

⁴ La compañía Standard Oil, fundada por el cristiano John D. Rockefeller, llegó a constituir un poderoso monopolio. De acuerdo con Lorenzo Meyer, el presidente Porfirio Díaz, para evitar que las reservas mexicanas pasaran a ser controladas por la Standard Oil, apoyó las inversiones de Doheny (Meyer 2009: 50).

LA ALCACHOFA, EL PAY DE MANZANA
Y LA REPÚBLICA DEL PETRÓLEO

El episodio de la conspiración, planeada por Simon J. Bartlett, para separar de México los estados petroleros y constituirlos en una república autónoma, que luego podría anexarse a los Estados Unidos, también deja ver los nexos del país dependiente latinoamericano con la metrópoli. De esta manera el inversionista y sus colegas no estarían sujetos a las molestas presiones del gobierno mexicano.

Lo que desata la pretensión del empresario es el cambio de gobierno en Tampico. El general Yarza, por pelearse con Carranza, pasa a ser un rebelde y es sustituido por el general Montalván (234). Las ganancias de Bartlett se ven entonces amenazadas por ambos generales.

El fugitivo Yarza amenaza a los petroleros con quemar los pozos si no recibe una fuerte suma de dinero mensual (237). Por su lado Montalván aduce saber de irregularidades por parte de las compañías petroleras tanto en los impuestos de exportación como en los títulos de propiedad, y quita a los inspectores de petróleo pagados por la Cemoc.

El hecho histórico más importante citado en la novela, para enmarcar el cambio de poder local, es el Congreso Constituyente de 1916-1917: “las compañías también estaban alarmadas por los procedimientos del nuevo congreso constituyente de Querétaro, que entonces debatía la nacionalización del subsuelo de todos los depósitos petroleros en el país. Planean confiscar” (238).

Asimismo se evoca la Expedición Punitiva del general norteamericano John J. Pershing (236), acción militar que fue la respuesta norteamericana a la intentona de invasión a Columbus, Nuevo México, por las fuerzas de Francisco Villa en marzo de 1916. Ya desde 1915, el Centauro del Norte había protestado por el reconocimiento norteamericano al gobierno de Carranza, con quien ya estaba enemistado. Menos de una semana después del ataque a la pequeña población estadounidense, Pershing entró en el territorio mexicano al frente de 2 000 hombres que integraban artillería, infantería y caballería. Pese a que luego el número de soldados aumentó a 10 000, la expedición

fue un fracaso, Villa no fue capturado (*Diccionario de la Revolución Mexicana* 2010: 104-108).

Para la estudiosa Sonia Sha, la intervención de Pershing, el primer entrenamiento militar norteamericano en emplear los vehículos mecanizados, se malogró porque el país invadido no estaba preparado para tales avances, el estado de las carreteras produjo averías en los vehículos que fueron quedándose atrás (2008: 42).

La novela cita la expedición, ligándola con el hecho de que entre Carranza y el presidente Wilson existían “amargos resentimientos” (236). Puesto que las acciones de Pershing habían aumentado el nacionalismo mexicano, Bartlett empieza a moverse protegido por pistoleros.

Un especial interés reviste la entrevista entre el empresario y el cónsul norteamericano, Charles Sadler, a quien el primero pide como apoyo que tramite la inmediata intervención norteamericana en México. Sadler le recuerda al Conde de Cavour que en el siglo XIX había laborado en la unificación de Italia, afirmando la estrategia de comerla “hoja por hoja, como una alcachofa” (239). De inmediato, el capitalista, alegando ser un patriota y celoso protector de los intereses norteamericanos, urde su conspiración: el “proyecto alcachofa”, que desprendería de México la región petrolera, protegiendo así el abastecimiento del mineral a los estadounidenses bajo cualquier circunstancia.

La “república petrolera” deseada por Bartlett estaría por supuesto bajo la protección de Washington. Para fundarla se requeriría una especie de “Enmienda Platt”, aquel apéndice que se agregó a la Constitución de Cuba en 1901, bajo presión militar norteamericana, conformando las relaciones entre ambos países a favor de los intereses de los Estados Unidos. Con tal enmienda, “los marinos americanos podrían aterrizar en cualquier momento para proteger la propiedad norteamericana” (240). Un hombre de confianza de Bartlett se pondría al frente de la república petrolera, tal vez Yarza; y, evidentemente, en caso necesario este nuevo país podría anexarse a los Estados Unidos.

El proyecto del petrolero incluye asimismo “agitar los distritos Mayas y unirlos a Centro América” y apoyar como presidente de México a

un antiguo científico del porfiriato. Entonces, dice Bartlett “lo que quede de México puede dejarse que hierva en su propio jugo” (240).

El empresario requiere por supuesto el apoyo del gobierno del Departamento de Estado norteamericano, para conseguirlo cuenta con la ayuda de un viejo amigo de Arizona, Eddie Caddington, a la sazón Senador. Había que conseguir asimismo el apoyo del público estadounidense. El cónsul Sadler se compromete de lleno con el proyecto.

Era un mal momento para el plan de Bartlett. El gobierno mexicano había aumentado los impuestos, las normas y las inspecciones a los petroleros. Éstos se quejan en el departamento de Estado, que a su vez envía reclamos a la oficina mexicana de relaciones. Pero también, por el lado norteamericano, había políticos regidos por “la extraña idea de que la justicia tenía algo que ver con las relaciones extranjeras” (272).

El empresario y su abogado Calhoun Metcalf — por cierto, el que había celebrado un matrimonio falso con la mexicana Esperanza Flores para despojarla de sus tierras — viajan a Washington para cabildear con Eddie Caddington.

Todos piensan que el presidente Wilson estorba sus planes. El senador cita el “Destino Manifiesto”, esa creencia — rastreada por Gastón García Cantú, en su libro canónico sobre las intervenciones norteamericanas en México, desde finales del siglo XVIII — en que los Estados Unidos están destinados a expandir sus fronteras desde las costas del Atlántico hasta el Pacífico. Y recuerda algunos momentos históricos en que los gobiernos de los Estados Unidos han actuado acorde con tal convicción. Así, menciona a Joel R. Poinsett, el político y espía estadounidense que fungió como ministro estadounidense en México en la década de los veinte del siglo XIX. Poinsett trató de convencer a Agustín de Iturbide de que se ajustara la frontera entre México y Norteamérica, y varios estados, entre ellos Texas, fueran vendidos al vecino país. Incluso, cita textualmente a James Gadsden (279), artífice de la Venta de la Mesilla, el territorio mexicano que en 1854 fue comprado por los Estados Unidos a través de un tratado entre el presidente norteamericano

Franklin Pierce y el dictador Antonio López de Santa Anna (García Cantú 1996).⁵

Bartlett ofrece grandes recompensas económicas a Caddington por su apoyo. Le cuenta que ya se está estableciendo en Nueva York una oficina para proteger los intereses de los empresarios petroleros, participarían también los ingleses; y se planea organizar una asociación para salvaguardar la vida y la propiedad norteamericanas en México. Fomentarían el protestantismo y lucharían por abolir el nuevo Artículo 27 constitucional que confisca la tierra y nacionaliza el petróleo. Considera que las radicales leyes del trabajo, así como el desorden y la inestabilidad del país son una amenaza a la libre empresa norteamericana (280).

Puesto que la conspiración requiere un código, en sus comunicaciones acuerdan que México sería “el pay”, y el sector petrolero “el pay de manzana”. Metcalf reitera: “se trata de una empresa patriótica, ya es tiempo de que el público americano se entere de los siniestros acontecimientos en México: robos, asesinatos, todos los crímenes del calendario” (281-282). Habría un comité de propaganda y se asociarían con un periodista de peso en Washington.

Eddie Caddington quedaría a cargo de la reconstrucción legal de la república petrolera. Lo primero que hace es pugnar por que se forme un comité político norteamericano que investigue la corrupción en el gobierno de Carranza. Los periódicos mexicanos denuncian al Comité como un acto vergonzoso y amenazador, que intenta desacreditar al presidente Wilson.

En todo el país, ya tenso por el tironeo entre el gobierno y los empresarios petroleros, aumenta el sentimiento antiamericano. Ca-

⁵ Las palabras de Gadsden insertas en la novela rezan: “No power can prevent in time the whole valley of the Rio Grande from being under the same government. All the sympathies of the Mexican States west of that River must be with the State or States East, and either western Texas must come back to the Mexican Government or the States of Tamaulipas, New Leon Coahula – ‘kind of weak on spelling’ – and Chihuahua will by successive revolutions or purchase become united with Texas” (279-280).

rranza emite su famosa doctrina sobre política exterior mexicana: todas las naciones son iguales ante el derecho y las relaciones entre los países deben regirse por el mutuo respeto a las instituciones y a las leyes.

A las dificultades entre México y los Estados Unidos se agregan los problemas personales de Bartlett: su sobrino se separa de él, el periodista Bud Gropper logra robar pruebas del complot y las vende al gobierno mexicano, Tom Guard lo traiciona, se apodera de propiedades y adquiere poder.

En México, una nueva ley sobre el petróleo no pudo ser aprobada porque los inversionistas enviaron emisarios a la capital para bloquear la aprobación, mediante la violencia y el cohecho.

El escándalo en los Estados Unidos hizo evidente el fracaso del plan alcachofa. El Senado ordenó una investigación de los métodos de las compañías petroleras en México. Cuando esto ocurría, ya había subido al poder Álvaro Obregón.

Bartlett es arrestado en Nueva York y es interrogado por la comisión senatorial sobre su conspiración. Pese a que queda claro que sus intereses no concuerdan con los de su gobierno, finalmente sale libre, pagando una fuerte suma. De cualquier forma, la Cemoc está amenazada y Bartlett es un hombre destruido. Su joven hija muere en un hospital, y el hijo, ante el público adulterio de su esposa, trata de suicidarse. El cónsul Sadler fue enviado a Bangkok. Eddie Caddington fue arrestado por corrupción y el famoso periodista aliado se arrojó de un décimo piso.

Sin embargo, la desgracia de estos explotadores extranjeros no es general. El más inescrupuloso y corrupto de todos los villanos que actúan en la trama, Tom Guard, tiene un final feliz. Rico y poderoso, empieza a ser aceptado por la buena sociedad y, como símbolo de su triunfo, se queda con La Paloma, a la que lleva a navegar en su lujoso yate.

Por otro lado, Simon J. Bartlett es un personaje simbólico, podría ser la encarnación de cualquier empresario petrolero importante; no parece trazado con base en un personaje histórico determinado. Sin embargo, algunos indicios lo identifican con uno de los villanos clásicos.

sicos de la novela petrolera, con Edward L. Doheny. La relación del magnate con México, como uno de los principales inversionistas petroleros, fue explicada en el comentario de *Oil!*, de Upton Sinclair.

Como se vio anteriormente, la novela de Sinclair, protagonizada por un empresario llamado Arnold Ross, se inspira, en términos amplios, en el episodio de corrupción gubernamental conocido como “Teapot Dome Affair”. En el caso de *Black River* pueden rastrearse varios nexos entre Simon J. Bartlett y Doheny, el más significativo es el proyecto de la República petrolera. Al respecto, relata Lorenzo Meyer:

cuando se investigaba el escándalo producido por la venta que hizo Fall a Doheny y otras personas de las reservas navales de combustible en el Teapot Dome en 1924, Charles Hunt, un allegado a Fall, declaró que en 1917 el entonces senador y un grupo de petroleros pretendieron separar de México los estados norteros (Baja California, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas y el norte de Veracruz); sólo así sus intereses estarían seguros. Evidentemente, aún en caso de haber existido, este plan no llegó muy lejos (Meyer 2009: 66, 96-97).

Para Dan La Botz, autor de una documentada biografía de Doheny, *Black River* es una novela cifrada sobre el magnate (1991: XIV).

UTOPIA E IDEOLOGÍA, EL DISCURSO DEL NARRADOR

Como se ha dicho, el desarrollo anecdótico está atravesado por el discurso del narrador, con frecuencia como una entidad independiente, a veces poniendo en boca de un personaje reflexiones similares a las suyas. En el primer capítulo, que presenta el baile en la catedral, la omnisciente voz del narrador ubica la región geográfica de los acontecimientos, explicando su versión del título de la novela, que será confirmada por la trama. Desde el comienzo queda claro que el destino de Tampico está imbricado a su situación, como parte de un país subdesarrollado, en el concierto universal:

Tampico estaba pegado a la orilla de un río negro eternamente cubierto por una fina capa de petróleo viscoso — un puesto de frontera encerrado en una bahía de lagunas de malaria y densas selvas. Dedos de acero habían abierto caminos a través de esa selva, decían los hombres, para promover la civilización. En realidad, para promover la codicia de los lobos que merodeaban las selvas de lo que el hombre se complace en llamar a la civilización, las selvas de la industria moderna, tan salvajes e indomables a su manera peculiar, como este cálido y enredado litoral mexicano [...] Con revolución o sin ella, con selva o sin ella, en vida o muerte, el negro río de petróleo continuaría fluyendo hasta los lejanos confines de la tierra [...] En Europa, otro pozo de odio y avaricia, el barreno de las infantiles esperanzas humanas esgrimido por hombres cínicos que hablaban de Dios y la humanidad, había perforado la delgada capa de la paz en los agitados acontecimientos. La negra y viscosa sangre de la guerra inundaba el mundo (10-11, 168 [cursivas mías]).

El narrador asimismo menciona sitios existentes en Tampico, la Catedral (7), la iglesia La Purísima (66), los hoteles Imperial y Palace (86), la Calle Madero (216), el café Louisiana (110), el salón La Cueva del Tigre (360). Y algunos lugares de la Ciudad de México: el Paseo de la Reforma, el bosque de Chapultepec — el Castillo, los ahuehuetes —, Mixcoac, los hoteles Regis, Princess, Royal, el restaurante San Angel Inn, la Casa de los Azulejos, el teatro Fábregas (262-263).

Respecto a la ubicación precisa del momento histórico, la trama comienza cuando las fuerzas de Venustiano Carranza echan fuera al gobierno huertista local — hacia 1914 —, y hacia el final se menciona el triunfo de Álvaro Obregón — 1920 —. Además de los múltiples indicios explícitos, el narrador llevado de su afán didáctico, reitera las referencias. Así, en un pasaje acerca de la guerra civil, pone una de las pocas notas al pie de página del libro, el texto explica: “La revolución barría México de nuevo, Obregón se había apresurado a bajar a Guerrero para preparar la revuelta contra Carranza”. Y la nota, con el número 1, complementa: “Esta revuelta ocurría en 1920. A lo largo de la novela, los intervalos temporales entre los acontecimientos

políticos han sido comprimidos. Cerca de siete años se condensaron en tres” (430).

Múltiples pasajes reiteran la condición del enclave petrolero con la situación internacional, de acuerdo con la militante conciencia antiimperialista de Beals. Así, por ejemplo, cuando habla del carrancismo, menciona la Primera Guerra Mundial:

No sólo todo México se agitaba con la revuelta, el mundo entero se movía hacia la guerra. Barcos bombarderos de los grandes poderes husmeaban por los más rincones más lejanos de los cinco continentes para atrapar los fragmentos sobrantes del imperio. En esta apuesta imperial, el petróleo era un factor decisivo. México y especialmente el sucio puerto de Tampico estaban estrechamente ligados a los acontecimientos que harían época (40).

El narrador a veces se expresa a través de un personaje privilegiado, el tampiqueño Agustín Servín, abogado culto, incorruptible, amigo de la familia Zaragoza y defensor de las causas justas:

Servín había crecido en la región antes de que se descubriera el petróleo, cuando la vida era simple y bucólica: bailes alegres en haciendas lejanas y ranchos ganaderos; ingenuo vasallaje paternal, junto con graciosas tradiciones aristocráticas. Tampico era entonces un asentamiento pequeño, con casas techadas de paja, al lado del río.

Ahora los tiempos han cambiado. Tampico vive una bonanza. Constantemente hay dragas perforando los canales y los bancos de arena. El petróleo cubre ríos y lagos. Las calles han sido aplanadas y asfaltadas, rellenando los hoyos. La paja cedió el lugar al adobe, a las láminas de hierro, al concreto reforzado. Autos y camiones se apresuraban haciendo anacrónicos los pocos carros de caballos que aún quedaban (127).

Así, por medio de Servín, tanto como en la voz del narrador, Carleton Beals muestra un atisbo de su visión utópica del Tampico incontaminado por la explotación petrolera: un entorno idílico y re-

laciones humanas armoniosas y felices. Ecos del antiguo tópico del buen salvaje, en el pensamiento de las izquierdas del siglo xx.

Entre paréntesis, la imagen del puerto, y en general de la Huasteca como sitios paradisiacos por su naturaleza privilegiada, tiene una larga tradición en la literatura de viajeros e historiadores, como prueba el seguimiento de Myrna I. Santiago en *The Ecology of Oil* (2006). La estudiosa dedica un capítulo a la Huasteca en el siglo xix, antes de la explotación del mineral y discute la oposición entre “paraíso” y “progreso”. Cita un fragmento de un discurso que el ambicioso y poco sentimental petrolero Edward L. Doheny dirigió a sus colegas en 1921, donde expresa su asombro ante la belleza natural de la Huasteca (15).

En el devenir de la trama, Rosa, José, Ted, dos mexicanos y un medio mexicano, caracterizados como personas honestas y coherentes con sus valores, se ven obligados a escapar del puerto como de un sitio maldito. Tampoco parece haber espacio para ellos en la novela, los cuatro son personajes secundarios.

Los que permanecen en Tampico son los mexicanos sin valores, como lo fueron Mico, los gobernantes corruptos y los vencedores sin escrúpulos como Tom Guard. Queda asimismo, como excepción, la presencia solitaria de Agustín Servín, cuyo destino se desconoce.

Hablamos al principio de la ambición totalizadora de Carleton Beals, cita lugares, y eventos históricos en abundancia y con conocimiento de causa, como ya se ha visto. Hace gala asimismo de cultura libresca, su intertextualidad es digna de un estudio específico. En algunos casos, las referencias no embonan con la caracterización de los personajes, por ejemplo, el mercenario y despiadado Tom Guard lee con interés la autobiografía de Benvenuto Cellini (35); o la frívola hija de Bartlett, Nonna, menciona a Schopenhauer (133). En otros casos, las citas concuerdan con el emisor, así, el bondadoso Ted Simpson lee a Bernardino de Sahagún, y evoca un pasaje en que el cronista habla del chapopote (136-137). Lee asimismo a Madame Calderón de la Barca (145), escocesa que pasó 26 meses en nuestro país — desde 1839 — como esposa del primer ministro plenipotenciario de España y escribió un libro ya clásico, *La vida en México*. Por su par-

te, Agustín Servín tiene la formación para leer a Plinio, Platón, Jenofonte y Aristides en sus respectivas lenguas clásicas (128).

Otros personajes son asimismo la vía para que el autor inserte elementos de cultura popular. Así el mendigo El Zambo entona en inglés, acompañándose de su guitarra, estas líneas: “How poor we all are / Without bread to eat / Because our bread is wasted / By the boss in his pleasure!”. La estrofa “Qué pobres estamos todos, / sin un pan para comer; / porque nuestro pan lo gasta, / el patrón en su placer”, corresponde al “Corrido del treinta-treinta”, del poeta proletarizante mexicano Carlos Gutiérrez Cruz (1980: 97). Sin embargo, en la misma página, el menesteroso canturrea dos líneas de otra pieza, transcritas en español “La solterona de Mariquita/ con las bodas se desvela...” (13) – letra que no he encontrado en los cancioneros.

También son asociados con las expresiones populares los hermanos de Mico: Rosa, vestida de “china poblana” – en español, en cursiva –, baila “el Jarabe”; José canta “Los enanos”, entre otras canciones antiguas de la región. Todos beben “atole” y cerveza y comen “tamales” (152).

El carácter excesivo de la novela, en acontecimientos y referencias, fue comentado por las escasas críticas contemporáneas a la aparición de *Black River*. Una reseña de Lynn Carrick, publicada en *The Saturday Review of Literature*, reconoce al autor como una autoridad en la materia, y confirma la sólida base histórica de la narración, pero concluye que ni la trama ni los personajes resultan convincentes. Lamenta la falta de distancia del narrador frente a los hechos narrados y la carencia de un mayor grado de selección de los mismos que parecen estar “apilados” en el desarrollo (Carrick 1934).

Otra reseña del mismo año, en las páginas de *Scribners*, lleva el título de “Cuento salvaje de la república petrolera”, y expresa una opinión un poco más amable. El reseñista coincide con la nota anterior en la calidad de Beals como comentarista de problemas latinoamericanos, pero en su opinión, pese “al hecho de que el autor no tiene ni el menor indicio de talento novelístico”, la narración resulta informativa, honesta y legible. Encuentra que la trama atiborrada de

incidentes, con unos personajes saturados de sabrosos detalles sobre los diversos tipos de explotación humana, financiera, sexual y económica, mantienen la atención del lector y ofrecen un material dramático y colorido, pleno de posibilidades de ser filmado. Es evidente la simpatía del lector, Alvah C. Bessie, también escritor y militante, por Carleton Beals (Bessie 1934).

Mencionamos que Beals disienta profundamente de la visión de México expresada por D. H. Lawrence. También expresa su discrepancia con Joseph Hergesheimer. En un libro publicado en 1931, *Mexican Maze* — traducido el mismo año como *México desconcertante* — el escritor dedica un capítulo al “oro negro”, relatando, a manera de ensayo, parte de lo que después volvería ficción en *Black River*, la historia de Tampico durante la Revolución. Describe así el puerto:

Un pueblo abierto, con uno de las más grandes zonas-roja en el mundo. El dinero no fluía, salía a borbotones. Como el petróleo. En los cabarets vibrantes de jazz, el hombre que ni gastaba al menos mil pesos en una noche, era un roñoso. Y aunque las prostitutas que acudían en manada desde todos los rincones del globo no llevaban puñales en las medias, como Hergesheimer nos había hecho creer en su *Tampico*, más de un americano, cuya muerte ocasionó apoplejía diplomática en Washington, murió a manos de las Dalilas tampiqueñas (Beals 1931: 337-338).

El procedimiento narrativo de pasar sin transición de una escena a otra, dentro de algunos capítulos de *Black River*, fue denominada “caleidoscópica” por Lynn Carrick (1934). En mi opinión, Beals ofrece una de sus claves narrativas cuando afirma respecto de su personaje entrañable, el abogado culto y honesto: “Rivera, que amaba a la gente mayor, se habría deleitado en pintar a Servín” (128).

Carleton Beals, conocedor y amante de la pintura mexicana, cercano en determinadas épocas a Diego Rivera, encontró una fuente de inspiración en los murales revolucionarios para escribir *Black River*. Intentó ofrecer un fresco de los grupos sociales tampiqueños en la dé-

cada de los veinte, y lo hizo a través de una lente cargada de pasión e ideología.⁶ Por cierto, *Mexican Maze* fue ilustrada por Diego Rivera.

⁶ El interés de Carleton Beals en el muralismo está bien documentado. Por citar algunos datos, en 1931 se publica su libro *Mexican Maze (Laberinto mexicano)*, que intenta ofrecer una visión panorámica de la historia y la cultura mexicana desde la etapa prehispánica hasta la Revolución, ilustrado por Diego Rivera. En este libro el capítulo XVII “The noisemakers: *Los estridentistas*” menciona, además del tema central, a los novelistas de la Revolución y al movimiento muralista mexicano y sus principales exponentes (259-281). Por su parte, la investigadora Alicia Azuela de la Cueva relata que, en 1924, la Federación de Estudiantes de México, seguidores de Vasconcelos y enemigos de los lombardistas, se propuso destruir los murales de la Preparatoria e inició su labor raspando algunos fragmentos. Un grupo de intelectuales extranjeros, residentes en México encabezados por Anita Brenner y Carleton Beals publicó una protesta y pidió a las autoridades protección para estas obras (2005: 67).

CUARTA PARTE
“QUEMAR LOS POZOS”. LA SAGA DE LA EXPROPIACIÓN
VISTA POR GREGORIO LÓPEZ Y FUENTES,
EVELYN WAUGH, JOSÉ MANCISIDOR Y
HÉCTOR RAÚL ALMANZA, ENTRE OTROS

Años y años pasaron
el petróleo corría... Sus viejas venas
estallaban en fuego,
el gas iluminaba las serenas
e inquietas selvas.

Años y años pasaron...
Bajo un lóbrego cielo
se efectuaba el pillaje:
cualquiera podía ver cómo crecía
una mancha de sangre en el paisaje.

Pero un buen día, un gran día,
un día que es bondad del patriotismo,
un día joven como este, luminoso,
un día genial de gloria,
se oyó un sordo rumor de cataclismo,
de inminente victoria
y jubiloso
resurgir del abismo.
Un alto día como éste
una mano certera señaló
la verdadera ruta de la Patria:
con orgullo que dio
una impresión de fuego sobrehumano,
el michoacano ilustre incorporó
el oro negro al seno mexicano.

Efraín Huerta

Como se dice en la Introducción, después del movimiento armado de 1910, el proceso de recuperar el control de los yacimientos petrolíferos, conducido por Lázaro Cárdenas y sus mejores colaboradores, y secundado por grandes sectores sociales, para México ha sido el gran episodio épico de nuestra historia, una eclosión de nacionalismo que no se ha vuelto a repetir.

En 1939, justo al año siguiente de la nacionalización del petróleo se publican dos novelas: *Huasteca*, de Gregorio López y Fuentes; y *Resaca*, de César Garizurieta. Con ellas, se inicia una saga sobre el tema, que continúa aún ahora, a inicios del siglo XXI. En este apartado comento las tres novelas de escritores mexicanos que me parecen más representativas, la de López y Fuentes, que tenía alrededor de 43 años en el momento de la Expropiación; la de José Mancisidor, que contaba con un año más, y publica su narración décadas después, en 1955; y la de Héctor Raúl Almanza, publicada el mismo 1955. Almanza tenía 26 años cuando se declaró el rescate.

Asimismo incluyo un texto singular, el supuesto libro de viaje del británico Evelyn Waugh, publicado también en 1939. Waugh, brillante narrador, vino a México en 1938, a escribir por encargo un texto contra la Expropiación cardenista del mineral. La traducción al español de esta invectiva, que presenta sin disimulo alguno la óptica de los países capitalistas, no aparece sino hasta 1996.

La importancia de la nacionalización petrolera concitó el interés de autores pertenecientes a diversas generaciones, que fueron escribiendo textos diversos a los cuales aludo brevemente en la última sección de esta cuarta parte.

GREGORIO LÓPEZ Y FUENTES,
HUASTECA (1939), EL INMENSO
RUMOR FRAGMENTADO¹

Podríamos definir a Gregorio López y Fuentes como revolucionario, periodista y narrador. Nació en 1895, en una familia modesta que habitaba en un rancho perdido, llamado El Mamey, cercano al municipio de Zontecomatlán, en la Huasteca veracruzana. Su padre se dedicaba a la agricultura y al comercio de ganado, además de atender una pequeña tienda.

Estudió en la escolita de Zontecomatlán, luego en la de Chicontepec; más adelante, a los 15 años, se trasladó a la capital del país para estudiar en la Escuela Normal de Maestros.

El mismo año de publicación de su primer poemario — *La siringa de cristal* (1914), de orientación modernista — junto con otros compañeros estudiantes, tuvo que combatir contra los norteamericanos invasores del puerto de Veracruz. Participó posteriormente en la Revolución, en las filas de Venustiano Carranza. Sin embargo, cuando se produce la ruptura entre Carranza y Francisco Villa vuelve a la Ciudad de México para dedicarse fundamentalmente al periodismo y la literatura. Para él, ambas prácticas estuvieron siempre inextricablemente vinculadas.

En 1921 — algunos afirman que en 1924 —, empezó a escribir para *El Universal*, con frecuencia bajo un seudónimo. En 1922 publicó su segunda y última colección de poemas, *Claros de selva* y, ese mismo año, su primera novela *El vagabundo*, que apareció por entregas, en *El Universal Ilustrado*. En 1937 fue director del diario *El Universal gráfico*, experiencia que — como veremos — tiene mucho que

¹ Una primera versión de este texto apareció en la revista *Literatura Mexicana* (Negrín 1999).

ver con la escritura de *Huasteca*. Diez años después, dirigió el propio Gran Diario de México.

No es extraño que los temas de sus obras se vinculen con distintos aspectos del movimiento revolucionario en el cual había militado. López y Fuentes pertenece a la segunda generación de escritores de la Revolución mexicana. Antonio Castro Leal (1962), en su recopilación canónica, publicada a finales de los cincuenta, incluye tres novelas del escritor huasteco: *Campamento* (1931), *Tierra, la revolución agraria en México* (1932) y *¡Mi general!* (1934).

El escritor veracruzano se define por el realismo social, la tendencia más generalizada entre los escritores de la Revolución y, sin duda, la opción más idónea para un hombre comprometido con la sociedad, para un periodista profesional, preocupado por el testimonio. Así, toma sus materiales de la historia mexicana del siglo xx. Recrea la lucha armada que se inicia en 1910, noveliza el problema agrario, describe, con inquietud antropológica, la vida de los indios mexicanos; se refiere a la problemática petrolera y su relación con el nacionalismo; se preocupa, como tantos otros escritores, por la corrupción de la clase dominante que emerge con el movimiento revolucionario.

Narrador prolífico, entre sus principales novelas se cuentan *Campamento* (1931), *Tierra, la revolución agraria en México* (1932), *¡Mi General!* (1934), *El indio* (1935), *Huasteca* (1939), *Acomodaticio. Novela de un político de convicciones* (1943), *Los peregrinos inmóviles* (1944). Cuenta también con un volumen de relatos, *Cuentos campesinos de México* (1940) (*DEM*). Narrador desigual, ha recibido grandes elogios y acerbos críticas. Recuerdo algunas de sus obras anteriores a *Huasteca*, reconocidas por la crítica como sus mejores narraciones, para ubicar la novela petrolera.

Campamento ofrece, en la tradición de Mariano Azuela, escenas de una tropa de guerrilleros acampando una noche, en una etapa de intensa lucha. Como solía ocurrir, los hombres habían devenido soldados forzados por distintas circunstancias. En opinión de John Brushwood (1987), ésta fue la mejor novela publicada en 1931, y en ella López y Fuentes deja ver una de sus principales aportaciones: el protagonista colectivo (357-358). Los individuos, sin profundización

sicológica, carecen incluso de nombre. El protagonista colectivo actuará en las futuras novelas del autor, de ahí que la crítica hable, a propósito de distintas obras, de un “héroe masa”, de una “narración coral”, o de una “narrativa de la masa” (Rodríguez Chicharro 1955: 175; Bustos 2000; Navascués 2011: 200-203).

Una de sus obras más analizadas es *Tierra, la revolución agraria en México*. Es una de las pocas novelas donde los revolucionarios saben lo que quieren: tierra. Es asimismo excepcional, pues se inspira en guerrilleros zapatistas. En la trama, Emiliano Zapata — mucho menos novelado que Francisco Villa — aparece como un ideal, como una leyenda, si bien el protagonista de la acción es colectivo, como en las narraciones anteriores del autor. *Tierra...* es considerada una de las novelas emblemáticas del zapatismo (Paúl Arranz 1989).

Para algunos estudiosos, el interés central de la obra de López y Fuentes radica en su deseo de entender el universo indígena. *El indio*, la primera novela en obtener el Premio Nacional de Literatura, otorgado por la Secretaría de Educación Pública, expone los problemas de los pobladores originarios. La temática indígena también es retomada por autores como Mauricio Magdaleno. La preocupación del militante veracruzano por los indígenas coincide con la actitud estatal, sobre todo en el gobierno de Lázaro Cárdenas, donde la reivindicación de los indios es parte del nacionalismo (Fernández 1988). Por supuesto, la visión indigenista de López y Fuentes no está exenta de contradicciones.

El escritor falleció a finales de 1966. Ahora, en memoria suya, la región huasteca donde nació se llama Zontecomatlán de López y Fuentes.

“EL POZO AGOTADO”

Antes de *Huasteca*, López y Fuentes ya había mostrado interés en escribir sobre el oro negro. En junio de 1938, para el primer número de la revista *Ruta* (cuarta época), el escritor colaboró con un relato sobre el tema, “El pozo agotado” (López y Fuentes 1982).

Ruta se había iniciado como órgano de expresión del grupo de intelectuales llamado “Noviembre”, en el estado de Veracruz. Su cuarta época, bajo la dirección del izquierdista José Mancisidor, y ya

con carácter nacional, se inicia en 1938, poco después de que el presidente Lázaro Cárdenas hiciera pública su intención de expropiar los bienes de las compañías petroleras. La revista continúa apareciendo a lo largo de 1939.

En la misma entrega de *Ruta* aparece un fragmento de *La Rosa Blanca* — que había aparecido en alemán en 1929 — traducido por Pedro Geoffroy Rivas y Erwin Friederberg, como comentamos al hablar de Traven.

“El pozo agotado” también había sido escrito varios años antes de su publicación, lleva la fecha de 1932 y contiene, en germen, algunas de las características centrales de *Huasteca*.

El breve relato, a cargo de un narrador omnisciente, consta de tres secciones, encabezadas por un número romano. En la primera se presenta a un rancharo huasteco llamado Chente, dedicado a las labores del campo: a cuidar sus vacas, atender su milpa, tejer sombreros de palma. Su vida equilibra el trabajo intenso con “placeres” sencillos: ir a las fiestas, a los huapangos, conversar con los arrieros.

La segunda parte informa que el rancharo se entera de que un tío suyo iba a vender unos terrenos en Cerro Azul a los norteamericanos, terrenos en los que Chente tenía alguna participación. Su primera reacción es la del hombre del campo: asombrarse de que alguien compre unas tierras que no sirven para criar ganado. Recuerda que “en tiempo de sequía iban las reses a esos lugares en busca de agua, y se quedaban atascadas, como las moscas en la miel, en las chapopoterías” (29).

Cuando comprende el valor del petróleo, se enemista con el tío y decide vender él también. Después se dedica a derrochar el dinero, “cuando Zacamixtle se convirtió en el Monte-Carlo de la Huasteca” — aclara el narrador — (29). Más adelante, la esposa del rancharo inicia un litigio contra él, exigiendo la participación en las ganancias para ella y sus hijos.

El tercer apartado es casi una viñeta: presenta al protagonista años después, pasado el auge petrolero, viviendo “arrimado a la sombra de un pariente” y enfermo, con una tos que “sonaba a caverna”. Un amigo, al escuchar esa tos, compara a Chente con los yacimientos explotados y vacíos (vaciados), explicando — innecesariamente — el

título del relato: "eres como esos grandes socavones que han dejado los gringos en los pozos agotados: sólo el cascarón, la costra" (29).

La concepción del petróleo como un elemento que corroe la moral y acaba con la vida primitiva pero satisfactoria de los campesinos, conduciéndolos a infelices desenlaces, va a ser retomada en la novela. La idea de que la riqueza petrolera divide a las familias y ofrece compensaciones efímeras se reitera también en la narración novelesca. La equiparación entre el hombre y la tierra se encuentra también en *Huasteca*. En "El pozo agotado" no se menciona la posibilidad de la expropiación del mineral.

HUASTECA, LA NOVELA MEXICANA

El título de la novela, *Huasteca*, se refiere a la región geográfica mexicana que abarca varios estados de la República, entre ellos parte de Veracruz y Tamaulipas, donde se localizaron importantes mantos petrolíferos. El subtítulo de "novela mexicana" reitera la posición ideológica del autor, coincidente con el proyecto nacionalista del gobierno de Cárdenas.

La narración consta de 40 capítulos encabezados por un número romano cada uno. Los nones llevan, además, un título alusivo al contenido, por ejemplo, I "Un anuncio luminoso", III "Bajo un cielo de paz", V "Los nuevos ricos", XXXIX "La sombra del abuelo", etc. Por su parte, los capítulos pares carecen de denominación o subtítulo.²

El relato es asumido por dos narradores, un personaje en primera persona y un narrador omnisciente, en tercera.

El que abre la novela en primera persona es un personaje testigo. De él no se sabe casi nada, ni el nombre, salvo que era joven al inicio de la historia y amigo de la familia protagónica. Desde su visión limitada relata la trayectoria de esta familia, en cuya finca, situada en una zona de la Huasteca, presumiblemente en el estado de Tamaulipas, se descubre la existencia de petróleo.

² En las citas del texto sólo se menciona el número de página correspondiente a la primera edición de la novela (López y Fuentes 1939).

El capítulo inicial establece un presente narrativo desde el que el narrador testigo cuenta su estancia en el rancho del padre de su amigo Guillermo y de la hermana de éste, Micaela. Más adelante, en una cronología progresiva con interrupciones, describe el itinerario vital de los hermanos, su apogeo y decadencia, siempre vinculados a los problemas de la tierra y el petróleo, y en el marco explícito de la historia nacional.

El presente de la anécdota se sitúa a principios de siglo, en el régimen porfirista; el discurrir temporal pasa por la Revolución de 1910 y llega al gobierno de Lázaro Cárdenas, hasta 1938, año de la Expropiación petrolera. En la intención de trazar un paralelo entre la genealogía de los hermanos protagonistas y la del país, se alude asimismo, sin que este plano entre a formar parte de la trama, a la independencia nacional, a la cual habría contribuido el bisabuelo de los hermanos. Así, desde el primer capítulo, se introducen temas que refuerzan el nacionalismo, como el movimiento independentista.

En términos generales, la tendencia es que el narrador testigo se haga cargo de los capítulos noes, los cuales tienen subtítulos y en los cuales se desarrolla la historia de los hermanos — la que parece ocupar un lugar subordinado, pues aparece sólo en 16 de los 40 capítulos —.³ Sin embargo, este narrador testigo a veces participa en capítulos pares, incluyendo el número 40, que cierra el texto, donde la narración oscila entre ambos narradores.

La mayor parte de las intervenciones del narrador omnisciente, a su vez, se sitúan en los capítulos pares. Se establece una relativa vinculación entre los capítulos carentes de título y una serie de anécdotas desligadas de la historia central, a veces a cargo del propio narrador distante, a veces relatadas por voces anónimas.

La correspondencia entre narradores y tipos de capítulos no es consecuente a lo largo del texto, pero esto carece de importancia, pues el narrador testigo y el omnisciente expresan ideas similares a través de idénticos discursos.

³ El narrador testigo asume el relato 18 veces, 12 de ellas pertenecen a los capítulos noes; las restantes 5 están en capítulos pares.

Huasteca adolece de fallas literarias que han sido señaladas por varios estudiosos. El argumento discurre deshilvanado, la concatenación entre las situaciones no se produce con naturalidad, no se consigue el efecto de verosimilitud. Los personajes son planos y están mal contruidos, son simbólicos; parecen ser meros pretextos para que el autor expone sus opiniones sobre la historia y el presente de México, el petróleo, la intervención extranjera (Menton 1949: 69; Rapp 1957: 66-67).

LA MIRADA

Al principio y al final de la novela, los personajes contemplan un espectáculo, la acción de mirar adquiere un carácter generador.

En el primer capítulo, "Un anuncio luminoso", el narrador testigo presenta una tertulia en la finca del padre de los hermanos protagonistas. Allí, reunidos al aire libre, los amigos contemplan, a distancia, el incendio de un pozo petrolero, llamado Dos Bocas, que ya había durado varios meses. El narrador lo describe como "aquel abanico luminoso que, por el lado del oriente, era un ocaso absurdo" (7), o bien "parecía una absurda puesta de sol" (19). Las voces de los personajes instruyen sobre el acontecimiento, que van dejando de sentir como un espectáculo lejano, y cuya incidencia en la vida de la región empiezan a apreciar. El fuego incontrolado implicaba un despilfarro de aceite, como de vidas de los obreros que habían muerto en el intento de sofocarlo; la hoguera creciente contribuía, en gran medida, a destruir el entorno natural.

Pero la compañía británica que explotaba el pozo no tenía prisa en apagarlo, pues le convenía que se hiciera evidente la riqueza mineral del terreno, para así poder vender muchas acciones. Inclusive se habló de que tal vez los mismos empleados de la empresa hubieran encendido a propósito la lumbre. Las voces comentan diversos problemas conectados con la presencia del petróleo en la zona, temas que serán retomados y ejemplificados luego en el desarrollo de la trama. Así por ejemplo, un personaje enumera "las consecuencias de los trabajos petroleros: carestías, crímenes, operaciones" (11); y otro menciona el paludismo, la disentería, la insolación (13).

En el capítulo que cierra la novela, el narrador personaje testigo contempla por una ventana una manifestación: “Una multitud desfila por la calle, muy abajo, conduciendo estandartes y cartelones. Era una gran manifestación. En un cartel se leía: LA EXPROPIACIÓN DEL PETRÓLEO ES LA INDEPENDENCIA ECONÓMICA DEL PAÍS” (323).

En ambos casos, se asocia el espectáculo con la cinematografía. En el capítulo segundo el narrador omnisciente reflexiona sobre el incendio:

Siguiendo una secuencia en la filmación de una película, lo indicado hubiera sido acercar la cámara y luego, como el panorama era tan grande, tomar los diversos aspectos, insistiendo mucho en el centro de aquel torbellino negro que irrumpía en grandes borbotones de humo, dorados en sus bases por el fuego (23).

Al final, el narrador personaje se fija en un obrero que “peroraba a la multitud”, el hombre le parece “una figura del cine mudo” (323) porque no alcanza a escuchar lo que dice, aunque puede fácilmente adivinarlo:

[al obrero] por los ademanes [...] podía ponérsele este sonido: — ¡Compañeros, hagamos de cuenta que estamos junto a una válvula petrolera, pero en esta vez conectada a dos oleoductos: uno que lleva al extranjero, y otro, que puede conducirlo a nuestros depósitos! ¡Compañeros...!

Sus siguientes palabras se hicieron astillas mucho más pequeñas, contra la distancia (323-324).

Los pasajes son significativos: a través de ambos narradores, el escritor deja ver su papel como espectador, como testigo de los acontecimientos. Por supuesto, al mismo tiempo, declara sus intenciones de narrar aproximándose al lenguaje fílmico: acercar la cámara, detenerla en distintos pasajes, en apariencia inconexos, vincularlos a través de su convergencia en un centro, el petróleo.

Los dos momentos están enlazados tanto por la mirada como por el sustrato en el que se sustenta la novela, la ideología nacionalista. Antes de la Expropiación petrolera, los mexicanos contemplaban pasivamente la destrucción de los hombres y la naturaleza de su país en beneficio de los intereses de las compañías extranjeras. Después del acto nacionalizador, los personajes pueden ver a sus compatriotas actuando como colectividad, marchando. Para el autor la lectura de los hechos es unívoca, como sugiere el hecho de que el narrador testigo adivine las palabras del obrero; sólo puede concebirse la Expropiación petrolera en forma positiva.

LAS VOCES

En la historia relatada por la voz del narrador personaje, Guillermo y Micaela son destruidos por el petróleo hallado en su hacienda. Viven primero una etapa de feliz exaltación, por la riqueza producida al rentar sus tierras a las compañías petroleras extranjeras; en este lapso se deshumanizan, desprecian a su patria e incluso se enemistan entre sí. Posteriormente el mineral se agota y ambos hermanos caen en la miseria. Guillermo vende su heredad a un antiguo caporal, lamenta no haberse dedicado a la agricultura y se siente una víctima del destino. Observa: "Mira hasta dónde nos echó ese remolino del petróleo: un viento fuerte que nos alzó muy alto, nos llevó, nos trajo [...] ¿Sabes que se me figura? Una de esas crecientes que arrastran con casas, montes y animales..." (297).

Es evidente en las palabras de Guillermo una resonancia de las de Demetrio Macías en *Los de abajo*, cuando arroja una piedra por el desfiladero y explica a su esposa: "— Mira esa piedra como ya no se para..." (Azuela 1988: 138). Para los personajes de Azuela, nada pueden hacer los individuos contra la poderosa fuerza constituida por la Revolución; para los de López y Fuentes, el proceso industrializador del petróleo es igualmente inexorable.

Los dos narradores, en determinados pasajes, ceden la palabra a otros personajes. En la tertulia descrita al principio de la novela, el narrador testigo permite escuchar los comentarios de los reunidos,

cuando contemplan el fuego lejano. Cada hablante, a su vez, se hace eco de los rumores comunitarios:

– Dicen que ya se acabó el Batallón de Zapadores y no pudo apagar el incendio...

– Dicen que a cinco leguas de Dos Bocas no ha quedado ni pasto, el agua no se puede beber y las reses mueren de ranilla.

– Dicen que no es verdad que dos ingenieros de las compañías se emborracharan una noche para celebrar que ya estaba brotando gas y que, imprudentemente, al encender un cigarro, provocaran el incendio... [...] Contaban que un tal Fabián [...]. Y se dijo que, antes, todo era barato (10, 12-13).

No hay una estructura de diálogo, sino fragmentos más o menos aislados de conversación. El narrador omnisciente lleva a una última instancia la inserción de otras voces, con frecuencia intercala sus reflexiones con los testimonios de otras personas que permiten apreciar los rumores y chismes de la región. A través de este recurso, hace una crítica del sistema político. Por ejemplo, transcribe, con implícita ironía, fragmentos de los discursos usuales en las épocas de “renovación de poderes”, elección de presidente, gobernadores o legisladores. Queda clara la similitud expresiva de los distintos hablantes:

– Yo estoy dispuesto a sacrificarme por el pueblo.

ooo

Sólo aceptaré si, después de auscultar el sentir de mis conciudadanos, la inmensa mayoría de ellos me llama al poder [...]

– No deseamos apoyar a un hombre sino a un programa avanzado: nuestro partido apoyará a quien responda a los principios de la Revolución [...]

– Ya es tiempo de que un civil tome el timón de la nave.

ooo

– Nuestro triunfo es indiscutible: las masas sufragaron espontáneamente y en forma aplastante por nuestro candidato (287-289).

Cuando las opiniones de los miembros de la clase política se integran con las de otros sectores, incluso un personaje identificado como “el pueblo”, sí se muestran las divergencias. Así, a propósito de la Expropiación petrolera:

Un viejo decía:

— ¡En tiempos de don Porfirio se respetaba la propiedad: esto es una afrenta para México!

ooo

El pueblo:

— ¡Es el segundo grito de Independencia, la verdadera, la económica!

ooo

Un político:

— ¡Yo respaldo la política del señor presidente! [...]

Un diplomático:

— Por hoy no tengo nada que declarar...

Un norteamericano:

— México, país de ladrones (305-307).

Tanto la similitud de los discursos demagógicos de los gobernantes como las oraciones aisladas que dejan atisbar el sentir colectivo recuerda la integración de voces presentada por Xavier Icaza en *Panchito Chapopote*, donde aparece también una voz procedente de “el pueblo”.

En *Huasteca*, con frecuencia las voces van más allá del comentario parcial y relatan anécdotas completas. Se genera entonces una proliferación de historias dentro de historias, de escenas sueltas, de viñetas. Las historias reiteran, complementan, enmarcan, comparan y generalizan lo que acontece en la de Guillermo y Micaela. Se acumulan así relatos de los curiosos métodos empleados para descubrir la existencia del hidrocarburo; de las leyendas vinculadas al oro negro; de los secuestros y homicidios cometidos por representantes de las compañías petroleras contra aquéllos que se negaban a vender sus terrenos; de los matrimonios mediante los cuales voraces extran-

jeros despojaban de sus propiedades a ingenuas propietarias; de los campamentos cuya actividad febril y bonanza económica atraían el alcohol, la prostitución y los juegos de azar; de la corrupción administrativa engendrada por las compañías y propiciada por el gobierno. La multiplicación de sucesos es equiparable a la que ofrece Carleton Beals en *Black River* (1934). No sé si López y Fuentes tuvo acceso a esta novela, pero sin duda ambos autores registran casos inspirados en la misma realidad histórica.

El denominador común en las historias de *Huasteca* es el petróleo pintado como una fuerza del mal, que contamina a casi todos quienes se aproximan a él. Por ello, un personaje, tras una enumeración de casos en que el mineral fue causa de desdichas, exclama: “Todo es obra del Diablo” (66).

Entreveradas con el inventario de tragedias, se cuentan unas pocas anécdotas más o menos divertidas. Por ejemplo, la del propietario que vació latas de aceite en su tierra para engañar a los compradores y, al ser descubierto, dijo: “mi terreno es tan rico que arroja petróleo ya envasado!” (109). O la del elevadorista que entre un piso y otro vendió su propiedad, se convirtió en millonario y salió del ascensor para siempre (128).

EL PETRÓLEO MANCHA LA ARMONÍA BUCÓLICA

En *Huasteca*, como en “El pozo agotado”, se bosqueja la vida de los campesinos de la comarca como dichosa, aunque humilde. Los hombres trabajan en armonía con la naturaleza y disfrutan de sus sencillas diversiones. En la novela, la paz idílica del campo había durado hasta pocos años antes del momento en que se inicia la acción. Pero al comenzar la historia de los hermanos, en un presente ubicado históricamente alrededor de la primera década del siglo, la serenidad ya había empezado a desmoronarse. El narrador personaje, en el primer capítulo de la novela, reflexiona:

Qué vida más tranquila y bella esa que recordaban las gentes mayores: en la casucha a la orilla del camino, donde el viajero se detenía a

pedir un vaso con agua, lo más común era hallarse con el huasteco de pantalón y descalzo, tejiendo sombreros de palma [...] Por las tardes cantaban sus párvulos coros los pericos. En el lavadero cantaba la mujer, y los niños jugaban en el patio y a la orilla del monte roncaban los cerdos gordos y buscaban gusanillos las gallinas. Más adelante, en otra casucha, el hombre hacía tasajo o salaba la cecina que después ponía al sol, en un tendadero, a secar. El hombre trabajaba tranquilo, fumando su tabaco, y sólo por mera curiosidad le preocupaban los caminantes [...] Las hijas cuajaban la leche para hacer el queso de grano o de correa. [...] Antes los caminantes cantaban y silbaban sones de la región, por los caminos reales, mientras que después todo el afán era puesto en no hacerse sentir, por las veredas, ni hacer saber siquiera qué dirección se llevaría, pues ya se contaban muchos casos de emboscadas, especialmente por aquel rumbo donde había codicia por las tierras petroleras (13-15).

En el mismo capítulo, en la velada de los finqueros, uno de los visitantes relata una anécdota significativa: una vaca había muerto ahogada al meterse en una chapopotera, a la que el hablante califica de “lodazal cochino” (15), “escupitajo negro” (16), “charca empeñada en retener una presa más” (17).

Como vimos, en “El pozo agotado”, se mencionan casos como éste. En *Huasteca*, el episodio adquiere un contenido ostentosamente simbólico: el charco de chapopote puede tragarse, como a la res, al país entero.

Reitero que la visión del mineral industrializado como fuerza destructiva es constante y absoluta en la historia. Cuando el narrador personaje, después de un tiempo sin ver a Guillermo y Micaela, los reencontra transformados en nuevos ricos, peleados entre sí y adornando sus pláticas con palabras en inglés, evoca los tiempos de la hacienda: “la finca con sus framboyanes, las noches de completa paz [...] Todo ido, enajenado. En vez de aquella tranquilidad, de aquel apego a la tierra, la discordia, los litigios, los crímenes, las ambiciones. ¡Petróleo!” (165).

Una vez que la fiebre del oro negro se ha apoderado de la región, la existencia tranquila y feliz resulta imposible. El capítulo XXIV presenta un pueblo de pescadores que se negaban a emplearse en los

campamentos petroleros, pues deseaban sentirse — decían — “libres como los pelicanos, las gaviotas y las golondrinas del mar” (203). Pero el narrador omnisciente hace ver lo ilusos que eran estos hombres, pues “no pensaban en esas largas temporadas de los ciclones cuando, después de una semana de no poder pescar, por la falta de previsión, en el poblacho de la barra comienza a faltar todo” (203).

Como a Guillermo y Micaela, el descubrimiento del hidrocarburo afecta la moral de los campesinos alejándolos de la tierra y separándolos. La necesidad de llevar a cabo diversas operaciones administrativas y legales para posibilitar la extracción del mineral sienta las bases de la corrupción: “la explotación del petróleo llevó a la comarca lo que fue origen de grandes y repentinas fortunas: el trámite, el requisito legal, el testigo de oficio, el embaucador, la transacción” (77).

A la novela subyace una inquietud fundamental, la indagación sobre el presente y el futuro de la patria. El autor desarrolla una oposición maniquea: la tierra propia y las labores agrícolas, símbolo de la patria, contra la tierra que se alquila, se vende o se pierde para que los extranjeros extraigan las riquezas del subsuelo. En *Tierra, la revolución agraria en México* (1932), ya el autor había dado una importancia fundamental a la posesión territorial, bandera del movimiento revolucionario.

Según el narrador omnisciente de *Huasteca*, no hay mejor destino para la nación que dedicarse a la agricultura y la ganadería. Así, Apolonio el caporal, un ex empleado de Guillermo, que acaba comprándole al joven sus tierras, es descrito como: “un hombre que podía haber sido tomado para modelo de quien quisiera simbolizar el campo, el trabajo rudo, la confianza en sí mismo, México” (222).

PERIODISMO Y NOVELA

En el capítulo denominado “La guerra moderna se hace con petróleo”, se describe a un trabajador en un campamento petrolero leyendo en un diario noticias de la Primera Guerra Mundial:

Junto a una de las casas de campaña arrimada al amparo de un papayo, un trabajador, a la luz de una vela y rodeado de numerosos com-

pañeros, leía la hoja de un periódico, papel con que el tendero del pueblo había envuelto un kilogramo de azúcar. El periódico tenía fecha del mes anterior, pero en aquel aislamiento las noticias resultaban frescas y sumamente interesantes.

De lo que se había leído, los trabajadores sacaban por consecuencia que las guerras ya no eran como antes [...] la nueva contienda necesitaba petróleo, por sobre todas las cosas (207-208).

El periódico, pese a su atraso y a su función como envoltura de comestibles, cumple su función informativa: permite a los obreros, habitantes de un aislado campamento, comprender el significado de su labor en el panorama político mundial. Fuera de esta anécdota, apenas se menciona al periodismo en *Huasteca*. Sin embargo, la escritura literaria de la novela lleva la huella de la escritura periodística del autor, ambas prácticas están enlazadas por su vocación testimonial.

Gregorio López y Fuentes fue un periodista profesional. Durante algunos años, entre ellos 1938, fungió como director de *El Universal Gráfico*, rotativo un tanto sensacionalista, con muchas fotos y espacio privilegiado para las noticias de nota roja, chismes artísticos, notas de sociales y consejos para la vida cotidiana. Entre este material se entreveraban algunas noticias políticas y artículos de análisis.

Hacia mediados de la década de los veinte el escritor publicaba con regularidad, en el mismo periódico, un relato sobre acontecimientos cotidianos al que llamaba "novela": "La novela de la vida diaria". Esta columna, que apareció por cerca de cinco años, atrajo la atención de los lectores, interesados en el relato de un crimen, un accidente, una anécdota política, una simple acta de comisaría (Magaña Esquivel 1965).

Hacia mediados de los treinta al igual que hacen los narradores en *Huasteca*, López y Fuentes había cedido la palabra a los lectores: a diario se publicaba un relato de un autor no profesional, denominado también "novela". En los meses inmediatos a la nacionalización petrolera, el periódico abrió una sección llamando a sus lectores a colaborar con ideas para pagar la enorme deuda nacional, y ciertamente hubo respuestas.

Durante la tensa etapa de la Expropiación, el diario dio a este proceso una atención preferente, y publicó editoriales y artículos de fondo apoyando la decisión presidencial.

De la nota roja de *El Universal Gráfico* proceden muchos de los episodios que conforman el discurso de las voces anónimas en *Huasteca*: crímenes, secuestros, despojos y familias destruidas a causa de la voracidad suscitada por la explotación del mineral. Por citar un ejemplo, con fecha del 4 de abril de 1938 aparece un artículo, firmado por L. F. Bustamante, titulado “El petróleo, inspirador de crímenes en los ricos campos veracruzanos”.

La mayor parte de los estudiosos de la novela juzga negativa la influencia periodística. Uno de los primeros comentaristas de *Huasteca*, Manuel Pedro González (1939), afirma “a ratos el lector cree estar leyendo el editorial de algún diario mexicano”; y que las reflexiones y anécdotas ajenas a la historia central son similares al “material de relleno” de algún periódico (332). John Brushwood (1987) piensa que la narración petrolera es un ejemplo de cómo puede hundirse una novela cuando la inspira una intención propagandística (376). Luis Mario Schneider (1997) sostiene que a López y Fuentes, tal vez el excesivo conocimiento, lo cegó para la síntesis, la selección del material, y la estructura narrativa. Más que una “una obra mala”, es “una obra diluida por lo sobrecargada” (29).

LA UTOPIA CARDENISTA Y EL INMENSO RUMOR FRAGMENTADO

Huasteca es un ejemplo de las ficciones que enriquecen su significación al ser enmarcadas en el momento histórico en que se escribieron. En términos generales, el argumento se sitúa en esa etapa entre 1911 y 1922 en la cual la industria petrolera mundial disfrutó de precios altos y demanda en constante ascenso, situación estrechamente ligada a la Primera Guerra Mundial. Inclusive la descripción del incendio que abre la novela parece estar inspirada en un episodio histórico. El pozo Dos Bocas, propiedad del británico Weetman D. Pearson, fue destruido por el fuego en el momento mismo en que brotó, en 1908 (Meyer/ Morales 1990: 21, 33).

Por supuesto la sensibilidad plástica del autor, muy interesado en el lenguaje cinematográfico, le permite plasmar vívidamente esta escena. Habría que recordar que el incendio del Dos Bocas fue mostrado en uno de los primeros documentales mexicanos, informa Aurelio de los Reyes sin entrar en detalles (1988: 38). Tal vez López y Fuentes había visto esta cinta. Por su parte, él mismo había elaborado el guion de la película silente *El Coloso de Mármol*, dirigida en 1928 por Manuel R. Ojeda (Recillas 2009).

La génesis de la novela tiene que ver con la práctica política del presidente Lázaro Cárdenas, en apoyo a las reivindicaciones de obreros y campesinos; así como con su discurso nacionalista. En el mensaje radiofónico en el que comunicó a los ciudadanos su decisión de nacionalizar el hidrocarburo, Cárdenas insistió en la necesidad de salvaguardar las riquezas y la soberanía de la nación. Aludió a los bajos salarios de los trabajadores del petróleo, en comparación con las desmedidas ganancias de las compañías extranjeras, las cuales gozaban de una casi absoluta exención de impuestos. Explicó las condiciones de inseguridad física y laboral de los obreros, así como la insalubridad e ignorancia en las que se les mantenía. Hizo una historia del conflicto que culminó con la Expropiación: las luchas entre los obreros que pedían mejores condiciones de trabajo y los administradores de las empresas que se negaban a negociar. Detalló la falta de respeto que las compañías demostraron por las instancias legales del país. Se refirió asimismo a la intervención de las empresas en la política nacional (Benítez 1980: 139-145).

López y Fuentes, en esta novela, suscribe las propuestas del mandatario. Las distintas anécdotas que conforman la trama parecen escritas para ilustrar los pasajes del discurso presidencial relativos a las condiciones de vida de los obreros y las luchas laborales. La escena de la manifestación, situada al cierre de la novela, recrea los actos masivos que revelaban la coincidencia de propósitos de los mexicanos con su gobierno, hacia la época de la nacionalización.

Además de las mencionadas críticas a *Huasteca*, desde el punto de vista literario, tal vez sea más grave la contradictoria propuesta de nación del autor. López y Fuentes apoya explícitamente y sin restricciones el proyecto gubernamental cardenista que intenta preparar al

país para entrar en una etapa de industrialización, pero a la vez idealiza la fase agrícola y considera la posesión de la tierra como símbolo de la patria. Su idealización del trabajo agrario ha sido criticada por el escritor José Revueltas, quien califica el amor de López y Fuentes por el pueblo de “lacrimante” (1967: 43). Pese a sus contradicciones, es interesante esta primera novela de la Expropiación que refiere la utopía nacional cardenista en su episodio más intenso.

Desde mi perspectiva, la proximidad de *Huasteca* con el periodismo, que se relaciona tanto con su carácter deshilvanado, como con la multiplicidad de temas abordados, fue beneficiosa para la narración. La novela ofrece un valioso testimonio de formas de hablar, de temas, de puntos de vista del momento histórico, abordados desde el terreno de la vida cotidiana. Las voces insertadas dan concreción a lo que la sociocrítica llama el discurso social: el inmenso rumor fragmentado en una circunstancia histórica (Robin/Angenot 1985: 53). En *Huasteca*, el rumor fragmentado corresponde a diversos personajes que nos aproximan al protagonista colectivo emblemático de Gregorio López y Fuentes, el pueblo.

ENTRE PARÉNTESIS: EL ÚLTIMO ATAQUE BRITÁNICO CONTRA LA REVOLUCIÓN MEXICANA: EVELYN WAUGH. *ROBO AL AMPARO DE LA LEY* (1939)

“El concurso más reñido del mundo sería elegir la página más racista y despectiva que se ha escrito sobre nosotros” — sobre nosotros los mexicanos, por supuesto —, se lamentaba José Emilio Pacheco en 1984. El poeta y crítico evocaba la famosa afirmación de Graham Greene, escrita en 1938, y ratificada cuarenta años más tarde, “Odio a México” (Pacheco 1984). En efecto, habría muchas páginas en la línea que comienza en la incomprensión, pasa por la antipatía, el desprecio, la inquina, hasta llegar al aborrecimiento de México, en las plumas de autores extranjeros; el especialista José N. Iturriaga da cuenta de cerca de tres decenas, a lo largo de la historia (Waugh 1939).

Sin duda un candidato de peso en el hipotético certamen es un escritor inglés, contemporáneo y amigo de Greene, Evelyn Waugh, que vino a México en 1938, a escribir por encargo un texto contra la Expropiación cardenista del petróleo. *Robbery Under Law* se publicó en 1939. Para el especialista en viajeros anglosajones D. Wayne Gunn, se trata del libro “más irritante acerca de México escrito por un autor sumamente respetado” (Gunn 1977: 241). La peculiar personalidad de Evelyn Waugh, como las circunstancias que dieron origen a este supuesto relato de viaje, permiten explicarlo.

WAUGH, FORMIDABLE Y ANTIPÁTICO

Evelyn Waugh, nacido en Londres en 1903 y fallecido en Somerset en 1966, fue un escritor satírico tan talentoso como conflictivo. Edmund Wilson opinó, al conocer las primeras novelas de Waugh, que se trataba del único genio cómico de primera magnitud que había aparecido

en inglés desde Bernard Shaw (Wilson 1950: 140).¹ El historiador marxista Eric Hobsbawm piensa que Waugh es el mejor novelista británico de los treinta y cuarenta (Hobsbawm 2005: 194).

Muchos otros estudiosos se han ocupado del escritor. Así por ejemplo, Noel Annan, en una semblanza de 1985, sostenía que Waugh es, sin lugar a dudas, el más grande de los novelistas ingleses de su generación y menciona en su apoyo a quienes coinciden con su parecer, Graham Greene, Henry Green y Angus Wilson. Sin embargo, advierte que aún quienes alaban al humorista se apresuran a deslindarse de él por su personalidad odiosa, “su intolerancia, su esnobismo, su crueldad, su obsesión con la aristocracia inglesa, su desprecio por las otras clases sociales, y su complacencia en las posiciones reaccionarias”. Si bien muchos de los rasgos derechistas del escritor fueron asimismo los de otros intelectuales en los treinta, como la simpatía por Mussolini o Franco, o el desprecio por la democracia — compartido por Proust, Mann, Joyce, Lawrence, Yeats, Shaw y T. S. Eliot — o la conversión al catolicismo, lo que imprime un matiz distintivo a Waugh es justo la vertiente de su catolicismo inspirado en las doctrinas de san Agustín. Su búsqueda religiosa trataba de responder a la pregunta por qué Dios había hecho el mundo tan malvado y horrendo (Annan 1985).

Hablamos de un intelectual que en sus fotografías juveniles — un hombre esbelto —, como en las de la edad avanzada — con la gordura propia de sus excesos en la comida y la bebida — luce elegante, atildado, a veces con una expresión cínica. Arthur Evelyn St. John Waugh nació en una familia anglicana de clase media, culta y cultivadora de la literatura, aunque de escasos recursos económicos. Había decidido ser sacerdote, pero cambió de idea posteriormente y estudió historia en la Universidad de Oxford, aunque no llegó a obtener el título. Asimismo fue un avezado comentarista de arquitectura. Tras una etapa que los biógrafos califican como libertina, abrazó la religión católica en 1930, alrededor de los 27 años de edad, y participó en la Segunda Guerra Mundial, entre las fuerzas arma-

¹ Las traducciones de textos en inglés son mi responsabilidad.

das de su país. Publicó cerca de cuarenta libros, de los cuales, más o menos la mitad pertenece a la ficción. Entre los restantes, se cuentan una autobiografía parcial, recopilaciones de cartas, biografías y libros de viaje, donde asienta sus experiencias durante las múltiples jornadas que por casi tres décadas realizó en Europa, América y África.

Sus narraciones destacan por el humor negro y la visión satírica de la sociedad. Con frecuencia retrata, a través de una lente sarcástica, a las clases altas de su país, enfatizando su decadencia — aunque, al parecer, siempre había deseado integrarse a ellas —. Su misantrópica visión del mundo, en la que sin duda debe haber influido su militancia en la estéril violencia de la guerra y que lo llevó a algún intento de suicidio, abarca, empero, a todas las clases sociales. Sus críticos concuerdan en que la ideología conservadora del británico se traduce en una aversión a todo lo que signifique modernidad.

Sus novelas iniciales sitúan la acción en los años de entreguerras de la anterior centuria, un periodo que si bien fue germinal para la creación artística europea, desde la óptica de Waugh era evidencia de un fracaso para el género humano.

El narrador no ha perdido actualidad, en estos inicios del siglo XXI. En 2003, el centenario de su nacimiento produjo nuevos escritos sobre su obra. Sus novelas, y las versiones filmicas que han inspirado, continúan despertando el interés de los receptores. Luis Goytisolo opina que la visión de la guerra del británico, “como una ceremonia dedicada a la exaltación de la violencia inútil y la estupidez”, ha dejado una huella decisiva en algunas de las mejores películas de Kubrick (Goytisolo 2003).

Casi toda su obra narrativa ha sido traducida al español y goza del favor de los lectores. Por citar algunas, *Decline and Fall* — traducida como *Decadencia y caída* — (1928); *Vile Bodies* — *Cuerpos viles* — (1930); *Black Mischief* — *Merienda de negros* — (1932); *A Handful of Dust* — *Un puñado de polvo* — (1934); *Brideshead Revisited: The Sacred and Profane Memories of Captain Charles Ryder* — *Retorno a Brideshead* — (1945). Ésta última, considerada por el autor como su mejor novela, inspiró una popular serie televisiva en 1981 y una película en 2008.

La producción de Evelyn Waugh, ha sido asimismo elogiada por excelentes novelistas mexicanos. Jorge Ibarguengoitia asentó que los escritores con los que mejor se identificaba, los que veían el mundo como él, eran Evelyn Waugh y Céline (Ibarguengoitia 1967: 133). Sergio Pitol, a propósito del mencionado centenario, comenta con entusiasmo algunas de las obras de Waugh (Pitol 2003). Y en *El mago de Viena* le dedica un ensayo donde alaba la permanente comicidad de sus mejores novelas, su capacidad para manejar la crueldad y el disparate, con un regocijo que se aproxima a la comedia de maneras (Pitol 2008: 319-320). Sin duda una recepción menos cálida mereció en el campo cultural mexicano el mencionado libro de viajes de Waugh, sobre la Expropiación del petróleo mexicano, en 1938.

LOS MOTIVOS DE EVELYN

Carlos Fuentes afirma, en *Nuevo Tiempo Mexicano*, que el novelista británico no estuvo en México para escribir su libro: “nunca fue más lejos del banco londinense donde cobró su cheque” (1994: 30). Se equivocaba; la estancia del sardónico autor en nuestro país ha sido bien documentada por sus biógrafos (Stannard 1987; Hastings 1994; Patey 2001).

En mayo de 1938, Evelyn Waugh había viajado a Budapest, enviado por *The Catholic Herald*, para cubrir un Congreso Eucarístico con motivo del noveno centenario de san Esteban, el patrón de Hungría. Aunque detestaba las multitudes, en la capital húngara experimentó con fruición la multitud de correligionarios de todas las edades y clases sociales, procedentes de diversos países, unidos por una fe universal. Este antecedente interesa, pues uno de los pocos pasajes positivos del posterior relato sobre México fue la emoción similar que el escritor experimentó en la Catedral (Patey 2001: 164-165).

Precisamente antes de partir para Hungría, le escribió a su agente Augustus Detlof Peters que “un tipo muy rico” le pedía escribir un libro sobre México y estaba dispuesto a financiarlo. El tipo era Clive Pearson, hijo del ingeniero Weetman Pearson, el primer Lord Cowdray.

Weetman Dickinson Pearson había sido el protagonista principal de los negocios británicos en México durante el Antiguo Régimen, tan favorito del presidente que fue conocido como “el contratista de Don Porfirio” (Connolly 1997). El empresario había adquirido minas y participado en la construcción del Ferrocarril de Tehuantepec, así como en las Compañías de Luz y Fuerza de varios estados, y en la instalación del drenaje de la Ciudad de México. En 1908 había fundado la Mexican Eagle Oil Company, la perforadora de petróleo más exitosa de la nación, conocida simplemente como El Águila. Hacia 1920 era el segundo productor petrolero en el mundo.

Clive Pearson durante la Gran Guerra había supervisado el abastecimiento de combustible, sabía que el hidrocarburo había sido un elemento fundamental para la victoria de los aliados. Ante la posibilidad de que, en la inminente segunda conflagración, el Mediterráneo pudiera estar cerrado, el mineral mexicano cobraría una enorme importancia. La nacionalización del petróleo, que había deteriorado la relación entre las compañías inversionistas y el gobierno de México, amenazaba los intereses de Pearson. El magnate ordenó al escritor que el proyecto del libro se mantuviera en secreto y pasara por su supervisión; a cambio, sus agentes, proporcionarían al viajero la necesaria información sobre el país a visitar.

Evelyn Waugh, por su parte, deseaba conocer México, pues se había interesado mucho en la persecución de los católicos durante la Guerra Cristera. Además veía en la propuesta de Pearson la posibilidad de unas vacaciones pagadas para él y su segunda esposa, Laura, con la que había contraído matrimonio en 1937.

Así, en agosto de 1938 los Waugh viajaron primero a Nueva York, donde padecieron una ola de calor, luego se embarcaron hacia Veracruz y de ahí, por tren, se transportaron a la capital, donde encontraron alojamiento en el cómodo hotel Ritz; era la primera vez que venían a América, y regresaron a Inglaterra a finales de octubre.

A propósito del viaje de Waugh a México, no puede dejar de mencionarse a otro escritor inglés con quien el autor de *Un puñado de polvo* tenía no sólo amistad sino afinidades profundas. En la primavera de 1938, vino a México Graham Greene, y escribió sus impresio-

nes en artículos que más adelante se publicaron en un volumen, bajo el título de *Caminos sin ley* (*The Lawless Roads*). Y es sabido también que este viaje fue retomado en dos relatos, y en la extraordinaria novela *El poder y la gloria*.

Waugh leyó los ensayos de su correligionario y reseñó el libro en *Spectator*, el 10 de marzo de 1939. Se trataba de una lectura — explica — muy personal, la obra le había generado cierta inquietud, pues durante el viaje, su querido Greene había atravesado por momentos heroicos, mientras que la jornada de los Waugh había sido definitivamente doméstica. Recuerda la expedición de su colega como “desgarradora”, mientras que en su caso “los peores sufrimientos de los que puedo jactarme provinieron de las chinches en la cama de dos hoteles de lujo” (66).

La vida de estos escritores está marcada por su conversión al catolicismo en la edad adulta, comparten también una visión profundamente pesimista de la humanidad. La diferencia más acentuada entre ellos es que en tanto Greene es capaz de solidarizarse con los marginados, personas y países, Waugh los detesta. No reitero una comparación que ya ha sido hecha varias veces, sólo menciono alguna coincidencia entre ellos en lo que respecta a México.

Al nombrar su libro *Robbery Under Law* — traducido al español como *Robo al amparo de la ley* —, Waugh hace, al igual que Greene, de la palabra “ley” el centro significativo del título. Dos viajeros experimentados y amantes de escribir sobre sus expediciones sienten un intenso desasosiego en un territorio donde la legalidad es inexistente o funciona para cobijar transgresiones a normas que ellos consideran universales. La incomodidad de ambos reactualiza el antiguo enfrentamiento entre la civilización que los narradores estaban convencidos de representar y la barbarie, constituida, por supuesto, por nuestro lacerado país y sus primitivos habitantes, nosotros.

Ciertamente, con las tensiones agudizadas por las dificultades entre el gobierno mexicano y las compañías petroleras extranjeras, la ruptura de relaciones diplomáticas con Inglaterra no resultaba agradable ser “un gringo” en el México de 1938, observa Wayne Gunn (1977: 225).

Podemos comprender que la aversión a nuestro país por parte de Greene y Waugh tiene que ver con la situación de la iglesia. Sin embargo, a nuestros ojos, no deja de ser molesto su énfasis en el salvajismo de los habitantes de México, como si la historia de su imperio hubiera carecido de brutalidad.

EL LIBRO DEL VIAJE

De vuelta a su país, Evelyn Waugh elaboró su ensayo en una época de dificultades económicas y problemas familiares; además el proceso de escritura, dado el carácter propagandístico del texto, le aburría. Lo entregó en abril de 1939 y el libro apareció ese mismo año como *Robbery Under Law*, con el sello de Chapman and Hall. Lleva también el subtítulo de *The Mexican Object-Lesson — Lección práctica sobre México* — que proclama su actitud de condescendiente instructor.

El libro pasó muchos años sin ser traducido, no fue sino hasta 1996 que se publicó en México, en la versión de Marco Aurelio Major, con el mencionado título de *Robo al amparo de la ley* (Waugh 1996).²

El texto de Evelyn Waugh debía aparecer, pues, como un relato de viajes que cumpliera con la misión mercenaria de atacar la Expropiación petrolera y defender a la Mexican Eagle. En forma inevitable, el libro expresaría asimismo su auténtica preocupación religiosa.

Se propuso cumplir sus fines mediante un texto que combinara la crónica anecdótica de los relatos viajeros con una síntesis de la historia, la política y la cultura mexicanas para cimentar sus tesis.³ No estaba preparado para este último ambicioso cometido, no sólo por

² La edición mexicana del libro (Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996), traducida por Marco Aurelio Major, es la utilizada en este trabajo. En las numerosas citas del texto se menciona sólo el número de página.

³ El índice del libro deja ver todos los temas que abarca: Prefacio; I. Introducción; II. El México de los turistas; III. Un país en el que no hay conservadores; IV. El petróleo; V. El buen Vecino; Plan Sexenal; El combate frontal; la Independencia; Post scriptum: El objeto y la lección.

lo breve de su estancia — dos meses —, sus apresuradas lecturas sobre el país y su mínimo uso del español, sino por lo arraigado de sus prejuicios. Deja bien clara su posición ideológica: vino a México siendo “conservador” y lo que vio confirmó sus opiniones (50).

Entre las anécdotas relativas a la circunstancia de su desplazamiento — la travesía en barco de vapor desde Nueva York hasta Veracruz, por ejemplo —, y estancia, narradas con agilidad, y unos pocos diálogos con los nativos mexicanos, Waugh intercala sus puntos de vista.

Algunos estudiosos consideran que en este libro el escritor presenta el recuento más exacto de su visión del mundo, de su posición conservadora, de la profundidad de su fe católica (Crocker III 2002). Tal vez sea una buena exposición de su pensamiento, pero para los mexicanos, su testimonio es fallido.

Robbery Under Law inicia con un prefacio y una introducción. En el primero, el escritor aclara que su estadía en el país tuvo momentos muy agradables, debido a los amigos ingleses, estadounidenses y nacionales que lo atendieron. Pero que las páginas no reflejan los momentos positivos porque, como cualquier viajero notaría, en México “el ambiente imperante va del disgusto a la desesperación [y no hay] oportunidad alguna de ser completamente dichoso” (37-38). La insatisfacción y tristeza del inicio contaminan el clima afectivo de todo el relato, a excepción de algunos momentos esperanzadores cuando el autor reflexiona sobre la religiosidad mexicana.

La “Introducción” es una muestra del estilo y las ideas básicas que, mientras va y viene por las distintas épocas aludidas, el autor machacará a lo largo del ensayo.

Después de doce años viajando por diversas regiones, tiene la impresión de que México es un país “lunar”, pero no en un sentido poético, sino en el de “una tierra baldía, parte de un planeta muerto” o agonizante. La política destructiva “ha desecado el lugar. Lo ha congelado, resquebrajado y reducido al polvo” (40); ya antes, Waugh había titulado su mencionada reseña del libro de Greene “The Waste Land” (Stannard 1987: 479).

Especifica que se trata de un libro “de índole política”, en el cual se propone ofrecer cierta noción del sentir de este país para el distan-

te público británico, que, a su entender, no se ha indignado lo suficiente con la Expropiación. De paso quiere advertir a los estadounidenses sobre su “peligroso y pequeño vecino” (40-42).

Está enterado de que muchos norteamericanos, pintores y escritores, encuentran en México un “hogar espiritual”, y simpatizan con “el régimen socialista del general Cárdenas”. Convencidos por las agencias de viajes, descubren “un país de campesinos risueños e indolentes, con antiguas cúpulas y patios [y] banquetes locales espontáneos y tradicionales”. Afirma que si bien en su primera lectura calificó de absurda *La serpiente emplumada* de D. H. Lawrence, al final de su viaje ya no le parecía tan inverosímil, sería una buena guía del país (45, 235).

En muchos pasajes va a polemizar con aquéllos que simpatizan con el régimen de Cárdenas, ya sea por ingenuidad o por ideología. Los izquierdistas son “peregrinos infieles en busca de una tierra prometida” (46).

Pese al compromiso adquirido, el tema del petróleo ocupa sólo una parte del libro, el capítulo IV. El autor está convencido de que “el único y fundamental problema de la nación no es la tierra, el petróleo, la raza o la organización política sino la religión” (189).

Vale la pena atisbar el contenido de los restantes capítulos que enmarcan el de la Expropiación.

FEOS, SUCIOS Y MALOS

Ya habiendo fijado su impresión inicial de tierra baldía, y acotado la devastación que han padecido los bosques, en el primer capítulo, “El México de los turistas”, describe la Ciudad de México como un “escenario decadente”. La diferencia arquitectónica atenta contra su estética clasicista. Habla de una República donde se han saqueado las iglesias y monasterios, aniquilando el esplendor de la cultura colonial española; mientras que hay un empeño en reconstruir las “infinitamente tediosas” pirámides aztecas y mayas.

La capital es “un lugar enorme, abarrotado, cosmopolita, endemoniadamente ruidoso y donde todo contribuye a confundir y a aturdir al forastero” (53-55).

A partir de este inicio, el adjetivo “decadente” aparecerá hasta la redundancia. Su repaso de la historia de México tiene el objeto de entender el deterioro nacional.

Las opiniones del visitante sobre los pobladores parecen anticipar el título de la película del director italiano Ettore Scola, *Feos, sucios y malos* (1976). Así apunta:

La gente tiene una suerte de astrosa indolencia que nada tiene que ver con la pobreza; simplemente no se molestan en afeitarse o en llevar camisas limpias; siempre están comiendo; las familias indígenas se acuclillan en las esquinas para preparar el platillo nacional de tortillas con chile; hombres y mujeres vagabundean en grupo, sin objeto, masticando enormes y jugosas frutas; en las oficinas de gobierno los mercaderes despliegan bandejas de comestibles preparados en las columnatas; los policías y los serenos tienen la boca cubierta de migajas. Las multitudes de las calles mexicanas son las menos elegantes que he visto nunca (63).

El narrador esquematiza rudimentariamente la historia política de México. En diferente medida pasa por la época prehispánica, la Conquista, la Independencia, la Intervención francesa, la pérdida del territorio nacional, el gobierno de Porfirio Díaz, la Revolución de 1910 y la guerra religiosa, hasta llegar al cardenismo. Advierte que tal vez el clima haya contribuido a “la alternancia de apatía y violencia” que constituye la historia mexicana. Cito algunos ejemplos.

Afirma que se ha atribuido a los aztecas una cultura más desarrollada de la que tuvieron en realidad, e insiste en que las construcciones indígenas “monumentales y simétricas, con ornamentos y estatuas estilizados e intrincados” de ninguna manera podrían compararse con “la belleza o destreza técnica del arte y la artesanía de la Europa medieval” (75-76).

De la Conquista afirma que “no fue un proceso de mera explotación económica”, puesto que hubo mestizaje y los españoles transmitieron a los nativos su idioma, su cultura y sus costumbres. Las tradiciones hispánicas subyacen en el presente y el país puede pro-

gresar si se desarrollan (87). No es extraño que Taxco le parezca "el único lugar deliberadamente pintoresco de México" y Puebla "el único poblado digno" (69).

El capítulo sobre la Independencia está ubicado después del de la Expropiación. Waugh tuvo oportunidad de asistir esa noche del 15 de septiembre, fecha de la celebración nacional de la Independencia, al Palacio de Gobierno.

Su relato empieza por hacer un breve y tendencioso resumen del hecho histórico, sin ocultar su desprecio por el primitivo ejército del pueblo:

Hidalgo tenía pocas convicciones religiosas, pero empleó su categoría de sacerdote para darle a la revuelta un aire de cruzada. La Señora de Guadalupe se usó como estandarte. Por un tiempo se volvió amo y señor de su región, liberó a los prisioneros y pronto se encontró a la cabeza de un desordenado ejército de ochenta mil hombres, armados con instrumentos agrícolas, que infestaron los campos saqueando y asesinando. En dos masacres en Guanajuato asesinaron a unas quinientas personas (225).

La única observación sobre las ideas que rigieron el movimiento independentista es que Hidalgo instaba "a los indios a la recuperación de sus tierras robadas por los 'odiados españoles'" (225). Luego se dedica a describir la fiesta del 15, y cuenta que vio de cerca al presidente Cárdenas, "regordete, firme y torpe, de cabeza larga y estrecha y esa particular melancolía que caracteriza al indio mexicano" (226).

Ignora qué celebran los mexicanos esa noche, afirma, pues "no ha habido un solo periodo, en un siglo de independencia en el que sus dirigentes no hayan estado sujetos a una eficaz presión extranjera" (227). En suma, la decadencia mexicana se inicia con la separación de España (127).

A propósito de la Intervención francesa, opone al noble Maximiliano de Habsburgo, "un emperador con un gusto elegante en la decoración de interiores e interesado en la botánica", "una figura

graciosa, cabeza y hombros por encima de la asamblea”, a los “héroes populares mexicanos”. Éstos últimos son descritos como:

regordetes, morenos, apasionados, intolerantes, hombres veleidosos que al verse arrinconados se liberan a balazos y se van a las montañas, que robarán, prometerán y darán pródigamente, venderán, cualquier cosa y repudiarán un pacto, asesinarán a sus amigos y comprarán a sus enemigos, alimentarán la inquina y olvidarán el favor recibido, a veces grotescamente sacrílegos, a veces heroicamente piadosos, aztecas y castizos, confundidos inextricablemente (134).

El régimen de Porfirio Díaz que alentó las inversiones extranjeras, entre ellas la británica *Mexican Eagle*, fue para el narrador, “el cenit de la prosperidad económica de México” (78). No entra nunca en las bien documentadas injusticias del sistema, aunque en algún pasaje repara, sin detallar, en algunas desigualdades sociales (138). Cuando el dictador ya “viejo y enfermo” se embarcó para Europa, “el país permaneció rico y él pobre”, se lamenta el convencido Waugh (78).

Al referirse a la Revolución de 1910, recuerda el triste papel de los embajadores norteamericanos en distintos momentos del proceso. De los protagonistas, evoca a Francisco I. Madero, que anhelaba crear un sistema político muy parecido al norteamericano (139). A Emiliano Zapata “uno de los líderes rebeldes más ferozmente destructivos” (140) y a Francisco Villa, “un sinvergüenza intolerable, culpable de todas las atrocidades públicas y privadas imaginables” (145). Plutarco Elías Calles y Álvaro Obregón le parecen “algo más presentables que la mayoría de sus compañeros, con una tenaz ambición política” (145).

Revisa la fundación del Partido Nacional Revolucionario, profundamente antirreligioso, “cuyas metas manifiestas son en esencia comunistas” (79). Menciona que algunos de los miembros de este partido pertenecen al “partido comunista internacional” (!). Acota que el sistema imperante es autocrático y las elecciones son una mera formalidad.

Deplora la influencia sobre Cárdenas, al que describe como un sencillo mandatario de sangre india, querido por los campesinos y

alejado de la corrupción, de Vicente Lombardo Toledano, quien lo ha orientado hacia una política marxista. Presenta a Lombardo como un intelectual talentoso, líder de organizaciones agrarias y obreras, enlazado con los dirigentes laborales de toda Europa y América, y poseedor de una sustancial fortuna depositada en el extranjero (81).

El escritor asiste, en el Palacio de Bellas Artes, a la Exposición del Plan Sexenal, que le parece lleno de "candor", y le permite complementar su balance global del régimen cardenista:

La mayoría de los antecesores del general Cárdenas se contentaban con un plan de seis años para recabar tantos fondos públicos como pudieran y depositarlos en cuentas personales en el extranjero. El general Cárdenas tenía ambiciones más desinteresadas, si bien más dañinas. Asumió el poder con la voluntad de causar tanto daño durante seis años a la estructura financiera ya existente en su país, que nunca pudiera reconstruirse con los mismos lineamientos: esto comportaba en lo fundamental realizar a escala cósmica lo que muchos de sus predecesores habían ensayado en casos aislados y abandonado con desilusión: el decomiso y la distribución de la tierra, el decomiso y la socialización de la industria (160).

En cuanto a la educación, critica el exceso de ideología y la tendencia a debilitar los prejuicios morales y religiosos sobrevivientes. No se disfraza en la exposición de Bellas Artes, dice, el carácter marxista de la educación estatal. Destaca que muchos profesores, agentes de la propaganda gubernamental, son o han sido comunistas (179-180).

La evaluación integral del cardenismo por parte de Waugh es tan negativa porque está convencido de que se trata de un régimen socialista. Asevera que el gobernante ha instaurado ya "la era sin clases" (83). Y tiene la certeza de que "los males de la sociedad moderna no nacen de la presencia de la propiedad privada sino de su ausencia" (164).

En el capítulo titulado "El combate frontal", Waugh se centra en lo que realmente le importa, el problema de la Iglesia. Describe que en el país hay algunas sectas menores, patrocinadas por norteamericanos, y grupos "paganos" constituidos por "indígenas no cristianizados", que

profesan “extrañas supersticiones” (189-190); pero sin duda, el catolicismo es la religión principal del país. El “combate frontal” es entre los católicos y “el ateísmo despiadado y fanático” del gobierno que antes usaba un lenguaje liberal y ahora ha adoptado una jerga marxista.

Para Waugh el anticlericalismo mexicano se fundamenta exclusivamente en la codicia, en el deseo de apoderarse de las riquezas de la clerecía (191). Vituperó el fallido intento de Calles de crear una iglesia nacional (198).

Respecto a la guerra religiosa, describe a los cristeros como “piadosos cruzados” (210). Como adelantamos, su mejor experiencia en México fue la Catedral, siempre repleta de fieles de diversas edades y grupos sociales. Observa que en el país hay muchos hombres y mujeres laicos y educados que se reúnen clandestinamente para llevar a cabo una labor espiritual, contrarrestar el ateísmo del Estado. Encuentra la única esperanza del país en el hecho de que, pese a todo, es tangible “un renacimiento religioso”; la Iglesia se está transformando y recuperando su espíritu (222).

UN GOBIERNO RATERO

En los primeros capítulos, el novelista se ha referido con frecuencia al gobierno de Lázaro Cárdenas. Cuando llega al IV, “El petróleo”, ya ha constituido su panorama del contexto de la nacionalización. Hace hincapié en que se trata de un momento histórico en el cual los obreros habían obtenido tantas ventajas y protección legal que se había hecho imposible, para nacionales y extranjeros, emprender negocios — “ser patrón en México es volverse un proscrito” (85) —. Desde su óptica, la decadencia de México “se consumó gracias a los disturbios obreros y revolucionarios que aún lo degradan diariamente” (127-128).

Al principio, el escritor quería llamar a su libro “Gobierno ratero” — “Pickpocket Government” —, pero este título fue rechazado por Pearson (Stannard 1987: 485).

En plática con un guía del Museo Nacional, habla de la Expropiación. Minimiza el acontecimiento, desde su mirada europea cuando afirma que “si bien para los mexicanos sólo había un asunto de

relevancia internacional, para el gobierno británico había cientos" (96). En cuanto al público, "los ingleses sensatos tenían otras cosas en qué pensar además de México en el verano de 1938". Sin embargo, admite que en su país "una ruidosa minoría, inclinada a la política [simpatizaba con el] vocabulario del Left Book Club" de los mexicanos (96-97).

El centro de la controversia de Waugh contra la Expropiación es, como proclama el título del libro, la ilegalidad del acto. Enfatiza el respeto a la ley, pues ésta "es la supervivencia de una edad anterior y de otra concepción de la sociedad [...] Era la sabiduría y moralidad de la gente". En tanto que "en la actualidad la ley es una mera formulación de los caprichos del partido en el poder". Y en México el problema se agrava, pues "cualquier rufián puede llegar al poder, gobernar por decreto y arrogarse, mediante sus nombramientos y despidos, un tribunal que dará a sus decretos la interpretación que una urgencia requiera" (100). De ahí el carácter indiscutible de hurto que tiene la nacionalización del mineral.

Sintetiza el decreto cardenista que confiscó las propiedades de las compañías extranjeras, las cuales "representaban a accionistas ingleses, alemanes, estadounidenses y otras extranjeras", el 18 de marzo de 1938 (97).

Transcribe partes de los mensajes intercambiados entre la cancillería británica y el gobierno mexicano, que culminaron en la ruptura de relaciones diplomáticas el 13 de mayo. Por ejemplo, cita una de las misivas oficiales, a nombre de "Su Majestad en el Reino Unido", fechada el 8 de abril, donde se protesta contra los fallos de la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje y la Suprema Corte de Justicia mexicanas sobre el conflicto entre las compañías petroleras y los trabajadores. Los fallos coincidían en dar por rescindido el contrato de trabajo de los obreros ante la negativa de las empresas a cumplir demandas fundamentales. En la parte inserta por el escritor se afirma que en los fallos las "pruebas judiciales fueron excluidas sin decoro, consideradas inadecuadas y rechazadas arbitrariamente y sin justificación" (98).

En forma complementaria, y como de pasada, Waugh subestima a las comisiones que emitieron los fallos: "los mexicanos son aboga-

dos avispados; se pusieron a trabajar en el caso con efusión, como glotones en un banquete” (99).

Su argumentación en el resto del capítulo parece haberse propuesto proporcionar las pruebas excluidas, y cuestionar la veracidad de las afirmaciones presidenciales en el decreto expropiatorio.

Una premisa que orienta la argumentación de Waugh es que toda nacionalización del mineral, en cualquier parte del mundo, es un error, porque se trata de “un bien internacional”, “esencial en casi todas las ramas de la vida civil” y “fundamental en época de guerra”. Arguye que, por “un extraño acto de caridad de la providencia”, las naciones con disposición para la guerra carecen del suficiente combustible; en tanto que — a excepción de Rusia y los Estados Unidos — los países que poseen petróleo son pequeños, sin capacidad propia para las tareas de exploración, extracción, refinado y comercialización. Estas actividades sólo pueden ser desempeñadas con eficiencia por consorcios internacionales que, de cualquier forma, enfrentan grandes riesgos, a veces pérdidas. Así ha ocurrido y así debe permanecer (102-104).

Descarta las historias en boga acerca de que los lugareños pobres habían sido despojados:

los relatos de modestos granjeros y aldeanos indios que de la noche a la mañana se descubren infinitamente ricos son material romántico que dramaturgos y guionistas han explotado en abundancia; pero la verdadera historia de la industria del petróleo se ha escrito con arduas e incesantes exploraciones financiadas por compañías que pueden absorber las pérdidas gracias a sus enormes y ocasionales ganancias en otro sitio (102-103).

En cuanto al caso mexicano, reitera que los británicos recibieron toda clase de estímulos de los diferentes gobiernos para explotar el petróleo, y “padecieron bastante para satisfacer todos los requisitos legales de derecho” (104). Reivindica la actuación del fundador de la Mexican Eagle, Weetman Pearson: “estaba muy lejos de ser el mezoquino aventurero que, en la imaginación popular, busca hacer fortu-

na entre los pueblos atrasados. De hecho, él era la figura más sobresaliente del desarrollo mexicano, sólo superado por el presidente en importancia y reputación" (105).

El futuro Lord Cowdray vino a México por invitación del primer mandatario en 1889, con el propósito de trazar el "Gran Canal mexicano". Ya para entonces era "uno de los ingenieros *más connotados de la época* [...] había realizado con éxito obras de ingeniería en muchas partes del mundo, y un hombre con una fortuna personal cuantiosa" (105).

En la actualidad, el desempeño de Pearson ha sido bien documentado por investigaciones posteriores, como la de Priscilla Connolly, por cierto británica. Ella comprueba que los contratos del empresario con el gobierno mexicano no sólo constituyeron el eje principal de la acumulación originaria lograda por su constructora, sino el punto de arranque para diversificar sus intereses económicos (Connolly 1997: 11).

Waugh relata cómo entre 1902 y 1910, hasta que se descubrió el pozo Potrero del Llano 1, el empresario trabajó sin ganancias. Cómo actuó siempre dentro de la legalidad, pese a lo confusos que son los registros mexicanos de tenencia de la tierra. Cómo fue objeto de variados intentos de fraude.

El cronista cita, para refutarlos, ejemplos de discursos de Lombardo Toledano y Cárdenas, "la oratoria que incendió a México en la época de la Expropiación". Por ejemplo, se refiere a la denuncia de los ataques a los gobiernos mexicanos legítimos, por parte de las guardias blancas pagadas por las compañías petroleras (109). Al respecto, sostiene que "cuando todo el país se entregó a las bandas guerrilleras, al saqueo, al arrasamiento y a la masacre, [ellas] armaron a sus hombres para defender la vida, su hogar y las propiedades de la compañía" (109-111).

Está convencido de que las empresas llegaron a México "cuando era un país próspero y estable; los revolucionarios lo llevaron a la ruina; arrasaron una tras otra sus antiguas fuentes de bienestar excepto el petróleo, que las compañías se encargaron de mantener" (109).

Sobre las alzas salariales y las prestaciones exigidas por los obreros, el escritor afirma que las compañías "pagaban salarios elevados"; pero los trabajadores "lo gastaban a la usanza mexicana, en diversio-

nes burdas” — cantinas y prostíbulos —. Las empresas quisieron mejorar las condiciones sanitarias de sus hombres, pero se les impidió hacerlo (112).

Cita el fragmento del mensaje radial de Cárdenas a la nación, el 18 de marzo, donde el mandatario denuncia “la persistente aunque indebida intervención de las empresas en la política nacional” (109).

A esto replica que la conducta política de la Mexican Eagle era más censurable por “haber intervenido muy poco” que por haberlo hecho en exceso (111). Si las compañías hubieran creado un asentamiento modelo, responsabilizándose de los trabajadores toda la vida, cuidando de su educación, salud y entretenimientos, ofreciéndoles bibliotecas que los harían virtuosos y donde habría hospicios para los jubilados, los campos petrolíferos se habrían separado de alguna manera del país y los mexicanos patriotas se habrían enfurecido (113).

El novelista se regodea en el sitio imaginario al que nombra “Petrolandia”, donde habría un santuario a Doheny y un monumento al embajador Wilson. Si tal sitio existiera, sin duda habría muchos mexicanos solicitando la ciudadanía “petrolense”, para dejar el oscurantismo y entrar al progreso del siglo xx (113).

Pero las empresas no idearon tal lugar, dejaron el destino de los mexicanos en manos de sus gobernantes, quienes estaban convencidos de que podían obtener el progreso mediante el despojo. Para ellos, la riqueza sólo puede ser resultado del robo. Por eso se apropiaron de las posesiones de la Iglesia. Por eso decomisaron las haciendas del antiguo régimen, aunque fuera perjudicial para la agricultura del país (114-115).

El irracional y vanidoso general Cárdenas — testifica — se propuso arruinar al país, reducirlo a una “escualidez uniforme”. Seguro, como lo estaban Mussolini, Hitler y Stalin, de ser el iniciador de “un apocalíptico régimen de probidad y dicha”, el mandatario mira a todas las corporaciones que habían intentado trabajar en armonía con los gobiernos predecesores como “enemigos del pueblo” (104-110).

Para ejecutar el saqueo que fue la Expropiación petrolera, el presidente se encargó de modificar las leyes, dejando la Suprema Corte integrada sólo por sus partidarios. Mientras tanto, Vicente Lombardo

Toledano y los líderes de la CTM se encargaron de llevar a cabo una campaña de agitación, para que la medida fuera popular (115).

Exhibe el enorme poder que habían adquirido los sindicatos corporativos. La influencia de la llamada Confederación de Trabajadores Mexicanos sobre los obreros del petróleo era absoluta: "los líderes locales del sindicato contaban ahora con el poder de decidir quién debía ser contratado y quién ascendido, y lo ejercían con toda la intimidación y extorsión a la que el país estaba acostumbrado" (116).

Compadecer a las compañías extranjeras que fueron víctimas de los abusos sindicales, en tanto que los obreros del petróleo, que ya contaban con las mejores condiciones de trabajo del país, no obtuvieron nada con la Expropiación (118).

En el capítulo conclusivo del libro, "Post Scriptum: el objeto y la lección", el autor no agrega elementos nuevos, simplemente reitera lo que antes ha dicho. El país se encuentra en un compromiso incómodo "entre las dos formas de régimen proletario: el nazismo y el comunismo" (238). Y dado que, desde la caída de Díaz, los mexicanos no han conocido "otra cosa que el saqueo, el soborno y la degeneración", un partido fascista podría surgir y arrasarlo (92-93).

Insiste en lo importante que es entender el caso de México, un país donde domina la anarquía, para esclarecer el caos universal en las relaciones públicas y en las opiniones privadas. Este caos estaba volviendo el mundo inhabitable. Considera misión de los conservadores en Europa la preservación de la sociedad: "los logros materiales y espirituales de nuestra historia". Finaliza afirmando: "no hay nada, salvo nosotros mismos, que evite que nuestros países se parezcan a México. Para nosotros, ésa es la moraleja de su decadencia" (241).

LAS QUERELLAS IDEOLÓGICAS DENTRO Y FUERA DE MÉXICO

El historiador Alan Knight sitúa el libro de Waugh como parte de la antigua querrela por la nación en México, reactivada por la Revolución de 1910, entre la Iglesia y el Estado, el catolicismo y el jacobinismo revolucionario (Knight 2010). Lorenzo Meyer, atendiendo al

contexto internacional, sostiene que *Robo al amparo de la ley* fue el último ataque británico contra la Revolución mexicana (1991: 11).

En efecto, en su texto, Waugh no sólo polemiza, o más bien arremete contra lo que él considera la izquierda nacional, para él constituida por Cárdenas, Lombardo Toledano y los líderes obreros corporativos; sino contra la izquierda extranjera que se ha vinculado con México, y de paso contra la izquierda en general.

Así hace mofa — hemos visto — de los norteamericanos que simpatizan con Cárdenas y aman la vida en México, por ser intelectuales y artistas convencidos de la leyenda del “tirano blanco y parásito” frente al “paciente salvaje”. Son tan ingenuos que, por estar entreteniéndose felices con “sus plantas tropicales, sus colecciones de chucherías ornamentales y sus álbumes de Diego Rivera”, no se dan cuenta de que en cualquier momento podían recibir un “fuerte revés”, por parte de la “camarilla gubernamental” (45).

Más de una vez hace objeto de sus burlas al muralista Rivera, cuyos frescos califica de “enormes y chabacanos” (86). También apunta sus diatribas contra “el señor Gruening” que, en su historia de México, había dedicado apenas “dieciocho páginas, de seiscientos sesenta y cuatro, a la ‘época colonial’”, pintando la Conquista española sólo como un acto de explotación económica (86). El libro de Ernest Gruening, *Mexico and its heritage* (1928), es considerado en la actualidad como un paradigma de los tempranos esfuerzos de los historiadores por entender la Revolución mexicana y al país, en general, desde un ángulo positivo (Meyer 1961).

Sobre los pocos ingleses creyentes en la retórica de Left Book Club de los gobernantes mexicanos, asevera que “mirarían embelesados un catre o una pizarra si se les hubiese dicho que representaban el progreso del proletariado” (161). El Club era una organización fundada en 1936 para difundir la cultura de izquierda.

En todo el mundo occidental, desde los inicios de la década de los treinta, no sólo estaba en juego el equilibrio político entre las naciones, sino que había una guerra civil ideológica de alcance internacional y que se reproducía en cada país: un enfrentamiento entre el fascismo y el comunismo. Muchos artistas de vanguardia se inclinaron hacia la

izquierda, pero otros, como Ezra Pound o T. S. Elliot en Gran Bretaña, optaron por el fascismo (Hobsbawm 1995: 190).

El autor satírico invariablemente se proclama antifascista, como se ha ejemplificado repetidamente. Sin embargo, en lo referente a la Guerra Civil española, no encuentra contradicción en manifestarse, en diversos ámbitos, a favor del franquismo. En *Robo al amparo de la ley* cuenta que los soldados de Francisco Franco combatieron inspirados en el pasado, porque en el presente han visto la desintegración de su país. Su lucha era “para evitar que España se pareciera a Centroamérica”. Hace votos por la restauración de la Hispanidad (253).

EL DESTINO DEL LIBRO

Evelyn Waugh no quiso que el ensayo sobre México formara parte de su colección antológica de relatos de viaje *When The Going Was Good* (1946), publicada cuando tenía 43 años. Para esta edición seleccionó las partes que le parecían dignas conservarse de sus otros cuatro libros del género. De *Robbery Under Law* comentó que prefería “dejarlo en el olvido, porque tenía que ver poco con viajes y mucho con política... Hay que dejarlo descansar en su propio polvo”. Para su biógrafo Martin Stannard, este rechazo se debió a que el escritor estaba arrepentido de su “histórico documento” (Stannard 1987: 487). Para Douglas Lane Patey la negativa de Waugh se debió a que sus predicciones políticas, como que México se alinearía con los fascistas y los norteamericanos tendrían que intervenir, fueron totalmente erróneas (Patey 2001: 170). Desde el punto de vista de Selina Hastings, la insatisfacción del autor obedece a que, a diferencia de Greene, su recuento es más intelectual que emocional (Hastings 1994: 377-378).

El hecho es que el libro, publicado el mismo año en Gran Bretaña y en Estados Unidos — con el nombre de *Mexico: An Object-Lesson* (bajo el sello Little, Brown and Company) —, permaneció muchos años sin reeditarse. No fue sino hasta 1999 que se publicó una segunda edición norteamericana (en Nueva York por Akadine Press).

La publicación suscitó, en Gran Bretaña sobre todo, críticas diversas, con apreciaciones muy señaladas por la ideología de cada lec-

tor; aunque todos concordaban en la excelente prosa de Waugh. Los biógrafos consultados comentan esta recepción, que me parece innecesario reproducir. Quisiera más bien recordar los comentarios de algunos estudiosos mexicanos.

José Emilio Pacheco ha dedicado muchos ensayos a la mirada de ingleses y norteamericanos sobre México. Si bien iniciamos este trabajo con una cita suya donde lamenta la ceguera de algunos escritores extranjeros ante la realidad mexicana, en artículos posteriores, invita a leerlos con espíritu autocrítico. Así escribe “Pero ¿por qué no detenernos y reflexionar un instante en las razones del contrario?, ¿por qué no, libres de cólera y prevención, admitir que puede haber algo de cierto en las palabras que nos han herido?” (Pacheco 1964: 19). Y en otro momento, afirma: “la visión de México que en 1938 tenía Greene, en 1988 es ampliamente compartida por compatriotas nuestros” (Pacheco 1988: 50). La actitud del poeta tiende a romper la resistencia mexicana a escuchar críticas provenientes de extranjeros.

Coincide con Pacheco Armando González Torres en una nota reciente: “Más allá del motivo mercenario que lo guía y de la animosidad previsible contra el gobierno cardenista y contra el país, este libro deja ver el ingenio de Waugh y contiene algunas agudas observaciones sobre la política y las costumbres que, por desgracia, son todavía vigentes” (González Torres 2012).

A otro crítico, Rubén Moheno, le preocupa que algunos de nuestros compatriotas, con mentalidad colonizada, coincidan con Waugh, quien clama por una mayor intervención de los “civilizados” sobre México. Moheno deja claro lo equivocado que estaba el autor de *Retorno a Brideshead* sobre el significado histórico de la nacionalización del petróleo. Y, a continuación, expresa: “¿cuántos mexicanos conocemos que sostendrían posturas similares? Al menos él trabajaba para su propio país” (Moheno 1999: 7).

En una nota más o menos reciente (2008), en el marco de un debate sobre la reforma petrolera, la cual implica una redefinición nacional, Guillermo Espinosa Estrada encuentra que el libro viajero del inglés convida a repensar el tema. Se lamenta de que no haya, en el presente, una pluma como la de Waugh: “me pregunto: ¿qué escritor

está redactando un diario sobre la trepidante negociación, o qué corresponsal extranjero una crónica o libro de viajes donde se observe esta problemática?" (2008).

También con una inquietud política, el gran novelista Fernando del Paso comentó no hace tanto *Robo al amparo de la ley*:

[Waugh] no se imaginó nunca que esa nacionalización iba a propiciar la creación de una formidable elite de ejecutivos y trabajadores que harían de Pemex una fortaleza inexpugnable dedicada no sólo a extraer el oro negro de las profundidades de la tierra o del mar: también a exprimir al resto de los mexicanos. Sueldos estratosféricos, dinero a millonadas para el sindicato, privilegios y prebendas que apenas si soñaban los trabajadores de otras industrias (Paso 2008a).

La valoración de México, desde el imperialismo, de Waugh, es por completo opuesta a la del autor de *Noticias del Imperio*; no obstante, el escritor inglés sí parece haber sido capaz de imaginar el poder creciente de los sindicatos corporativos y su corrupción.

Lo que no sospechó el antipático Evelyn Waugh fue el destino de su libro, que *Robbery under Law* iba a encontrar excelentes lectores en el país que él tanto menospreció.

UN MEXICANO EN LA URSS:
EL ALBA EN LAS SIMAS (1955)
DE JOSÉ MANCISIDOR

En 1953, 15 años después de la nacionalización del petróleo y 16 después de la publicación de *Huasteca*, de Gregorio López y Fuentes, el periódico *El Nacional* premió en su concurso de novela una narración sobre el mismo tema, *El alba en las simas* de José Mancisidor. La obra se publicó en 1955, bajo el sello de la editorial Botas. Está catalogada otra edición el mismo año a cargo de la editorial América Nueva y en 1956 apareció una más, en Buenos Aires, de Editorial Platina, con el título de *Nuestro petróleo*.

UN COMBATIENTE NACIONALISTA,
UN MILITANTE ORTODOXO, UN HOMBRE BUENO

Las fotografías de José Mancisidor Ortiz, nacido en una zona humilde, de viviendas de madera, en el puerto de Veracruz, en 1894, muestran un rostro tranquilo, de expresión bondadosa; no pareciera vinculado al comunismo intransigente que le tocó vivir.

José fue el quinto de once hijos de Jorge Tomás Mancisidor Oyarzábal y Catalina Ortiz Alpuche, familia que si bien carecía de grandes recursos económicos, cultivaba el amor a los libros. Uno de sus coteráneos atribuye el desarrollo intelectual del niño tanto al ambiente familiar como a la tradición liberal veracruzana que fue sede de avanzados experimentos educativos (Marín 2005).

José Mancisidor inició su primera enseñanza en escuelas públicas, pero pronto se vio obligado a trabajar en diversos oficios, hasta que ingresó en la Escuela de Maestranza de la Secretaría de Marina, donde estudió hasta el tercer año alcanzando el grado de sargento. Cuando en 1914 los marinos estadounidenses invadieron el Puerto, el joven de

menos de 20 años se incorporó a las fuerzas defensivas e inició su carrera militar dentro de los ejércitos revolucionarios (*DEM*).

Constitucionalista, combatió en los estados de Veracruz, Puebla, Oaxaca, Tabasco y en la capital del país. Atacó el levantamiento de Adolfo de la Huerta (1923-1924), y más adelante se contó entre los opositores a la reelección de Álvaro Obregón. Cerca de dos décadas después, en 1941, fue condecorado por el Congreso de la Unión, a causa de sus méritos como combatiente. En un texto publicado en 1978, Germán List Arzubide habla de su amistad con el novelista y pone el acento en sus cualidades como militar (Mancisidor 1978).

En forma paralela a su carrera castrense, Mancisidor desempeñó diversos cargos políticos, entre otros, gobernador interino de Quintana Roo y diputado por su estado natal.

A inicios de los treinta fue nombrado director de la imprenta del gobierno de Veracruz. Pronto empezó a impartir clases de historia de México en la Escuela Normal Veracruzana Enrique C. Rébsamen, si bien su formación en humanidades era autodidacta.

Hacia esos años se concentra en su labor intelectual. Prolífico autor de novela, ensayo, cuento, drama, biografía, vivió muy comprometido con la formación de una cultura de izquierda en México.

Su labor es fundamental en el grupo de escritores veracruzanos que cultivaron una literatura proletarizante en la década mencionada (Negrín 1998). Escribe en las publicaciones *Simiente* y *Frente a Frente*. Edita la revista *Ruta* que, como mencionamos en el capítulo anterior, había mostrado preocupación por el petróleo. Funda también su propia editorial, llamada Integrales, y da a luz sus primeras novelas.

En 1935 el intelectual veracruzano vuelve a la capital del país para colaborar con Gonzalo Vázquez Vela, gobernador del estado de Veracruz, quien había sido nombrado Secretario de Educación Pública por el presidente Cárdenas. Sin duda la trayectoria de Mancisidor se imbrica con la circunstancia nacional y su producción está imbricada por los treinta del siglo xx, esa "década turbulenta" como la define Arnaldo Córdova (1989), "decenio exasperado", de acuerdo con Federico Reyes Palma (1994); y años áridos, según Sergio González Rodríguez (1989).

En esa década se conforman las instituciones que definen el perfil contemporáneo del país. La izquierda y el movimiento obrero fueron objeto de represión durante los gobiernos del periodo llamado Maximato (1928-1934); en los cuales, el verdadero gobernante de la República era el “Jefe Máximo de la Revolución”, Plutarco Elías Calles. El Partido Comunista fue proscrito y forzado a actuar en la clandestinidad. Cuando inicia el periodo de Lázaro Cárdenas, a fines de 1934, el partido continúa en una posición de enfrentamiento, pero posteriormente decidió secundar al presidente. Por una parte, porque la consigna de la Internacional Comunista era una línea de alianzas de clase para enfrentar al fascismo. Por otra, a causa de la decidida orientación progresista de Cárdenas, su política sustentada en las masas obreras y campesinas, su interés en las nacionalizaciones, su apoyo a la República española y su acercamiento a la izquierda nacional — devolvió a los comunistas mexicanos al espacio de la legalidad (Córdova 1989: 143-153) —.

Durante el cardenismo, Mancisidor se entregó de lleno a las actividades de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios, y de su revista *Frente a Frente* (Negrín 2004a). Fundada en 1933, esta asociación de creadores e intelectuales de izquierda, a mediados de la década, llegó a ser la más numerosa y activa de México. La LEAR fue la vertiente mexicana de los Frentes Populares de Intelectuales Antifascistas, formados en diversos países — Estados Unidos, España, Francia, Alemania — siguiendo las consignas de la Tercera Internacional Comunista.

Si bien la asociación, que contaba entre sus miembros a David Alfaro Siqueiros, Diego Rivera, Juan de la Cabada, Pablo O’Higgins, Luis Arenal, Xavier Guerrero, Silvestre Revueltas, Ermilo Abreu Gómez, Alfredo Zalce, Fernando Gamboa, Santos Balmori, Clara Porcet, Julio Bracho, entre otros, no era parte orgánica del Partido Comunista Mexicano, sí tenía una vinculación estrecha con él.

José Mancisidor, sin haberse afiliado al Partido Comunista, ocupó el lugar del escritor emblemático de la izquierda como dirigente de la LEAR. Viajó a la Unión Soviética y a la España en guerra, a los congresos de intelectuales antifascistas, y escribió un poema

entusiasta sobre ser un mexicano en la URSS. Conoció a gobernantes soviéticos y asistió a los funerales de Máximo Gorki. Por su actuación internacionalista recibió diversos reconocimientos. Finalizada la administración cardenista, el escritor se dedicó a la docencia, su apasionada entrega a esta labor es evocada por Álvaro Marín (2005).

El veracruzano, fallecido en 1956, mantuvo siempre con firmeza sus valores en una época de polarizaciones, en el país y en el mundo. Nunca dejó de sentir que el mejor destino para México era una revolución como la soviética. Tampoco percibía oposición entre el nacionalismo de la Revolución mexicana y el internacionalismo proletario, como evidencian sus escritos. En sus ensayos, hace aún más explícitas sus ideas de izquierdas que en la ficción; así escribió, entre otros: *Lenin* (1934), *Marx* (1934), *Henri Barbusse, ingeniero de almas* (1945) y *Stalin, el hombre de acero* (1950). La actitud de toda su vida está sintetizada en un poema escrito en 1936, titulado "Un mexicano en la URSS" (Mancisidor 1978: 284-285):

Para ti que me amas
Y me comprendes.
[...]
¡Es Moscú!
— ¡Camaradas:
 habla Moscú! —
Uno... dos... tres...
Es la "alegre juventud"...
— Sintonizad las radios...
Stalin, habla Stalin —
mientras sus manos tejen
los cuatro signos de la URSS...
 Rojos estandartes
 puños en alto
 sobre la plaza de Moscú.
— Hay crisis en mis emociones, camaradas:
¡Soy un mexicano en la URSS!

El estalinismo de Mancisidor fue compartido por muchos intelectuales de izquierdas de la época. Como recapitula el historiador marxista Eric Hobsbawm (2003): “en aquellos tiempos la idea de Stalin entre los comunistas extranjeros era tan sincera, espontánea, universal y tan incontaminada de conocimiento como el dolor verdadero que la mayoría sentimos en 1953 a la muerte de un hombre” (131).

El narrador veracruzano fue un hombre muy querido por sus contemporáneos. El profesor José Berrios destaca su naturaleza compasiva hacia a los desposeídos. Miguel Bustos Cerecedo lo reconoce como un “padre espiritual”, e inserta, en su ensayo homenaje, un poema de Juan Rejano, titulado “El rostro de José Mancisidor” (Mancisidor 1978: 39, 288-292). El escritor republicano trasterrado Federico Álvarez comentó en conversación con Edith Negrín que Mancisidor “era un hombre muy bueno, uno de los más nobles que he conocido” (2010).

EL NARRADOR

La narrativa de José Mancisidor tiene un sello autobiográfico. Su familia, los movimientos sociales en los que combatió y sus viajes — siempre por razones políticas — constituyen la materia prima de sus textos.

Por citar algunos ejemplos, en la novela *En la rosa de los vientos* (1941), la voz narrativa relata el momento en que un obrero de una fábrica de puros — personaje inspirado en el padre del escritor — recibió la amenaza del desempleo si se negaba a contribuir con dinero para la construcción de una iglesia. El trabajador se mantuvo firme en su negativa, pero no perdió el empleo gracias al apoyo de sus compañeros, quienes lo nombraron lector, mientras que ellos se ocupaban en labores manuales (Mancisidor 1979). Por su parte, su madre, dedicada al hogar, inspiró la narración *Se llamaba Catalina* publicada en 1958 (Mancisidor 1978b).

Mancisidor ingresa a la historia de la literatura mexicana como novelista de la Revolución. La antología canónica de Antonio Castro Leal (1962) incluye dos de sus novelas, *En la rosa de los vientos* (1941) y *Frontera junto al mar* (1953). En esta última, recuerda sus experiencias durante la invasión norteamericana.

Por su actuación en las filas constitucionalistas, el veracruzano se sentía una voz autorizada para tratar el tema. En un texto de 1956 titulado "Mi deuda con Azuela", afirmó que si bien reconocía el papel fundador del jalisciense, su captación del movimiento social era incompleta: "no: la Revolución no había sido sólo hurto, rapiña y anarquía. Fue a veces esto, pero fue asimismo algo más" (Mancisidor 1980: 773).

En su intento de decir ese "algo más", el autor escribió su primera novela, *La asonada* (1931), que no lo dejó satisfecho. Más adelante escribió otra obra con una imagen más completa de la insurrección, *En la rosa de los vientos*.

Su segunda novela, *La ciudad roja* (1932), se inspira en un movimiento inquilinario, de orientación anarquista, que tuvo lugar en Veracruz en los veinte: es una de las primeras narraciones mexicanas de tendencia proletaria. Ostenta las características del realismo socialista, aún desde antes que la Unión Soviética adoptara esta orientación como oficial en 1934. El realismo socialista no fue acogido por los escritores veracruzanos como una imposición externa, lo aceptaron como una línea conveniente para expresar problemas que ellos habían detectado con anterioridad (Negrín 1994).

En *Nueva York revolucionario* (1935) relata su viaje a los Estados Unidos, como presidente de la LEAR, para asistir del Primer Congreso de Escritores Norteamericanos en Nueva York.

De los primeros textos literarios de José Mancisidor a sus obras de madurez se percibe un progreso estilístico. Pero su credo estético, que hizo explícito en diversos escritos y conferencias, sobre todo a partir de la década de los cuarenta, estaba ya más o menos delineado desde sus primeras novelas: ser "realista," es decir, mimetizar con veracidad episodios históricos, sin preocuparse mucho por las cuestiones formales. En la revista *Ruta*, se propugnaba una literatura comprometida con la sociedad, coincidente con lo que poco después sería el realismo socialista. La consagración de esta tendencia como la oficial del socialismo se votó en 1934 en el Primer Congreso de Escritores Soviéticos. Así consta en las actas del encuentro:

El realismo socialista, método básico de la literatura y la crítica literaria soviéticas, exige del artista una representación veraz, históricamente concreta de la realidad en su desarrollo revolucionario. Además, la verdad y la integridad histórica de la representación artística deben combinarse con la tarea de transformar ideológicamente y educar al hombre que trabaja dentro del espíritu del socialismo (Slo-nim 1974: 198).

Representar la realidad con calidad artística a través de una sola lente, la revolucionaria, y a la vez propugnar por una ideología lleva a la estudiosa Régine Robin, que ha profundizado en los debates del Congreso, a definir el realismo socialista como “una estética imposible” (1986).

Mancisidor jamás cuestionó la utilidad de la literatura como arma de concientización, lo cual lo condujo a un predominio de la ideología sobre la integración estética. Por esta preponderancia de las ideas sobre el argumento, el estudioso F. Rand Morton clasifica al veracruzano como “pensador-novelistas”, y comenta su gran inocencia (1949: 171-183). Por su parte, el escritor militante José Revueltas, desde una estética marxista más avanzada que la de Mancisidor, en 1946 emite un juicio lapidario y negativo sobre los textos del dirigente de la LEAR, los cuales agrupa con los de Jorge Ferretis y los de Gregorio López y Fuentes. Ellos se sienten obligados — afirma —, a que sus obras transcurran “dulcemente”, “como una enternecedora prédica moral”, pues miran al “pueblo” como un “dechado de virtudes”, un presupuesto falso. Así sus narraciones pertenecen a “un idealismo sentimental y finalista que no tiene nada en común con el realismo” (Revueltas 1983: 238-239).

Aun cuando Morton y Revueltas se refieren a las obras anteriores a *El alba en las simas*, sus argumentos me parecen aplicables a toda la narrativa, de Mancisidor, la cual adolece de las deficiencias inherentes a casi toda la literatura de tesis, superficialidad y maniqueísmo.

EL ALBA EN LAS SIMAS: GRINGOS CONTRA MEXICANOS

En *El alba en las simas*, la séptima de sus ocho novelas publicadas, José Mancisidor reitera su filiación realista socialista, tomando sus materiales de la realidad contemporánea y expresando sin reservas su intencionalidad política.

La novela relata una parte del proceso de la nacionalización del petróleo mexicano que había tenido lugar, como se ha dicho, quince años antes. El alba, el amanecer, la aurora y la madrugada son alusiones frecuentes en la literatura realista socialista y están por supuesto cargadas de ideología. El inicio de un día siempre connota la génesis de una era inédita, el nacimiento de una nueva sociedad; sugiere un futuro esperanzador. En este caso la aurora se refiere obviamente a la nacionalización del petróleo, que abre una nueva etapa para México. A su vez, las simas son cavidades profundas en la tierra, son las horadaciones en el terreno hechas por los buscadores del hidrocarburo. El título implica que el amanecer llega desde las dimensiones más profundas del territorio.

La novela ocupa 24 capítulos en 275 páginas, en la edición utilizada (1979), y ofrece diversos motivos de interés, por ejemplo, la intertextualidad del narrador, que intercala citas de autores clásicos con expresiones de cultura popular. Sin embargo, en las presentes notas me refiero sólo a los aspectos que esclarecen la visión del autor frente al proceso histórico.

En *El alba en las simas*, un narrador omnisciente se hace cargo del relato y alterna continuamente su perspectiva y sus reflexiones, como un ente desligado de la acción, con la adopción de la óptica de los diferentes personajes, a través del estilo indirecto libre. La red de personajes está entramada desde una concepción maniquea, sin ambigüedades ni fisuras.

Ya en su primera novela, *La asonada* (1931), el autor está preocupado por el mineral subterráneo. Incluye un pasaje en el que el narrador en primera persona cuenta que sus "camaradas" le han informado de los próximos trabajos de perforación en la zona cercana al río Coatzacoalcos, de la Huasteca Petroleum Company. Los habitantes de la región están contentos pues habrá de seguro salarios ele-

vados: “¡Es el sistema de conquista habilidosa de los pulpos de Wall Street!”. El personaje que describe está triste porque sabe lo que ha ocurrido en la zona norte de Veracruz:

El juego, el alcoholismo, la prostitución, los vicios más nefandos se enseñorearon en nuestra tierra — importados del otro lado del Bravo —, embotando las virtudes de los explotados, sin que nuestros altos funcionarios públicos ni nuestras humildes autoridades administrativas pudieran impedirlo, porque de hecho sólo campeaba en aquel lugar la poderosa voluntad de los grandes empleados yanquis, a cuyas órdenes militaban verdaderos ejércitos de guardias blancas sostenidos por el oro de Wall Street [...]

Y la tierra, la prolífica tierra nuestra antes exuberante en vegetación quedó mustia y agostada para siempre (1978b: 130).

El alba en las simas muestra, en el plano protagónico, un grupo de seres “negativos” cuyo común denominador es una ambición sin límites: Mr. Greene, gerente de la Tampico Petroleum Company; su secretaria, una eficiente y bellísima joven de origen cubano a quien decían Jenny aunque — aclara el narrador — se llamaba Juanita, la cual sirve de enlace entre el gringo y un inescrupuloso periodista conocido como Pedro el colombiano. Está también el director del periódico, en donde Pedro labora, don Ramiro del Monte.

Los tres primeros organizan un complot contra el gobierno mexicano que ha tomado partido por los trabajadores petroleros en huelga para obtener salarios más altos y mejores condiciones de trabajo. En un segundo plano, el conjunto se complementa con los gerentes de las restantes compañías petroleras extranjeras, un militar de la Revolución que se levantaría contra el gobierno, el general Alamillo y su representante legal. En un tercer plano, están algunas mujeres que Mr. Greene y Ramiro del Monte evocan, y un Mr. Cole que no aparece nunca pero que, por teléfono, desde Nueva York, comunica al gerente las órdenes de los directivos de la empresa.

El bloque positivo de personajes se centra en el primer mandatario de la República, a quien el narrador se refiere como “El Presiden-

te", sin decir nunca su nombre. Alrededor de la figura del mandatario se encuentran, en un segundo plano, un líder obrero (Gregorio Osuna), algunos miembros del parlamento (el diputado Gonzalo Ortega y el senador Gabriel Garzón), así como una mujer mayor (Gertrudis Sánchez) amiga de juventud del gobernante y protegida suya. En un tercer plano aparecen, una vez, un pintor y un poeta, a través de los cuales el narrador expresa sus concepciones sobre el arte. Otro personaje importante es un ente colectivo, "el pueblo", "la multitud".

Los personajes son estereotipados y simbólicos. Por ejemplo, Mr. Greene, cuyo apellido evoca el peyorativo "gringo", emblemata al imperialismo norteamericano en su aspecto más descarnadamente voraz. Por su parte, otro gerente, Mr. Campbell, funcionario de la Royal Ducht Schell, representa al imperialismo británico. Ramiro del Monte y Pedro el colombiano sintetizan las características de corrupción de cierta prensa nacional. Un personaje curioso es el de la sirvienta de Jenny, llamada Virgen del Rocío Celeste, cubana humilde, de raza negra quien, aunque cercana a los personajes imperialistas, tiene buenos sentimientos. Esta mujer del pueblo tiene claros valores morales y funciona en la trama para hacer evidente el racismo de Mr. Greene.

El Presidente del país, a su vez, simboliza el mejor México posible, junto con quienes están a su lado. Gregorio Osuna es un dirigente honesto, defensor de los trabajadores. La Sra. Sánchez, años atrás, había sido dueña de una imprenta chica y prestado su apoyo a los trabajadores que prepararon la Revolución de 1910.

Los personajes constantemente reflexionan, especulan, divagan y recuerdan. A través de estas disquisiciones y remembranzas, que con frecuencia asumen la forma de monólogos interiores, se trazan sus respectivas características y se da a conocer su pasado. Mr. Greene se concibe a sí mismo como un demócrata, pero concuerda con sus jefes estadounidenses en que las compañías petroleras deben negarse a elevar los salarios de los obreros como una cuestión de principios. Jenny deja ver su interés apasionado por joyas, ropa y perfumes. Ramiro del Monte trata de hacer que los intereses de su periódico,

llamado La Nación, concuerden con los de la nación mexicana. Virgen del Rocío Celeste evoca y canturrea canciones populares cubanas mientras sueña con un novio amoroso. En una escena aparece inclusive el presidente norteamericano, Franklin Delano Roosevelt, discurrendo sobre las dificultades de su gobierno, las tensiones con Wall Street y las compañías petroleras y, dentro del delicado equilibrio de su política internacional, la relación con México.

Los recuerdos del presidente mexicano apuntan a comprender sus opciones ideológicas y políticas en el contexto de una ojeada a la historia nacional. Joven, de origen humilde, empleado de una imprenta, había sido testigo de las injusticias de la dictadura de Porfirio Díaz; de cómo este gobierno se hacía cómplice de los capitalistas extranjeros, reprimiendo las huelgas de los trabajadores. Luego participó en la gestación del movimiento revolucionario de 1910, y fue ascendiendo en la carrera militar; y varios años después de instaurado el nuevo régimen, llegó a la presidencia.

Los objetos que aparecen en el texto son pocos y, como los personajes, tienen un carácter simbólico; por ejemplo, el teléfono. La novela se inicia, significativamente con una conversación telefónica entre el gerente de la Tampico Petroleum Company y el funcionario Mr. Cole que, desde Nueva York, le ordena resistir las exigencias de los obreros y el gobierno mexicano, no hacer concesiones ni aceptar ninguna negociación. La fragilidad de la línea telefónica certifica la dependencia del país subdesarrollado frente al imperialista.

CONVERSACIONES PRIVADAS, DISCURSOS PÚBLICOS

Los acontecimientos en la trama son escasos y reiterativos. En una sucesión temporal casi siempre hacia el futuro, cuya duración es de unos pocos días, los veinticuatro capítulos de la novela presentan una serie de escenas donde los personajes, en distintas combinaciones, platican o discuten. Mr. Greene conspira con Jenny en su oficina; ella confabula con Pedro el colombiano en diversos centros nocturnos; platica también con su sirvienta en la paz del hogar; Pedro intriga con Ramiro del Monte en el local del periódico y con los parlamentarios

mexicanos en un cabaret; el mismo periodista argumenta la conveniencia y los detalles de la insurrección militar para convencer al militar disidente y a su abogado; Pedro también urde la estrategia con Mr. Greene; el petrolero conjura con los gerentes de otras compañías.

A su vez, el Presidente platica con su amiga Gertrudis, conversa con Ramiro del Monte, polemiza con los representantes de las empresas, planea con el líder obrero quien, a su vez, se reúne a discutir con los trabajadores petroleros. En el momento culminante, la Expropiación y las pláticas privadas concluyen en una decidida arenga pública del Presidente frente a los ciudadanos.

Además de cavilar, las acciones principales de los personajes son, pues, reunirse, hablar y escuchar. Las restantes actividades son complementarias de éstas, unos y otros se transportan en auto o a pie hacia diversos sitios, casi siempre para dirigirse a una reunión; a veces bailan, comen o beben, pero sin dejar de conversar. En un momento especial, el Presidente y el líder obrero nadan al amanecer en un lago y luego desayunan, pero al mismo tiempo analizan la situación.

Los personajes negativos carecen de mutuo aprecio y desconfían unos de otros. Aunque se alían para confabular, sus relaciones se basan en el egoísmo y la conveniencia. Así, los gerentes de las compañías petroleras no vacilan en asesinar a Pedro el colombiano cuando éste ya no es de utilidad a sus propósitos. En contraposición, entre los personajes de signo positivo existen relaciones de cariño, lealtad y solidaridad.

Aunque se subraya la diferencia ideológica entre el narrador y algunos personajes, no existe una especificidad discursiva que caracterice a cada uno. Todos piensan o hablan en un lenguaje ampuloso y grandilocuente, a veces inclusive, un poco cursi para nuestra sensibilidad del siglo XXI. Cuando se trata de los "buenos", el narrador asume el punto de vista del personaje en cuestión, en total identificación con él o ella. Así, por citar un caso, el líder obrero Gregorio Osuna medita ante una masa de trabajadores, en forma idéntica a las reflexiones del narrador o del Presidente, cito:

Vio [Osuna], ante sí, los negros surtidores del petróleo y una densa niebla que se extendía como un mar oscuro, rasgado sobre el Ocaso,

por el aullido de una sirena que silbó, intempestivamente, cerca de allí. Como el leve susurro de las hojas que el viento fustiga y hace cantar, en el bosque, su pensamiento se agitó: “sólo así la vida tiene sentido en la medida que cada uno de los hombres cumple, durante ella, la misión que le han encomendado”... Pero la vida es corta... Y sin embargo, eterna: para él, — ¿qué era la vida para él? —, una generación... para ellos [los obreros reunidos]: todas las generaciones, y, con ellas, la eternidad (852).

Cuando se trata de los personajes nocivos, el narrador logra cierto distanciamiento irónico, sin que se introduzca una voz diferente. Por ejemplo, cuando sigue el hilo de pensamientos del disidente general Alamillo que planea su insurrección, comenta el narrador: “se paseó a zancadas de un lado a otro de la habitación, y pensó que al otro día todo se habría consumado... Y no dijo: *consumatum est*, porque ni se había consumado todavía ni él sabía lo que esto quería decir”(848).

Con su comentario, queda clara la posición superior del narrador. Cuando él mismo o los personajes utilizan palabras o frases en otros idiomas, con frecuencia en inglés, los vocablos no sólo están impresos en cursivas, sino que el omnisciente pone una nota al pie de página con la correspondiente traducción al español.

La indiferenciación discursiva, el totalitarismo de la voz del narrador omnisciente y su necesidad de imponer una lectura hacen que *El alba en las simas* sea, como casi todas las obras del realismo socialista, una novela monológica.

A través tanto del discurso del Presidente como del suyo propio, por medio, asimismo, del funcionamiento de la red de personajes, el narrador esboza su sistema de valores. Por una parte, bajo el rubro implícito de lo mexicano, o “nosotros” o “lo nuestro”, las palabras clave de la positividad son: nación, patria, soberanía, independencia, libertad y pueblo. A este grupo se opone la articulación que podría ubicarse como “de los otros”; estos tienen que ver con el capitalismo explotador y, aunque se mencionan varios países capitalistas, el centro simbólico es la ciudad de Nueva York, más específicamente, por Wall Street, de la que dice el narrador:

Allí donde los reyes — el del hierro, el del cobre, el del acero, el del petróleo — con sus monarquías improvisadas, imponían la política del *big stick* y todo lo que en el turbio barajar de los intereses económicos sobre los cuales se asentaba su poder, juzgaban indispensable a fin de dar emoción a su juego: provocaban los *cracks* en el mercado internacional; dirigían las invasiones armadas en los países tropicales; azuzaban los diarios linchamientos de los negros; contrataban esquiroles y reprimían, por medios inconfesables, las huelgas de los trabajadores blancos (540).

Entre “los otros” se incluye a los mexicanos o latinoamericanos que se alían con los capitalistas, y que se vinculan siempre con palabras en otros idiomas. Así por ejemplo, Jenny está siempre asociada a productos de consumo extranjeros: perfume *Crépe de Chine* (549) o ropa de la *High Life* (608).

Y el terreno en que se da el enfrentamiento entre “nosotros” y “los otros”, entre tener una patria o hipotecarla, entre la soberanía nacional y la dependencia, es justamente la explotación del petróleo. Recordemos que alguna edición de la novela apareció con el título de *Nuestro petróleo*.

La trama inserta las palabras del Presidente de México en las horas anteriores a la Expropiación, cuando las empresas se negaron a obedecer el mandato de la Suprema Corte de la Nación, que otorgaba la razón a los trabajadores. El gobernante emitió entonces una amenaza:

Nos queda, en última instancia, un supremo recurso: si el petróleo constituye un obstáculo para nuestra independencia, suprimiremos ese obstáculo incendiando, si es preciso, los yacimientos petroleros (628).

La narración culmina con fragmentos del discurso nacionalizador del petróleo, emitido el 18 de marzo de 1938. El capítulo XXIV ofrece un montaje de estas citas con planos anteriores a la emisión de la arenga. Se habla de la posible rebelión de un “general Alamillo”. Se

introducen las reflexiones del gobernante, esa misma mañana del 18, y se describe a una supuesta multitud que escucha y reacciona: “allí, a sus pies, el pueblo se arremolinaba y levantaba, con gesto desafiante, sus brazos al infinito. Sus gritos formaban uno solo, prepotente grito, que estallaba en las gargantas socarradas” (865).

El discurso que Lázaro Cárdenas dirigió al pueblo, explicando las razones de la Expropiación, fue transmitido por todas las radiodifusoras a las 10 de la noche (Meyer 2009: 194; Villegas Moreno 1988: 203). Las palabras del presidente “fueron escuchadas por millares de obreros agrupados en torno a sus radios”, cuenta Fernando Benítez (1980: 145). Pero la novela sugiere que el Presidente habló frente a la multitud a la luz del día para enfatizar el simbólico amanecer histórico, en el párrafo final las imágenes de luminosidad se reiteran:

El Presidente se pasó la mano por los ojos deslumbrados por el sol [...] sobre el fondo gris de la ciudad. La serranía se había llenado de luz. De una luz fuerte, alucinante, de tonos verde, oro y azul [...] El rumor de la multitud se hizo un murmullo... un arrullo... un aliento... Y de repente, el resplandor del alba alumbró las simas de la vida de las que ascendieron, en tibias olas fugitivas, el perfume, la flor, el canto, el verbo.

— No hay porvenir más que para el pueblo... y, con el verbo, la verdad (872).

Ciertamente, el desborde de las masas en desfiles, mítines y diversas manifestaciones de apoyo al Presidente, muy bien registradas por la abundante iconografía de la época, permite imaginar una escena como la presentada.

LA NOVELA, LA IZQUIERDA, EL CARDENISMO

Inmediatamente después de la nacionalización del petróleo, la revista *Hoy* entrevistó a José Mancisidor acerca de la legalidad de la acción presidencial. El escritor huasteco expresó el mismo sentir que la novela dramatizaría quince años después:

La actitud del señor Presidente de la República, frente a la rebeldía de las compañías petroleras, bastaría por sí sola para perpetuar su nombre a través del tiempo [...] Claro que la historia produce a sus hombres, pero no olvidemos que los hombres, también son propulsores de la historia. Y este es el caso, para ser justos, del actual Presidente de la República. Es por eso que, quienes amamos a México, estamos sin reservas con él (Mancisidor 1938).

No obstante que los protagonistas de *El alba en las simas* son ficticios, la trama se ajusta con precisión a muchos hechos de la historia extratextual, como la huelga obrera, la decisión de la Suprema Corte de Justicia, la terquedad de las compañías petroleras, el conato de levantamiento militar de un Alamillo, inspirado en el general Saturnino Cedillo. Y, por supuesto, la decisión final del Presidente.

Si bien en la novela no se dice nunca el nombre del primer mandatario, es evidente que se trata de un personaje trazado sobre el modelo de Lázaro Cárdenas. Hay claros indicios, por ejemplo, los campesinos lo tutean y lo llaman "Tata". Se informa que en sus giras:

el Presidente parecía dotado de cien vidas. Dormía en el campo, sobre la dura tierra y bajo el ancho cielo como en sus noches de campesino [...] Comparecía ante los pueblos y hacía renacer, en los indios, calladas esperanzas. Dialogaba, compartía el pan y la sal con ellos (619).

Se describen igualmente acciones que eran frecuentes en la vida cotidiana del gobernante, y ampliamente divulgadas, como nadar en un lago.

La visión del narrador de *El alba en las simas* coincide absolutamente con la versión cardenista de la historia, que ha sido expuesta por actores de la nacionalización como, por ejemplo, Jesús Silva Herzog (1981, 2010), o por reconstrucciones acuciosas, como la de Fernando Benítez (1980).

No obstante, Mancisidor, a través de la voz narrativa de la novela, incurre en una contradicción fundamental, con su credo marxista.

Aunque insiste, en su discurso consciente, en que el agente de la historia es el pueblo, la dinámica textual no responde a este postulado. Como fue evidente en la descripción sintética de las acciones de los personajes, la historia — para él — parece ser una sucesión de conspiraciones cupulares. La multitud aparece solamente dos veces, una prestando atención al líder obrero y otra, hacia el final de la narración, escuchando al Presidente, cuando éste da lectura al decreto de la nacionalización del mineral. En una plática previa con el líder Osuna, el Presidente afirma que el futuro del país depende de él y sus decisiones, y el narrador está tácitamente de acuerdo. Osuna pregunta acerca de lo que haría la nación si el petróleo fuera expropiado y el presidente reflexiona: “¿Qué haría la nación?... como si la nación tuviera que decidir acerca de un asunto cuya responsabilidad recaía, íntegramente, sobre su gobierno y sobre él” (727).

A pesar de que las masas populares habían hecho notar su presencia en la vida nacional en 1910, y más adelante justamente durante el régimen cardenista, el autor de *El alba en las simas* parece creer que, como en la clásica novela de Martín Luis Guzmán, todo ocurría a la sombra del caudillo. Así, lamentablemente, la novela apenas capta la dimensión épica que el episodio histórico tuvo.

LOS QUE VIVEN POR SUS MANOS.
BRECHA EN LA ROCA (1955) DE HÉCTOR RAÚL ALMANZA

CON LOS TRABAJADORES Y LOS MARGINADOS

Nacido en San Luis Potosí en 1912, Héctor Raúl Almanza no fue un escritor profesional. Desde muy joven tuvo la posibilidad de viajar por el mundo con su familia, estudió el bachillerato en Bruselas y la carrera de Derecho en la UNAM. Durante un periodo ejerció la abogacía y a partir de 1955 ingresó al servicio diplomático mexicano; fue también docente universitario y colaborador en publicaciones como *Letras Potosinas* y *Siempre!... (DEM)*.

En forma paralela a sus actividades, Almanza publicó varias novelas sobre los trabajadores y los marginados, los humillados y ofendidos del siglo xx mexicano. Así, por citar algunas, *Huelga Blanca* (1950) describe los problemas de los braceros en los campos de algodón. *Candelaria de los Patos* (1952) narra el desamparo de los habitantes de las zonas pobres urbanas. Y *Pesca brava* (1960) se centra en la industria pesquera — Helen Louise Rapp (1957) comenta brevemente las novelas del autor —. Su interés en los obreros se imbrica con su nacionalismo, pues conoce bien la participación del capital extranjero en la vida del país.

Brecha en la roca, su tercera novela, al igual que *El alba en las simas*, se refiere a la Expropiación petrolera, y al igual que la obra de Mancisidor, fue escrita en 1953 y publicada en 1955. Ambas narraciones se inscriben en la tradición decimonónica realista, aunque desde los cuarenta, había ya en la literatura mexicana obras que experimentaban con las innovaciones estilísticas occidentales, como prueba la publicación, el mismo 1955, de la magistral *Pedro Páramo*.

Si bien mucho menos atendida por la crítica que la obra del dirigente de la LEAR, *Brecha en la roca* no sólo ofrece un sensible panora-

ma de las condiciones de vida cotidiana de los obreros del petróleo, sino un valioso registro de los inicios de su organización sindical.

Más adelante, en su novela *Detrás del espejo* (1962), donde indaga el significado el movimiento revolucionario de 1910 y su evolución, Almanza ensaya procedimientos narrativos más avanzados, que asocian esta obra con *La muerte de Artemio Cruz*, de Carlos Fuentes, publicada el mismo año (*DEM*). Está por hacerse una relectura y revaloración, desde el presente siglo, de la obra de Héctor Raúl Almanza. En un artículo relativamente reciente, la crítica de arte Raquel Tibol (2011) elogia *Brecha en la roca* y sostiene que tendría que estar en las bibliotecas de aula en el país.

LA NOVELA: EL NARRADOR Y LOS PERSONAJES

En la advertencia preliminar a la única edición, de 1955, el autor afirma: los “acontecimientos básicos de esta novela son rigurosamente verídicos, pero los hechos particulares sólo son ciertos en cuanto a que sucedieron en forma aislada e inconexa a hombres y mujeres que vivían en las zonas petroleras antes de la expropiación” (Almanza 1955: 11).¹ Afirma que su propósito fue “condensar la epopeya de nuestra lucha por la independencia económica”. Y aclara que menciona en la novela, como un personaje secundario, a un luchador sindical petrolero con su nombre real: Eduardo Soto Innes.

Brecha en la roca está repartida en 36 capítulos que abarcan 380 páginas. El narrador, en tercera persona, es una conciencia distanciada pero empática que trata de comprender el punto de vista de los proletarios; es el omnisciente, típico del realismo decimonónico. Reitero que el autor asume también la tradición de las obras de denuncia latinoamericanas. Así, ofrece un panorama de personajes positivos, los obreros, con quienes simpatiza, frente a los negativos, los empresarios, con frecuencia, extranjeros. El narrador no pierde opor-

¹ Se utilizó la única edición de *Brecha en la roca*, publicada por la editorial Obregón S.A. en 1955. En adelante sólo se cita la página.

tunidad de hacer explícitas sus ideas para completar la trama, situada en Ébano, San Luis Potosí, en la década de los treinta.

Los extranjeros que dirigen la compañía ocupan una menor cantidad de páginas en la novela, y el narrador no está interesado en comprenderlos.

El primer capítulo, "Regreso", describe a un grupo de obreros del petróleo que vuelven a sus casas luego de un día de intensa labor. Con agilidad, el narrador presenta, a través de sus descripciones y las voces de los personajes, la problemática que se va a desarrollar en la novela, desde las condiciones del entorno geográfico hasta la situación de injusticia social. Los trabajadores transitan por un camino difícil, la naturaleza es hostil:

Agua y sudor les corría por el rostro y el esfuerzo de la marcha agitaba su respiración. Noche tórrida de verano. De lado y lado la maleza exuberante surcada por senderos mal despejados que constantemente había que desbrozar. La lluvia tibia no refrescaba el bochorno denso de oscuridad del trópico. El fango se había tornado tan blando y pegajoso que, para no perder el calzado, se habían enrollado gruesas cuerdas desde la suela hasta arriba de las rodillas (13).

Se explica que, cuando no llovía, los trabajadores regresaban en un vehículo, pero en temporada de lluvias, los caminos se tornaban intransitables y había que hacer el regreso a pie. Se relata que los hombres "habían laborado cerca de doce horas: jornada de sol a sol" (17).

De la red de personajes, el hilo conductor de la trama es un obrero del petróleo, Arturo Gómez. Muy joven al inicio del relato, padre de un recién nacido hacia el final, Gómez aglutina a los demás hombres y mujeres. Representativo del proletariado, bueno por antonomasia, a pesar de ocasionales debilidades, su conducta expresa la definición de valores del narrador y, en última instancia, del autor.

Arturo Gómez aún a su juventud, diecinueve años, una condición de extrema "macilencia" que compensa con su talento. Los demás se burlan de él, llamándolo "mocoso" ignorante, pero al mismo

tiempo lo compadecen pues saben lo que le espera, “un obrero mexicano, un peón, no goza de ningún derecho” (13, 15).

Los nombres de los trabajadores, Juan Mora, Manuel Guerrero, Luis Zúñiga y Ernesto Castro van a aparecer constantemente en los acontecimientos posteriores. Destacan Mora que ejerce un indudable liderazgo y recibe el respeto de sus compañeros, y Manuel Guerrero, quien trata de disimular, sin lograrlo, su enfermedad palúdica.

La relación entre los trabajadores, de una franqueza verbal casi agresiva, es, básicamente, de solidaridad. Cuando Guerrero sufre el ataque de paludismo, tratan de ayudarlo sin hacer que se sienta humillado.

La vista de las luces del campamento donde viven los extranjeros, “en la cumbre del cerro Chapultepec”, suscita el comentario resentido de uno de los petroleros, “Los hijos de... Doheny”, y permite al narrador explayarse sobre el más importante de los personajes negativos:

Edward L. Doheny, aventurero yanqui venido al país allá por el novecientos, había residido algún tiempo en las casas del campamento. Hoy, convertido en magnate, beneficiario de importantes concesiones oficiales en su país, había traspasado al monopolio petrolero esas primeras posesiones que habían originado su riqueza. Los trabajadores viejos habían conocido al aventurero y soportado su despótica paternidad cuando encauzaba los pasos la empresa cuyos tentáculos alcanzan ahora lejanas regiones del país y aún se extienden a Sudamérica (16).

Actúa en la trama un tercer tipo de personajes negativos, los mexicanos traidores. El caso paradigmático, no el único, que aparece con su nombre real en la novela es el dirigente de guardias blancas Manuel Peláez. Éste había sido un cabecilla en la etapa del cuartelazo huertista, y fue contratado por las compañías petroleras en la Huasteca para proteger sus intereses: “Manuel Peláez dominó por más de cinco años la región petrolera, bajo su amparo y tutela los extranjeros desposeían a los propietarios indígenas, sin el menor asomo de escrúpulos” (21).

También pertenecen a los mexicanos desleales aquéllos que ocupan puestos administrativos en las compañías o laboran como vigilantes de los demás trabajadores, aquéllos que se solidarizan con los patrones. Por citar un caso, Jacobo Valdés, jefe de capataces que había sido guardia blanco en tiempos pasados, piensa que los obreros se habían vuelto "levantiscos":

sobre todo desde hacía unos tres o cuatro años a la fecha: desde que el jefe de las armas en la región norte de Veracruz había ordenado la disolución de las guardias blancas, tan indispensables para manejar a esta gente indisciplinada. Es cierto que tal disolución había sido más virtual que efectiva. Hoy que aquel militar había dejado el mando de la región, las guardias blancas se habían reorganizado y actuaban con mayor energía que antes [...] Aun el mismo sindicato, con todas las facultades y los derechos de que se hallaba investido, tropezaba con innumerables escollos para mantener la disciplina (35-36).

En el presente de la trama, el joven Arturo, nacido en 1914, vive con su madre, que va a ser una figura central en la lucha sindicalista. Doña Teresa Iriarte viuda de Gómez había padecido una emboscada de los guardias blancos de la Huasteca Petroleum Company en la región de Cerro Azul. En ese ataque, cuyo objetivo era quitarle a la familia las propiedades que se negaba a vender, murieron su esposo, tres de sus hijos y su yerno. Los hombres de la familia se dirigían a vengar la violación de la única hija de Teresa y su esposo, consumada por dos norteamericanos y un guardia blanco, cuando les tendieron una celada en la selva donde los asesinaron. Ellos alcanzaron a matar a uno de los gringos. La muchacha, embarazada, falleció después. Ocurrieron estos hechos "en la tercera década del siglo, después de que el bandolero Peláez había desaparecido, terminada la etapa virulenta de la Revolución y agotados, al decir de yanquis e ingleses los mantos aceitíferos de las parcelas antes adquiridas" (22).

Como otros vecinos de la región, Teresa y su hijo fueron despojados de su familia y su propiedad, víctimas de la competencia voraz entre la Huasteca Petroleum Company y la británica El Águila por

adquirir más tierras, para lo cual contaban con la complicidad de notarios mexicanos. La viuda permitió a la compañía quedarse con el rancho por muy poco dinero, y dejó la región para establecerse en Ébano. Ahí, ella abrió un próspero puesto de comida para los trabajadores. A su vez, Arturo, dejó sus estudios en Tampico para apoyar a su madre, “se enganchó al servicio de la compañía que había asesinado a los suyos” (30).

La caminata de los trabajadores finaliza con la llegada de Arturo al puesto de su madre.

LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS

Desde el capítulo inicial se ofrecen indicios de las condiciones de trabajo y vida cotidiana de los empleados de la Huasteca. Los restantes apartados amplían y pormenorizan reiteradamente la información, mediante el seguimiento de los mencionados personajes y otros muchos, a través de diversos acontecimientos.

A la vista del campamento de los extranjeros, percibido como un “conjunto luminoso” (15) se opone, desde el principio, la apariencia miserable de las viviendas obreras: “Aparecieron las primeras casas del pueblo: hileras de cuartos pegados unos a otros en largas series de diez o doce que los hombres llaman chirriones. En cada cuartucho incómodo, sin higiene y sin ventilación, se aprieta una familia entera” (18).

No obstante, queda clara la voluntad de algunos trabajadores de hacer un hogar de su “cuchitril” (19):

El cuartucho donde se alojaban Arturo y su madre ofrecía un aspecto excepcional comparado con los vecinos. Siempre se veía escrupulosamente limpio y ordenado. Dos catres estrechos y casi pegados dejaban poco espacio en donde moverse. En varias repisas colgadas de las paredes se alineaban diversos objetos que acusaban el pasado bienestar de sus propietarios (19).

A la agresión continua del clima sofocante se agrega la escasez de agua, que se bombeaba desde una planta junto al río Pánuco: “tres o

cuatro grifos distribuidos entre la estación y el cuartel, surtían a más de tres mil almas. Las veinte o treinta familias de americanos, en cambio, contaban con agua corriente en cada una de sus cabañas" (72), contaban incluso con albercas.

En cuanto a las condiciones laborales, además de mencionar el agotamiento físico de los obreros y el hecho de que estaban hambrientos, se muestra cómo las compañías querían controlar incluso la vida espiritual de sus empleados. Queda clara, en palabras del narrador, la connivencia entre los capitalistas y el clero:

En el centro del poblado se alza la iglesia [...] Obligados por la empresa, los obreros han construido gratuitamente ese templo después de las horas de trabajo ordinario. Enfrente de él se extiende una plaza tan sucia y descuidada que parece un muladar. Todas las mañanas, antes de partir al trabajo [...] los hombres tenían obligación de acudir a la iglesia para persignarse. Si faltaban al ritual, los capataces les descontaban la jornada. Se les imponía, además, el deber de confesarse una vez al mes (18-19).

Hay múltiples anécdotas que dejan ver no sólo la explotación sino las humillaciones y arbitrariedades sufridas a diario por los trabajadores a manos de los extranjeros y de los capataces nacionales que los apoyan.

Las narraciones escritas por mexicanos hasta ahora revisadas describen los daños que la exploración y explotación del subsuelo, por compañías extranjeras, producen en los pueblos; la aniquilación de la naturaleza, el despojo de las propiedades, la corrupción de los gobiernos locales, el envilecimiento de los valores comunitarios. *Brecha en la roca* toca asimismo esta problemática, pero además, como ninguna de las novelas anteriores, se centra en las tareas de extracción e industrialización del petróleo, y en la organización laboral, desde la óptica de los trabajadores.

Siempre siguiendo la trayectoria de Arturo Gómez, apasionado de su faena, aun cuando se tratara de barrenar, el narrador describe los pasos iniciales de la búsqueda del mineral:

En pocos días se había levantado el faro de *perforación*. Ahora trepidaba y crujía el barreno que se hundía en la entraña. Durante los primeros metros se había deslizado con tropiezo. Atravesaba capas de blanda arcilla negruzca y frangibles terrones calizos. De pronto los dientes resbalaron y el esfuerzo se multiplicó sin que la perforación avanzara. El barreno había topado con la resistencia de los mantos rocosos (60).

Arturo admiraba y envidiaba al ayudante de perforación, conocido como “*monkey*” o “*chango*”, que llevaba a cabo una tarea muy riesgosa, si no la más importante. Contemplaba a “ese hombre que, situado a más de veinte metros, en la mitad de la torre, unía con habilidad y rapidez los tubos” (58).

Aunque en realidad, la función que más ambicionaba el apasionado joven era la de “perforador”. Aquél que “ordenaba las diversas maniobras, vigilaba la presión de los manómetros, conocía las diferentes capas de tierra y calculaba las proporciones de mezcla en los lodos para cimentar la tubería y para contener oportunamente la salida del aceite, permanecía en el piso del faro” (59-60).

Pero el obrero sabe que no había ni que pensar en desempeñar esa labor: “ningún mexicano llegaba a perforador ni a *chango* ni a maquinista ni a nada que implicase responsabilidad y buenos salarios. Prebendas tales quedaban reservadas a los extranjeros” (61).

Además de vivir en habitaciones miserables y trabajar hasta el agotamiento, los obreros mexicanos eran víctimas de castigos injustificados por parte de los patrones. Carecían de servicios de salud, por ejemplo, la política de la empresa frente al paludismo que aquejaba a muchos, oscilaba entre negarles la quinina y descontarles el día de trabajo en casos de crisis, y venderles el remedio a precios altísimos (3-44).

¿QUÉ HACER?: LA ORGANIZACIÓN SINDICAL

En el capítulo VI, “Inquietudes populares”, se plantea por primera vez la necesidad de una organización gremial verdaderamente representativa de los obreros, dado que “las condiciones de trabajo y el

trato recibido se volvían más intolerables día a día” (73). De hecho, “sindicatos los había en todos los campamentos petroleros del país. Pero no sólo en nada beneficiaban a los trabajadores, sino constituían elementos de opresión en manos de las empresas” (70). A Ébano llega la noticia de que un obrero del campamento de Mata Redonda había enviado un emisario para insistir en la urgencia de construir asociaciones propias. El obrero era Eduardo Soto Innes, el luchador mencionado por Almanza en el prólogo.

Se recuerdan anteriores intentos organizativos fallidos. Por ejemplo, en 1921, 12 o 13 años antes del presente de la trama, los abusos de un guardia blanco, Juan de Dios de los Santos, habían forzado a los trabajadores a unirse para exigir su destitución. Era un inicio, pero “los guías no supieron aprovechar el impulso de la masa porque aún faltaba unidad y conciencia” (71) explica, con conocimiento de causa, la voz del narrador. La empresa despidió al guardia y el movimiento en ciernes quedó sofocado. Algún sindicato había sido creado, incluso, por la propia compañía.

En el presente narrativo existía en Ébano una sección sindical que, pese a su origen, defendía los intereses empresariales. Ahora había mejores posibilidades porque acababa de salir una Ley del Trabajo, con garantías para los trabajadores (72).

Un trabajador “mustrero” — que toma muestras de barro y las analiza para ver si en el terreno hay petróleo — propone reunir a “la raza” para desconocer a los actuales líderes gremiales y solicitar el reconocimiento de un nuevo Comité Director (74). Los obreros podrían amenazar incluso con la huelga. El dirigente natural de la región, Juan Mora, sería el más indicado para iniciar la revuelta.

Estos preámbulos de la organización coincidieron con un empeoramiento de la precaria sobrevivencia de los trabajadores debido a un accidente natural, un ciclón — probablemente el mismo de que habla Mauricio Magdaleno — que había aislado a la población de Ébano:

Los rumores, sin confirmación oficial llegados de Tampico, traían noticias espeluznantes. Se hablaba de familias enteras privadas de hogar; de hombres decapitados por láminas que volaban arrastradas

al capricho del viento; de niños y mujeres levantados en vilo y azotados contra un muro o un poste, de hambre; y de frío.

La comunicación entre San Luis Potosí y el puerto sobre el Pánuco quedaba interrumpida (770).

Se inicia una larga etapa de lucha. Cada paso se va señalando con la relación de múltiples anécdotas: asambleas, conjuras, murmuraciones, huelgas, actos heroicos y sacrificios por parte de la mayoría de los trabajadores; sin que faltaran las deslealtades. Se narran casos de amenazas, crueldades, violencia, asesinatos y sabotajes para culpar a los obreros, ejecutados por los empresarios con el apoyo de los traidores y los gobernantes locales.

En el proceso de vincular la existencia propia con la contienda colectiva jugaron un papel importante muchos individuos, entre ellos, por supuesto, Arturo Gómez y, muy especialmente, su madre que, con ayuda de su apariencia de anciana, resultó una excelente conspiradora.

La primera labor de los obreros de Ébano fue ponerse en contacto con los de otros campamentos y, más adelante, con trabajadores de la capital para aglutinarse en la acción política. Afirma Soto Innes: “Debemos obrar todos al mismo tiempo. Que nuestro movimiento sea simultáneo aquí, allá, en México, en Cerro Azul y si fuera posible, hasta en el Sur” (124). Más adelante empezó a circular el rumor “desde Tampico hasta Coatzacoalcos, de la creación de un sindicato único que abrazaría todas las ramas de la industria” (211).

Un día, a su regreso de la capital, Juan Mora informó que: se había fundado, después de no pocas dificultades y numerosas oposiciones de algunos delegados, el Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana. No quedaba más trámite formal que el de registrarlo ante el Departamento del Trabajo, una vez que las Asambleas locales hubiesen votado su adhesión (241).

Mora explica asimismo que los petroleros habían contado con el apoyo decidido de los obreros ferroviarios. Ahora les tocaba, como

en cada campamento, reunirse para "aprobar la constitución del sindicato unificado, solicitar la adhesión de Ébano".

En cada campamento y en las relaciones entre ellos, cada fase organizativa enfrentó dificultades. Los convencidos de la integración, como el obrero Samuel Velasco, explicaban a sus compañeros: "Ahora se nos ofrece la oportunidad de unificar la industria. Nuestra fuerza en esas condiciones se multiplicará [...] no creo que la independencia se pierda; pero si en algo se nos llegara a disminuir, ganamos en cambio mil veces en fuerza frente a las empresas" (246).

Cada una de las etapas organizativas que se llevaron a cabo antes de la Expropiación petrolera está ejemplificada en la novela. Las transmisiones radiofónicas juegan un papel fundamental en comunicar a todas las regiones entre sí y enlazarlas con las instancias gubernamentales. Por ejemplo, en el puesto de comida de la madre de Arturo, los obreros en huelga escuchan a diario una radio conectada clandestinamente. El narrador, al describir la transmisión, vincula la situación local con la nacional y, en cuanto al exterior, con la Guerra Civil española:

Una noche, igual que muchas otras, oían un programa sentimental saturado de embrutecedores anuncios comerciales y salpicado de canciones cursis [...] Acababan de dar las nueve. "La hora lánguida" había terminado; el amplificador se desgañitaba pregonando las excelencias de una medicina americana, preparada con bicarbonato y menta. Al terminar, la voz anunció las noticias del día, El locutor con una suficiencia un poco protectora las peripecias de los primeros encuentros entre leales y facciosos en España [...] hombres lejanos, casi irreales que luchaban contra la agresión de unos milites traidores al pueblo y a la patria.

De pronto, la voz transmitió con acento gangoso: "México. La huelga que desde hace seis meses ha paralizado las labores de explotación del campo petrolero de Ébano, San Luis Potosí, ha terminado esta mañana, con la resolución dictada por la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje. La empresa ha manifestado su anuencia en acatar el laudo. Desde mañana se reanudarán los trabajos ordinarios" (327).

Con este avance, no obstante que “el aumento de salarios había sido muy pequeño, las condiciones de vida de los obreros empezaban a humanizarse”, habría una red para distribuirles el agua, se construiría una nueva colonia y “la empresa había contratado los servicios de tres médicos para atender gratuitamente a los trabajadores y a sus familiares” (330).

En el clima emocional optimista producido por la resolución de la Junta, el protagonista Arturo Gómez, que había padecido una serie de avatares amorosos, decide casarse y recibe la ayuda de la comunidad para construir su vivienda en el naciente condominio: “una ciudad nueva surgía en aquellas soledades”, la actividad hacía “florecer la vida inteligente en medio de un páramo inhabitado” (333).

Cuando entre todos terminaron la morada de Arturo, los obreros sienten que en ella “cristalizaban los esfuerzos y los sacrificios de los que aún vivían y de muchos que habían muerto”. La emoción colectiva se manifiesta cuando los petroleros reunidos junto a la construcción entonan el himno nacional (332-334).

Pronto se plantea una nueva huelga, ahora con carácter nacional, para que el Sindicato (STPRM), que ya contaba con dos años de existencia, estableciera con todas las empresas petroleras del país “un nuevo contrato colectivo que sea obligatorio y parejo en toda la industria” (347).

En la trama, la huelga petrolera se inicia el 28 de mayo, con un impacto “terrible” para la economía y las actividades de la nación (349). Si bien las compañías extranjeras contaban con la colaboración de muchos diarios que “hablaban en desplegados enteros de la voracidad de los obreros, de su egoísmo estrecho”, los huelguistas tenían el amparo del Presidente de la República.

Se explica que “unos afirmaban” que el gobierno apoyaría a las empresas. Pero “otros sostenían que el decidido apoyo que el Presidente había demostrado a los trabajadores, su acendrada política revolucionaria y progresista constituían prendas que habrían de garantizar el interés que tomaría en favor de las clases laborantes” (353).

Arturo se casa con Carmen, ella queda encinta y pierde al niño. Él queda herido por una maniobra patronal y es enviado a trabajar

en un campamento lejano. Pero ambos salen adelante, hacia el final de 1937, durante un gélido invierno, la pareja espera de nuevo un hijo y, como el resto de la población, sigue atenta a las noticias de la capital, relativas a las negociaciones de las empresas con el gobierno.

El 18 de marzo de 1938, Carmen entra en trabajo de parto. En una escena simultánea, en otra parte, un trabajador anuncia: "¡Vengan pronto al café de doña Tere! ¡Cárdenas está hablando por radio!". El nombre del gobernante se revela casi hacia el fin de la trama. Se insertan tres fragmentos del discurso presidencial, entreverados con la descripción de los obreros radioescuchas. De pronto, entró un trabajador e "interrumpiendo irrespetuosamente el discurso del Primer mandatario", informó: "— ¡Ya Carmen tuvo el niño!". Todos continuaban concentrados en el discurso, súbitamente Juan Mora comprendió el significado de las palabras de Cárdenas y gritó: "¡Viva! El petróleo *vuelve* a ser nuestro". Entonces, "presa de un delirio frenético, los obreros se lanzaron a la calle" (378-379).

En la última escena, Juan Mora entra a la casa de Arturo Gómez, "se echó en brazos del joven padre; y repitió: — ¡El petróleo es nuestro! ¡Ahora sí serás perforador!" (380).

EL ESCRITOR COMPROMETIDO

Sin duda Héctor Raúl Almanza, siempre empeñado en la denuncia de las injusticias que padecen los desposeídos mexicanos, coincide, en este texto de los cincuenta, con la visión cardenista de la nacionalización petrolera. Hace explícitas sus ideas sobre la Expropiación, ya sea a través del narrador o de los personajes positivos, en un lenguaje familiarizado con términos como "las masas", "camaradas", "proletariado" y "clase social".

Ciertamente el lenguaje más o menos marxista no era nuevo en la cultura nacional. Ya desde 1934, el Estado decidió que la educación iba a ser socialista, aunque la idea de socialismo era bastante confusa. La cercanía del socialista Vicente Lombardo y el dignatario michoacano dejó indudablemente sus huellas en el lenguaje del gobierno. Y la colaboración de los comunistas con el presidente debe haber influido

también en la terminología oficial. Ser marxista en la época de Cárdenas era casi obligado, explica Arnaldo Córdova (1989: 147-148).

Más allá del lenguaje expreso, Almanza deja ver su posición ideológica a través de la dinámica propiamente literaria: la trama está organizada como una muy completa ejemplificación en la vida cotidiana de los trabajadores en cada fase de la historia de la Expropiación, con claros indicios de la circunstancia.

Asimismo, el tratamiento de los personajes es parcial y maniqueo. Los obreros en su mayoría — aunque, reitero, siempre existen unos cuantos desleales — guían su existencia por una moral superior. Como ya se ha visto, practican la solidaridad, la compasión y el amor al trabajo. Ocasionalmente son capaces de experimentar sentimientos crueles, como cuando expresan sus propósitos de desnudar, bañar en chapopote y emplumar a los traidores, pero no cometen estos actos, lo más lejos que llegan es a golpear a alguno (309, 318).

Arturo Gómez, Juan Mora y Eduardo Soto Innes son personajes paradigmáticos de los obreros del petróleo. El primero padece diversos avatares amorosos, dudas, indecisiones, pero siempre finaliza asumiendo la opción correcta.

El autor se inclina por un trazo más completo de los personajes femeninos que otros escritores de su generación, aunque su visión es un tanto idealizada. El paradigma de las mujeres proletarias como sujetos independientes es la madre de Arturo, doña Teresa Iriarte viuda de Gómez. Ella, en diversas escenas, da prueba de gran entereza de carácter, por ejemplo, para enfrentarse con los clientes agresivos en su local.

Teresita, como se le nombra con frecuencia, además de comprometerse a fondo en la lucha sindical, lleva a cabo una lucha cotidiana contra el machismo. Sabia mujer mayor, protege de las agresiones masculinas a las jóvenes ayudantes en su puesto e impone a toda la comunidad obrera respeto para una de ellas que atraviesa por problemas. Carmen, viuda de un obrero asesinado en la lucha y con un hijo, vuelve a embarazarse de un militante que desaparece por mucho tiempo y da a luz al niño fuera del lazo matrimonial. Posteriormente, ella se casa con Arturo y concibe al niño que viene al mundo el día de

la Expropiación. Su nacimiento coincide con el de la nueva etapa de la vida nacional, la del petróleo rescatado.

La madre de Arturo se expresa en conceptos feministas. Ante el sentimiento de culpa de Carmen por haber tenido relaciones sexuales con un obrero apenas conocido al que tuvo que dar alojamiento, la anciana mujer argumenta que la acción de la joven fue un servicio a la causa y así deberán asumirlo todos los compañeros: “Tu entrega no hizo más que completar una generosa hospitalidad”. Si Carmen obtuvo placer, continúa, es porque su cuerpo lo necesitaba. Aquéllas que van al matrimonio sin amar a sus maridos, sólo porque “les han dicho desde chiquitas que la mujer no tiene más fin que casarse” y lo hacen por conveniencia, son quienes “debieran tener vergüenza” (275).

Raquel Tibol (2012) destaca la emotividad de doña Teresa. Una de las primeras lectoras de la novela, Carmen Millán, asocia con acierto a la anciana militante con el personaje protagónico de la novela *La madre* (1906-1907), de Máximo Gorki (Rapp 1957: 98). Sin duda, un estudio de la intertextualidad implícita en *Brecha en la roca* descubriría sus nexos con otras novelas clásicas del realismo socialista.

El lenguaje del narrador y el de los personajes obreros es muy similar, salvo alguna incorrección, o alguna expresión coloquial, por parte de los últimos. Por ejemplo, en un viaje a la capital, uno de los trabajadores venidos de Ébano se sorprende por las estatuas del Paseo de la Reforma:

- ¿Y todos esos viejitos flacos, quiénes son? [...]
- ¡Ah, qué tú, mano! Pos si son héroes de la patria.
- ¡Ay chispiajos! (316).

A diferencia de lo que ocurre en *El alba en las simas*, *Brecha en la roca* focaliza la conducción del proceso histórico en los obreros, con unas pocas escenas donde actúan los patrones norteamericanos. No es sino hasta el capítulo XXV donde se hace explícito el papel decisivo del gobernante del país. Sin embargo, Lázaro Cárdenas está presente siempre en el tema principal de la trama, pues la organización de los obreros fue clave en la política de masas del gobernante (Córdova 1974: 48).

Por supuesto, los personajes negativos carecen de toda simpatía por parte del narrador. Los empresarios y sus aliados muestran una conducta guiada por el egoísmo y la ambición económica. Las esposas de los empleados de alto nivel establecen relaciones sexuales con los propietarios petroleros para beneficiar a sus maridos y ellos están de acuerdo.

Los altos funcionarios y sus subalternos de confianza se refieren siempre despectivamente al país y sus habitantes. “Un clima del que hay que salir cuanto antes” (45); “[Doherty] tiene muchas cualidades que se necesitan para estas regiones. Es un hombre enérgico. Sabe tratar a estos bastardos mexicanos” (41), son afirmaciones de J. P. Crowsley, un alto funcionario. “Hay días en que el *bridge* me aburre tanto como México”, se queja Betty Thomson, esposa de un jefe de producción y amante de Crowsley (65). “No comprendo como ese perforador puede estar enamorado de una puerca india, teniendo una mujer blanca y hermosa en California”, comenta Russell, jefe de perforadores (41).

Los extranjeros que dirigen la compañía ocupan una menor cantidad de páginas en la novela. Hablan pocas veces y se enfatiza casi siempre su uso deficiente del español; por citar un caso, un capataz yanqui ordena “Tú decir descuenten el día a este sinvergüenza” (35).

La trama se centra en lo que pasa en México. Nunca se presenta a los capitalistas en los Estados Unidos, como ocurre, por ejemplo, en *Rosa Blanca*. Desde el enclave, ellos son un ente lejano y abstracto al que aluden sólo los altos funcionarios petroleros como “los hombres de Nueva York” (189). Ya durante el enfrentamiento con el gobierno cardenista, un gringo pregunta: “con un rictus gozoso en los labios si pueden venir marines americanos”, a lo que otro le responde: “— ¡Pueden venir! Pero lo más probable es que ni siquiera sea necesario” (372).

Los obreros, sin embargo, sí tienen presente algunos acontecimientos del exterior; por ejemplo, la Guerra Civil española. Hasta Ébano llega un grupo que quiere integrar “la brigada *Francisco Javier Mina* para combatir contra la agresión fascista que amenaza al pueblo español”. Los recién llegados tienen que explicar a los locales lo que significa “agresión fascista”, pues los obreros potosinos no lo sabían (341).

LA NOSTALGIA DEL CARDENISMO

Al igual que ocurre en el caso de José Mancisidor, Héctor Raúl Almanza considera necesario recrear la etapa cardenista y el nacionalismo fulgurante del proceso de la Expropiación, a mediados de la década de los cincuenta, cuando el contexto nacional era radicalmente distinto.

En 1938 no sólo había tenido lugar la nacionalización de los hidrocarburos sino la reforma del Estado, el partido oficial creado por el presidente Calles pasó a ser el Partido de la Revolución Mexicana. Éste era de carácter masivo y corporativo, sostenido por el sector obrero, el campesino, el popular y el militar, como explican Lorenzo Meyer e Isidro Morales (1990).

El Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana (STPRM), organización impulsada por el gobierno y por la Confederación de Trabajadores Mexicanos, fue fundamental en el proceso expropiatorio. Después de la nacionalización, las relaciones entre el gobierno y el sindicato se volvieron conflictivas.

A partir de 1940, Petróleos Mexicanos (Pemex) quedó reformado como la entidad que se haría cargo de la industria petrolera, desde las actividades de exploración hasta la venta final al consumidor.

Una vez nacionalizado el petróleo, se presentó “el problema de cumplir con lo estipulado en el laudo de la Junta de Conciliación y Arbitraje, ratificado por la Suprema Corte de Justicia de la Nación, concerniente a los salarios y prestaciones que habían de darse a los obreros”. Tanto la posición intransigente del STPRM, que exigía demandas difíciles de satisfacer, como la ineptitud y los malos manejos de las autoridades de la nueva empresa, Pemex, fueron fuente de innumerables conflictos (Basurto 1984: 165).

A los sectores afectados por las reformas cardenistas — terratenientes y empresarios extranjeros — se sumaron parte de las capas medias y de la propia élite política, generando resistencias que debilitaron el proyecto del gobernante michoacano. En 1939 Cárdenas se vio obligado a apoyar a uno de sus colaboradores más moderados, Manuel Ávila Camacho, quien ejerció, durante su administración (1940-1946), una política de “unidad nacional”, con la que frenó el

conflicto entre la élite gobernante y las clases sociales. Las relaciones entre el sindicato petrolero y la agrupación corporativa a la que pertenecía la Confederación de Trabajadores Mexicanos fueron tensas durante el gobierno de Ávila Camacho. La CTM, en acuerdo con el gobierno, consideraba peligrosos los métodos del sindicato.

Posteriormente Miguel Alemán (1946-1952), primer presidente civil de la época posrevolucionaria, favoreció la industrialización nacional. El petróleo tendría que proporcionar energía barata y el financiamiento de Pemex se volvió crucial (Meyer/ Morales 1990). La tensión entre el gobierno y los obreros del petróleo se agudizó al inicio del régimen del veracruzano. A fines de 1946, el presidente envió al ejército a ocupar las instalaciones petroleras en Poza Rica para impedir una huelga. A la larga se establecería un relativo pacto entre la empresa y los obreros, que conservaron una posición privilegiada en cuanto a salarios y prestaciones, en comparación con el resto de los trabajadores mexicanos. Pero el sindicato fue perdiendo autonomía.

Durante el gobierno de Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958), que enmarca la escritura y publicación de *El alba en las simas* y *Brecha en la roca*, el proceso industrializador del país empieza a redefinirse y las organizaciones sindicales adscritas al Estado se afianzan.

De ninguna manera intento resumir o simplificar la compleja evolución de la industria petrolera y del sindicato después de la Expropiación hasta la década de los cincuenta; para ello remito a los estudios de Lorenzo Meyer e Isidro Morales (1990), entre otros. Sólo menciono algunos rasgos que permiten atisbar el clima político nacional, contexto de la escritura y publicación de las novelas petroleras de Mancisidor y Almanza, quienes, desde distintos miradores sociales, expresan una profunda nostalgia del cardenismo, mezclando, sin duda, grandes dosis de realidad histórica con algunas de idealización.

La *Brecha en la roca*, como se titula la novela de Héctor Raúl Almanza y en especial el capítulo final, es la rotura en la piedra, la grieta que permite la salida de su aceite. Asimismo es la gran herida que la organización popular y el presidente Lázaro Cárdenas lograron hacer en la opresión capitalista. Esta novela merece ser reeditada y difundida.

ATISBO A OTROS TEXTOS: VARGAS, GARIZURIETA,
 CASTAÑO, GARCÍA GRANADOS, SIERRA,
 RODRÍGUEZ, NÁJERA, BENAVIDES,
 SANTOS LLORENTE, CHÁVEZ PADRÓN

En diciembre de 1937 y durante los primeros meses de 1938, la brillante periodista michoacana Elvira Vargas, nacida en 1908, publica algunos artículos testimoniales sobre la labor petrolera en Poza Rica. Estas crónicas, honestas, valientes y combativas, en solidaridad con el cardenismo, dejan ver las condiciones infrahumanas en que vivían y trabajaban los obreros mexicanos, así como el cinismo y voracidad de los funcionarios empresariales, a uno de los cuales entrevistó. Ella reunió estos trabajos bajo el título de *Lo que vi en la tierra del petróleo*, en un pequeño volumen publicado en 1938. Incluye allí dos textos escritos después de la Expropiación, una carta a los trabajadores de Ébano y su respuesta a un artículo que criticaba la política estatal. Agregó asimismo, al inicio del libro, una cronología de los hechos (Vargas 1938).

Al igual que Elvira Vargas, a excepción de Martha Chávez Padrón, todos los escritores mencionados en este capítulo nacieron en la primera década del siglo xx y se ubican en las generaciones de 1915 y 1929.

Como se ha visto, un año después de la nacionalización del petróleo aparece *Resaca*, de César Garizurieta, el simpático “Tlacuache” de la literatura mexicana, abogado, diplomático y funcionario público además de escritor, nacido en Tuxpan en 1905. *Resaca* posiblemente fue escrita al calor de la Expropiación, pero no se refiere a ella. Versa sobre el caso de dos ajusticiados en un pueblo costero veracruzano donde hay petróleo, presumiblemente Tuxpan, en el marco de la vida cotidiana de la población (Garizurieta 1939).

En 1940 se publica *El torrente negro*, de Rosa de Castaño, una de las novelistas y dramaturgas más reconocidas en el estado de Tamaulipas, nacida en 1910. La trama de la novela, una triste relación amoro-

sa entre un empresario norteamericano refugiado en México y una bella joven de un pueblito tamaulipeco, se narra en paralelo a la historia de la región. Esta última es, en coincidencia con otras novelas, la de una cándida comunidad campesina frente a las desalmadas compañías petroleras. La acción se ubica hacia el final del gobierno constitucional de Francisco I. Madero y durante el régimen golpista de Victoriano Huerta. También se menciona el inicio de la Primera Guerra Mundial, que los potentados petroleros ven con entusiasmo como una posibilidad de vender combustible a Europa y obtener ganancias.

Una separación gráfica en el texto señala un cambio en la historia y se introduce la escena final de la novela, encabezada por la fecha, marzo 18 de 1938. En coincidencia con otras narraciones, la escena presenta al presidente Lázaro Cárdenas, en el balcón del palacio presidencial, leyendo a las masas el decreto de Expropiación petrolera.

El torrente negro es una novela un tanto ingenua, que comparte el maniqueísmo de las demás escritas en la época sobre el tema. Sus defectos de construcción, determinadas incoherencias y una cierta sensiblería se compensan, sin embargo, con el trazo de la atmósfera en las escenas regionales, la descripción de la comunidad y sus costumbres, la inserción de canciones populares y la agilidad de los diálogos (Castaño 1940).

Un año después, en 1941 aparece la novela *Los veneros del diablo*, del combativo diplomático guatemalteco Jorge García Granados — nacido en 1900 —, escrita durante su exilio en México. Este libro combina crónicas de las zonas petroleras tampiqueñas hacia el momento de la Expropiación, historia de la explotación del mineral, relatos de casos y descripciones económicas sobre el tema, todo aderezado con las opiniones del autor. Inserta estadísticas, cartas, datos procedentes de los archivos de las compañías petroleras. Su actitud frente a la nacionalización es, definitivamente, entusiasta y laudatoria. Este libro se publicó de nuevo en 1988, en una colección publicada por Pemex que conmemora los 50 años de la paraestatal (García Granados 1988).

En el mismo 1941 aparece *Oro negro*, de Tina Sierra, una autora de la que no me ha sido posible encontrar referencia alguna, ni biográfica ni crítica. Dedicada “al Veracruz de mi juventud”, *Oro negro* ostenta las características de una novela rosa, pone el acento en la problemática

sentimental y no ofrece gran información sobre el petróleo. Finaliza con la reflexión de un personaje que lamenta haber cambiado el trabajo de la agricultura por la industrialización del mineral (Sierra 1941).

Una de las voces que capta el sentir mayoritario, hacia la época de la nacionalización petrolera, es la del comunista, historiador, escritor, crítico de arte, y periodista de opinión Antonio Rodríguez. Nacido en Portugal en 1908, combatiente contra la dictadura de Oliveira Salazar; tras su militancia republicana, llega a México como parte del exilio y se vuelve parte activa de la vida cultural mexicana. Publica cerca de 25 libros entre el testimonio y la crítica de arte. En 1958 da a la imprenta *El rescate del petróleo. Epopeya de un pueblo*, donde reúne sus artículos aparecidos en el semanario *Siempre!* (Rodríguez 1975). Estos textos que combinan investigación histórica, crónicas, entrevistas y reportajes, a través de una ágil escritura, constituyen no sólo un interesante testimonio, sino un alegato político a favor de la Expropiación.

Veinte años después de la voz femenina de Tina Sierra en *Oro negro*, aparece *Poza negra (la tragedia de Poza Rica)* de Indiana Nájera (1960), uno de los seudónimos de la periodista, narradora y poeta María Esther Nájera Arriaga, nacida en el Estado de Guerrero en 1906 y fallecida en 1975.

Como indica el subtítulo, la acción ocurre en la región veracruzana de Poza Rica, donde toda la vida económica y social gira en torno a la actividad petrolera (Nájera 1960). A más de dos décadas de la Expropiación, la trama establece continuidad con *El torrente negro*.

No obstante, hay una diferencia significativa. En la novela de Rosa de Castaño, las compañías petroleras extranjeras son el centro del que irradian todos los males, económicos y morales, en *Poza negra* ese centro se ha desplazado a la empresa mexicana paraestatal Petróleos Mexicanos, que se hace cargo de la extracción y comercialización del mineral y detenta asimismo el poder político regional.

El narrador de la novela es un joven dispuesto a conservar sus valores morales, que llega a la zona petrolera, choca con sus estructuras de poder, y trata de explicar la penuria moral del pueblo. Da cuenta de la casi ausencia de religión, la insuficiencia de escuelas, la existencia de una única sala de cinematógrafo, los fraudes electorales, la violencia de las

represiones — por ejemplo, cadáveres arrojados a calderas de petróleo hirviente — y deja ver cómo todo se vincula al cacicazgo. Un funcionario de la empresa Petróleos Mexicanos centraliza el poder económico y político y emblematiza la corrupción. La red de perversiones diversas del poder que, alrededor del petróleo, se teje en la región es una versión sintética de lo que ocurre en el país; sin embargo, la autora deja ver signos de esperanza. En tanto la novela se refiere al petróleo ya nacionalizado, y al cacicazgo sindical, es un antecedente de *Morir en el Golfo* de Héctor Aguilar Camín, aunque el tratamiento es totalmente distinto.

En 1968, se publica *La maldición negra*, (*Cuando el petróleo no era nuestro*), de Rodolfo Benavides, nacido en 1907 en el estado mexicano de Hidalgo, es uno de los pocos escritores de procedencia obrera en la literatura mexicana.

Benavides trabajó desde la adolescencia como minero, más adelante en distintas labores como bracero en los Estados Unidos; participó activamente en la organización y las luchas de los trabajadores, como militante comunista y padeció la deportación y encarcelamiento en las Islas Marías. A partir de los años de madurez optó por las creencias esotéricas. Entre 1949 y 1968, Benavides publicó diez novelas y dos colecciones de relatos, a partir de 1960 — y hasta 1982 — empezó a publicar ensayos sobre temas ocultistas que han gozado de gran popularidad y, por tanto, alcanzado numerosas reediciones, por ejemplo *El tarot profético*.

La maldición negra relata, en forma amena, con ágil manejo de los diálogos y explícita conciencia del uso de los regionalismos, los avatares de una familia campesina de “indígenas huastecos”, cerca de Tampico. Ubicada al inicio en los últimos años del porfiriato, los habitantes del pueblo consideran que las chapopoterías son una maldición, un castigo de dios, “mierda del diablo” (Benavides 1972: 20). Con todo, algunos empiezan a hablar de alquilar las tierras a “los güeros”, porque ya se sabe que en Ébano hay petróleo.

Se describe a extranjeros que llegaban en barcos a Veracruz, no hablaban en castellano, pero su complicidad con abogados, notarios y funcionarios les permitía, valiéndose de toda clase de métodos, quitarles sus tierras a los campesinos. Se menciona también el apoyo del presidente Porfirio Díaz a los inversionistas.

A través de alusiones a personajes históricos significativos, mencionados casi siempre sólo por su apellido — Madero, Huerta, Zapata — se va señalando el paso del tiempo. Hacia el final de la narración un “indio huasteco, Andrés Onofre” provoca un incendio, acción que sucede también en otros libros, como se ha visto. Para el narrador se trata de un “método de venganza” erróneo. Y a continuación menciona, sin decir el nombre, a Lázaro Cárdenas, quien había conocido la Huasteca petrolera: “el de Jiquilpan no planeó en el sentido de incendiar la riqueza nacional como lo intentó Andrés Onofre, sino que empezó a afilar las tijeras con que un día cortaría las uñas a los *güeros*, a fin de poder empezar a decir EL PETRÓLEO ES NUESTRO” (Benavides 1972: 334).

En 1988, con motivo del quincuagésimo aniversario de su fundación, la empresa Petróleos Mexicanos publicó una colección conmemorativa que incluía cronologías, textos históricos y memorias. Ya se ha mencionado la reedición del libro de Jorge García Granados en esta serie. La compilación incluye asimismo dos textos híbridos, entre el testimonio — muy sostenido sobre estadísticas y datos objetivos —, y la crónica: *Episodios petroleros*, de Javier Santos Llorente y *Testimonio de una familia petrolera* de Martha Chávez Padrón.

Santos Llorente, periodista de Tuxpan, viajó a las regiones petroleras de Veracruz, San Luis Potosí y Tamaulipas para escribir una serie de reportajes que aparecieron por entregas en la revista *Nosotros los petroleros*. Parte de esos reportajes se recogen en los *Episodios*. Describe acontecimientos y personas de la primera mitad del siglo xx en Veracruz, San Luis Potosí y Tamaulipas: desastres en los pozos, anécdotas sobre la voracidad de las compañías y la vida cotidiana de los pobladores, además de algunos momentos de la vida de Lázaro Cárdenas.

Por su parte, Martha Chávez Padrón, nacida en Tampico en 1925, es una distinguida académica universitaria y ministra de la Suprema Corte de Justicia de la Nación que, con motivo del quincuagésimo aniversario de Pemex, escribe una interesante historia de su familia, muy imbricada con el desarrollo petrolero de Tamaulipas. Este texto merece un análisis específico como escritura autobiográfica testimonial.

QUINTA PARTE
INTERLUDIO PARA SONREÍR: EL PETRÓLEO
ENTRE LA INTRIGA Y EL MITO.
LA CABEZA DE LA HIDRA (1978) DE CARLOS FUENTES

El *chapopotli* es un betún que sale de la mar, y es como pez de Castilla, que fácilmente se deshace, y el mar lo echa de sí con las ondas, y esto ciertos y señalados días, conforme al creciente de la luna; viene ancha y gorda a manera de manta, y ándala a coger a la orilla los que moran junto al mar. Este *chapopotli* es oloroso y preciado entre las mujeres, y cuando se echa en el fuego su olor se derrama lejos.

Fray Bernardino de Sahagún. *Historia general de las cosas de la Nueva España*.

Carlos Fuentes apenas necesita presentación. Nacido en Panamá en 1928, falleció en la Ciudad de México en 2012. Cuando cumplió 80 años fue objeto de una diversidad de homenajes que lo ratifican como uno de los escritores más importantes del siglo xx. Integrante de la Generación del Medio Siglo, comparte con otros escritores el interés en la cultura universal; pero su obra, con un intenso componente mítico, se caracteriza por desentrañar la historia de México, e inquirir en la identidad nacional. Hombre de gran cultura, viajero, líder de ideas, sus opiniones políticas fueron objeto de debate en el campo cultural. Sus narraciones y ensayos se cuentan entre los más estudiados por la crítica nacional y extranjera.

Su ambicioso proyecto literario *La edad del tiempo*, una comedia humana desarrollada en México o vinculada con el país, que integraría todas sus novelas, ha sido calificado de monumental. Da cuenta ahí de todas las tendencias narrativas del siglo, atraviesa épocas históricas y estratos sociales, combina el realismo y la fantasía.

La cabeza de la hidra, publicada en 1978, muestra rasgos aparentemente distintos de la restante producción de Fuentes. Se ha dicho que después de la totalizadora *Terra nostra*, el escritor se dedicó a una narración menor de intriga y crimen, que fue una especie de “divertimento”. Una novela de acción donde el juego de la inteligencia empieza por la investigación de un asesinato aún inexistente y se topa con el espionaje internacional (Davis 1982: 371; Armas Marcelo 1978: 35-36).

La edad del tiempo se compone de catorce ciclos, entre los cuales se cuentan casilleros como “El mal del tiempo”, “El tiempo romántico”, “El tiempo revolucionario” (Williams 1996: 154, 205-207). En las tres variantes conocidas de su inventario, Fuentes sitúa *La cabeza de la hidra* en el décimo ciclo, denominado “El tiempo político”, donde se incluyen otras novelas hasta ahora inéditas. Muchas de las narraciones de Carlos Fuentes admiten y aún requieren una lectura política, es curioso, por tanto, que la única obra ubicada explícitamente en este rubro por el autor sea *La cabeza de la hidra*. Puesto que la novela está constituida por la intriga y por el humorismo, puede pensarse que, para el escritor, estos elementos son parte de la práctica política nacional.

¿UN THRILLER DE CARLOS FUENTES?

En efecto, en su búsqueda de nuevas formas, a veces presentada como recreación de formas antiguas, Carlos Fuentes publica en 1978 esta novela, que ha sido leída como policíaca, negra o de espionaje. *La cabeza de la hidra* presenta, como elementos constitutivos, aquellos definitorios de la novela negra: “crimen, suspenso y misterio de modo protagónico”, al decir de Mempo Giardinelli (1996: 8). Ofrece además otras características de *thriller*, como el tratamiento de hechos de actualidad, concomitantes con la época de su elaboración, los temas que los lectores contemporáneos fácilmente reconocen, la problemática de carácter social, económico y político, según Ignacio Trejo Fuentes (1987: 10). Comparte asimismo con los textos de asesinatos e investigaciones el ofrecer una prosa ágil y de amena lectura.

Pese al humorismo, *La cabeza de la hidra* es una novela de ideas, en la cual el autor no interrumpe la reflexión sobre las interrogantes

obsesivas que han fundado sus ficciones, reitero: México, lo mexicano, la identidad. De ahí que algunos estudiosos califiquen esta obra de novela-ensayo (Pérez Blanco 1978: 208). La vertiente reflexiva lleva a la narración a desbordar los límites del mero entretenimiento propio de la ficción detectivesca.

Lo más agudo sobre *La cabeza de la hidra* es una observación de Jorge Ibarguengoitia. Refiriéndose a la dedicatoria de la novela — a Conrad Veit, Sydney Greenstreet, Peter Lorre y Claude Rains —, el autor de *Los relámpagos de agosto* apunta: “al nombrar a varios actores que solían aparecer en *thrillers*, el autor se libera de las reglas que rigen el juego y las trasciende. Yo leo la dedicatoria como un mensaje en clave que significa: ‘lo que ustedes van a leer parece un *thriller*, pero es en realidad algo más, es una novela de Carlos Fuentes’” (1978: 30).

La cabeza de la hidra contiene también una propuesta sobre el género literario en el que se inscribe y especula sobre las posibilidades de la novela negra en la circunstancia nacional, en el marco de las inquietudes constantes del autor.

Una característica distintiva de Fuentes es la ostentosa intertextualidad, la alusión, explícita o reticente, a muy diversos acontecimientos culturales e históricos — escritores, textos, películas, actores, cuadros —. En algún trabajo anterior he comentado la estructura de la novela y he rastreado una selección representativa de pistas intertextuales, en especial los múltiples homenajes a William Shakespeare y Jorge Luis Borges, así como las alusiones a la cultura popular (Negrín 2002). Por esta razón, en este comentario, me limito a lo relativo al petróleo.

LA INTRIGA PETROLERA

La narración de *La cabeza de la hidra* es un juego de enigmas, de historias dentro de historias, que van dejando entrever la principal.

La trama está dividida en cuatro partes a las que corresponden capítulos numerados, como sigue: Primera parte: “El huésped de sí mismo” (1 a 12); Segunda parte: “El agente mexicano” (13-27); Tercera parte: “Operación Guadalupe” (28-37); Cuarta parte: “La gue-

rra con la hidra” (38-49). A estas partes se agrega un Epílogo con distinto tipo de letra y diferente narrador.¹

Las tres primeras partes están relatadas en tercera persona por un narrador omnisciente que parece estar fuera de la acción, y que, con frecuencia, asume el punto de vista del protagonista, Félix Maldonado. No es sino hasta la cuarta sección cuando nos enteramos de que esa voz dominante corresponde a un personaje, cuyo nombre no se sabe, pues se encubre con diferentes denominaciones, se hace llamar en distintos momentos Timón de Atenas, Trevor o Mann. Este hombre es un agente triple que en el presente narrativo funciona como “un empresario nacionalista” (213), defensor de las reservas petroleras mexicanas. Timón es un antiguo amigo de Félix de la época en que ambos estudiaban un posgrado en una universidad estadounidense.

Pero la historia de las peripecias de Félix Maldonado, relatada por Timón de Atenas, es englobada por otra, cuya autoría se debe a una instancia superior, el autor implícito al cual se debe la organización del texto, el título de la novela, el epígrafe y el epílogo — estos últimos escritos en letra cursiva —.

Desde el inicio de la novela hay una identificación de la defensa de 1938, día de la nacionalización del petróleo, “sus padres no se habían atrevido a tener hijos antes”. Más adelante, en el presente de la trama, ubicado hacia la década de los setenta del siglo anterior, se ha convertido en funcionario gubernamental. Pero nunca olvida cómo su destino, junto con el de su familia, había sido definido por los beneficios de la orientación del régimen cardenista. Durante esta etapa, los trabajadores recibieron educación, servicio médico y pensión de retiro. Por eso, Félix “sentía veneración por su padre y por Cárdenas, casi eran uno solo en su imaginación” (210).

Antes de la Expropiación, el padre de Félix Maldonado, empleado de la compañía El Águila, subsidiaria de la Royal Dutch, en la región de Poza Rica, había padecido las humillaciones que los empre-

¹ Las citas de la novela corresponden a la edición de 1978 consignada en las referencias bibliográficas.

sarios reservaban a sus subordinados mexicanos. Tales humillaciones se simbolizaban en un hecho: no mirarlos de frente: “el gerente recibía a mi padre dos veces al mes, pero mi padre nunca le vio la cara”, recuerda (10).

En el presente de la narración el licenciado Félix Maldonado, jefe del Departamento de Análisis de Precios de la Secretaría de Fomento Industrial, y ex funcionario de la empresa paraestatal Petróleos Mexicanos, recibe una extraña llamada telefónica. A partir de ella se encuentra repentina e ineludiblemente envuelto en una intriga que desbarata los cimientos de su cómoda y bien organizada existencia. Félix se ve obligado a colaborar en una tarea de espionaje cuyo fin es evitar que intereses extranjeros — norteamericanos, israelitas, árabes —, con el apoyo de políticos corruptos mexicanos, violen las leyes mexicanas e instauren una red de contrabando marítimo para apoderarse del mineral subterráneo perteneciente a la nación.

También Timón se había beneficiado de la Expropiación: la pequeña fábrica de productos farmacéuticos de su padre pudo llegar a ser una “poderosa empresa petroquímica” (211), y él mismo, empresario nacionalista. Por ello sostiene que el día de la nacionalización “los mexicanos se miraron a la cara” (213).

El centro de la intriga novelística es el rescate de un anillo, cuya piedra resguarda los datos secretos sobre las reservas nacionales del hidrocarburo. Al finalizar “esta primera aventura del servicio secreto mexicano”, como la llama Timón (239), él y Félix pueden tener acceso a las imágenes contenidas en la piedra preciosa, a través de un paradójico proceso que aúna la más avanzada tecnología de rayos láser y a la efigie de la Virgen de Guadalupe, símbolo tradicional de la religión mexicana. Pueden conocer de esta manera toda la información sobre las reservas oleaginosas, lugares, cifras, condiciones: “la fotografía en ebullición de las arterias, los intestinos, el tejido nervioso de un territorio cuadrículado, explorado metro por metro como por una sonda con la mirada atroz de argos” (230).

UNA NACIÓN SIN ROSTRO

Los personajes se mueven en un universo donde parece haberse abolido el azar y los acontecimientos obedecen a la necesidad. Hombres y mujeres carecen de libre albedrío (García Núñez 1984). Así, Félix no tiene ningún control sobre lo que le ocurre. Por ejemplo, un día se encuentra en una ceremonia de entrega de premios en el Palacio Nacional y, cuando estaba a punto de saludar al presidente de la República, se desvanece. Despierta en una clínica y se entera de que — como al protagonista de *El largo adiós* de Raymond Chandler (1985) — le han hecho una cirugía plástica, su rostro se ha transformado. Sin su nombre ni su cara, el funcionario ha perdido la identidad; más adelante se identificará como Diego Velázquez.

Así, por necesidades de su misión y sin poder oponerse, Félix pierde el rostro y el nombre, la identidad. Timón le dirá: “Ése es tu destino, ser utilizado ciegamente” (236). Pero no es el único; muchos de los personajes, hombres y mujeres, padecen metamorfosis. Por citar otro caso, Timón es el espía inglés homosexual, Trevor para los árabes; mientras que los israelitas y la CIA lo conocen como el agente mercenario Mann. Las mutaciones de los personajes, con frecuencia, los asemejan a modelos cinematográficos. En síntesis, los cambios de apariencia son múltiples y vertiginosos, los roles en la red de personajes son movedizos, las identidades son precarias y relativas.

En esta novela, tan preñada de simbolismo como toda la obra de Fuentes, se sugiere que la carencia de identidad de los personajes es también la nacional: el rostro que los mexicanos habían recuperado con la nacionalización de la industria petrolera, lo perdieron después; porque los gobiernos posteriores a Lázaro Cárdenas traicionaron los principios nacionalistas. Por ejemplo, Timón vive en una residencia que había pertenecido a “un viejo millonario llamado Artemio Cruz” (227). El mismo cacique, personaje de Fuentes, que había traicionado los ideales de la Revolución mexicana.

El petróleo se vuelve una zona sensible en la definición de la identidad nacional y de la soberanía. El lugar que ocupe México en el concierto internacional se determinará según se administre el hidrocarburo.

Timón explica que los árabes quieren presionar a México para que ingrese a la Organización de Países Exportadores de Petróleo, OPEP, lo cual quitaría al país la independencia y lo haría perder los beneficios de la ley norteamericana de comercio. A su vez a Israel le interesa que México compita con la OPEP y pueda suministrar petróleo al Estado judío.

El argumento responde, como suelen hacer los *thrillers*, al contexto histórico inmediato. De acuerdo a Lorenzo Meyer e Isidro Morales, “en septiembre de 1974, México se incorporó como exportador neto de crudo en el mercado internacional. Dos años después [...] se perfilaba como potencia exportadora, capaz de rivalizar con los miembros más importantes de la OPEP”. Sin embargo, hasta 1978, la política de expansión hacia afuera de Petróleos Mexicanos carecía de una estrategia definida (1990: 183). La incógnita sobre el futuro del mineral planteada en la trama es perfectamente acorde con la circunstancia económica del país al momento de publicarse la novela.

PAÍS HILARANTE

Fuentes conjuga en esta novela dos actitudes frente al problema de “lo mexicano”. Por una parte, una línea de reflexión seria sobre los problemas nacionales; por otra, una visión jocosa y grotesca del país.

Si bien en la novela no hay alusiones explícitas a Franz Kafka, en algunos momentos se perciben reminiscencias del autor checo. Por ejemplo, en la primera entrevista de Maldonado, aún funcionario de la Secretaría de Fomento Industrial, con el director, la atmósfera recuerda la de *El proceso*. Félix pregunta a su jefe si está siendo juzgado, y recibe la respuesta “usted ya es culpable” (36). Igual que Joseph K, Félix ignora por qué causa ha sido juzgado, de qué es culpable y, en términos generales, lo que está ocurriendo.

Lo angustioso de la escena se atempera por algún detalle cómico, como la comparación de la cabeza del director con “un puerco espín blanco” (35). En pasajes posteriores, es frecuente la descripción de conductas absurdas y divertidas de los personajes, que restan dramatismo a escenas serias. Por ejemplo, Timón de Atenas, en la etapa de las aclaraciones, reconoce la trascendencia del viaje en taxi que hizo

Maldonado al iniciarse la narración y que aunó la relevancia dramática a una acumulación de hechos divertidos que permiten atisbar la locura urbana. Entre otros, el ascenso de la “señora gorda” golpeando al elegante funcionario con su canasta, de la cual salen pollitos que se desparraman piando por el auto, aún encima de Félix; o bien, la monja que, al bajar del vehículo, “se levantó las faldas y movió una pierna como si bailara el can-can” (18).

El humorismo dominante tiene que ver con una adaptación del absurdo kafkiano al ambiente local, como en la conocida broma que Fuentes a veces recuerda: “Si Kafka hubiera nacido en México, sería escritor costumbrista” (Fuentes 1999b: 190).

La representación de la policía es también graciosa. Pese a la enredosa secuencia de secuestros, persecuciones y crímenes, los policías nunca aparecen actuando, y cuando lo hacen, están equivocados. Por ejemplo, Félix pregunta sobre el asesinato de una mujer y la respuesta es “los cuicos no han dado con la pista” (114). Otro personaje dice a Maldonado: “oiga, ¿qué es usted de la poli o qué? Todos los tecolotes son medio pendejos” (246).

Otro personaje informa sobre la participación de la policía secreta que había recibido la orden de detener al supuesto Félix Maldonado: “los agentes de la secreta [...] interpretaron a su manera el pensamiento presidencial” y mataron a un detenido, quien no tenía nada que ver en el asunto (196).

Guaruras, agentes secretos, cuicos y tecolotes pueden ser brutales a veces, pero por lo general son más bien ridículos e ineptos, como todo lo nacional. Así, afirma Timón:

Sí, Felix Maldonado era un mal agente, un James Bond del subdesarrollo. Pero mi servicio de inteligencia tenía que organizarse con lo que la realidad mexicana me ofrecía: Felix, Emiliano, Rosita. Ashenden y Richard Hannay tenían detrás de ellos a Shakespeare: mis pobres agentes, a Cantinflas en *El gendarme desconocido* (238).

En estas palabras se sintetiza una tensión constante en la trama entre las referencias culturales de carácter universal, cuya presencia

es abrumadora, y las que aluden a producciones nacionales que son escasas. Así, Shakespeare se encuentra en la raíz de investigadores talentosos como Ashenden, espía creado por W. Somerset Maugham, o Richard Hannay, personaje de John Buchan, en un extremo. En el otro, como figura emblemática de la cultura y la idiosincrasia nacionales, el cómico Cantinflas. En *El gendarme desconocido*, Cantinflas es un vago que, por accidente, descubre a un grupo de hampones que habían hurtado un diamante imperial. Debido a la casualidad es nombrado policía, y después despedido; en sus avatares pasa por una serie de cambios de vestimenta e identidad (Delgado 1941).

La obra postula la imposibilidad de una verdadera novela policíaca mexicana, no sólo porque la policía provoca risa, sino porque carecemos de tradición literaria en el género. No nada más la policía es torpe, hacia el final de la novela, Maldonado se compra un impermeable detectivesco, para parecerse a Humphrey Bogart, pero sabe que más bien se asemeja a Woody Allen en *Play it again, Sam* (Ross 1972). En dicha película, el personaje protagonizado por Allen también intenta, sin conseguirlo, imitar al héroe de la clásica *Casablanca*.

Tenía razón Ibargüengoitia, *La cabeza de la hidra* es paradójicamente a la vez un *thriller*, con todos los ingredientes necesarios, y la parodia de un *thriller*; es una intriga atravesada por reflexiones y propuestas ideológicas, una narración humorística de espionaje, simbólica y con un filo político; es simplemente una obra de Carlos Fuentes.

EL ESPACIO DEL MITO

El título de la novela está tomado de la obra teatral de Corneille, *Cinna* (1821), como explica el epígrafe: “*Une tête coupé en fait renaitre mille*” (una cabeza cortada hace renacer mil).

Por supuesto se trata del mito de la Hidra de Lerna, que cuidaba el acceso a las zonas subterráneas donde se guardaban tesoros, y vencerla constituye el segundo trabajo de Hércules.

En el caso de la novela de Fuentes, el tesoro es el petróleo. A la compleja maquinaria de explotación del mineral, proyectada por la piedra del anillo de Bernstein, se le describe como “la hidra fértil” (231). El

empresario nacionalista, Timón de Atenas, en varios pasajes, es comparado con un reptil: “corrí el riesgo de tomar la mano de Félix, de que sintiera de cerca mi piel seca, de saurio” (233). Y el propio Maldonado se compara con el animal mítico, como le dice el director general: “eres sólo una cabeza de hidra. Corta una y renacen mil. Tus pasiones te mueven y te derrotan. El águila lo sabe. El águila de dos cabezas. Una se llama la CIA, la otra se llama la KGB. Dos cabezas y un sólo cuerpo” (272- 273).

Timón y Maldonado son cabezas de hidra cuya aniquilación dará lugar a muchas más: siempre habrá defensores de la nacionalidad.

El espacio del mito se apodera del Epílogo, cuando el autor implícito — éste sí fuera de la acción — se remonta a los tiempos de la Conquista de México y relata la historia de la “niña maldita”, ofrecida al Teúl de piel blanca, Hernán Cortés. “El pueblo la llama Malinche, nombre de la traición” (281), cuenta el narrador, como si esa entrega al extranjero, esa traición original hubiera dejado impronta hasta el presente.

El Epílogo reitera que la hidra no es sólo quien custodia el hidrocarburo, sino la representación del propio mineral: “como la hidra, el petróleo renace multiplicado de una sola cabeza cortada. Semen oscuro de una tierra de esperanzas y traiciones parejas, fecunda los reinos de la Malinche bajo las voces mudas de los astros y sus presagios nocturnos” (280). Hablar de renacimiento, semen y fecundación sugiere, en el terreno del mito, lo mismo que se implicaba en el espacio de la vida social y política: pese a las limitaciones nacionales, tan trágicas, tan risibles, hay esperanza de futuro.

UNA ALABANZA MÁS AL CARDENISMO

La cabeza de la hidra muestra, si bien por una vía humorística, una visión entusiasta del cardenismo, similar a la expuesta en las restantes novelas mexicanas sobre la Expropiación. En la obra de Fuentes, se reitera que la posibilidad de explotar el petróleo simboliza la identidad y la soberanía nacionales.

Carlos Fuentes, liberal de izquierda, que por ser hijo de un diplomático pasó gran parte de su infancia en el extranjero, ha comentado

en numerosas ocasiones cómo influyó la Expropiación petrolera en sus sentimientos nacionalistas. Así, en una entrevista colectiva, realizada en 1980 en la Universidad de California, relata su experiencia infantil en una escuela norteamericana:

En la escuela llegué a ser muy popular [...] lo fui hasta el 18 de marzo de 1938, cuando el presidente Cárdenas decretó la Expropiación petrolera. De pronto me volví un paria en mi escuela. La prensa atacaba ferozmente a México [...] Pero este acto político de pronto me reveló que el país existía, que no se trataba de algo imaginado por mi padre, y además, que yo formaba parte de México. Vi fotografías de Cárdenas y comprobé que él no pertenecía al repertorio de los ideales norteamericanos. Él era un mestizo, un hombre de sangre mezclada, indio y español, con una mirada distante en los ojos, que lo hacía verse como si tratara de recordar un mudo y remoto pasado. Me pregunté “¿Será mío también ese pasado?, ¿También me pertenece esa identidad?” Fue una tremenda revelación de que mi identidad era mexicana (Fuentes 1999c: 97).

SEXTA PARTE
A LA DISTANCIA. EL PETRÓLEO EXPROPIADO SEGÚN
LA GENERACIÓN DEL 68: HÉCTOR AGUILAR CAMÍN,
GERARDO DE LA TORRE, DAVID MARTÍN DEL CAMPO
Y OTRAS VOCES

El miércoles 23 de marzo hubo en la ciudad de México una manifestación de respaldo al Gobierno por la Expropiación de las empresas petroleras, de más de cien mil personas, según entonces se informó; cien mil personas que fueron espontáneamente a la manifestación, sin ninguna amenaza, sin ningún procedimiento coercitivo. Puede decirse que, fuera de unos cuantos descastados, todo México estuvo con el Gobierno frente a las compañías petroleras

J. Silva Herzog

HÉCTOR AGUILAR CAMÍN: *MORIR EN EL GOLFO* (1986)
O LA VERDAD SOSPECHOSA¹

HISTORIADOR POR ACCIDENTE

“Historiador por accidente y novelista por vocación y decisión”, se autodefine en una entrevista (2009) Héctor Aguilar Camín, nacido en 1946 en Chetumal, Quintana Roo. Voz influyente en el ámbito público mexicano de finales del siglo xx e inicios del XXI, el autor se inscribe en la tradición de los polígrafos. Comparte con otros intelectuales de la Generación del 68, a la que pertenece, la desilusión crítica del sistema político mexicano y la búsqueda militante de nuevos caminos para la justicia social.

Aguilar Camín ha sido prolífico tanto en generar ficciones como textos de ciencia social y periodismo. Ha destacado también como organizador cultural de encuentros, revistas y editoriales; su huella se deja ver, por citar un caso, en la revista mensual *Nexos*, aparecida en 1978, cuya dirección asumió por primera vez de 1983 a 1995.

Sus diversas prácticas escriturales, la historia y la crónica del presente, siempre a través de la mirada del analista y crítico social, se imbrican e interactúan con su labor como narrador, lo que confiere a ésta un gran interés.

A los 31 años hace su aparición en el campo cultural como historiador con *La frontera nómada: Sonora y la Revolución Mexicana* en 1977; y en 1979 publica su primer libro de relatos, *Con el filtro azul (DEM)*. Como novelista, debuta con *Morir en el Golfo* en 1985, narración que se relaciona con el petróleo, ya consolidada la nacionalización.

¹ Presenté un primer acercamiento a la novela en un congreso en 2004 (Negrín 2004b).

A inicios de 2014, Aguilar Camín cuenta con cerca de una veintena de libros, ha sido objeto de diversos reconocimientos nacionales e internacionales y es un escritor en plena producción.

MORIR EN EL GOLFO, NOVELA POLÍTICA

Morir en el Golfo se vincula con la problemática del petróleo, pero no es el único tema que aborda. Otra de las obsesiones fundadoras de la novela es la radiografía del periodismo mexicano en la segunda mitad del siglo XX, que requeriría un análisis específico. Pero, tanto respecto al mineral subterráneo y sus procesos industrializadores, como a la representación de los avatares de los protagonistas del cuarto poder, la obra se enlaza con la tradición de la novela política mexicana, con esas obras que indagan en las entretelas del poder, en sus aspectos ocultos. Así lo han hecho notar prácticamente todos sus comentaristas, desde las primeras reseñas (Domínguez 1986; Granados Roldán 1986). Las diversas encarnaciones de la novela política se ensartan en lo que Álvaro Enrígue (2000) llama “épica de la corrupción”.

Como novelista político, Aguilar Camín es heredero tanto de *La sombra del caudillo*, la extraordinaria novela canónica de Martín Luis Guzmán (1929), que disecciona el naciente sistema emergido de la Revolución mexicana, como de las polémicas obras de Luis Spota, ponderadas por algunos críticos, consideradas por otros efímera literatura de consumo. El historiador quintanarroense es un profundo y crítico lector de Guzmán, como evidencia su ensayo “MLG: el mandarín y la epopeya” (1984).

Morir en el Golfo comparte hasta cierto punto con Spota la trama en clave, donde los personajes, o algunos de ellos, son fácilmente identificables con sus modelos reales. Esta fórmula de reconocimiento de los personajes, con frecuencia actores de la vida política o cultural contemporánea, permitió al autor de *La estrella vacía* establecer inmediata comunicación y complicidad con los lectores (Sefchovich 1985).

La primera palabra del título de la novela de Aguilar Camín apela a los lectores aficionados al género negro, a las narraciones de

acción, suspenso y crímenes; la final, una referencia geográfica es una invitación a los lectores nacionales que la comprenden. El verbo en infinitivo sugiere un acto reiterado, una cierta forma de morir habitual en la región aludida; descubrir esta forma constituye una de las intrigas centrales de la trama. De ahí que *Morir en el Golfo* haya sido asociada con la novela negra norteamericana (Medina 1995; Patán 1990; Valdivieso 1996; Moreiras 2004). Dado que la mayor parte de los lectores desconocemos lo que ocurre en las altas esferas del gobierno, las estrategias de la novela policiaca — la intriga, el suspenso, la revelación — se vuelven especialmente adecuadas para la novela política.

LA INTRIGA

Como toda novela política, ésta presupone una intención realista: construye su significación a través de un juego incesante entre la ilusión de la historia narrada y la alusión explícita al referente histórico.

La narración está a cargo de uno de los personajes principales, un periodista cuyo nombre se ignora, conocido sólo como el Negro — innecesario asociarlo con el color del petróleo —.

La trama se centra en la disputa por unas tierras fértiles situadas en Veracruz e Hidalgo, zona del Golfo de México, entre un poderoso líder petrolero, Lázaro Pizarro, y un político de provincia de menor importancia, Francisco Rojano, ambos parte del sistema del partido oficial que gobernó el país a lo largo de casi todo el siglo pasado.

La descripción de las diversas etapas de la relación que va de la complicidad a la enemistad entre estos personajes posibilita al autor incursionar en uno de los espacios centrales del poder político en México: el de los dirigentes sindicales que contribuyen al control corporativo de los obreros. Es decir, a la subordinación organizada de los trabajadores al sistema político.

Lázaro Pizarro dirige una sección, situada en el estado de Veracruz, de una de las organizaciones con más fuerza económica y política, la agrupación de los trabajadores petroleros. El líder ha adquiri-

do un gran poder para negociar con el gobierno y mantiene el control sobre los trabajadores a través de una combinación de métodos caciquiles. Por una parte, practica el paternalismo populista: otorga distintos apoyos — consejos, empleos, dinero — a través de una relación personal y afectuosa con los obreros y sus familias. Por otra, no vacila en practicar todo tipo de violencia, incluido el crimen, para exterminar a sus enemigos u obtener sus fines. Ha construido una especie de feudo del que se siente orgulloso, en el cual los trabajadores laboran “voluntariamente” en huertos, cuya cosecha pueden comprar los mismos jornaleros, a mejores precios que en el mercado. Pizarro califica su experimento de “revolución popular obrera” y “revolución socialista” (81).²

Más adelante el lector sabrá que el emporio es producto de la corrupción: el sindicato le cobraba, entre otros rubros, a la empresa nacional de petróleos, Pemex, los salarios de los trabajadores agrícolas. Lázaro Pizarro es uno de los múltiples caciques que pueblan la novelística mexicana de la Revolución. Uno de los ejemplos fundadores es don Ignacio del Llano, en la obra de Mariano Azuela llamada precisamente *Los caciques* (1917). Otros ejemplos paradigmáticos son los protagonistas de *Pedro Páramo* (1955) de Juan Rulfo y *La muerte de Artemio Cruz* (1962) de Carlos Fuentes. El personaje cacique es proteico, ha ido evolucionando, en la literatura como en la historia, con el sistema político mexicano.

A su vez Francisco Rojano, descrito como un arribista sin escrúpulos, miembro del Partido Revolucionario Institucional, asume la presidencia municipal de un pequeño pueblo, Chicontepec, como parte de una promisorio carrera política. Su itinerario debía culminar — piensa él — en la obtención del gobierno de Veracruz. El político está casado con una mujer fuerte y seductora, Anabela, que establece una relación íntima con el narrador-protagonista de la trama.

De acuerdo a su intención mimética de la realidad, el narrador hace explícitas las circunstancias. En cada uno de los nueve capítulos

² Las páginas corresponden a la edición citada en las referencias bibliográficas (Aguilar Camín 1986).

abundan las referencias a fechas y lugares. La acción de cada capítulo se enmarca entre noticias económicas o políticas; con frecuencia éstas se introducen cuando el periodista se refiere a los temas que trata en sus artículos. Por ejemplo:

la columna sobre la CIA y sus agentes mexicanos de febrero de 1975, la presencia y actividades en México de la organización fascista chilena *Patria y Libertad*, de julio del mismo año, la conspiración golpista patronal de Chipinque, que luego denunció en un discurso el entonces secretario de la presidencia Ignacio Ovalle (47).

El eje presente de la narración se establece a partir de 1971, cuando el reportero restablece el contacto con sus antiguos amigos, Rojano y Anabela; la progresión temporal se va señalando por los sexenios presidenciales hasta llegar a 1980, en el último capítulo. Al inicio de la trama, el Negro recapitula los episodios de su amistad con la pareja. La joven, recuerda, había decidido casarse con el político a pesar de los maltratos que éste le infligía. El articulista evoca en especial un encuentro con Anabela, aún soltera, “el 14 de agosto de 1968” (11) — poco antes de la represión de Tlatelolco —.

Parte de los acontecimientos ocurren bajo la presidencia de José López Portillo y Pacheco quien asume el cargo en 1976:

En noviembre de 1977 apareció el nuevo diario *Unomásuno*, donde René Arteaga tuvo hasta su muerte la fuente económica. Fuimos al brindis en la madrugada para para celebrar el primer número [...] Arteaga y yo seguimos hasta la noche y él hasta la madrugada del día siguiente [...] Arteaga [...] estaba llenando su nota en la tercera cuartilla.

Era una joya de nota, la primicia del convenio celebrado un año antes por el gobierno con el Fondo Monetario Internacional y el resumen anticipado, dos párrafos secos y directos, del modo como el petróleo, su descubrimiento y su lanzamiento mundial habían roto anticipadamente las cláusulas fundamentales del convenio [...] Nadie conocía hasta entonces la índole precisa del convenio con el FMI,

aunque sí su existencia, y nadie sabía tampoco que Pemex hubiera contratado sola, en los últimos dos meses, más créditos que todo el gobierno mexicano durante el año anterior. Era [...] el primer ingreso periodístico al corazón de la mecánica y las expectativas que marcaron el sexenio de López Portillo, que entonces iniciaba (109-110).

Algún reseñista afirma que *Morir en el Golfo* es la obra del lopezportillismo, y se refiere “al alucine de administrar la riqueza”, de los discursos presidenciales, ejemplificado en el desempeño pródigo de la magnificencia del dirigente sindical en sus mejores momentos (Salinas Basave 2007).

Los avatares de la trama llevan al narrador a describir la provincia y el campo, el territorio de Rojano y el de Pizarro. Recrea asimismo su propio entorno, el urbano, con los nombres de las calles, centros nocturnos, hoteles, restaurantes y burdeles, donde transcurrían sus horas fuera del trabajo.

Morir en el Golfo permite atisbar a los personajes históricos recreados por los protagonistas: los críticos de la novela, entre otros Raúl Trejo Delarbre (1986), concuerdan en que Lázaro Pizarro está inspirado en Joaquín Hernández Galicia, líder petrolero conocido como la Quina, quien llegó a tener un enorme poder político. A su vez, el Negro tiene muchos de los rasgos de Manuel Buendía, periodista político mexicano de enorme influencia, que murió asesinado a causa de sus denuncias. No obstante, no se trata de una representación simplista, sino de una sugerencia; se introduce la ambigüedad cuando aparece, en algún breve pasaje, el propio Hernández Galicia, como alguien muy cercano a Pizarro. Asimismo hace una fugaz aparición como personaje Manuel Buendía, durante alguna entrevista periodística.

En la conformación del Negro hay también elementos autobiográficos de Héctor Aguilar Camín, por ejemplo su participación en el naciente diario *Unomásuno*. De ahí que la investigadora Gabriela de Beer considere al periodista como un caso de metaficción (1992: 219). Conuerdo sólo en la medida en que por medio de este personaje, a la vez participante y testigo de los hechos, se expresan mu-

chas de las concepciones e interrogantes del escritor; pero no se trata de una representación autobiográfica. La voz del Negro es fundamental en la intriga, los resultados sorprenden su relativa ingenuidad tanto como la de los lectores.

Por supuesto algunos personajes carecen de estricto referente histórico. Francisco Rojano puede considerarse un arquetipo de los políticos del partido oficial mexicano, y Anabela, un personaje femenino inspirado en la ficción, evoca a algunas mujeres de la novela negra.

En el primer capítulo, el periodista reunido con la pareja Rojano se plantea una intriga. El entonces aspirante a presidente municipal de Chicontepec pide a su amigo el Negro ayuda para investigar varios crímenes, que supuestamente cometió Pizarro para despojar de sus tierras a varias familias. Rojano muestra fotos y diversos testimonios al informador. Luego el reportero se entera de que ambos cónyuges poseían latifundios en la misma zona.

EL PETRORRELATO

El hidrocarburo no es un elemento constante ni ostentoso en la trama de *Morir en el Golfo*: se oculta en el subsuelo, se ha vuelto sinónimo de poder y genera corrupción. El periodista se refiere a las estrategias del líder sindical como “el juego subterráneo de Pizarro” (86).

Si en las primeras novelas sobre el tema, como hemos visto, el hallazgo del petróleo en la sociedad campesina al despertar la avidez y la codicia producía la descomposición moral, en esta novela el envilecimiento lo ha permeado todo: las relaciones laborales, las políticas y las amorosas.

De la industrialización del mineral sólo se ven sus efectos sobre algunos personajes. A diferencia del protagonista de *Brecha en la roca*, Pizarro concibe la faena obrera, o más bien, las injustas condiciones laborales, como algo infernal:

ahí donde está el trabajo está el infierno. Ahí está la mugre, está el sudor, están las heridas. Ahí es donde la gente se acaba, donde que-

ma sus energías, pierde manos y piernas. Se dejan los años entre la suciedad, los accidentes, las malas pagas [...] Es una guerra de todos los días, los trabajadores contra sus trabajos, contra las máquinas, contra los engranes y los tornos y la grasa (63).

A tales condiciones atribuye el líder la muerte de su mujer, por falta de atención médica adecuada, así como la mutilación de su mano derecha, indicador significativo de lo estragado de su cuerpo, “le faltaban la mitad del dedo meñique y un metatarso del índice” (54).

La extracción del hidrocarburo ha dañado la naturaleza. Relata el periodista: “vi por la ventanilla el campo erosionado, los mecheros, la huella del paso petrolero en las afueras de Poza Rica y varios kilómetros de fábricas, manchas de aceite, talleres, el campo invadido por la proliferación de desechos metálicos” (75). Los procedimientos industrializadores del petróleo han improntado asimismo el paisaje urbano de Poza Rica. Describe el Negro:

esas calles como ablandadas por la resolana del mediodía, su aglomeración de pipas y trailers, revolvedoras estacionadas en las esquinas, autobuses de pasajeros atorados al doblar en las calles angostas, los penachos negros del diesel mal refinado. A lo lejos, por entre los edificios chaparros y contrahechos en su espantosa mezcla de dinero y mal gusto, el límpido cielo azul, claramente interrumpido aquí y allá por el humo como dibujado de los mecheros de gas encendidos que rodeaban la ciudad, haciendo borrosas y trémulas distintas franjas del horizonte. Circulamos entre tractocamiones y grúas y picops importadas, símbolos activos de la civilización petrolera, sus máquinas y sus desechos (74).

Durante un viaje por la Huasteca, al periodista le llama la atención una res ahogándose en el chapopote, a la cual un grupo de hombres trata de rescatar: “una vaca pinta, sumida hasta la panza, con todo y la cabeza, en la ciénaga”. Aun cuando para Pizarro eso le pasa a los bovinos “por meterse donde no les toca” (102), la escena simboliza

el poder del mineral, su capacidad para tragarse a los seres vivos. Curiosamente, en una novela anterior, *Huasteca*, de Gregorio López y Fuentes, publicada en 1939, aparece una escena similar, como se ha visto.

LA VERDAD SOSPECHOSA

Entre sus cualidades literarias, *Morir en el Golfo* cuenta con una gran agilidad narrativa, no desligada del oficio periodístico del autor. Julia Elena Rial señala con acierto la efectividad de imágenes cinematográficas en las descripciones (2002).

Las voces de los personajes, con frecuencia haciendo uso de giros coloquiales, están bien diferenciadas acorde con su idiosincrasia; un mérito es la invención del lenguaje de Pizarro.

No obstante, el atractivo mayor de la narración reside en su núcleo generador, el juego entre la verdad y las apariencias. Como periodista, el Negro está interesado en aprehender y comprender “la verdad” de los acontecimientos, en registrarla, en hacerla pública. Para fundamentar sus columnas, mantiene un archivo, hace entrevistas, viaja a los lugares de los hechos.

Sin embargo, las pruebas fehacientes de los sucesos resultan engañosas. Las fotografías de las personas ejecutadas que Rojano le muestra al periodista habían sido retocadas para simular la huella del tiro de gracia. Los fructíferos huertos del dirigente petrolero y el entusiasmo de sus partidarios son la fachada de un sindicalismo corrupto, vinculado con el mineral. Inclusive el afecto y la pasión de Anabela por el Negro no son, tal vez, sino artimañas para utilizarlo en sus propósitos de venganza. Pese a sus pesquisas, el columnista no tiene claras las causas de la muerte de Pizarro, y los lectores tampoco. Todos los personajes mienten: Rojano, Anabela, Pizarro, los informantes del Negro y, posiblemente, él mismo. Lo visible es ambivalente, la verdad es siempre sospechosa.

En más de una ocasión, por ejemplo en el ensayo “Ficción y realidad: Una experiencia” (1996), el autor ha reaccionado contra las lecturas que insisten en identificar a los personajes y asumen la tra-

ma en un sentido directamente documental. Él desearía que fueran leídas como textos literarios. Aguilar Camín, en su doble desempeño como periodista e historiador, pone en cuestión la posibilidad de acceder con certeza a “la verdad” de los acontecimientos; pero deja entrever que la escritura novelística permite acceder a una verdad mayor que la de la exactitud de los datos. En este caso la ficción documenta la injusticia, impunidad y descomposición del sistema político nacional.

EN EL CORAZÓN DEL MUNDO OBRERO:
HIJOS DEL ÁGUILA (1989) DE GERARDO DE LA TORRE

UN PETROLERO QUE DEJÓ DE SERLO

En diversas ocasiones Gerardo de la Torre ha proporcionado información sobre su biografía. “Nací en 1938, tres días antes de la Expropiación petrolera, en Lázaro Cárdenas. Creo que eso marcó mi destino, porque quince años después entré a trabajar en Petróleos Mexicanos, donde duré cerca de 18 años en trabajos manuales”, decía en una entrevista de 1987 (Torre: 109).

El escritor vino al mundo en una familia de trabajadores petroleros y vivió en Minatitlán, Veracruz, sus años infantiles. Empezó su vida como obrero en la refinería de Azcapotzalco de Petróleos Mexicanos, ya en la Ciudad de México, apenas salido de la adolescencia:

Pemex, quince años, yo era un muchacho sensible y torpe. Era [...] el más desvalido de los trabajadores petroleros [...] Y allí me tocó conectar tuberías, usar la terraja y la llave stillson, las españolas, el maro y las calibradoras; y me atrevía a veces con el tequila o con el pulque. Y en esos años comencé a decidir. Decidí, levemente, que sólo me interesaba leer (Torre 1990: 8).

Muchas veces ha contado asimismo su despertar a la conciencia y la participación tanto social como política, que incluye la militancia discontinua en el Partido Comunista Mexicano y en otros grupos. Ha explicado la huella que le dejó el movimiento estudiantil de 1968. Ha hablado de sus experiencias familiares y amistosas, del compañerismo entre los petroleros, de su entrañable interés por el cine, de su apasionamiento por el beisbol, de su afición o algo más por las bebidas espirituosas, de su decepción por los radicales que luego clau-

dicaron ante el sistema. A su vez, los contemporáneos de Gerardo de la Torre han descrito sus vínculos generacionales con el rock, el cine y la literatura norteamericana (Negrín 1999).

Muy cercano a escritores de la Onda, como José Agustín, De la Torre toma un camino distinto: comparte la irreverencia frente a lo establecido, pero se compromete con la militancia política. Por supuesto se sitúa entre los escritores mexicanos de izquierda del siglo xx, como afirma la investigadora Patricia Cabrera (2006).

A los 33 años abandonó la labor obrera para dedicarse a vivir de tareas vinculadas a la escritura. “Soy un petrolero que dejó de serlo”, resume en otra entrevista (Torre 1995: 25). Su experiencia, en una rama medular en la economía nacional, que implica el conocimiento de uno de los más poderosos gremios obreros, permite a este escritor ofrecer un testimonio excepcional en nuestra literatura, el de los proletarios. Hombre de izquierda y militante sindical, De la Torre ha tematizado las inquietudes de los obreros en diversos contextos históricos. Tratar temas vinculados a los trabajadores es algo “natural” para él (Torre 1987: 110). Comunista activo, autodidacta, gran lector, forjado en la práctica periodística, en reiteradas ocasiones De la Torre ha reconocido como su mentor al escritor disidente emblemático en el campo de la literatura mexicana vigesémica, José Revueltas. Como el autor de *El luto humano*, De la Torre intenta “darle una forma muy literaria a lo social” (Torre 1987: 119); sin duda su literatura intenta captar el lado moridor de la realidad.

Además de sus ficciones, el autor ha incursionado en la historietta y el guion cinematográfico.

Sin contar los relatos, De la Torre ha publicado al menos cuatro novelas sobre experiencias con los trabajadores del petróleo, una saga que es fuente indispensable para comprender el desarrollo de este sector obrero. *Ensayo general* (1970) versa sobre dos amigos de la infancia cuyas trayectorias vitales son muy distintas. Uno de ellos se encamina a la dirigencia sindical, en tanto que el otro, luchador obrero fracasado, se deja invadir por la desesperanza; este personaje es representativo de su grupo. La trama se ubica en los polvosos y descuidados barrios de Peralvillo o Tepito, y tiene como trasfondo

histórico principal las fallidas luchas ferrocarrileras y de trabajadores de la educación de 1958-1959.

Muertes de Aurora (1980), a través de múltiples historias, retoma las luchas petroleras y la derrota en la coyuntura del movimiento estudiantil de 1968. El protagonista había participado en las movilizaciones sindicales de 1958-1960 y había sido despedido. En el 68, cuando labora en una oficina, unos jóvenes militantes le piden consejo y se van integrando a las manifestaciones. Hacia el final, una vez reprimido el alzamiento juvenil, el hombre está destruido física y moralmente; en sus delirios alcohólicos, recuerda obsesivamente a Aurora. Ella es un personaje femenino, un tanto mítico que encuentra la muerte varias veces. La influencia del momento histórico sobre la intimidad de los personajes, el erotismo, los sueños, es una preocupación constante del autor. De la Torre ha explicado que en *Muertes de Aurora* plasma sus experiencias como líder en la sección 35 de petroleros (1987: 117).

En 1989 publica *Hijos del Águila*, a la que me refiero a continuación. Y en 1992 da a luz *Los muchachos locos de aquel verano*. Ha afirmado que ésta sería su última novela petrolera, pues ya ha dicho lo que tenía que decir sobre el tema (Torre 1992).

Relata aquí de nuevo, con un muy buen manejo de la estructura novelística y del habla coloquial, historias amorosas y laborales de los trabajadores del petróleo durante el cacicazgo sindical de Joaquín Hernández Galicia, la Quina, en las décadas setenta y ochenta. La mirada pesimista del narrador registra los efectos corruptores del sindicalismo corporativo: los trabajadores parecen haber renunciado a luchar. La obra tiene una intensa inspiración autobiográfica.

Elegí referirme a *Hijos del Águila* porque es una de las narraciones mejor realizadas del autor y porque se enlaza con las restantes novelas sobre la Expropiación del mineral. Pero toda la narrativa petrolera de Gerardo de la Torre espera una lectura global acuciosa.

Hijos del Águila Y STEPHEN CRANE

La novela *Hijos del Águila*, que recibió el Premio Pemex 50 años de Expropiación, en 1988, y fue publicada al año siguiente, recrea precisamente ese hecho histórico, la nacionalización petrolera, desde la óptica de los trabajadores.

El título de la novela se refiere a la Compañía Mexicana de Petróleo, El Águila, fundada en 1909, bajo el régimen de Porfirio Díaz, por el empresario inglés Weetman Dickinson Pearson. A partir de 1910, las empresas dominantes en la extracción del petróleo mexicano fueron la Huasteca Petroleum Company, controlada por el norteamericano Edward L. Doheny, mencionado en tantas novelas, y la Compañía Mexicana de petróleo El Águila de Pearson (Meyer 1991: 81-88). Los Hijos del Águila son los obreros que trabajaban en la compañía, hijos rebeldes que se organizan para obtener mejores condiciones laborales.

Hijos del Águila lleva un epígrafe de la novela del norteamericano Stephen Crane, *La roja insignia del valor*:

Entendió entonces que la existencia de ataques y contrataques pertenecía ya al pasado. Había morado en una tierra de extraños y sobrecogedores cataclismos, y había salido con vida. Había visitado la región donde habita el rojo de la sangre, el negro de la pasión, y había escapado. Y dedicaba por ello a la alegría sus primeros pensamientos (Torre 1989: 9).¹

La roja insignia del valor, publicada en 1896, es una de las novelas bélicas paradigmáticas en la literatura norteamericana. Considerado por la crítica un autor naturalista, Crane aprovechó su práctica como corresponsal de guerra para recrear los relatos de los veteranos de la Guerra de Secesión y ficcionalizar las vivencias de un soldado adolescente, Henry, en este episodio histórico.

La roja insignia... es tanto una novela de guerra como una de formación y aprendizaje. La parte citada por el novelista mexicano es

¹ En adelante se citará sólo la página de la novela.

un fragmento del último capítulo, el 23, del texto de Crane, que presenta el balance del protagonista sobre su participación en la contienda. Como sugiere el epígrafe, después de haber atravesado por experiencias límite, Henry, a quien el narrador suele llamar “el muchacho” — tal vez para sugerir que sus vivencias son compartidas por otros jóvenes — se decide por “la alegría”.

El protagonista de la novela de Gerardo de la Torre es también un muchacho, un joven trabajador del petróleo en la refinería de Minatitlán, llamado Víctor Novoa. Sin embargo, el plural del título implica que, como en la narración del norteamericano, las experiencias del personaje son comunes a otros hombres de su generación y clase social.

HISTORIA Y NOVELA

La novela está dividida en cinco capítulos, encabezados por un número romano y un subtítulo que incluye la mención de un año. La inclusión de fechas, como la de lugares geográficos localizables en el contexto, evidencia la voluntad del narrador de enlazar la historia narrada con la extratextual, de completar la significación de la anécdota con las situaciones a las que se refiere. El hilo conductor de la secuencia temporal novelística es una cronología lineal que se corresponde con el desarrollo histórico de la lucha petrolera.

El nombre de los dos primeros capítulos se refiere al río Coatzacoalcos, antes llamado Mixtlán, que bordea la refinería de petróleo y constituye una presencia constante en la trama. El primero se denomina “A orillas del Mixtlán, 1936”, y el segundo, “El gran mango del río, 1936”.

El tercer capítulo se llama “Fugaces golpes de luz, 1936” y alude a una exploración que, como parte de su estrategia de lucha, una cuadrilla de trabajadores realizó una noche, linterna en mano, por los terrenos que rodeaban la refinería.

Los títulos de los dos capítulos finales se sitúan un año después y se centran en los personajes. El cuarto se denomina “Guerreros manchados de grasa y chapopote, 1937”, reiterando la idea del com-

bate como una situación cotidiana, y el último, “Los hijos del águila, 1938”, el año de la Expropiación. El orden de los capítulos sugiere el paso del predominio de la naturaleza al de los hombres que, en la lucha, fortalecen tanto su identidad de clase como la nacional.

Los capítulos iniciales describen el caluroso, hasta el sofoco, pueblo de Minatitlán, que ha sido marcado por la actividad de la empresa petrolífera. En el río suelen divisarse los barcos tanque entre las iluminadas torres de proceso.

En las mal trazadas calles pantanosas, se ubican los diversos espacios en que los personajes se mueven: el viejo caserón de tres habitaciones donde habita Víctor Novoa con su hermano, el mismo caserón que habían ocupado sus padres y abuelos; la refinería; la fonda de doña Luz, donde trabaja Elena, la mujer de quien Víctor está enamorado; la cervecería “La flama”, sitio en que los obreros pasan su tiempo libre; y los burdeles. La visión del pueblo, en 1936, es deprimente, con excepción de la zona reservada a los extranjeros dueños o administradores de la empresa:

La energía eléctrica, los drenajes y el agua corriente eran desconocidos en la ciénaga. En las viviendas se alumbraban con velas o quinqués, las más íntimas necesidades se satisfacían en letrinas o al aire libre y la gente se bañaba a chicalazos, a golpes de jícara, con agua de lluvia reunida en barriles o llevada de los pozos a lomo de bestia [...] Los jóvenes aspiraban a la casa de estructura y espíritu inglés, con habitaciones higiénicas y bien iluminadas (25).

EDUCACIÓN POLÍTICA Y EDUCACIÓN SENTIMENTAL

La historia está relatada casi por completo en tercera persona por un narrador más o menos omnisciente, que identifica su perspectiva con la del personaje protagónico. La visión dominante en la novela es la del joven obrero Víctor Novoa, que entretiene sus acciones con monólogos interiores acerca de sus inquietudes, sueños y evocaciones. Además de la voz del narrador, en dos pasajes asume la narración Elena

quien, también a través de la corriente de conciencia, combina la primera persona y la segunda, para dirigirse a Alfredo, el hermano de Víctor.

Víctor es un héroe conflictivo; las tensiones entre su vida laboral-política y su vida sentimental jalonan la dinámica de la trama. Se presentan momentos del personaje en el espacio del trabajo, se mencionan los horarios y el cansancio, las herramientas, las relaciones entre los obreros, a veces solidarias, a veces de enemistad. La novela se inicia con el joven saliendo de una reunión político-laboral del comité de huelga, donde representa a los trabajadores del taller mecánico. Más adelante se hablará del enlace de los obreros de Minatitlán con el movimiento nacional. Se atisba asimismo a los petroleros en su tiempo libre, casi siempre bebiendo, platicando de sus familias o de burdeles, jugando billar.

El aprendizaje del protagonista en el ámbito laboral y político es claro. Cuenta, en primer lugar con las enseñanzas de la tradición familiar: un abuelo magonista y un padre revolucionario antiporfirista que había padecido cárcel y había terminado sus días asesinado. Además del ejemplo, el padre le había heredado uno de sus tesoros, “medio centenar de libros”: “una menguada biblioteca que incluía el *Cándido* y las *Memorias de ultratumba*, obras de Kropotkin y de Proudhon, *El periquillo sarniento* y *Moby Dick*, relatos de viajes y una antiquísima historia mundial” (27). Así la cultura de Víctor se va conformando con fragmentos del enciclopedismo, del anarquismo, del socialismo utópico, de la sociedad mexicana; el conjunto le permite conocer la realidad y explorar la imaginación.

El joven tiene otro mentor, un obrero de edad avanzada, Lauro Marini, su superior en el trabajo y su amigo en el tiempo libre. Marini lleva en el cuerpo las huellas de una vida entregada al trabajo extenuante y a las frustraciones personales. Gordo y viejo carece de los dedos índice y cordial de la mano derecha; como Lázaro Pizarro, en *Morir en el Golfo*, ha perdido fragmentos de dos de sus dedos. Pareciera que el destino de los que viven por sus manos en la industria petrolera es la mutilación.

Lauro Marini había padecido, además, el abandono de su mujer

y la prostitución de sus dos hijas. El ejemplo de este obrero que, pese a todos sus problemas, no se permite la autocompasión, es fundamental para el muchacho.

Su educación sentimental es más complicada. Enamorado de Elena, la misma mujer que es compañera de su hermano, y sintiendo cariño por éste, sufre continuamente y trata de evadirse de la cotidianidad a través de ensueños. Se avergüenza porque durante las reuniones sindicales todo lo que se habla le recuerda a la chica. Hay un tímido humorismo por parte del narrador, cuando explica que aún la mención de golpear a los traidores a la causa, le suscita a Víctor una visión erótica: “Elena, desnuda, atada a un poste, recibía azotes con sogas humedecida” (18-19).

Por breves periodos la vida de Víctor parece estabilizarse. Busca en un burdel a las hijas de Lauro Marini, encuentra sólo a una y le dice que él también es hijo del obrero, de otra relación. Con este acto legitima simbólicamente el papel que el anciano ya de hecho jugaba en su vida, el del padre fallecido. Al fin puede también obtener el amor y la compañía de Elena, cuando ésta es abandonada por Alfredo, quien se va a vivir a otro estado. Sin embargo, la felicidad dura poco. La sospecha de que el hijo que ella espera puede ser del hermano mayor despierta en el joven una respuesta violenta y machista que obliga a la mujer a irse.

El último capítulo describe la etapa en que las luchas en Minatitlán se enlazaron con el movimiento nacional, que recibió el apoyo del presidente de la República y culminó con la Expropiación de las empresas concesionarias. En este marco, el protagonista toca fondo en su relación con Elena para encontrar una solución al final de la trama.

El fragmento que cierra la novela empieza describiendo a los trabajadores petroleros reunidos frente a la refinería, para escuchar juntos por la radio el mensaje del presidente Cárdenas; menos Víctor, que se dedica a buscar a Elena.

Se describe cómo, poco antes de las diez de la noche, se emitió el comunicado: “se hizo un silencio denso. Las cabezas se acercaron al aparato. Tensos, adustos, escucharon las palabras que declaraban a

los mexicanos dueños de su petróleo y entendieron que esas palabras eran pronunciadas por alguien que comprendía sus esperanzas y sus sufrimientos” (87).

El narrador transcribe unas líneas del discurso presidencial y se detiene en las lágrimas en los ojos de los trabajadores, explicando que Víctor también lloraba, pero de tristeza por su mujer a punto de dar a luz. Por la noche, mientras los petroleros se apoderan de la refinera, en un acto catártico, el joven dirigente se va solo a su casa y llora. Pero al amanecer un campesino viene a buscarlo y lo conduce al hospital donde ella se encuentra. La escena final reseña el movimiento de la muchedumbre que impide el paso a Víctor, los petroleros agitan pancartas, algunas con la foto del presidente, y gritan consignas. La novela termina con esta descripción: “Víctor elevó el puño lentamente. Saludó a los compañeros” (89). No se sabe si el obrero llegó a tiempo para ver nacer a su hijo, pero eso no importa tanto, la dicotomía entre la vida política y la sentimental que ha generado la historia de su vida ha desaparecido.

DESDE ADENTRO

Una mención especial amerita el personaje de Lauro Marini, el obrero viejo, por ser quien transmite a Víctor los conocimientos que han venido almacenándose en la memoria y el imaginario colectivo. Él describe el lugar antes del descubrimiento del mineral, como “otro mundo”, lleno de color y felicidad:

el pueblo con sus casitas blancas de techo rojo, la plaza con hileras de flamboyanes rojos en las orillas, palmeras, el jardín de la parroquia donde florecían rosales y jacarandas, y el huele de noche y la albahaca perfumaban el ambiente. Y más allá el río. Daba gusto ver los barcos de vapor y los veleros que abarrotaban la rada, con banderas de quién sabe cuántos países (17).

Para Marini, cuando se inició la explotación petrolera “comenzó a joderse la vida”, fue “una maldición”: “a la gente le entró la ambi-

ción con el petróleo. La tierra donde antes se sembraba maíz y frijol, caña, plátano, café, por la buena o por la mala se fueron vendiendo a los ingleses”. Menciona el caso de algún familiar que vendió sus tierras y se enriqueció, pero después perdió todo en el juego y acabó en la miseria (18-19).

Hijos del Águila ofrece un panorama sobre lo negativo que fue para el país ceder la explotación del hidrocarburo a compañías extranjeras, y concibe la nacionalización del petróleo como el acto más importante de afirmación nacionalista desde la Revolución de 1910. Esta concepción, que incluye una visión muy positiva de Lázaro Cárdenas, coincide con todos los novelistas mexicanos que han tratado el tema. Lo que ofrece de nuevo De la Torre en esta breve narración, escrita varias décadas después que las de Gregorio López y Fuentes, José Mancisidor o Héctor Raúl Almanza, es la estampa de la vida cotidiana y la organización obrera, con una información adquirida de primera mano y recreada con sencillez, parquedad y eficiencia.

Hijos del Águila es también una novela mejor acabada, desde el punto de vista literario, que las anteriores sobre la Expropiación; corresponde sin duda a una etapa más avanzada de nuestra literatura. Es una narración bien construida, donde los detalles han sido decantados al máximo para dejar lugar sólo a los elementos más significativos.

Luis Mario Schneider hace notar la semejanza en la culminación de las tramas de Almanza y De la Torre, que imbrican el discurso expropiatorio y el simultáneo nacimiento de un niño (1997: 49). Ciertamente ambos autores completan la visión de los que viven por sus manos en la industria petrolera, y ambos se solidarizan con ellos. Pero la perspectiva de Almanza, que conoce a la clase proletaria desde afuera, se inclina más al maniqueísmo y resulta un tanto romántica, en tanto que De la Torre, sin rehusar por completo los estereotipos, basado en sus vivencias personales, pinta a los trabajadores con mucha más complejidad.

UN VIAJE A LA UTOPIA: *QUEMAR LOS POZOS* (1990)
DE DAVID MARTÍN DEL CAMPO

RESONANCIAS DEL 68

Cuando se llevó a cabo la Expropiación del petróleo mexicano, David Martín del Campo no había nacido. En 1990, en una etapa de madurez, cuando ya contaba con cerca de una decena de libros publicados y diversos reconocimientos, da a luz su novela *Quemar los pozos*, sobre la nacionalización del hidrocarburo.

Venido al mundo en 1953, en la capital mexicana, Martín del Campo estudió ciencias de la comunicación, cine y fotografía y se ha dedicado a la práctica periodística en forma paralela a su escritura ensayística y narrativa. Como narrador también ha incursionado con talento en la literatura infantil.

Por su nacimiento, el escritor desborda un poco las fechas convencionales de la Generación del 68, que tiene su límite en 1950. Pero se le suele incluir en ella por las similitudes que guarda con sus integrantes: el interés político, la asunción, con libertad y sin dogmatismos, de una óptica de izquierdas, la vuelta al realismo como dominante en su obra. Así, en una reciente antología de textos sobre el 68, *Entre el silencio y la estridencia*, se incluye un fragmento de su primera novela *Las rojas son las carreteras*, publicada en 1976, donde un grupo de jóvenes asiste al entierro de un amigo muerto “a balazos en Tlatelolco”. Los chavos recuerdan que un pariente del asesinado “tuvo que dar quinientos pesos de mordida para que se apresuraran en devolver el cadáver [...] que tenía dos balazos, uno en el cuello y otro en el hombro” (Gutiérrez 2013: 429). La represión y la corrupción ejercidas por el gobierno, a través de la mirada juvenil, se atisban en estas pocas líneas.

En *Las rojas son las carreteras* el tema central no es el movimiento estudiantil, sino sus secuelas en la vida de los jóvenes protagonistas,

a través de quienes expresa Martín del Campo sus vivencias. Pese a que en el año de la masacre de Tlatelolco era un adolescente, el escritor considera que “la nuestra es la generación del 68 y fuimos marcados para bien o para mal por ese movimiento estudiantil” (Martín del Campo 1999: 60).

En una alguna conversación, refiriéndose a ciertos personajes de sus narraciones, deformes o mutilados, declaró que “todos los hombres estamos baldados en la vida, físicamente, políticamente, espiritualmente” (Martín del Campo 1990b). También ha dicho que a veces lo mira todo “desde un velo de melancolía” (1991: 51). Por supuesto, el prolífico artista es capaz de concebir cuentos imbuidos de pesadumbre (Negrín 2000). Sin embargo, lo dominante en su obra no es el sentimiento trágico de la existencia. Poseedor de un amplio sentido del humor ha dicho: “cuando escribo [...] quiero divertirme a mí mismo” (Martín del Campo 1987: 261). No se le podría ubicar entre los creadores cuya obra lleva el sello triste del fracaso de los proyectos políticos y culturales de las izquierdas en el país en la segunda mitad del siglo xx. No está por ello considerado en ninguno de los diversos espacios, más o menos marginales del campo cultural, ocupados por estos creadores, que ha estudiado prolijamente Patricia Cabrera (2006).

UN SER DE RETINA INSOMNE

David Martín del Campo ha afirmado alguna vez, evocando a Carlos Pellicer, “soy un ser de retina insomne” (1990b). Ciertamente, su narrativa se desarrolla bajo el signo de la mirada, él ha estado siempre muy cerca de las artes visuales, practica la pintura y la fotografía y se aproxima a la cinematografía. Por lo que hace al séptimo arte, su novela *Dama de noche* (1990) ha sido llevada a la pantalla, y la titulada *No desearás* (2011), recrea la filmación de *La noche de la iguana*, de John Huston.

El adjetivo “insomne” resulta también atinado. En los cerca de treinta libros de su autoría, Martín del Campo toca una multiplicidad de temas, como si se hubiera propuesto narrar sin descanso todo

lo que acontece en la tierra, el mar o el cielo. Para muestra, algunos de los títulos de sus ensayos y novelas: *Esta tierra del amor* (1982), *Isla de lobos* (1987), *Los mares de México, crónicas de la tercera frontera* (1987), *Alas de Ángel* (1991), *Mar y tierra* (1992).

Uno de los centros generadores de su proyecto creativo es el viaje, la exploración. Le importa ir más allá de “la problemática chilanga, esto es de la angustia del *smog* y del anonimato de la urbe”, ha afirmado (Martín del Campo 1995). De acuerdo con Christopher Domínguez Michael, “se dice” que *Las rojas son las carreteras* cierra el ciclo de la novela de la Onda (1986: 57). Es posible, pero sin duda esta *opera prima* satisface y atenúa el interés del joven escritor en narrar la Ciudad de México. En adelante se dedica a incursionar en los desplazamientos geográficos, y también en las aventuras por los sentimientos, los recorridos por las ensoñaciones, las travesías por la historia. El infinito viajar de David Martín del Campo ha producido textos pletóricos de autos, aviones, barcos, y trenes.

Militante en su juventud, incluido en el volumen *Trece rojo* que agrupa a escritores del Partido Comunista Mexicano (Martré 1981), David Martín del Campo, ahora escritor independiente de partidos, ha mantenido siempre una profunda preocupación social. Esta inquietud lo ha llevado — como a su protagonista, el piloto Ángel Roy, ese loco de amor —, a sobrevolar por la historia hasta algunos acontecimientos fundamentales de la historia de México.

Así, *Alas de Ángel* nos lleva al inicio de la década de los veinte, a conocer el Yucatán de Felipe Carrillo Puerto, el Tabasco de Tomás Garrido Canabal, el Veracruz de Herón Proal. La huelga inquilinaria organizada por el anarquista Proal había ya inspirado una novela, *La Ciudad Roja* de José Mancisidor (1932), pero David Martín del Campo revisita el tema y lo plasma en una literatura mejor acabada. Lo mismo ocurre en el caso de la Expropiación petrolera, acontecimiento que, como hemos visto, ha inspirado varias narraciones. Una coincidencia generacional es que la novela petrolera de Gerardo de la Torre (1989) — por cierto, incluido asimismo en *Trece rojo* —, y la de David Martín del Campo parecen haber sido escritas más o menos simultáneamente.

QUEMAR LOS POZOS

La novela se abre con un episodio en el que Cárdenas, entonces comandante militar en las Huastecas, y su amigo y colaborador, el coronel Francisco J. Múgica, son personalmente ofendidos por los guardias de las compañías petroleras, que les impiden ingresar a sus terrenos a pie, pues se les había descompuesto el automóvil — capítulo “Órdenes de Mister Rohney” —. Ellos se retiran y conversan mientras caminan por el paradisiaco entorno tampiqueño. Esa misma noche recibió el comandante un telegrama del presidente Plutarco Elías Calles ordenándole “Quemar los pozos” si hubiera un desembarco extranjero (15).¹

El pasaje novelístico reconstruye el momento histórico. Ciertamente Calles había intentado instrumentar una legislación sobre los hidrocarburos, para reestructurar las relaciones entre México y Estados Unidos, reduciendo la dependencia del gobierno mexicano de Washington establecida desde el porfiriato. Las leyes orgánicas del Artículo 27, promulgadas en diciembre de 1925, produjeron fricciones de diversa índole entre las compañías petroleras y el gobierno mexicano. A inicios de 1927, el presidente republicano Calvin Coolidge valoró la oportunidad de una intervención armada. En abril, el riesgo de una invasión fue tan real que Calles ordenó enviar al comandante militar de la zona petrolera el mencionado mensaje (Meyer 2009: 154).

La firme resolución de Calles de incendiar los pozos para defender la soberanía nacional tiene un antecedente. A principios de 1915, por causas ajenas al conflicto del petróleo, el presidente demócrata Woodrow Wilson llegó a considerar seriamente la conveniencia de efectuar un nuevo desembarco en Veracruz. Ante esa posibilidad, la respuesta de Venustiano Carranza fue amenazar al adversario en su punto vulnerable, los campos petroleros. Si el desembarco llegaba a efectuarse, advirtió el llamado “varón de cuatro ciénagas”, “los campos serían incendiados” (Villegas 1988: 59; Meyer 2009: 79).

¹ Todas las citas de la novela corresponden a la primera edición (1990) citada en las referencias bibliográficas.

El capítulo 28 de *Quemar los pozos*, denominado “Intolerable rebelión”, se refiere a la obstinada negativa de las firmas extranjeras que explotaban el mineral a cumplir las justas demandas laborales de los empleados mexicanos, durante las negociaciones presididas por el gobierno cardenista. Enlaza con el capítulo anterior que finaliza con un encabezado del diario *El Universal*, “Las compañías, ¡en rebeldía!” (108). Este capítulo 28 relata cómo, en una reunión con sus colaboradores más cercanos, el primer mandatario comunica su determinación de expropiar los bienes de las empresas “por causa de interés nacional” (110):

— Ya sé que esta decisión no cuenta con su unánime aprobación — añade Lázaro Cárdenas, subiendo por primera vez en muchos años el tono de su voz —. El petróleo ha sido siempre el elemento de discordia, y lo sigue siendo. Tal vez valdría más, entonces, quemar los pozos (111).

El capítulo 30, titulado “Demasiado tarde”, sitúa la acción el 18 de marzo de 1938. Se transcriben fragmentos del discurso que el presidente transmitió por radio a las 10 de la noche y se inserta el telegrama que envió al general R. Zamora, comandante militar de las Huastecas. En el mensaje, Cárdenas ordena incendiar los pozos petroleros “al avistar naves de guerra extranjeras Costa del Golfo” (124).

Por otra parte, en el ámbito de la literatura del petróleo, el incendio como instrumento de los mexicanos para protegerse de la agresión extranjera, está asimismo presente, como se ha visto, en *Oro negro* de Francisco Monterde y en *Mapimi 37* de Mauricio Magdaleno. Ambos textos de 1927 finalizan con la combustión de los campos petroleros, propiciada por mujeres jóvenes.

En suma, el título de la novela breve de David Martín del Campo es uno de sus aciertos, si bien hubiera podido también llamarse como el capítulo 35: “Breve crónica desde la dignidad”.

EL ENTRETEJIDO DE LAS VOCES DIVERSAS

A lo largo de 43 capítulos brevísimos, casi viñetas como dice Vicente Leñero en el prólogo de la novela, encabezados por subtítulos, un narrador en tercera persona alterna con voces de diversos personajes para presentar un fresco de momentos significativos del episodio histórico de la Expropiación. En cada uno de los apartados, la data y el sitio de los acontecimientos están explícitos o son más o menos deducibles. El orden de las escenas narradas no es cronológico, pero al armar el rompecabezas caleidoscópico de los fragmentos presentados, se puede reconstruir el orden del proceso.

La acción en mayor parte de los capítulos se ubica entre 1936 y 1938, con unas pocas incursiones retrospectivas y posteriores a la Expropiación. Empleando un recurso cinematográfico, las escenas que van de 36 a 38 a veces ocurren simultáneamente en diferentes lugares, con distintos personajes. Puede observarse así un muestrario de habitantes que pertenecen a diversos estratos sociales mexicanos y, en algunos casos, de los norteamericanos en el país.

Así por ejemplo, en 1936 aproximadamente, se ubica el capítulo titulado “Testimonio de un chango”, donde un personaje obrero de El Águila relata su experiencia. El momento en que habla es ya delegado sindical. El mismo año, de acuerdo al apartado “El agua y la tierra”, muestra a Cárdenas, miembro del Partido Nacional Revolucionario, entrevistándose con campesinos, bajo el calor y el polvo, durante su campaña presidencial. Asimismo en 1936, el capítulo “Romper el silencio” relata la expulsión del Jefe Máximo de la Revolución, Plutarco Elías Calles.

Mención especial merece el capítulo “Cien líneas”, situado también en 1936, donde aparece el periodista de *El Universal*, René Capistrán, mencionando la reciente Ley de Expropiación y recalcando sus consecuencias negativas para las empresas. En el mismo apartado aparece otro periodista, el joven Fernando Benítez que se burla con discreción de que Capistrán poco antes había predicho el fin del mundo. Martín del Campo, experimentado periodista y conocedor de los medios impresos, en la novela evoca a estos informadores mexi-

canos con sus nombres reales. La brevísima aparición de Fernando Benítez es un homenaje a este gran organizador cultural, autor de una saga fundamental sobre Lázaro Cárdenas (1980). La concepción del cardenismo que subyace a *Quemar los pozos* coincide con la del gran empresario cultural mexicano.

Los años de 1937-1938 siguen de cerca el proceso expropiatorio. Entre otras escenas, toma la palabra — en “Onomástico epistolar” — con entusiasmo la esposa de un obrero del petróleo, durante la histórica huelga del 37. Como contrapunto, en “Las damas opinan” nos enteramos de las pláticas casi siempre hipócritas y banales de las esposas de mexicanos adinerados, mientras juegan canasta y dominó. Ellas se refieren a Cárdenas como “orejón mustio” (62).

En la temporada navideña de 1937 tiene lugar la emisión radial, a través de la XEW, de una noticia que comunica el fallo de la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje sobre el conflicto petrolero. La transmisión es escuchada por una familia humilde, abandonada por el padre, obrero del petróleo. Se transcribe la presentación de un fragmento del discurso — capítulo “Importante aviso radiofónico” —.

Por lo que hace al año 38, el apartado “La conclusión de los peritos” muestra a Jesús Silva Herzog entregando al presidente el enorme legajo donde se asientan los resultados de la investigación sobre el conflicto entre las empresas petroleras y los trabajadores, informe elaborado por una comisión de especialistas presidida por él. Lee un resumen ante el presidente y sus funcionarios de confianza y queda claro, por una parte, que las compañías se desempeñaban de forma irregular, desde el punto de vista legal. Por otra, que su capacidad financiera era mucho mejor que la declarada y podían ofrecer mejores soluciones a las demandas salariales. Un capítulo posterior — “Las conclusiones” — cuenta cómo un día antes a la Expropiación, cuando Silva Herzog agripado revisaba el informe, recibió un sobre con dinero de las empresas petroleras, que devolvió muy indignado. El titulado “Su gobierno, nuestros gobiernos” presenta una de las fallidas negociaciones del presidente y sus funcionarios, con los representantes de la Standard Oil de México y El Águila.

El apartado “Hermano zorro” se centra en un diálogo del cacique Gonzalo N. Santos con un periodista, a quien luego chantajea para impedirle publicar lo que en realidad dijo.

Se alternan escenas de los funcionarios cardenistas, con otras del embajador norteamericano, Josephus Daniels, o se ofrecen las voces o las palabras escritas de los empresarios petroleros o de gente del pueblo mexicano en diversos momentos significativos de 1938.

El momento culminante de la narración, como del proceso histórico, es la transmisión por radio del discurso expropiatorio el 18 de marzo. En la novela se insertan breves fragmentos de la alocución, escuchada tanto por los trabajadores del Palacio Nacional como por el embajador estadounidense.

En “Qué hacer”, observamos a los trabajadores eufóricos, después del discurso presidencial, cómo se dirigen a rescatar las instalaciones. Uno grita “Viva México” y “todos, carpinteros, tuberos, ‘changos’ y soldados se abrazan y gritan y saltan regocijados” (127). El apartado “Un perico de bronce” muestra los heroicos esfuerzos de los obreros para laborar sin los instrumentos, los conocimientos y la seguridad necesarios.

La participación de las mujeres en el proceso se presenta a través del recuerdo de una mujer enferma de cáncer que, años después, le relata a su hija sus vivencias de la maravillosa jornada del 12 de abril — “Tú lo preguntaste” —. Recuerda que la iglesia apoyaba la Expropiación, y que mujeres pobres y ricas se amontonaban en el Palacio de Bellas Artes para ayudar a pagar la deuda con las compañías petroleras: “guajolotes, joyas, dinero, granos [...] las cajas de agujas, los costureros, las máquinas Singer” (152). Destaca la presencia de doña Amalia, la señora de Cárdenas.

En la epopeya descrita es evidente la participación popular y el papel trascendental del presidente y sus allegados. La figura de Cárdenas luce en su grandeza, honesto, sereno y decidido. Más de una vez el narrador describe al mandatario escribiendo, en la soledad, sus reflexiones cotidianas. Así ocurre en el pasaje “Voluntad, sacrificio, patriotismo”, actitudes en las que, como pocas veces en la historia, coincidieron los ciudadanos y el gobernante. En algún momento

se le describe poco después de la Expropiación, en un día de campo con su familia y su amigo Múgica, nadando en el agua helada de la laguna del Nevado de Toluca — “El agua del cráter” —.

El capítulo llamado “El tlacuache anda suelto” se refiere al “joven tipógrafo” Lázaro, en Jiquilpan, en el seno de su familia a la que ayuda en sus tareas campesinas. Para entonces, Cárdenas rondaba los 16 años y había estallado la Revolución.

Con una atinada estrategia narrativa, la novela se inicia con el mencionado episodio de la vida de Lázaro Cárdenas cuando era comandante militar en las Huastecas y se cierra con un incidente anterior en el que casi pierde la vida. Bajo el título de “La guerra, una vez más”, fechado el 26 de diciembre de 1923, el narrador trae al presente una batalla en Jalisco. Cárdenas, comandante de la zona militar de Michoacán, por órdenes de Álvaro Obregón, combate contra Rafael Buelna, participante de la rebelión de Adolfo de la Huerta. El joven comandante resulta gravemente herido. La narración de la novela se clausura reconstruyendo la breve plática del moribundo militar obregonista con un oficial delahuertista, a quien le pide hablar con Rafael Buelna, aunque pronto es vencido por el sueño. Sin embargo, el general, informa el narrador, “sanará en las siguientes dos semanas en el hospital del doctor Carlos Barriere, en Guadalajara” (171). Algún relato histórico refiere que Buelna tomó prisionero a Cárdenas y lo dejó en libertad.

UN MURAL NARRATIVO

De la novela de Martín del Campo *Esta tierra del amor* (1982), ha escrito Jaime Erasto Cortés que se trata de un mural narrativo (1991). La descripción es perfectamente adecuada a *Quemar los pozos*, un panorama dinámico donde actúan, escriben, hablan, integrantes de muchos grupos sociales. Como si se tratara de una realización depurada del proyecto desbordante de Carleton Beals.

La descripción de los hechos históricos recreados en la novela coincide con las de Gregorio López y Fuentes, José Mancisidor o Héctor Raúl Almanza, en cuanto a concebir la Expropiación como

un hecho positivo para el país. Pero la distancia temporal, la lejanía de Martín del Campo respecto de los acontecimientos narrados, le permiten una perspectiva distinta, más serena. Reitera la importancia del primer mandatario y sus colaboradores cercanos, pero se aproxima a Almanza y a Gerardo de la Torre en tanto que destacan el papel de los trabajadores y sus familias. El autor evita el maniqueísmo extremo y mitificador de las novelas anteriores, situándose sin duda del lado de los trabajadores, no omite alguna ocasional alusión al machismo obrero. Los empresarios petroleros, por su parte, quedan tan mal parados, en su intransigencia y voracidad, como en las narraciones precedentes; pero el embajador norteamericano está representado en sus rasgos positivos.

Quemar los pozos se sustenta en minuciosas lecturas testimoniales, y con gran economía selecciona algunos momentos significativos acerca de uno de los procesos más estudiados y documentados en la historia de México. Es, además, una narración de excelente factura, donde cada personaje se expresa de acuerdo a su caracterización. De lectura amena, es un texto de gran valor didáctico.

Resulta de interés que un escritor de la Generación del 68, en la década de los noventa, cuando el sistema político ha entrado en un claro declive, vuelva su mirada hacia atrás, recreando un episodio de afirmación de la nacionalidad. La nostalgia del cardenismo en el episodio de la Expropiación, de ese momento casi utópico en el que el pueblo y los gobernantes conjuntamente lucharon en defensa de la nación, continúa presente en esta novela. De ahí que me haya parecido la narración más adecuada para cerrar este trabajo, pese a no ser la última que se publicó. En el siguiente menciono otras novelas asimismo publicadas en las dos décadas finales del siglo xx. Omito las de Gerardo de la Torre, pues ya han sido citadas.

OTRAS VOCES: FRANCISCO MARTÍN MORENO,
LUZ FERNÁNDEZ DE ALBA Y LORENZO LEÓN

Sin duda la narración más famosa sobre el petróleo mexicano, objeto de muchas reediciones en diversos formatos y una enorme difusión es *México Negro* (1986), la primera novela de Francisco Martín Moreno.

Nacido en México en 1946, después de esta novela inicial el autor ha publicado una veintena de libros, casi todos sobre México y muchos con el nombre del país en el título, enriquecido con adjetivos explícitos tales como “sediento”, “secreto”, “mutilado”, “acribillado”, “engañado”, o implícitos como traicionado o vergonzoso. Es asimismo un colaborador frecuente en diversos medios de comunicación.

México Negro lleva en el interior el subtítulo de “una novela política”, se desenvuelve en movedizo terreno entre la historia y la ficción. Así, dramatiza episodios históricos con precisas acotaciones sobre el contexto, sustentados en múltiples referencias, y da voz a los personajes. La trama se articula alrededor de dos historias centrales. Por una parte, está la historia de un grupo de campesinos de la Huasteca; por otra, la red de intrigas, alianzas, complicidades y conflictos entre las compañías petroleras, los gobiernos norteamericanos, los mexicanos y algunos dirigentes revolucionarios. Queda claro que el poder lo detentan las empresas.

Por lo que hace a la familia de campesinos que se niega a vender sus tierras, tanto como por lo que respecta al capitalista villano emblemático de la novela, *México Negro* tiene ecos de *Rosa Blanca* de B. Traven. En efecto, ambos personajes malvados en su ilimitada ambición, su falta de escrúpulos, su debilidad por las mujeres y su gran poder, se inspiran en el inversionista Edward L. Doheny, que aparece en tantas novelas. Con la diferencia de que el inicuo capitalista, en *Rosa Blanca*, lleva el nombre de Mr. Collins — como vimos — y en *México Negro* el de McDoheny. A la intriga básica de la novela de Traven, la

de Martín Moreno adiciona múltiples relatos menores, una gran cantidad de información y, por supuesto, un gran número de páginas. Sin embargo, concebida medio siglo después, adolece de idéntico maniqueísmo que la del militante exiliado.

Estamos ante un libro muy ambicioso, va desde el porfiriato hasta el cardenismo, y se anuncia revelador de verdades silenciadas. En mi opinión el resultado no se corresponde con las intenciones, no me parece que *México Negro* aporte tan novedosos conocimientos acerca de la vida social afectada por la industrialización petrolera, en relación a las novelas antes comentadas. Sin embargo, reconozco que su presentación de los acontecimientos históricos, si bien simplificada y a veces errónea, ha logrado despertar el interés de los lectores mexicanos contemporáneos.

En 1987 aparece *Boca de la necesidad* de la narradora, ensayista y profesora universitaria Luz Fernández de Alba, nacida en 1941. La trama se ubica en la región petrolera que da nombre a la novela, en una etapa histórica no especificada, pero que por algunos indicios se ubica hacia la segunda mitad de la década de los setenta en el siglo xx. Sin embargo, la circunstancia apenas importa, constituye sólo el mero entorno donde se desarrolla la vida de la protagonista, una mujer joven, casada, talentosa, que entretiene el aburrimiento propiciado por el lugar con lecturas y ensoñaciones. La evolución de la joven es lo relevante en la novela y está narrado con agilidad.

Lorenzo León, periodista y narrador nacido en México en 1953, es autor de una curiosa novela fantástica *Miedo genital* (1991), ubicada en un pueblo que alguna vez se creó y vivió alrededor de pozos petroleros. Interesado en encontrar las formas del horror en la vida moderna, que vincula a la destrucción ecológica, León aborda en esta novela breve, a su vez compuesta de varios relatos, una serie de escenas de surgimientos de monstruos y epidemias fatales. Todos los males están asociados a un dios “Chapopoteotl”, en imágenes de impronta *gore*.

EPÍLOGO

El recorrido que hemos hecho muestra las variadas formas en que la literatura ha recreado la problemática del petróleo mexicano, en diversos ámbitos, y a través de una secuencia de etapas históricas, a lo largo del siglo xx. Por sus infinitas gradaciones entre la realidad histórica y la ficción, por su penetración en los espacios subjetivos y en la vida cotidiana, la literatura resulta el lugar privilegiado para entender este proceso que, por otra parte, ha sido muy bien estudiado desde las ciencias sociales por los autores citados en múltiples ocasiones a lo largo de la exposición.

Una pluralidad de miradas en las páginas literarias ofrece ejemplos de los primeros hallazgos del crudo, así como de los procesos industrializadores, a cargo de compañías extranjeras, y de su incidencia en la vida social. En una sociedad agraria, a principios del siglo xx, la extracción, la refinación, la comercialización del hidrocarburo, producen cambios que, más allá de la economía, transforman la mentalidad y la moral de las personas.

De inicio evocamos tres textos, escritos por norteamericanos y que muestran diversas facetas del pensamiento capitalista a inicios del siglo xx. Debemos el primero a la excelente pluma de Jack London, que entrega, en una serie de reportajes realizados en 1914, las primeras estampas de la paradisiaca naturaleza de Tampico ya marcada por la explotación del mineral. Describe así tanques de acero, depósitos, talleres mecánicos, buque tanques, etc. London, emblemático escritor comunista, había mostrado su afectuosa solidaridad con los revolucionarios de 1910, pero en el 14 vino al país para escribir en defensa de la invasión norteamericana. Al momento de su viaje, en Tampico los empresarios petroleros y toda la población sufrían la confusión del poder entre las tropas de Victoriano Huerta

(que poco después dejaría el gobierno) y los constitucionalistas que habían invadido los campos de petróleo.

Los reportajes de London tienen un sello racista y degradante para los mexicanos. Sostiene que los norteamericanos son agentes portadores de la higiene y la salud propias de la civilización, en tierras cálidas, llenas de enfermedades y signadas por la barbarie. El escritor, además, contrajo en la Huasteca una aguda disentería, de la que nunca se recuperó por completo. Tampoco pudo superar el desprestigio que entre la izquierda le ocasionaron sus artículos mexicanos.

Pasamos por las páginas de una curiosa novela que sitúa parte de su anécdota en Tampico, cuya autora es Douglas Grant, uno de los alias de la narradora norteamericana Isabel Ostrander, muy leída en su momento. *The Fifth Ace — El quinto as —* se publica en 1918, cuando la abundancia del mineral mexicano era bien conocida en el mundo y presidía el gobierno Venustiano Carranza. Se trata de una narración plagada de incoherencias en lo que considera “mexicano”, donde Tampico resulta ser apenas el escenario exótico de las intrigas y amores de los personajes. *El quinto as* nos importa sólo en tanto que permite atisbar las confusas visiones sobre nuestro país que presumiblemente tenía un amplio sector de lectores norteamericanos hacia finales de la Segunda Guerra Mundial.

Tampico de Joseph Hergesheimer, publicada en inglés en 1926 y traducida en 1929, es una ficción protagonizada por un alto empleo de compañías petroleras en la región tamaulipeca. Hergesheimer, autor muy apreciado en los veinte y ahora virtualmente olvidado, comparte con London la obsesión por las enfermedades de la tierra caliente, que se vuelven un símbolo de la degradación petrolera. El autor, de escritura exquisita, convencido del salvajismo de la naturaleza y los hombres en México, deja ver a contrapelo de su ideología, el salvajismo de las compañías extranjeras que explotaban el mineral.

Precisamente un año después de la publicación en inglés de *Tampico* aparecen los primeros textos de escritores mexicanos que dan cuenta de los cambios en la cotidianidad de las regiones producidos por la explotación del mineral. En una obra de teatro de Francisco Monterde, *Oro negro*, y dos novelas, *Mapimi* 37 de Mauricio Magdale-

no y *La hermana impura* de José Manuel Puig Casauranc, todas publicadas en 1927, descubrimos los hallazgos y la explotación petrolera en diversas regiones desde la perspectiva del país dependiente. A estas obras se suma un año después la narración de sello vanguardista, *Panchito Chapopote...* de Xavier Icaza. A excepción de la narración naturalista de Puig Casauranc, uno de los artífices de la política cultural en los veinte, que sin embargo culpa de los males acarreados por los procesos industrializadores al Estado y no a las compañías petroleras, los restantes textos tienen un carácter claramente antiimperialista y enlazan con las novelas latinoamericanas de esta orientación.

En otro rubro — tercera parte —, se agrupan novelas de tres extranjeros, los norteamericanos Upton Sinclair y Carleton Beals, y el alemán B. Traven, autores que por su definición contestataria e izquierdista toman partido contra el país capitalista. El prolífico y a veces contradictorio Sinclair se refiere al petróleo en California, pero ofrece información de interés para el tema en México por diversas razones. Sus obras influyeron mucho en las narraciones latinoamericanas de denuncia social.

Beals, que pasó largas temporadas en México y Traven que vivió gran parte de su existencia refugiado más o menos clandestinamente aquí, tienen una posición ideológica similar, ubicada en las izquierdas.

Black River (1934) del norteamericano Beals se publica cinco años después de la primera edición alemana de *Rosa Blanca* de Traven. Dado que la primera edición al español de esta novela es de 1940 y la primera traducción al inglés fue publicada en 1965, parece poco probable que Beals la haya leído antes de escribir la suya. Valdría la pena indagar más en la posible relación entre ambos escritores. Se ha visto que, durante su estancia cerca de Tampico, Traven, que entonces se hacía pasar por gringo, viajaba ocasionalmente a la capital del país y se relacionaba con los artistas e intelectuales revolucionarios, mexicanos y extranjeros. Heidi Zogbaum (1992) piensa que tal vez se hayan conocido a través de Edward Weston. Ella menciona unas líneas de Traven sobre Nicaragua, cuya fuente era un artículo de Beals, a quien menciona como “un caballero conocido mío”. Subraya asimismo el hecho de que un tema central de la izquierda

mexicana era la guerra civil en Nicaragua y la lucha anticapitalista de Augusto Sandino (52). En 1928 Carleton Beals logró entrevistar a Sandino. Por su parte Traven, de acuerdo con su viuda, había entrado en contacto con el revolucionario nicaragüense quien fue también empleado de una empresa petrolera (Guthke 2001: 294).

En la administración de Lázaro Cárdenas cobran renovada actualidad los propósitos del movimiento revolucionario de 1910, la atmósfera nacionalista y la emergencia de las masas. La nacionalización del petróleo se vuelve el gran tema de la narrativa, contado muchas veces por diversas voces. Agrupamos en la cuarta parte a cuatro escritores: tres mexicanos y uno británico. Dos de los nacionales pertenecen a la Generación de 1915, nacida a finales del siglo XIX. Gregorio López y Fuentes cuya novela *Huasteca* capta el rumor social a la hora de la Expropiación, pues inserta en la novela casos que los lectores le habían enviado a un diario capitalino; y José Mancisidor, artista representativo de la izquierda mexicana de su tiempo, que recrea la gesta nacionalizadora cerca de 15 años después en su novela *El alba en las simas*.

Más joven que López y Fuentes y Mancisidor, Héctor Raúl Almanza pertenece a la Generación de 1929. Su narración *Brecha en la roca* tiene, entre otros méritos, el registro de la movilización obrera que culmina en el sindicato nacional, desde el punto de vista de los trabajadores.

Estas novelas publicadas en distintos momentos, por autores de diferentes generaciones, constituyen una épica de la autonomía, dejan clara la reafirmación de la identidad nacional constituida por el fenómeno de Expropiación de las empresas petroleras, que dejaba en manos del Estado la propiedad y el manejo de los hidrocarburos. Se daba un paso importante en la construcción del tipo de nacionalismo que Lorenzo Meyer considera a la vez defensivo y constructivo, imprescindible para trazar un proyecto nacional (Meyer 2013a: 426).

En contrapunto con esas novelas, el mismo año de *Huasteca*, 1939, se publica un texto singular, el supuesto libro de viaje del británico Evelyn Waugh. Como vimos, Waugh, brillante narrador, vino

a México en 1938 a escribir por encargo un texto contra la Expropiación cardenista del mineral. La traducción al español de esta invectiva, que presenta sin disimulo alguno la óptica de los países capitalistas, no aparece sino hasta 1996.

Al final de la cuarta parte menciono, con una brevísima presentación otros diez textos que se ocupan del tema, todos explícita o implícitamente en favor de la Expropiación.

La quinta parte se dedica a una novela que aborda el tema en forma muy original, *La cabeza de la hidra* de Carlos Fuentes, aparecida en 1978. Uno de los grandes escritores de la Generación de Medio Siglo ofrece aquí una intriga de espionaje internacional alrededor del petróleo mexicano. A través de un enfoque humorístico, el escritor vuelve sobre sus obsesiones constantes como la definición de lo mexicano, como marco para reiterar su simpatía por el cardenismo.

La sexta parte revisa cómo se acercan a la problemática vinculada al mineral escritores ubicados en la Generación del 68 y posteriores.

Así, Héctor Aguilar Camín, publica en 1986 *Morir en el Golfo*, ágil narración de intriga, crímenes y suspenso, que ha sido leída como *roman à clef*, con acontecimientos y personajes más o menos inspirados en la etapa del gobierno de José López Portillo. Con la ambigüedad y polisemia propias de la novela moderna, *Morir en el Golfo* ofrece una radiografía del periodismo mexicano en sus relaciones con el poder en la segunda mitad del siglo xx. Por lo que hace al petróleo, atiende a la complejidad del sindicalismo corporativo, cuyos líderes han heredado las tradicionales prácticas caciquiles. El petróleo aquí se vincula con la descomposición del sistema político.

La producción literaria de Gerardo de la Torre establece un diálogo implícito, deliberado o no, con la novela de Aguilar Camín, pues se refiere a distintos momentos significativos en la vida, siempre desde el punto de vista de los trabajadores del petróleo. La novela comentada en el estudio es *Hijos del Águila*, que recibió el Premio Pemex 50 Años de Expropiación, en 1988.

El título de la novela se refiere, como vimos, a la Compañía Mexicana de Petróleo, El Águila, fundada en 1909, bajo el régimen de Porfirio Díaz, por el empresario inglés Weetman Dickinson Pear-

son. El relato recrea la nacionalización petrolera, desde la óptica obrera, tiene un final optimista y mantiene el entusiasmo por el cardenismo.

Quemar los pozos (1990a) de David Martín del Campo no es la última novela sobre el tema pero, en mi opinión, sí clausura una etapa en cuanto a representar, con la perspectiva del medio siglo transcurrido desde la Expropiación, este fenómeno en términos nacionales. La acción en mayor parte de los capítulos se ubica entre 1936 y 1938, con unas pocas incursiones retrospectivas y posteriores a la Expropiación. Ofrece así un muestrario de habitantes que pertenecen a diversos estratos sociales mexicanos y, a veces, personajes norteamericanos; en todos los casos con uso pertinente del lenguaje de cada actor social.

Como se ha dicho, es interesante que un escritor posterior a la Generación del 68, en la década de los noventa, cuando el sistema político ha entrado en un claro declive, vuelva su mirada hacia atrás recreando un episodio de afirmación de la nacionalidad. La nostalgia del cardenismo en el momento de la Expropiación, de ese momento casi utópico en el que el pueblo y los gobernantes conjuntamente lucharon en defensa de la nación, continúa presente en esta novela. De ahí que me haya parecido la narración más adecuada para cerrar este recorrido.

En el capítulo sucesivo a esta parte final menciono también, en forma sucinta, otras novelas publicadas en las dos décadas finales del siglo xx, escritas por Francisco Martín Moreno, Luz Fernández de Alba y Lorenzo León.

En 2014, aprobada a finales del año anterior, la Reforma Energética promovida por el presidente Enrique Peña Nieto, pese al discurso presidencial, parecía evidente el final de la nacionalización cardenista del hidrocarburo. Algunos especialistas se preguntaron si el país entraría de lleno en el hundimiento. Lorenzo Meyer, cuyas reflexiones sobre la historia del petróleo han sido fundamentales en mi lectura, expresa una percepción negativa del futuro. Ya antes, en su citado libro *Nuestra tragedia persistente*, había observado en la situación mexicana un “regreso a los tiempos de don Porfirio” y lamenta-

ba la ausencia de un proyecto nacional (Meyer 2013a: 436). En una entrevista de 2014, el estudioso considera que la verdadera agenda de la reforma y modificación de los Artículos 25, 27 y 28 constitucionales no fue la lucha anticorrupción en Pemex, lucha en la que todos concordarían, sino la apertura a la iniciativa privada (Meyer 2013b).

Coincide con Meyer el especialista Sergio O. Saldaña Zorrilla, quien examina en detalle las consecuencias económicas y sociales de la Reforma Energética que, al transferir riqueza al extranjero, desmantela la economía nacional (Saldaña 2014). Intelectuales como Diego Valadés, en debate con otros estudiosos, opina que la Reforma Energética desfigura la Constitución; pensadores universitarios, como Fabio Barbosa Cano, consideran que la Reforma atenta contra los intereses nacionales. Es éste, con matices diversos el sentir de los ideólogos de las izquierdas (Morales/ Dávalos 2015: 27, 129).¹

La relativa incertidumbre respecto del futuro del petróleo en nuestro porvenir nacional, en relación a la literatura se vuelve un infinito campo de posibilidades. Sin duda el interés de los escritores por el tema no ha disminuido. En el Apéndice menciono 5 textos que se publicaron ya en el siglo XXI, por lo que quedaron fuera de mi corpus. La novela de Carlos Isla, *La maldición del oro negro*, que tematiza problemas personales vinculados con la industrialización petrolera en la zona de Veracruz, es un libro póstumo. El autor, nacido en 1945, falleció prematuramente poco antes de los 41 años.

En 2008 se publican dos textos, la novela *Infiernos del petróleo* firmada por El Bicho Gardo, y *1938: el petróleo que fue nuestro... Argumento histórico para una película que aún no se ha filmado*, de Carlos Montemayor que falleció dos años después de la publicación.

En 2009 aparece *En la hora de nuestra muerte. Centenario de una lucha armada* de Fernando Alvarado Gamundi, escritor veracruzano. Se trata de una historia de familia en el contexto de la Revolu-

¹ En 2014 se llevó a cabo el “Foro Petróleo y Nación”, que discutió la Reforma Energética, los resultados se publicaron en el libro coordinado por Eliezer Morales Aragón y Juan José Dávalos López (2015).

ción de 1910 y la década siguiente en una zona de la Huasteca veracruzana marcada por la explotación petrolera; si bien el mineral no es el único tema.

La última narración que tengo registrada es la novela *Pioneros* (2010) de Mario Román del Valle, que aborda la historia de Poza Rica en los treinta hasta la Expropiación. El autor, periodista e historiador, procedente de una familia de trabajadores petroleros, pone el acento en la lucha obrera.

Me parece pertinente, para concluir este estudio, evocar algunas líneas de un ensayo publicado en 2008 por Fernando del Paso, gran escritor de ficción, profundo conocedor de la historia de México y lúcido analista. Se titula “Contra la historia virtual”:

Charles Lindbergh, como sabemos, tenía alma nazi. ¿Qué hubiera pasado si su inmensa popularidad lo hubiera llevado a la presidencia de Estados Unidos, tras vencer a Roosevelt en una elección? [...] El lector está autorizado a imaginar que, en ese caso, en Estados Unidos hubiera seguido el lento pero implacable proceso de nazificación y que con él se hubiera dado el auge de un antisemitismo rabioso, del cual, por cierto, ya había algunos siniestros antecedentes [...] ¿Por qué no? Después de todo, en esa época le vendíamos grandes cantidades de petróleo a Alemania, y Hitler nos tenía en la mira: según Hermann Rauschning, en su libro *Hitler me dijo*, el dictador consideraba a México como otro El Dorado. Cabe pensar, cabría de hecho escribir una novela sobre qué hubiera pasado entonces si Hitler y Lindbergh se hubieran disputado el dominio, y con él el petróleo de México. ¿Una guerra entre dos potencias nazis? Y otra novela sobre quién hubiera ganado, y lo que entonces hubiera pasado.

De cualquier manera, nos hubiera quedado el consuelo de que los buquetanques Faja de Oro y Potrero del Llano jamás hubieran sido hundidos. Pero tampoco hubiera habido nacionalización petrolera y, me temo, hoy no estaríamos — y tampoco desde hace varios decenios — celebrándola y hundiéndola al mismo tiempo (Paso 2008b).

Reitero, el tema del petróleo mexicano en la literatura y en nuestra existencia sigue vigente. Sé de varios escritores que en la actualidad están preparando novelas sobre el aceite de piedra. Esperamos de ellos nuevas visiones tanto de los hechos anteriores, pues aún hay zonas inexploradas, como de los contemporáneos y futuros.

APÉNDICE: OBRAS SOBRE EL PETRÓLEO
MEXICANO Y LA VIDA SOCIAL¹

1914

Jack London

México intervenido. Reportajes desde Veracruz y Tampico, 1914. Trad. y ed. Elisa Ramírez Castañeda. México: Ediciones Toledo, 1990. *

1918

Isabel Ostrander [a.k.a. Douglas Grant]

The Fifth Ace. En The Project Gutenberg eBook #23885, released December 17, 2007 (www.gutenberg.org) [consulta 10 enero 2011]. *

1926

Joseph Hergesheimer

Tampico. Trad. Manuel Pumarega. Buenos Aires: Ediciones Siglo XX, 1946. *

1927

Francisco Monterde

Oro negro. México: Talleres Gráficos de la Nación, 1927. *

Mauricio Magdaleno

Mapimí 37. México: Obsequio de Revista de Revistas (*Excelsior*), 1927.*

José Manuel Puig Casauranc

La hermana impura. México: Premiá, 1984 (Colección “La Matraca”).*

¹ Para tener una secuencia de los textos, en este apéndice están ordenados de acuerdo a la fecha de la primera edición. La edición utilizada en el comentario, misma que se indica en las referencias bibliográficas, se indica abajo. Las obras estudiadas en detalle tienen asterisco.

Upton Sinclair

¡Petróleo! [Oil!].² Trad. Felipe Alaiz. España: EDHASA, 2008. *

1928

Xavier Icaza

Panchito Chapopote: retablo tropical o relación de un extraordinario sucedido de la heroica Veracruz. Edición facsímil. Maderas originales de Ramón Alva de la Canal. México: Universidad Veracruzana, 1986. *

1929

B. Traven

Rosa Blanca. En *Obras Escogidas*, T. I. Trad. Esperanza López Mateos. México: Aguilar, 1979, pp. 701-1095. *

1934

Carleton Beals

Black River. Philadelphia/London: J. B. Lippincott Company, 1934.*

1938

Elvira Vargas

Lo que vi en la tierra del petróleo. México: s.p.i., 1938.

1939

César Garizurieta

Resaca. México: Dialéctica, 1939.

Gregorio López y Fuentes

Huasteca (novela mexicana). México: Ediciones Botas, 1939. *

Evelyn Waugh

Robo al amparo de la ley. Trad. Marco Aurelio Major, pról. José N. Iturrriaga. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996. *

² *¡Petróleo!* no se centra en el mineral mexicano, sino en el de California. Pero es fundamental en el seguimiento novelístico, como se explica en el comentario.

1940

Rosa de Castaño

El torrente negro. México: Botas, 1940.

1941

Tina Sierra

Oro negro. México: Botas, 1941.

Jorge García Granados

Los veneros del diablo. México: Petróleos Mexicanos, 1988.

1955

Héctor Raúl Almanza

Brecha en la roca. México: Obregón S.A., 1955.*

José Mancisidor

El alba en las simas (y otras), en *Obras Completas III*. Xalapa: Gobierno del Estado de Veracruz, 1979.*

1958

Antonio Rodríguez

El rescate del petróleo. Epopeya de un pueblo. México: Ediciones El Caballito, 1975.

1960

Indiana Nájera

Poza Negra (la tragedia de Poza Rica). México: Libro Mex Editores, 1960.

1968

Rodolfo Benavides

La maldición negra. (Cuando el petróleo no era nuestro). México: Editores Mexicanos Unidos, 1972.

1970

Gerardo de la Torre

Ensayo general. México: Secretaría de Educación Pública, 1989 (Col. Letras Mexicanas).

1978

Carlos Fuentes

La cabeza de la hidra. México: Joaquín Mortiz, 1978.

1980

Gerardo de la Torre

Muertes de Aurora. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1991.

1984

Héctor Aguilar Camín

Morir en el Golfo. México: Océano, 1986. *

1986

Francisco Martín Moreno

México negro. México: Joaquín Mortiz/Grupo Editorial Planeta, 1986.

1987

Luz Fernández de Alba

Boca de la necesidad. México: Océano, 1987.

1988

Martha Chávez Padrón

Testimonios de una familia petrolera. México: Petróleos Mexicanos, 1988.

Javier Santos Llorente

Episodios Petroleros, Nuestras Raíces. México: Petróleos Mexicanos, 1988.

1989

Gerardo de la Torre

Hijos del Águila. México: El Juglar Editores, 1989. *

1990

David Martín del Campo

Quemar los pozos. México: Plaza y Valdés, 1990. *

1991

Lorenzo León

Miedo genital. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/ Joaquín Mortiz/ Instituto Nacional de Bellas Artes, 1991.

1992

Gerardo de la Torre

Los muchachos locos de aquel verano. México: Planeta/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000 [Premio Nacional de Novela José Rubén Romero 1992].

SIGLO XXI³

2004

Carlos Isla

La maldición del oro negro. México: Fontamara, 2004.

2008

El Bicho Gardo

Infiernos del petróleo. México: Ediciones La Luna, 2008.

2009

Carlos Montemayor

1938: el petróleo que fue nuestro. Argumento histórico para una película que aún no se ha filmado. México: La Jornada Ediciones/ Sindicato Mexicano de Electricistas, 2009.

Fernando Alvarado Gamundi

...En la hora de nuestra muerte. "Centenario de una lucha armada". México: s.p.i.

2010

Mario Román del Valle

Pioneros. México: s.p.i.

³ Las narraciones publicadas en él ya no se trabajaron pues quedan fuera del corpus inicial. Se enlistan para confirmar la vigencia del tema.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AbeBooks.co.uk [catálogo], consultar <abebooks.co.uk>.
- Aguilar Camín, H., “MLG: el mandarín y la epopeya”, en *Saldos de la Revolución*, México, Editorial Océano, 1984.
- , *Morir en el Golfo*, México, Océano, 1986.
- , “Ficción y realidad: una experiencia”, *Nexos*, septiembre, 1996, consultar <nexus.com.mx/?p=7979>.
- , “HAC, inventar la realidad”, entrevista con Pilar Pérez, 2009, consultar <rfi.fr/actues/articles/111/article_11153.asp>.
- Ainsa, F., *De la edad de oro a El dorado. Génesis del discurso utópico latinoamericano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Albers, P., *Shadows, Fire, Snow: the life of Tina Modotti*, Berkeley, University of California Press, 1999.
- Almanza, H. R., *Brecha en la roca*, México, Obregón S.A., 1955.
- Alvarado Gamundi, F., ... *En la hora de nuestra muerte. “Centenario de una lucha armada”*, México [s.e.], 2009.
- Amazon [catálogo], consultar <amazon.com>.
- Amorós, A., “Novela rosa”, *Anthropos*, (166/167), mayo-agosto de 1995.
- Anderson, P. T. (dir.), *There Will Be Blood*, Estados Unidos de Norteamérica, Paramount Vantage-Miramax Films, 2007.
- Annan, N., “Evelyn Waugh, Literature and Literary Criticism”, *London Review of Books*, 7(11), 20 junio de 1985, consultar <lrb.co.uk/v07/n11/noel-annan/noel-annan-places-evelyn-waugh-among-the-deviants-of-mid-century-england>.
- Armas Marcelo, J. J., “La cabeza de la hidra” [reseña], *Vuelta*, 20(35-36), julio de 1978.
- Arthur, A., *Radical Innocent: Upton Sinclair*, New York, Random House, 2006.
- , “Blood and ‘Oil!’”, *The New York Times*, 24 de febrero de 2008, consultar <nytimes.com/2008/02/24/.../Essay-t.html?...>.

- Atl, Dr. [Gerardo Murillo], *Las artes populares en México*, v.1, México, CVLTVRA, 1922.
- Aub, M., *Guía de narradores de la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985 [1969].
- Azuela de la Cueva, A., *Arte y poder*, México, El Colegio de Michoacán-Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Azuela, M., *Los de abajo*, Jorge Rufinelli (ed.), México, Secretaría de Educación Pública (y otras), 1988 [1915] (Col. Archivos).
- Basurto, J., *Del avilacamachismo al alemanismo (1940-1952)*, México, Siglo XXI-Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, (La Clase Obrera en la Historia de México, 11).
- Baumann, M. L., *B. Traven. Una introducción*, Juan José Utrilla (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 2005 [1976].
- Bausum A., *Muckrakers: how Ida Tarbell, Upton Sinclair and Lincoln Steffens expose scandal, Inspire Reform and Invent Investigative Journalism*, Washington, D.C., National Geographic Society, 2007.
- Beals, C., *Mexico An Interpretation*, New York, B. W. Huebsch, Inc., 1923.
- , *Brimstone and Chili*, New York, Alfred A. Knopf, 1927.
- , *Mexican Maze*, with illustrations of Diego Rivera, Westport, Greenwood Press Publishers, 1931.
- Bear, G. de, “Narrativa y periodismo en *Morir en el Golfo* de Héctor Aguilar Camín”, *Revista Interamericana de Bibliografía*, XLII(2), 1992.
- Benavides, R., *La maldición negra. (Cuando el petróleo no era nuestro)*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1972 [1968].
- Benítez, F., *Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana*, v. 3 *El Cardenismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980 [1978].
- Berrios, A., “Vida y obras de José Mancisidor”, en J. Mancisidor, *Obras Completas I*, Xalapa, Gobierno del Estado de Veracruz, 1978.
- Bessie, A. C., “Wild Tale of Oil Republic. *Black River*, by Carleton Beals”, *Scribners*, agosto de 1934, consultar <unz.org/Pub/Scribners-1934aug-3g00016>.
- Bicho Gardo, El, *Infernos del petróleo*, México, Ediciones La Luna, 2008.
- Bigas Torres, S., *La narrativa indigenista mexicana del siglo xx*, México, Editorial Universidad de Guadalajara-Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1990.

- Bloodworth, W. A., *Upton Sinclair*, Boston, Twayne Publishers, 1977.
- Borges, J. L., *Introducción a la literatura norteamericana*, Buenos Aires, Emecé, 1977.
- Britton, J. A., *Revolution and Ideology. Images of the Mexican Revolution in the United States*, Lexington, The University Press of Kentucky, 1955.
- , *A radical journalist in Latin America*, Albuquerque, The University of New Mexico Press, 1987.
- Brown, J. C., *Petróleo y revolución en México*, Mauricio López (trad.), México, Siglo XXI Editores, 1998 [1993].
- Brushwood, J., “Las bases del vanguardismo en Xavier Icaza”, prólogo a X. Icaza, *Panchito Chapopote. Retablo tropical o relación de un extraordinario sucedido de la heroica Veracruz*, México, Universidad Veracruzana, 1986.
- , *México en su novela*, Francisco González Arámburo (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 1987 [1966].
- Bustamante, L. F., “El petróleo, inspirador de crímenes en los ricos campos veracruzanos”, *El Universal Gráfico*, 4 de abril de 1938.
- Bustos Cerecedo, M., “José Mancisidor, el hombre”, en J. Mancisidor, *Obras Completas I*, Xalapa: Gobierno del Estado de Veracruz, 1978.
- Bustos, L. R., “Gregorio López y Fuentes”, *Etcétera*, 2000, consultar <etcetera.com.mx/2000/380/lrb380.html>.
- Cabrera, P., *Una inquietud de amanecer. Literatura y política en México, 1962-1987*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.
- Campoamor, D. R. de, *Los pequeños poemas*, 1879, consultar Biblioteca Virtual Cervantes <cervantesvirtual.com/obra-visor/los-pequenos-poemas-1/html/ff0e8dea-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.htm>.
- Carballo, E., *Bibliografía de la novela mexicana del siglo xx*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988.
- , *Protagonistas de la literatura mexicana*, México, Editorial Porrúa, 2003.
- Cardiel Reyes, R., “Prólogo” a M. Magdaleno, *El Resplandor*, México, Promexa Editores, 1979.
- Carrera, M., *Un rayo en la oscuridad. Jack London en México*, México, Ficticia Editoria-Instituto de Cultura de Morelos-Instituto Nacional de Bellas Artes, 2012.

- Carrick, L., "Mexican Oil. *Black River* by Carleton Beals", *The Saturday Review of literature*, 24 de marzo de 1934, consultar <unz.org/Pub/SaturdayRev-1934mar24-00578a03>.
- Carter, J., "Knowing Our Neighbors. *Mexican Maze* by Carleton Beals", *The Outlook*, 3 de junio de 1931, consultar <unz.org/Pub/Outlook-1931jun03-00148>.
- Castaña, R de, *El torrente negro*, México, Botas, 1940.
- Castro Leal, A. (ed.), *La novela de la Revolución mexicana*, México, Aguilar, 1962.
- Chandler, R., *El largo adiós*, José Antonio Lara (trad.), México, Origen-Planeta, 1985 [1953].
- Chávez Padrón, M., *Testimonios de una familia petrolera*, México, Pemex, 1988.
- Christie, A., "Finessing the King", en *Partners in Crime*, London, Harpers Collins Publishers Ltd., 2010 [1919], consultar <agathachristie.com>.
- Conn, P., *Literatura norteamericana*, Carmen Franci (trad.), Madrid, Cambridge University Press, 1998 [1989].
- Connolly, P., *El contratista de don Porfirio. Obras públicas, deuda y desarrollo desigual*, México, Universidad Autónoma Metropolitana/Azcapotzalco-Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Córdova, A., *La política de masas del cardenismo*, México, ERA, 1974.
- , *La Revolución y el Estado en México*, México, ERA, 1989.
- , *La revolución en crisis. La aventura del Maximato*, México, Cal y Arena, 1995.
- Corneille, P., "Cinna", en *Oeuvres*, v. 3, París, Chez Janet et Cotelte Libraires, 1821.
- Cosío Villegas, D., "Las novelas de Xavier Icaza", prólogo a X. Icaza, *Gente mexicana*, Xalapa: Tip. Vda. e hijos de A. D. Lara, 1924.
- Crane, S., *La roja insignia del valor*, Alejandro A. Rosa (trad.), México, Ediciones Coyoacán, 1997 [1895].
- Crocker III, H. W., "Rediscovering a Neglected Classic", 2002, consultar <lewrockwell.com/orig2/crocker4.html>.
- Davis, M. E., "The twins in the looking glass: Carlos Fuentes' *Cabeza de la hidra*", *Hispania* (65), 1982.
- Delgado, M. M. (dir.), *El gendarme desconocido*, México, POSA Films International, 1941.

- Delpar, H., “Exiliados y expatriados estadounidenses en México (1920-1940)”, en P. Yankelevich (ed.), *México, país refugio. La experiencia de los exilios en el siglo xx*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Plaza y Valdés, 2002.
- Díaz Arciniega, V., *Querrela por la cultura revolucionaria. 1925*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Diccionario de Escritores Mexicanos (DEM). Siglo xx*, A. Ocampo (coord.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992-2007.
- Diccionario de la Revolución Mexicana*, J. Torres Parés, J. y G. Villegas Moreno (coords.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.
- Diggins, J. P., *The Rise and Fall of the American Left*, New York-London, W.W. Norton & Company, 1992.
- Domínguez, C. “Morir en el Golfo” [reseña], *Proceso*, (485), 17 de febrero de 1986.
- Domínguez Michael, C., “La broma colonialista”, *Nexos*, enero de 1989, consultar <nexus.com.mx/?P=leerarticulo&Article=267697>.
- Eco, U., *Apocalípticos e integrados*, Andrés Boglear (trad.), Barcelona, Editorial Lumen-Tusquets Editores, 2005 [1965].
- Enrique, Á., “El resplandor de la madera de Héctor Aguilar Camín”, *Letras Libres*, febrero de 2000, consultar <letraslibres.com/revista/libros/el-resplandor-de-la-madera-de-hector-aguilar-camin>.
- Erasto Cortés, J., “La concepción novelística de tres escritores mexicanos”, *La Jornada Semanal*, (111), 9 de julio de 1991.
- Espinosa Estrada, G., “Robbery Under Law: Evelyn Waugh en México”, *Letras Libres*, octubre de 2008, consultar <letraslibres.com/blogs/robbery-under-law-evelyn-waugh-en-mexico>.
- Fernández, T., “Sobre el indigenismo en el México posrevolucionario: aportaciones de Gregorio López y Fuentes”, 1988, consultar <institucional.us.es/revistas/philologia/4_1/art_8.pdf>.
- Fernández de Alba, L., *Boca de la necesidad*, México, Océano, 1987.
- Fernández de Oviedo, G., “De otras muchas particularidades, y algunas de ellas muy notables, de la isla de Cubagua...”, en H. J. Becco (ed.), *Historia real y fantástica del Nuevo Mundo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1992.
- FictionMags Index, The*, consultar <philsp.com/homeville/fmi/t256.htm>.

- Franco, J., *Historia de la literatura hispanoamericana*, Carlos Pujol (trad.), Barcelona, Ariel, 1975.
- Frenk, M., *Charlas de pájaros o las aves en la poesía folklórica mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma Mexicana, 1994.
- Fuentes, C., *La cabeza de la hidra*, México, Editorial Joaquín Mortiz, 1978.
- , *Nuevo Tiempo Mexicano*, México, Aguilar, 1994.
- , *Los años con Laura Díaz*, México, Alfaguara, 1999a.
- , “Entre la actualidad y la herencia, entrevista con Patricia Vega”, en J. F. Hernández (ed.), *Carlos Fuentes: territorios del tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999b.
- , “A través del cristal. Fuentes en la UCLA, entrevista con José Miguel Oviedo, Richard Reeve, John Skirius y Raymond Paredes”, en J. F. Hernández (ed.), *Carlos Fuentes: territorios del tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999c.
- Galeana, P. (comp.), *Cronología Iberoamericana 1803-1992*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- García Barragán, M. G., *El naturalismo en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979.
- García Cantú, G., *Las invasiones norteamericanas en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996 [1991].
- García de Enterría, M. C., *Literaturas marginadas*, Madrid, Playor, 1983.
- García Granados, J., *Los veneros del diablo*, México, Pemex, 1988 [1941].
- García Núñez, F., “La imposibilidad del libre albedrío en *La cabeza de la hidra*”, *Cuadernos Americanos*, (1), enero-febrero de 1984.
- Garizurieta, C., *Resaca*, México, Dialéctica, 1939.
- Giardinelli, M., *El género negro*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1996 [1984].
- Glover, D., “The thriller”, en M. Priestman (ed.), *Crime Fiction*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.
- González, L., *La ronda de las generaciones*, México, Secretaría de Educación Pública, 1984.
- González, M. P., “Huasteca, Gregorio López y Fuentes”, *Revista Iberoamericana*, I(2), noviembre de 1939.
- González Rodríguez, S., “Los áridos treinta”, *Nexos*, agosto de 1989.
- González Salas, C., *Tampico. Crónicas de una ciudad*, México, H. Ayuntamiento de Tampico, 1977.

- González Torres, A., “¡País de ladrones! Evelyn Waugh y México”, 29 de octubre de 2012, consultar <sobreperdonar.blogspot.mx/2012/10/pais-de-ladrones-evelyn-waugh-y-mexico.html>.
- Goytisolo, L., “De pantalón corto [sobre E. Waugh]”, *El País*, 6 de agosto de 2003, consultar <elpais.com/diario/2003/08/06/revistaverano/1060120810_850215.html>.
- Granados Roldán, O., “HAC Del túnel político al viaje literario”, *La cultura en México*, (1275), 10 de septiembre de 1986.
- Grost, M., “Agatha Christie’s *Partners in Crime*”, *Mystery File*, (45), agosto de 2004, consultar <mysteryfile.com/Christie/Tuppence.html>.
- Guerra Junqueiro, A. M., *La muerte de Don Juan*, E. Marquina (trad.), Barcelona, F. Granada y C. Editores, 1876 [1874].
- Gullón, G., *El narrador en la novela del siglo XIX*, Madrid, Taurus, 1976.
- Gunn, D. W., *Escritores norteamericanos y británicos en México, 1556-1973*, Ernestina de Champourcin (trad.), México-Madrid-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1977 [1969].
- Guthke, K., *B. Traven; biografía de un misterio*, Angelika Scherp Maeser (trad.), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001.
- Gutiérrez, Y. (ed.), *Entre el silencio y la estridencia. 25 protestas literarias sobre el México del 68*, México, Santillana Ediciones Generales, 2012.
- Gutiérrez Cruz, C., *Obra poética revolucionaria*, México, Editorial Domés, 1980.
- Hastings, S., *Evelyn Waugh. A Biography*, Boston-New York, Houghton Mifflin Company, 1994.
- Hergesheimer, J., *From an old house*, New York, Alfred A. Knopf, 1925.
- , *Tampico*, New York, Alfred A. Knopf, 1926.
- , *Tampico*, Manuel Pumarega (trad.), Buenos Aires: Ediciones Siglo XX, 1946.
- Hernández, J., *Novelistas y cuentistas de la Revolución*, México, Unidad Mexicana de Escritores, 1960.
- Hernández, S., “El magonismo. 1911: La otra revolución”, *Cuadernos Políticos*, (4), julio-septiembre de 1975, consultar <cuadernospoliticos.unam.mx/...4/CP4.4SalvadorHernandez.pdf>. (consulta enero 2012).
- Hobsbawm, E., *Historia del Siglo XX*, Juan Faci, Jordi Ainaud y Carme Castells (trads.), Barcelona, Crítica, 2005 [1994].

- Hobsbawm, E., *Naciones y nacionalismo desde 1870*, Jordi Beltrán (trad.), Barcelona, Crítica, 2004 [1991].
- , *Años interesantes. Una vida en el siglo xx*, Juan Rabasseda-Gascón (trad.), Barcelona, Crítica, 2003 [2002].
- Ibargüengoitia, J., “Relación de la conferencia”, en R. Marín *et al.*, *Los narradores ante el público. Segunda serie*, México, Joaquín Mortiz, 1967.
- , “En primera persona. Un nuevo libro de CF. (*La cabeza...*)”, *Vuelta*, julio de 1978.
- Icaza, X., *Magnavoz 1926 (farsa)*, Xalapa, Talleres Gráficos de la Nación, 1962 [1926].
- , *Panchito Chapopote. Retablo tropical o relación de un extraordinario suceso de la heroica Veracruz*, maderas originales de Ramón Alva de la Canal, México, Universidad Veracruzana, 1986.
- Isla, C., *La maldición del oro negro*, México, Fontamara, 2004.
- Iturriaga, J. N., “Prólogo” a E. Waugh, *Robo al amparo de la ley*, Marco Aurelio Major (trad.), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1966 [1939].
- Jiménez de Báez, Y., *Juan Rulfo, del páramo a la esperanza*, México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, 1990.
- Jiménez Rueda, J., “El afeminamiento en la literatura mexicana”, *El Universal*, 20 de diciembre de 1924.
- Johansson K., P., “La imagen en los códices nahuas: consideraciones semiológicas”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, (32), 2001, consultar Biblioteca Virtual Universal <biblioteca.org.ar/libros/92003.pdf>.
- Kazin, A., *En tierra nativa. Interpretación de medio siglo de literatura norteamericana*, Juan José Utrilla (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 1993 [1982].
- Knight, A., “La identidad nacional mexicana”, *Nexos*, agosto de 2010, consultar <nexus.com.mx/?P=leerarticulo&Article=248554>.
- Krauze, E., “Cuatro estaciones de la cultura mexicana”, *Mexicanos eminentes*, México, Tusquets Editores, 2007.
- La Botz, D., *Edward L. Doheny. Petroleum, Power, and Politics in the United States and Mexico*, New York, Praeger, 1991.
- Leduc, R., *Los diablos del petróleo*, México, Editorial Nuestra América, 1986.

- León, L., *Miedo genital*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Editorial Joaquín Mortiz-Instituto Nacional de Bellas Artes, 1991.
- Library of Congress [catálogo], consultar <catalog.loc.gov/>.
- Lida C. E. y P. Yankelevich (eds.), *Cultura y política del anarquismo en España e Iberoamérica*, México, El Colegio de México, 2012.
- List Arzubide, G., “La vida militar de José Mancisidor”, en J. Mancisidor, *Obras Completas I*, Xalapa, Gobierno del Estado de Veracruz, 1978.
- London, C., *The book of Jack London*, v. I, New York, The Century Co, 1921, consultar <jacklondons.net/writings/BookJackLondon/toc.html>.
- (consulta enero 2012).
- London, J., *How I Became a Socialist*, 16 de junio de 1894, consultar <readbookonline.net/readOnLine/2550/>.(consulta enero 2012).
- , “To the Comrades of the Mexican Revolution”, *Los Angeles Citizen*, 4 de febrero de 1911, consultar <thebardofhighlandpark.wordpress.com/.../the-soc>.(consulta enero 2012).
- , *Notas autobiográficas. Antes de Adán*, Fernando Valera (trad.), Madrid, Ed. Miraguano 1986 [1907].
- , *México intervenido. Reportajes desde Veracruz y Tampico, 1914*, Elisa Ramírez Castañeda (trad. y ed.), México, Ediciones Toledo, 1991.
- , *El mexicano. Un cuento de la Revolución*, Marina Valentina Vivas (trad.), México, Axial, 2010 [1911].
- López Alcaraz, M. L., *Tres expresiones literarias en torno al “oro negro”*, tesina de Licenciatura, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1976.
- López Velarde, R., *Poesías completas*, México, Promexa, 1979.
- López y Fuentes, G., *Huasteca (novela mexicana)*, México, Ediciones Bostas, 1939.
- , “El pozo agotado”, *Ruta*, (1), junio de 1938, en *Revistas Literarias Mexicanas Modernas*, v. II, edición facsimilar, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Madison, N. V., *Anti-Foreign Imagery in American Pulps and comic books, 1920-1960*, Jefferson, MacFarland & Company Inc. Publishers, 2013.
- Magaña Esquivel, A., “La novela popular de Gregorio López y Fuentes”, *El Nacional*, 1º de abril de 1965.

- Magdaleno, Marcela, “Mauricio Magdaleno”, *Revista Visaje*, (2), diciembre de 2011, consultar <revistavisaje.com/?p=655>.
- Magdaleno, Mauricio, *Mapimí 37*, México, Obsequio de Revista de Revistas (*Excelsior*), 1927.
- , *Tampico*, guión inédito [s.d.p.], 1946.
- , *Tierra y viento*, México, Ediciones Oasis, 1968 [1948].
- , *Escritores extranjeros en la Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1979.
- , *El ardiente verano*, México, Fondo de Cultura Económica-Secretaría de Educación Pública, 1984 [1954].
- , *Las palabras perdidas*, México, Fondo de Cultura Económica-Secretaría de Educación Pública-CREA [1956] 1985a.
- , “Debo aún cumplir con la vida: Magdaleno”, entrevista con Patricia Rosales y Zamora, *Excelsior*, 21 de julio de 1985b.
- Mancisidor, J., “Prominentes personalidades opinan sobre la legalidad de la expropiación” [entrevista], *Hoy*, 1938, consultar <biblio.juridicas.unam.mx/libros/2/935/36.pdf>.
- , *Obras Completas I*, Xalapa, Gobierno del Estado de Veracruz, 1978a.
- , *La Asonada. Se llamaba Catalina (y otras)*, en *Obras Completas II*, Xalapa, Gobierno del Estado de Veracruz, 1978b.
- , *El alba en las simas (y otras)*, en *Obras Completas III*, Xalapa, Gobierno del Estado de Veracruz, 1979.
- , “Mi deuda con Azuela”, en *Obras Completas V*, Xalapa, Gobierno del Estado de Veracruz, 1980 [1956].
- Marichal, C., “Comentarios sobre un temprano clásico de la izquierda norteamericana: *Dollar Diplomacy: A Study in American Imperialism* (1925), por Scott Nearing y Joseph Freeman”, en *Pensar el imperialismo: ensayos de historia intelectual latinoamericana*, 2012, consultar <shial.colmex.mx/textos/Marichal-4.pdf>.
- Marín Marín, Á., “El Profesor Jose Mancisidor Ortiz”, *Grupos Geomundos*, marzo de 2005, consultar <grupos.geomundos.com/sociedad.universidades/mensaje-elprofesorjosemancisidorortiz.html>.
- Martín del Campo, David, “David Martín del Campo (entrevista con Richard Teichmann)”, en R. Teichmann, *De la onda en adelante*, México, Editorial Posada, 1987.
- , *Quemar los pozos*, México, Plaza y Valdés, 1990a.

- Martín del Campo, David, “Soy un ser de retina insomne: David Martín del Campo”, entrevista con Alberto Arankowski, *Punto*, (422), diciembre de 1990b.
- , “Los novelistas: seductores profesionales”, entrevista con Mauricio Carrera, *Revista de la Universidad de México*, (483), abril de 1991.
- , “Todavía tengo esponja para otra decena de libros”, entrevista con César Güemes, *El Financiero (Cultural)*, 5 de julio de 1995.
- , “Las cuentas pendientes”, entrevista con Claudia Posadas, *La Cultura en México, Siempre!*, (2390), 8 de abril de 1999.
- Martín Moreno, F., *México negro*, México, Editorial Joaquín Mortiz-Grupo Editorial Planeta, 1986.
- Martínez, J. L., *Literatura mexicana siglo xx. 1910-1949, primera parte*, México, Antigua Librería Robredo, 1949.
- Martré, G. (ed.), *Trece rojo. Antología contemporánea de escritores y poetas del Partido Comunista Mexicano*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1981.
- Mata, O., “Los inicios de la novela corta en México”, *Literatura Mexicana*, (2), 1994.
- Matute, Á., “La Revolución y la enseñanza de la historia. Dos actitudes”, en E. de la Torre Villar *et al.* (eds.), *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, v.5, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1976.
- Medina, M. F., “Interpretando el archivo: las estrategias de la novela detectivesca en *Morir en el Golfo*”, *Chasqui, Revista de Literatura Latinoamericana*, XXIV(2), noviembre de 1995.
- Medina, M., “Los años rugientes de los 1920s”, 7 de febrero de 2009, consultar <www.thehistorybox.com>.
- Medina Ávila, V., *Mauricio Magdaleno: El crédito que nadie lee. El guion cinematográfico, literatura para ser admirada*, tesis de Maestría en Letras Mexicanas, México, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.
- Menéndez, G. A., *Doheny el cruel. Episodios de la sangrienta lucha por el petróleo mexicano*, México, Ediciones Bolsa Mexicana del Libro, 1958.
- Menton, S., *Las novelas de Gregorio López y Fuentes*, tesis de Maestría en Artes en Español, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1949.

- Menton, S., “La Estructura épica de *Los de Abajo* y un Prólogo Especulativo”, *Hispania*, 50(4), diciembre de 1967.
- Meyer, E., “México. La Revolución Mexicana en la historiografía anglosajona. Ernest Gruening y su *Mexico and its Heritage*”, *Anuario de Historia*, 1967, consultar <http://ru.ffyl.unam.mx:8080/jspui/bitstream/10391/3393/1/Meyer_Eugenia_la_Revolucion_Mexicana_en_la_historiografia_8-95.pdf>.
- , *Conciencia histórica norteamericana sobre la Revolución de 1910*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1970.
- Meyer, J., *Estado y sociedad con Calles. Historia de la Revolución Mexicana 11. Período 1924-1928*, México, El Colegio de México, 1977.
- Meyer, L., *Su Majestad Británica contra la Revolución mexicana. El fin de un imperio informal*, México, El Colegio de México, 1991.
- , *Las raíces del nacionalismo petrolero en México*, México, Océano, 2009.
- , *Nuestra tragedia persistente*, México, Random House Mondadori, 2013a.
- , “Reforma energética: la historia quedó atrás”, entrevista con Jenaro Villamil, *Proceso*, (1978), 17 de diciembre de 2013b, consultar <www.proceso.com.mx/?cat=20&paged=23&page=45>.
- , e I. Morales, *Petróleo y Nación (1900-1987)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.
- Meyrink, G., “Petróleo-petróleo” en *La esfera negra y otros cuentos extraños*, Mauricio Amster (trad.), Santiago de Chile, Empresa Editora Zig-Zag, 1947.
- Moheno, R., “Evelyn Waugh en México”, *La Jornada Semanal*, (230), 1º de agosto de 1999.
- Monsiváis, C., “Muerte y resurrección del nacionalismo mexicano”, en C. Elio Noriega (ed.), *El nacionalismo en México*, México, El Colegio de Michoacán, 1992.
- , “En el centenario de Mauricio Magdaleno”, *Confabulario* [suplemento], (120), 5 de agosto de 2006.
- , *La cultura mexicana en el siglo xx*, Eugenia Huerta (ed.), México, El Colegio de México, 2010.
- Montemayor, C., *1938: el petróleo que fue nuestro. Argumento histórico para una película que aún no se ha filmado*, México, La Jornada Ediciones- Sindicato Mexicano de Electricistas, 2009.

- Monterde, F., “Existe una literatura mexicana viril”, *El Universal*, 25 de diciembre 1924.
- , *Oro negro*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1927.
- , *Figuras y generaciones literarias*, I. Ortiz Monasterio y J. von Ziegler (eds.), J. von Ziegler (prol.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999.
- Morales Aragón, E. y J. J. Dávalos López (eds.), *Reforma para el saqueo. Foro Petróleo y Nación*, México, Ediciones Proceso, 2015.
- Morales Padrón, F., *América en sus novelas*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1983.
- Morayta, M. (dir.), *La hermana impura*, México, Clasa Films Mundiales, 1947, consultar <filmaffinity.com/es/film703166.html>.
- Moreiras, A., “Ethics and Politics in Hector Aguilar Camín’s *Morir en el Golfo* and *La Guerra de Galio*”, *South Central Review*, 21(3), otoño de 2004.
- Moro, T., *Utopía*, Agustín Millares Carlo (trad.), en T. Moro, T. Campanella y F. Bacon, *Utopías del Renacimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941 [1516].
- Morton, F. R., *Los novelistas de la Revolución Mexicana*, México, Editorial CULTURA, 1949.
- Mystery File. The Fiction Research Journal*, consultar <mysteryfile.com/>.
- Nájera, I., *Poza Negra (la tragedia de Poza Rica)*, México, Libro Mex Editores, 1960.
- Navascués, J. de, “Masa y Caudillos en la Novela de la Revolución mexicana”, *Revista de Filología* (29), enero de 2011, consultar <academia.edu/2008437/Masa_y_caudillos_en_la_novela_de_la_Revolucion_mexicana>.
- Neal, C., “Carleton Beals. Disidente solitario”, *Letras Libres*, mayo de 2007, consultar <letraslibres.com/index.php?art=12098>.
- Negrín, E., “Una novela proletaria, *La ciudad roja* de José Mancisidor”, en J. Villegas (ed.), *Actas del XI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Madrid, Asociación Internacional de Hispanistas, 1994.
- Negrín, E., “La estridencia y el petróleo: *Panchito Chapopote*”, *Literatura Mexicana*, VI(1), 1995.
- , “Una corriente de literatura proletaria en Xalapa”, en P. Obder de

- Baubeta (ed.), *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, Birmingham 1995*, v. VII *Estudios Hispanoamericanos II*, Birmingham, University of Birmingham, 1998.
- , “Huasteca de Gregorio López y Fuentes: el inmenso rumor fragmentado”, *Literatura Mexicana*, X(1-2), 1999a.
- , “Gerardo de la Torre: relatos de los noventa”, en A. Pavón (ed.), *Cuento y figura. (La ficción en México)*, México, Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1999b.
- , “Los cuentos tristes de David Martín del Campo”, en J. F. Conde Ortega *et al.*, *Contigo, cuento y cebolla. (La ficción en México)*, México, Universidad Autónoma de Tlaxcala-Instituto Nacional de Bellas Artes-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000.
- , “La cabeza de la hidra entre la cultura y el petróleo”, en P. Popovoc Karic (ed.), *Carlos Fuentes: perspectivas críticas*, México, ITESM-Siglo XXI Editores, 2002.
- , “Frente a frente: una revista de los treinta”, en T. Bubnova y L. Puig (eds.), *Encomio de Helena, Homenaje a Helena Beristáin*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004a.
- , “Morir en el Golfo, novela mexicana del petróleo, de Héctor Aguilar Camín”, en I. Lerner *et al.* (eds.), *Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, New York, 16-21 julio de 2001*, v. IV, Newark, Juan de la Cuesta-Hispanic Monographs, 2004b.
- Novo, S., *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas*, J. E. Pacheco (ed. y prolog.), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1994.
- Ortega, J., “El sujeto del exilio”, en O. Hansberg y J. Ortega (eds.), *Crítica y literatura. América Latina sin fronteras*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.
- Ortiz, O., “B. Traven en Tampico”, *La Jornada Semanal*, (806), 15 de agosto de 2010, consultar <jornada.unam.mx/2010/08/15/sem-orlando.html>.
- Ostrander, I. (seud. Douglas Grant), *The Fifth Ace*, New York, W.J. Watt and Company, 1918, consultar The Project Gutenberg <gutenberg.org>.
- Pacheco, J. E., “El México de los novelistas ingleses”, *Revista de la Universidad de México*, 18(12), agosto de 1964.
- , “Jack London 1876-1816. El llamado de la selva”, *Diorama de la cultura (Excelsior)*, 11 de abril de 1976.

- Pacheco, J. E., "Inventario. Homenaje a Mister Amigo", *Proceso*, (385), 19 de marzo de 1984.
- , "Inventario. Graham Greene: la tierra del odio", *Proceso*, (590), 22 de febrero de 1988.
- , "Inventario. La última palabra de Graham Greene", *Proceso*, (754), 15 abril de 1991.
- Paso, F. del, "¿Por qué no comenzamos por nacionalizar el petróleo?", *La Jornada*, 29 de febrero de 2008a, consultar <jornada.unam.mx/2008/02/29/index.php?section=opinion&article=007a1pol>.
- , "Réplica. Contra la historia virtual", *Letras Libres*, octubre de 2008b, consultar <letraslibres.com/revista/convivio/replica-contra-la-historia-virtual>.
- Patán, F., "Cinco y sus ojos", reseña de *Morir en el Golfo*, entre otros, *Nexos*, (155), noviembre de 1990.
- Patey, D. L., *The Life of Evelyn Waugh*, Oxford, Blackwell Publishers, 2001 [1988].
- Paúl Arranz, M. M., "La ideología revolucionaria de Gregorio López y Fuentes", *Anales de Literatura Hispanoamericana*, (18), 1989.
- , "Estudio introductorio" a M. Magdaleno, *El resplandor*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1992.
- Pérez Blanco, L., "La cabeza de la hidra, novela ensayo de estructura circular", *Cuadernos Americanos*, (6), noviembre-diciembre, 1978.
- Piglia, R., "Ernesto Guevara, rastros de lectura", en *El último lector*, Barcelona, Editorial Anagrama, 2005.
- Pitol, S., "El joven Waugh", *El País*, 25 de octubre de 2003, consultar <el-pais.com/diario/2003/10/25/babelia/1067039423_850215.html>.
- , *Obras Reunidas V. Ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008.
- Poniatowska, E., *Tinísima*, México, ERA, 1992.
- Porter, K. A., "That tree", *The Virginia Quarterly Review*, verano de 1934.
- Puig Casauranc, J. M., "La incorporación de la raza indígena a la vida civilizada es problema de necesaria solución. Por radio se dio a conocer a toda la República cuál es el programa educativo oficial", *El Universal*, 7 de diciembre de 1924.
- , "El fabuloso Zacamixtle", en *Páginas viejas con ideas actuales*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1925 [1921].

- Puig Casauranc, J. M., “Cuando se agote el Pactolo”, en *De nuestro México, cosas actuales y aspectos políticos*, México [s.e.], 1926 [1921].
- , *La hermana impura*, México, Premiá, 1984 [1927] (Col. La Matraca).
- Quintana Carrandi, A., “Carlos de Santander, maestro de la novela romántica”, *Blog Bolsi & Pulp*, 14 de febrero de 2012, consultar <encontretuslibros.blogspot.mx/2012/02/carlos-de-santander-maestro-de-la.html>.
- Rall, D., “B. Traven, ¿un autor mexicano?”, en A. Vital (ed.), *Dietrich Rall/ Marlene Rall. Paralelas, Estudios literarios, lingüísticos e interculturales*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999.
- Rapp, H. L., *La novela del petróleo en México*, tesis de Maestría, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1957.
- Recillas Encicz, L., “El coloso de mármol (1928)”, 28 de febrero de 2008, consultar <cinesilentemexicano.wordpress.com/2009/02/28/el-coloso-de-marmol-1928/>.
- Revueltas, J., “Un testimonio sobre Gregorio López y Fuentes”, *El libro y el pueblo*, 25 de febrero de 1967.
- , *El conocimiento cinematográfico y sus problemas*, en A. Revueltas y P. Cheron (eds.), E. García Riera (prol.), *Obras Completas*, 22, México, Ediciones ERA, 1981.
- , *Visión del Paricutín*, en A. Revueltas y P. Cheron (eds.), David Huerta (prol.), *Obras Completas*, 24, México, Ediciones ERA, 1983.
- Reyes, A., “I. El presagio de América”, en Última Tule, en *Obras completas*, t. XI, México, Fondo de Cultura Económica, 1960.
- Reyes, A. de los, *Medio siglo de cine mexicano (1896-1947)*, México, Editorial Trillas, 1988.
- , *El nacimiento de “¡Qué viva México!”*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007.
- Reyes Palma, F., “La LEAR y su revista de Frente Cultural”, prólogo a *Frente a Frente*, edición facsimilar, México, Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, 1994.
- Rial, J. E., *Constelaciones del petróleo*, Maracay, Estival, 2002, consultar <juliaelenarial.com.ve/doc_download.aspx%3Fdocument_id%3D18>.
- Rippy, M., *El petróleo y la Revolución Mexicana*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 2003 [1954].

- Rivas, P. G., “La rebelión de los colgados”, *Ruta*, (3), 15 de agosto de 1938, en *Revistas Literarias Mexicanas Modernas*, v. II, edición facsimilar, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Robin, R., *Le Réalisme Socialiste, Une Esthétique Impossible*. París, Payot, 1986.
- , y M. Angenot, “L’inscription du discours social dans le texte littéraire”, *Sociocriticism*, 1(1), 1985.
- Rodríguez, A., 1975. *El rescate del petróleo: Epopeya de un pueblo*, México, Ediciones El Caballito, 1975 [1958].
- Rodríguez Chicharro, C., *La novela indigenista mexicana*, México, Universidad Veracruzana, 1955.
- Rojas, R., “Cabrera Infante: el estilo contra la historia”, *Letras Libres*, septiembre de 2004, consultar <letraslibres.com/revista/convivio/cabrera-infante-el-estilo-contra-la-historia>.
- , “El último Trotski y John Dewey”, *Libros del crepúsculo*, 27 de marzo de 2010, consultar <librosdelcrepusculo.com/2010/03/el-ultimo-trotski-y-john-dewey.html>.
- Román del Valle, M., *Pioneros*, México [s.p.i.], 2010.
- Ross, H. (dir.), *Play it again, Sam*, Estados Unidos de Norteamérica, Paramount Pictures, 1972.
- Ruffinelli, J., *El otro México. México en la obra de B. Traven, D.H. Lawrence y Malcolm Lowry*, México, Editorial Nueva Imagen, 1978.
- Sahagún, f. B. de, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, J. García Quintana y A. López Austin (eds.), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989/2000.
- Said, E. W., *Cultura e imperialismo*, Nora Catelli (trad.), Barcelona, Editorial Anagrama, 1996 [1993].
- , *Reflections on Exile and Other Essays*, Cambridge, Harvard University Press, 2000.
- Saldaña Zorrilla, S. O., “10 consecuencias económicas de la reforma energética”, *Forbes México*, 12 de agosto de 2014, consultar <forbes.com.mx/10-consecuencias-economicas-de-la-reforma-energetica/>.
- Salinas Basave, D., “Morir en el golfo”, *Eterno Retorno*, 2 de julio de 2007, consultar <cunadeporqueria.blogspot.com/2007/07/morir-en-el-golfo-hctor-aguilar-camn.html>.
- Sánchez, L. A., *Proceso y contenido de la novela hispano-americana*, Madrid, Gredos, 1976 [1953].

- Sánchez, J. y J. I. Conde Díaz Rubín, “La familia Monterde y Antillón en Nueva España. Reconstrucción Genealógica” (segunda parte), *Estudios de Historia Novohispana*, (34), enero-junio de 2006, consultar <ejournal.unam.mx/ehn/ehn34/EHN003400005.pdf>.
- Santiago, M. I., *The Ecology of Oil: Environment, Labor and the Mexican Revolution, 1900-1938*, New York, Cambridge University Press, 2006.
- Santos Llorente, J., *Episodios petroleros*, México, Pemex, 1988.
- Saporta, M., *Historia de la novela norteamericana*, Gerardo Bellod (trad.), Madrid, Jucar, 1976.
- Scherp, A., “Prólogo” a B. Traven, *Los pizcadores de algodón*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999.
- Schmidhuber de la Mora, G., “La primera obra de temática migratoria en el teatro mexicano: Los que vuelven, de Juan Bustillo Oro”, *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*, (18), 2009, consultar <alhim.revues.org/3292>.
- Schneider, L. M., *El estridentismo o una literatura de la estrategia*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1970.
- , *Ruptura y continuidad. La literatura mexicana en polémica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.
- , (ed.), *El estridentismo. México 1921-1927*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985.
- , “La literatura del petróleo en México”, en *La novela mexicana entre el petróleo, la homosexualidad y la política*, México, Nueva Imagen, 1997.
- Scola, E. (dir.), *Brutti, sporchi e cattivi*, Italia, Mokép, 1976.
- Sefchovich, S., *Ideología y ficción en la obra de Luis Spota*, México, Grijalbo, 1985.
- , *México: país de ideas, país de novelas*, México, Grijalbo, 1987.
- Sha, S., *Crudo. Breve historia de un pozo sin fondo*, Silvia Kornet (trad.), Barcelona, Global Rhythm Press, 2008.
- Sheridan, G., *México en 1932: La polémica nacionalista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Sierra, T., *Oro negro*, México, Botas, 1941.
- Silva Herzog, J., *La expropiación del petróleo 1936-1938*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

- Silva Herzog, J., *Historia de la expropiación petrolera*, v. 12, A. Enríquez Perea (ed.), México, El Colegio Nacional, 2010.
- Simpleton Magazine, “Far-fetched experimental rose. J H and the future of flowery writing”, *Simpleton magazine*, 9 de marzo de 1998, consultar <simpleton.com/19980309.htm>.
- Sinclair, U., *The Jungle*, New York, Barnes and Noble Books, 1995 [1906].
- , *Oil!*, New York, Penguin Books, 2008a [1927].
- , *¡Petróleo!*, Felipe Alaiz (trad.), España, EDHASA, 2008b [1927].
- Slonin, M., *Escritores y problemas de la literatura soviética 1917-1967*, Aurora Bernárdez (trad.), Madrid, Alianza Editorial, 1974 [1964].
- Sommers, J., “Chiapas y la literatura indigenista”, entrevista con Emmanuel Carballo, *La Cultura en México*, (82), 11 de septiembre de 1963.
- , “El ciclo de Chiapas: nueva corriente literaria”, Cuadernos Americanos, CXXXIII(2), marzo-abril de 1964.
- Stannard, M., *Evelyn Waugh. The Early Years 1903-1929*, New York-London, W.W. Norton and Company, 1987.
- Straumann, H., *La literatura norteamericana en el siglo xx*. Mario Monteforte Toledo (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 1978 [1951].
- Tibol, R., “Brecha en la roca, libro de aula”, *Proceso*, 2011, consultar <proceso.com.mx/?p=287683>.
- Tola de Habich, F., “Mi trato con los fantasmas”, consultar Bibliografía literaria de la Revolución <mexicana.tola-tola.blogspot.com/.../bibliografia-literaria-de-la-revolucion.html>.
- Torre, G. de la, “Gerardo de la Torre”, entrevista con Richard Teichmann, en R. Teichmann, *De la onda en adelante*, México, Editorial Posada, 1987.
- , Ensayo General, México, Secretaría de Educación Pública, 1989a [1970] (Col. Letras Mexicana).
- , Hijos del Águila, México, El Juglar Editores, 1989b.
- , De cuerpo entero (autobiografía), México, Universidad Nacional Autónoma de México-Ediciones Corunda, 1990.
- , Muertes de Aurora, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991 [1980].

- Torre, G. de la, “Testigo de cargo. Novelas y petroleros”, *El Búho*, (5), 1992.
- , “Gerardo de la Torre: sólo escribo historias que me queman las tripas”, entrevista con Angélica Aveleyra, *La Jornada*, 4 de junio de 1995.
- , *Los muchachos locos de aquel verano*, México, Editorial Planeta-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000 [1992].
- Trabish, H. K., “Oil in their blood. Scandal: A Short History of the Teapot Dome Affair”, *Oil Industry History*, 6(1), 2005, consultar <oilintheirblood.com/teapotdome.html>.
- Traven, B., *Tierra de la primavera*, Angélica Scherp (trad.), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996 [1928].
- , *La Rosa Blanca*, P. Geoffroy Rivas y L. Kostakovski (trads.), México, Editorial Cima, 1940 [1929].
- , *Die weisse rose*, Hamburg, Bastei Verlag, Bergish Gladbach, 1967 [1929].
- , *Rosa Blanca*, en *Obras Escogidas*, t. I, Esperanza López Mateos (trad.), México, Aguilar, 1979 [1929].
- , *Las compañías petroleras*, México, SEP-Conasupo, 1981.
- , “La Rosa Blanca” (fragmento), P. G. Rivas y E. Friederberg (trads.), *Ruta*, (1), junio de 1938, en *Revistas Literarias Mexicanas Modernas*, v. I, edición facsimilar, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Trejo Delarbre, R., “Héctor Aguilar Camín. El mundo desgraciadamente es real”, *La Cultura en México*, (1250), 29 de enero de 1986.
- Trejo Fuentes, I., *Segunda voz, Ensayos sobre novela mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987.
- Tuñón, J., “Sergei Eisenstein y Emilio Fernández. Constructores filmicos de México”, *Film Historia Online*, XII(3), 2002, consultar <publicacions.ub.es/bibliotecaDigital/cinema/filmhistoria/2002/eisensteincd.html>.
- Turner, J. K., “Magnates del petróleo mexicano intentan corromper a Turner”, en E. Meyer (ed.), *John Kenneth Turner, periodista de México*, México, ERA-Universidad Nacional Autónoma de México, 2005 [1915].
- United States Department of State, Office of the Historian, Bureau of Public Affairs, “Dollar Diplomacy, 1909-1913”, 11 de marzo de 2008, consultar <history.state.gov/milestones/1899-1913/DollarDiplo>.

- Valdivieso, J., “México y el testigo insomne”, *Estudios Públicos*, (63), invierno de 1996.
- Vargas, E., *Lo que vi en la tierra del petróleo*, México [s.e.], 1938.
- Vega Alfaro, E. de la, *La Revolución traicionada*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2012.
- Vila-Matas, E., *Bartleby y compañía*, Barcelona, Editorial Anagrama, 2009 [2000].
- Villegas Moreno, G. (ed.), *La industria petrolera en México. Cronología 1857-1998*, México, Pemex, 1988.
- Walker, R. G., *Paraíso infernal. México y la novela inglesa moderna*, José Agustín (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 1984 [1978].
- Waugh, E., *Robo al amparo de la ley*, Marco Aurelio Major (trad.), J. N. Iturriaga (prol.), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996 [1939].
- Wedger, C., “The Truth About Mexico. *The Stones Awake* by Carleton Beals”, *The New Masses*, 17 de noviembre de 1936, consultar <unz.org/Pub/NewMasses-1936nov17-00023>.
- Williams, R. L., *Los escritos de Carlos Fuentes*, Marco Antonio Pulido Rull (trad.) México, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Wilson, E., *Classics and Commercial. A Literary Chronicle of the Forties*, New York, Farrar-Straus and Company, 1950.
- Womack Jr., J., *Zapata y la Revolución Mexicana*, Francisco González Arámburo (trad.), México, SEP-Siglo XXI Editores-Dirección General de Publicaciones, 1985 [1969].
- Wyatt, W., ¿Quién fue Traven?, Eugenio Méndez (trad.), México, Editorial Domés, 1984 [1980].
- Xirau, R., “Noticia”, prólogo a X. Icaza, *De Chalma y Los Remedios*, México, Ediciones De Andrea, 1963.
- Zaitzeff, S. I., *Xavier Icaza y sus contemporáneos. Epistolarios*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1995.
- Zogbaum, H., *B. Traven: a Vision of Mexico*. Denver, Scholarly Resources Inc., 1992.

LETRAS SOBRE UN
DIOS MINERAL.
EL PETRÓLEO MEXICANO
EN LA NARRATIVA,

coeditado por el Instituto de Investigaciones Filológicas y El Colegio de México (responsables de áreas de procesos editoriales: GUADALUPE MARTÍNEZ GIL, GABRIELA SAID Y CLAUDIA PRIANI), se terminó de imprimir en los talleres de Iniziativa Graphic, D. V., ubicados en Alcanfores 45, col. Valle del Sur, 09819, Ciudad de México el 14 de diciembre de 2017. La composición tipográfica, en tipos Agmena Pro de 12:14, 11.5:14 y 10.5:12.5 puntos, fue realizada por ISABEL VÁSQUEZ AYALA con la colaboración de ELIFF LARA ASTORGA. La edición estuvo al cuidado de PAULINA PARRA MIRANDA y la autora, y consta de 600 ejemplares impresos en papel Cultural de 75 gramos. Tipo de impresión: offset.

Este libro es el resultado de una inquietud por registrar las formas en que la literatura ha percibido la vida social vinculada a la explotación petrolífera en México: cómo se ha apropiado del tema y cómo lo ha representado a través de una diversidad de circunstancias históricas, sensibilidades e ideologías. Es una invitación a la relectura de algunas narraciones que abarcan por igual textos literarios de autores extranjeros como Jack London, Isabel Ostrander, Upton Sinclair, B. Traven y Carleton Beals que de narradores mexicanos de distintas generaciones: desde pioneros en el tema como Mauricio Magdaleno y Manuel Puig Casauranc hasta escritores de la generación del 68 como Héctor Aguilar Camín, Gerardo de la Torre y David Martín del Campo, pasando por consagrados como Carlos Fuentes. Sin pretender agotar el tema, hay aquí una pluralidad de miradas que quedaron plasmadas en páginas literarias durante el siglo xx acerca de las varias formas en que los procesos industrializadores del hidrocarburo han influido en la vida de los mexicanos.

La nueva colección de libros “Estudios sobre Energía” del Programa de Energía, que se desarrolla en El Colegio de México, publica investigaciones originales y de gran relevancia relacionadas con el sector energético, analizado desde diferentes enfoques disciplinarios dentro de las ciencias sociales y las humanidades. Asimismo, busca editar obras de referencia o libros destinados a la formación de los estudiantes en temas sobre energía.

